

IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR

Lorena Sanhueza - Andrés Troncoso - Roberto Campbell {editores}

SOCIAL-EDICIONES



IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS
PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR



IGUALES PERO DIFERENTES

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS
PREHISPÁNICAS EN EL CONO SUR



EDITORES

Lorena Sanhueza, Andrés Troncoso, Roberto Campbell

SOCIAL-EDICIONES

Iguales pero diferentes: trayectorias históricas prehispánicas en el Cono Sur. / Editores Lorena Sanhueza, Andrés Troncoso y Roberto Campbell. 1ª ed. Santiago: Social-Ediciones, 2020.

244 p. :il.; 24 x 17 cm.

Notas:

ISBN 978-956-19-1175-8

ISBN Digital 978-956-1176-5

1. Cazadores recolectores - Chile 2. Diaguitas - Antigüedades 3. Costumbres funerarias - Chile
4. Antropología - Chile - Zona norte 5. Etnología - América del Sur 6. Arqueología - Chile -
Investigaciones I. Sanhueza, Lorena, ed. II. Troncoso, Andrés, ed. III. Campbell, Roberto, ed. IV.
Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales
CDD20 980.00498



SOCIAL-EDICIONES

IGUALES PERO DIFERENTES.

Trayectorias históricas prehispanicas en el cono sur.

© 2020, Lorena Sanhueza

© Social-ediciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

www.socialediciones.facso.cl

Comité Editorial Social-ediciones: Roberto Aceituno, María José Reyes, Svenska Arensburg,
André Menard, Pablo Cottet, René Valenzuela.

A excepción de la introducción, todos los artículos contenidos en este libro estuvieron sujetos a un proceso de evaluación por pares externos. Cada artículo fue revisado por dos evaluadore/as externas y el comité editorial.

Comité Editorial:

Dra. Isabel Cartajena. Departamento de Antropología Universidad de Chile.

Dra. © Itaci Correa. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado.

Dr. Francisco Garrido. Museo Nacional de Historia Natural.

Este libro fue realizado con el apoyo del programa de estímulo a la excelencia institucional (PEEI) de la Facultad de ciencias sociales de la Universidad de Chile mediante su concurso de Fortalecimiento de productividad y continuidad de investigación (FPCI) 2016-II.

Coordinación editorial: César Castillo.

Dirección Creativa: René Valenzuela

Diseño: Pablo Rivas.

Catalogación: Ximena Montero y Orlando Muñoz.

ISBN: 978-956-19-1175-8

RPI: 2020-A-3734

Primera edición de 500 ejemplares.

Santiago de Chile, septiembre, 2020.

CONTENIDO

- 7 **TRAYECTORIAS HISTÓRICAS EN SOCIEDADES CAZADORAS RECOLECTORAS Y AGRARIAS EN EL CONO SUR: UNA INTRODUCCIÓN**
Lorena Sanhueza, Roberto Campbell y Andrés Troncoso
- 17 **DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN ISLA MOCHA DURANTE EL COMPLEJO EL VERGEL (1000-1550 D.C., SUR DE CHILE)**
Roberto Campbell
- 45 **TRAYECTORIA HISTÓRICA Y COMPLEJIDAD ENTRE LOS CAZADORES-RECOLECTORES-PESCADORES DEL HOLOCENO MEDIO EN LA COSTA NORTE DE CHILE**
Diego Salazar, Ximena Power, Pedro Andrade, Carola Flores, Sandra Rebolledo, Jimena Torres, Gabriel Easton, Ignacio Monroy, Cesar Borie, Laura Olgúin y Jean Louis Guendón
- 91 **¿TÚMULOS SIN COMPLEJIDAD? UNA DISCUSIÓN DESDE CHILE CENTRAL**
Lorena Sanhueza R.
- 107 **LA CONSTITUCIÓN DEL LIDERAZGO EN LA CULTURA DIAGUITA CHILENA: HUMANOS, NO HUMANOS Y PERSONA**
Andrés Troncoso
- 135 **LOS TÚMULOS DE AZAPA: REFLEXIONES SOBRE COMPLEJIDAD SOCIAL EN LOS PESCADORES EN TRÁNSITO A LA AGRICULTURA EN ARICA**
Iván Muñoz Ovalle
- 169 **TRAYECTORIAS DE DIFERENCIACIÓN MATERIAL Y SIMBÓLICA DURANTE EL PRIMER MILENIO DE LA ERA CRISTIANA EN EL NOROESTE ARGENTINO**
María Cristina Scattolin
- 211 **ARQUEOLOGÍA Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA PAMPA DEL TAMARUGAL: REVISANDO LOS ASENTAMIENTOS DEL PERÍODO FORMATIVO DE TARAPACÁ, NORTE DE CHILE**
Mauricio Uribe, Simón Urbina y Estefanía Vidal

TRAYECTORIAS HISTÓRICAS EN SOCIEDADES CAZADORAS RECOLECTORAS Y AGRARIAS EN EL CONO SUR: UNA INTRODUCCIÓN

Lorena Sanhueza, Roberto Campbell y Andrés Troncoso

El Taller “Sociedades ni tan complejas: casos, procesos y modelos”, realizado en diciembre del año 2015 en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, surgió de una iniciativa conjunta de colegas, fruto de esas tan productivas “conversaciones de pasillo”. Es así como nos propusimos generar un espacio de reflexión donde pudiéramos compartir y poner en común nuestras ideas en torno a aquellas sociedades que se encuentran clasificadas en ese gran “limbo” conocido en la literatura antropológica como sociedades tribales (Service 1971; Sahlins 1972), igualitarias o de rango (Fried 1967), sociedades primitivas (Godelier 1978, 1979), comunidades domésticas (Meillassoux 1977) o de modos de producción basado en el parentesco (Wolf 1987); y desde la arqueología como sociedades no-jerárquicas (Braun y Plog 1982), transigualitarias (Hayden 1995), heterárquicas (Crumley 1995), comunal compleja (McGuire y Saitta 1996), e incluso como “sociedades de rango medio” (Feinman y Neitzel 1984) o “sociedades intermedias” (Arnold 1996). Este libro es resultado del mencionado taller.

Si bien quienes editamos este libro investigamos en distintas áreas de Chile, y desde orientaciones relativamente diferentes, teníamos en común el hecho que las sociedades que estudiamos se encasillarían dentro de ese gran conjunto de formaciones sociales antes descritas. Nuestros programas de investigación han buscado comprender las características sociales, políticas y económicas de sociedades que no responden a lo que se ha definido como “sociedades simples”, pero tampoco aquellas que comúnmente se conocen como “sociedades complejas”.

A partir de esa inquietud inicial, decidimos reunirnos con otros colegas del Cono Sur con el fin de reflexionar y discutir sobre estas sociedades a partir de nuestros particulares casos de estudio. En términos de procesos históricos, este tipo de sociedades son la forma social representativa de una porción importante de la Historia humana, siendo un buen ejemplo de la heterogeneidad que han adquirido las comunidades y sus procesos de constitución y reproducción a lo largo del tiempo.

La amplitud de términos y formas de comprender a estas sociedades en ocasiones acomoda y en otras no tanto. Los conceptos son suficientemente amplios

como para que en su interior pueda ser incluido prácticamente todo; cualquier sociedad, no siendo compleja o parte de las comunidades más simples, forma parte de este conglomerado. Pero esta misma amplitud hace a la vez que aquellos conceptos pierdan su “poder descriptivo”, pues lo que ubicamos ahí es tan variable que hay pocas características que sean compartidas por todas las sociedades allí incluidas. Por ello, y cambiando el punto desde el cual se las observa, pasa a ser más interesante entonces justamente poner atención en esa diversidad. Es decir, asumir, explorar y discutir esta variabilidad, no sólo para ver cuáles cosas son comunes y cuáles diferentes, sino también porque desde ahí, y sin abrazar modelos evolucionistas previos, surgen varias preguntas y se develan presupuestos.

Uno de los presupuestos más arraigado en relación con estas sociedades es que ellas están “en tránsito” hacia “algo” (cf. Rowley-Conwy 2001), en tránsito hacia la complejidad social, y en definitiva el Estado. El evolucionista soterrado que, en mayor o menor medida cada arqueólogo/a lleva dentro, nos induce a pensar que estas sociedades son algo “pasajero”, que tarde o temprano deben cambiar hacia algo más complejo. Este presupuesto, por tanto, nos ha llevado a no reflexionar en demasía sobre estas sociedades en su propio mérito, pues serían entidades “en proceso de cambio”, sociedades que han abandonado un estado sólido (el de las sociedades simples), pero que aún no han arribado al siguiente (el de las sociedades complejas). Su principal característica, por tanto, es estar en tránsito entre dos formas sociales claras, y es desde estos dos “puntos de certeza” desde donde se las ha buscado abordar tradicionalmente (cf. Arnold 1996, Parkinson 2002). De esta manera, los numerosos y sucesivos cambios a los que necesariamente nos vemos enfrentados en nuestros registros arqueológicos de larga duración, tienden a ser interpretados bajo la óptica de la complejización y la evolución de lo simple a lo complejo. Esto, a pesar de que bajo nuestras narices hay variados y contundentes ejemplos etnográficos de sociedades de este tipo, las que no se encuentran en un proceso de transición, sino que ellas son de por sí una forma social permanente. Esto, por supuesto, no implica necesariamente que se hayan mantenido o se vayan a mantener siempre iguales, sino que, por el contrario, se transforman y re-organizan, pero sin nunca convertirse en sociedades complejas, Estados o Imperios.

Por otro lado, la diversidad misma debería hacernos cuestionar el anterior presupuesto. La variabilidad económica, de subsistencia, de diferenciación, de organización, de producción de bienes materiales, de patrón de asentamiento, entre otros, es tal entre estas sociedades, que difícilmente pueda ser razonable pensar que todos los posibles cambios tienen un solo origen y un único destino. Si bien algunas comunidades finalmente devienen en sociedades complejas

y eventualmente estatales, por lo que preguntarse cómo surgieron éstas es una cuestión sumamente válida y aún contingente, lo cierto es que no todas las sociedades siguen este mismo camino y la complejidad social no es siempre el único resultado del cambio social. Como muestran diferentes casos de estudios, los caminos que siguen las sociedades humanas a lo largo de su historia son múltiples y variados, los que a su vez en muchas ocasiones no se ven ajustados al esperado patrón evolucionista que va de lo simple a lo complejo. La agencia de los grupos sociales, las relaciones sociales extra-regionales, los principios simbólicos, el medio ambiente e inclusive la demografía, se constituyen en factores que van formando rutas de historias heterogéneas en las sociedades humanas y en estas mal llamadas comunidades intermedias o de rango medio, por usar algunos de los tantos términos acuñados.

Central a lo que hemos venido discutiendo es la idea de complejidad, otro concepto, valga la redundancia, complejo. Se asume generalmente que las sociedades que nos interesan están “en tránsito” a la complejidad. Pero, ¿qué es “complejidad”? y ¿qué es una sociedad compleja?, Estos dos conceptos no refieren a lo mismo. Complejidad es un concepto que denota gradualidad, y por tanto se lo ha de usar en términos comparativos. Es así como una situación puede aparecer como más o menos compleja que otra, según el número de actores involucrados, la cantidad y cualidad de las relaciones entre ellos, el número y tipo de procesos tecnológicos en juego, la cantidad y cualidad de cultura material involucrada, entre otros. Una “sociedad compleja” es otra cosa. Sin el ánimo de simplificar la discusión, pero manteniéndonos enfocados en lo que nos interesa, creemos importante destacar que a pesar de la diversidad de definiciones que existen, ellas coinciden en una característica: una sociedad compleja es aquella donde existe desigualdad social institucionalizada (Paynter 1989; Ames 2007; Smith 2011).

Al mirar a las sociedades intermedias en su propio mérito, comenzamos reconociendo que una característica común a ellas es la “no complejidad”, es decir, la ausencia de una desigualdad social institucionalizada (lo que, es importante recalcar, de ninguna manera implica la ausencia de liderazgos). Esto tiene implicancias mayores. Por una parte, significa entender y aceptar que esto no ocurre “por defecto”, sino que es producto de mecanismos socioculturales, valga la redundancia, “complejos” (Flanagan 1989, Ames 2007; Chapman 2003). Estos mecanismos socioculturales dan origen a formas y sistemas políticos, sociales, rituales y económicos variados, pero que tienen por objetivo construir y reproducir esta no complejidad en pos de mantener las características del grupo social. Es por ello que podemos considerar que estas sociedades son en sí mismas un “proyecto político”, en el que se despliegan múltiples prácticas y agencias que re-

producen –consciente e inconscientemente– la ausencia de jerarquías institucionalizadas, evitando con ello su surgimiento (Clastres 2013[1974]; Fowles 2018).

Una segunda implicancia, es que no existe, por tanto, una sola forma de ser “no complejo” y que no podemos entender las diferencias entre estas sociedades, ni siquiera cuando se dan en un eje temporal, automáticamente como un proceso hacia una “sociedad compleja”. Si bien como indicamos previamente, el grueso de la literatura arqueológica se ha centrado en evaluar el cambio social y cómo los distintos caminos llevan a la complejidad y el Estado, abogamos aquí por una Arqueología que se interrogue por los caminos que estas comunidades despliegan para mantener su “no complejidad”. Como bien indica Fowles (2018), la simplicidad es un proceso con su propia historicidad y tenemos múltiples dimensiones a través de las cuales explorar los mecanismos que posibilitan que estos proyectos políticos mantengan su simplicidad a lo largo del tiempo. Por una parte, en su dimensión temporal, evaluando cómo estos proyectos políticos se expanden en el tiempo y las continuidades y transformaciones que despliegan en pos de construir y reproducir su “simplicidad”. Por otra parte, una dimensión práctico-material centrada en entender cómo las prácticas sociales, los paisajes y los mundos materiales en los que habitan estas comunidades son herramientas, productos y actores en la conformación, mantenimiento y transformación de esta simplicidad a lo largo del tiempo. Parafraseando a Alt (2010: 4), la simplicidad no es una serie de rasgos, ni un simple conjunto de relaciones en un momento particular del tiempo, sino que la simplicidad es vivida y practicada, producida y re-producida por una comunidad en un territorio particular a través de las acciones e interacciones diarias de sus participantes. Es por ello, que la simplicidad permea instituciones, prácticas, cuerpos, objetos y paisajes, formando, valga la paradoja, una totalidad compleja histórica y espacialmente situada.

Un aspecto que parece ser relevante, y así lo muestran todos los casos de estudio abordados en este libro, hace relación con las escalas espaciales, tanto en términos de las dimensiones espaciales en las que se desarrollan estos proyectos políticos, como de las escalas analíticas que debemos utilizar para abordar el entendimiento de estas sociedades. Por una parte, el conjunto de relaciones prácticas, materiales y de distancia que se despliegan y estructuran en el espacio, son un recurso básico a través del cual estas comunidades y su ethos de la simplicidad se producen y reproducen. Por otra, estos mismos casos de estudio sugieren que se requiere necesariamente de una escala de análisis “local”, y que el tamaño de esa “localidad” se relaciona con la escala espacial en la que se desenvuelve este proyecto político. Esta “localidad” ciertamente supera la unidad doméstica, pero tendrá dimensiones diversas según cada grupo o sociedad en cuestión, en tanto

se relaciona con factores demográficos, geográficos, económicos y sociales. De acuerdo a lo anterior, no existe por tanto una “receta” que nos indique cual es el espacio concreto –y menos, el correcto– que debemos considerar; más bien es un resultado que debemos buscar y calibrar en cada caso particular. Por último, el espacio también podrá variar en el tiempo, según vayan desencadenándose distintos procesos históricos que impliquen cambios en uno o más de estos factores.

Por tanto, si bien no podemos definir una escala de trabajo a priori, ya que lo cierto es que ella es variable según los contextos de estudio, esta debe tener el nivel de resolución suficiente para exceder a la unidad doméstica, pero también reconocer las articulaciones espaciales antes mencionadas. Esta misma heterogeneidad de escalas espaciales en que pueden desplegarse estos proyectos políticos da cuenta de las multiplicidades de posibilidades históricas en que se puede desenvolver este tipo de sociedades.

Sobre escalas, procesos y simplicidad en el cono sur

El objetivo de este taller fue revisar a partir de casos de estudio de distintas partes de Chile y el Cono Sur, dinámicas sociopolíticas sincrónicas y diacrónicas entre estos tipos de grupos, en tanto sociedades no complejas. Estos casos nos muestran que podemos acercarnos a comprender estas sociedades desde múltiples presupuestos teóricos, pero también desde diferentes proxies materiales que nos entrega el registro arqueológico. El conjunto de trabajos reunidos en este libro, pensamos que da cuenta de esa heterogeneidad de acercamientos posibles a estas sociedades, ya sea a través de miradas que se interrogan por la circulación, distribución y uso de objetos, la elaboración de monumentos, las nociones de persona, entre otros.

A través de los casos de estudio presentados logramos cubrir también un rico abanico de experiencias históricas, abarcando desde grupos cazadores-recolectores-pescadores a comunidades agrícolas, pero también grupos que habitaban diferentes tipos de ambientes: desde la costa Pacífica a los valles andinos, con distintas configuraciones geomorfológicas y condiciones climáticas. Por sobre esta heterogeneidad, se identifican también contextos socio-históricos, formas de habitar y conjuntos materiales diversos. Todos ellos permiten reconocer la riqueza de formas sociales, políticas, económicas y rituales asociadas a este tipo de grupos, pero también continuar interrogándose sobre sus puntos de convergencia.

Los dos primeros trabajos ponen acento en el aspecto económico y en parti-

cular en la circulación, acceso y distribución de bienes y su papel en la configuración social e histórica de determinadas localidades. El caso de Isla Mocha (Campbell) nos muestra cómo para el período Tardío, en una escala social y espacial acotada por su naturaleza insular, el acceso y distribución levemente desigual de bienes materiales puede poner en tensión el principio de equivalencia e igualdad entre las comunidades domésticas que la habitan, sin que ello signifique un proceso de jerarquización evidente en la vida doméstica o ritual comunitaria. La costa árida del norte de Chile (Salazar y coautores), por su parte, ilustran una trayectoria histórica del período Arcaico donde la conformación de un sentido comunitario dado por la cohabitación intensiva y extensiva, da paso a un momento de mayor fragmentación, movilidad e inserción diferencial en redes de interacción interregional, donde sin embargo los elementos materiales que están marcando las diferencias son de producción, uso y referente local (p.e. puntas Taltaloides), a diferencia de lo que ocurre con posterioridad en la secuencia local.

Un segundo grupo de trabajos pone acento en las prácticas, individuales y colectivas, que se manifiestan en la construcción de espacios sociales y públicos y con ellos la comunidad. Para Chile central (Sanhueza) se argumenta que la construcción de túmulos durante el período Intermedio Tardío puede entenderse en dinámicas sociales y políticas a escala comunal/local, en ausencia de jerarquías institucionalizadas, pero que enfatizan la capacidad diferencial de convocatoria de personas para su construcción. En el Norte Semiárido (Troncoso) se plantea, en el marco de una sociedad caracterizada por la dispersión y la escasa integración territorial, la construcción de liderazgos constituidos sobre una noción de persona distinta al resto de los humanos y en una dinámica de construcción de diferencias a partir de las relacionalidades y articulaciones con los no humanos, liderazgos que se reconstruyen y reproducen a través de la alfarería (plato antropomorfo) y el arte rupestre (máscaras). Esta dinámica ocurre y adquiere sentido a escala de la comunidad. Para Azapa (Muñoz) se propone un proceso de territorialización impulsado por las nuevas prácticas de subsistencia basada en productos cultivados, vinculada a la importancia de los cerros, el agua y el culto a los ancestros, materializado en la construcción de grandes túmulos funerarios. Este proceso solo es posible de entender en escalas locales, donde la comunidad es el motor y actor principal.

Por último, los casos de Tarapacá (Uribe) y del Noroeste Argentino (Scattolin) nos muestran a distintas escalas espaciales y en distintas vertientes de los Andes, cómo procesos históricos de alcance regional y macrorregional como los ocurridos en el primer milenio antes y después de nuestra era, tienen manifestaciones locales particulares y en ocasiones divergentes, producto de procesos

históricos particulares, subrayándonos la relevancia de comprender la relación de los macro y los microprocesos históricos.

Esperamos que los trabajos y reflexiones reunidos en este libro sirvan no solo como un ejemplo de lo que puede ser una “arqueología de sociedades no complejas” sino como un aporte situado y, porque no, político en el posicionamiento de temáticas y enfoques desde el Cono Sur.

No podemos terminar esta introducción sin agradecer a todo el conjunto de personas que hicieron posible el taller y este libro. A lo/as expositore/as, donde lamentablemente las demandas de los tiempos y vida laboral no nos permitieron contar con los trabajos de Leonor Adán (Chile), Mónica Berón y Gabriela MUSAUBACH (Argentina), y Camila Gianotti (Uruguay). A ambos relatores del taller por su interés en participar y sus comentarios que sin duda ayudaron a dar forma al taller: Axel Nielsen (Argentina) y Timothy Pauketat (Estados Unidos). El proceso de realización de este libro contó con la desinteresada colaboración de Isabel Cartajena, Itaci Correa y Francisco Garrido quienes formaron el comité editorial encargado de llevar adelante todo el proceso de evaluación de los artículos. A Antonia Escudero que realizó la revisión editorial de cada uno de los trabajos. A lo/as evaluadore/as anónimo/as que a través de sus comentarios ayudaron a mejorar los artículos. Por último, y no menos importante, a la Dirección de Investigación y Publicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile que financió los gastos del taller y la publicación de este libro a partir de sus proyectos FPCI-2014 y FPCI 04-0716, ambos dirigidos por Lorena Sanhueza.

Bibliografía

- Alt, S. 2010. Considering complexity: confounding categories with practices. En *Ancient Complexities: New perspectives in pre-Columbian north America*, editado por S.M. Alt, pp. 1-7. University of Utah Press, Utah.
- Ames K. 2007. The Archaeology of Rank. En *Handbook of Archaeological Theories*, editado por A. Bentley, H. Maschner y C. Chippingdale, pp. 487-513. Altamira Press.
- Arnold, J. 1996. Understanding the Evolution of Intermediate Societies. En *Emergent Complexity: The Evolution of Intermediate Societies*, editado por J.E. Arnold, pp: 1-12. Archaeological Series 9. International Monographs in Prehistory, University of Michigan, Ann Arbor.

- Braun, D.P. y S. Plog. 1982. Evolution of "Tribal" Social Networks: Theory and Prehistoric North American Evidence. *American Antiquity* 47:504-525.
- Chapman R. 2003. *Archaeologies of Complexity*. Routledge, Londres.
- Clastres P. 2013[1974]. *La Sociedad Contra el Estado. Ensayos de Antropología Política*. Hueders. Santiago de Chile.
- Crumley, C.L. 1995. Heterarchy and the Analysis of Complex Societies. En *Heterarchy and the Analysis of Complex Societies*, editado por R. M. Ehrenreich, C. L. Crumley y J. E. Levy, pp. 1-6. Archaeological Papers N°6, American Anthropological Association, Washington D.C.
- Feinman, G. y J. Neitzel. 1984. Too Many Types: an Overview of Sedentary Prestate Societies in the Americas. *Advances in Archaeological Methods and Theory* 7: 39-102.
- Flanagan J. 1989. Hierarhy in simple "egalitarian" societies. *Annual Review in Anthropology* 18:245-266.
- Fowles S. 2018. The evolution of simple societies. *Asian Archaeology* 2(1): 19-32.
- Fried, M. 1967. *The Evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology*. Serie Studies in Anthropology, Columbia University. Random House, New York.
- Godelier, M. 1978. Territory and Property in Primitive Society. *Social Science Information* 17:399-424.
- Hayden, B. 1995. Pathways to Power. Principles for Creating Socioeconomic Inequalities. En *Foundations of Social Inequality*, editado por D. Price y G. Feimann, pp. 15-86. W.H. Freeman & Co. Nueva York
- McGuire, R. H. y D.J. Saitta. 1996. Although they Have Petty Captains, they Obey them Badly: the Dialectics of Prehispanic Western Pueblo Social Organization. *American Antiquity* 61:197-216.
- Meillassoux, C.1977. *Mujeres, Graneros y Capitales. Economía Doméstica y Capitalismo*. 7ma. ed. Editorial Siglo XXI, México.
- Parkinson, W. 2002. Introduction: Archaeology and Tribal Societies. En *The Archaeology of Tribal Societies*, editado por W.A. Parkinson, pp. 1-12. Archaeological Series 15. International Monographs in Prehistory, University of Michigan, Ann Arbor.
- Paynter R. 1989. The archaeology of equality and inequality. *Annual Review in Anthropology* 18:369-399.

- Rowley-Conwy, P. 2001. Time, change and the archaeology of hunter-gatherers: how original is the 'Original affluent society'?. En *Hunter-gatherers: an interdisciplinary perspective*, editado por C. Panter-Brick, R. Layton y P. Rowley-Conwy, pp. 39-72. Cambridge University Press, Cambridge.
- Sahlins, M. 1972. *Las Sociedades Tribales*. Editorial Labor S.A., Barcelona.
- Service, E. 1971. *Primitive Social Organization. An Evolutionary Perspective*. 2da. ed. Serie Studies in Anthropology, Columbia University. Random House, Nueva York.
- Smith, M. 2011. Archaeology, early complex societies, and comparative social science history. En *The Comparative Archaeology of Complex Societies*, editado por M. Smith, pp. 321-329. Cambridge University Press, Cambridge.
- Wolf E. 197. *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica. México,

DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN ISLA MOCHA DURANTE EL COMPLEJO EL VERGEL (1000-1550 D.C., SUR DE CHILE)

Roberto Campbell

Introducción

La diferenciación social es una característica intrínseca a todas las sociedades (Ames 2007). Sin embargo, esta toma un nuevo cariz cuando se la vincula a procesos de desigualdad social vinculados al surgimiento de una jerarquía social. Esta situación es la que marca, en cierta forma, el límite entre lo que ha venido a llamarse sociedades trans-igualitarias y aquellas cacicales (Bogucki 1999:205-259; Clark y Blake 1994; Hayden 1995).

De esta forma es que en las sociedades ubicadas en este rango –y que oscilan entre uno y otro estado (Anderson 1990, 2002; Fowles 2002)–, es potencialmente factible hallar dos ejes sociales operando simultáneamente. Por una parte, uno horizontal que nos habla de posibles énfasis económicos o productivos disímiles entre comunidades e individuos. Estos a su vez pudieran estar –como no también– tras el origen o consolidación de un segundo eje, esta vez de tipo vertical y constituyente de una jerarquía social. Dicho de otra forma, la desigualdad social es un tipo de diferenciación social, pero con consecuencias históricas profundas. Tener claridad respecto a esto es clave, dado el recurrente énfasis en la investigación arqueológica en la desigualdad y la jerarquía social. Ello ocurre precisamente en desmedro de otras variantes de la diferenciación social, como lo es también en relación a la interacción entre dichas variantes y entre los dos ejes sociales referidos. No está demás decir, que en muchos casos, y por mucho tiempo, la diferenciación social pudo haber sido seguramente un fenómeno inocuo.

En otro sentido, los estudios relativos a la diferenciación social deben ir aparejados a aquellos que apunten a comprender los mecanismos y procesos que permitan la integración o cohesión social. Esto se hace aún más patente en sociedades con demografías crecientes y/o sedentarias, en donde se torna necesaria la organización de mayores cantidades de población, a la vez que la fisión social –tanto a nivel individual como colectivo– va transformándose en una estrategia de difícil implementación. Dicha integración puede tomar así una naturaleza estrictamente económica como también una más ideológica.

En un sentido arqueológico, estimamos que el estudio de la diferenciación social puede ser abordado a través de la evaluación del acceso, distribución y consumo diferencial de bienes de mejor calidad, que requirieron más trabajo, exóticos o más numerosos, observables en y desde el nivel doméstico (Drennan et al. 2010; Drennan y Peterson 2012; Price y Bar-Yosef 2010). Por último, es clave reconocer que estas situaciones se dan en el tiempo y por tanto el control cronológico de estas evidencias, en tanto sus cambios como su estabilidad, es fundamental.

En el marco de los proyectos NSF BCS-0956229 (2009-2010) y FONDECYT 3130515 (2013-2015) investigamos las dinámicas y características que toma la organización socio-política, en cuanto a los procesos de diferenciación e integración social, en el ámbito de sociedades trans-igualitarias y cacicales simples. Nuestro marco temporal y cultural de estudio estuvo dado por el desarrollo del Complejo El Vergel del Sur de Chile (1000-1550 d.C.); nuestra área de investigación específica correspondió a Isla Mocha. Es clave mencionar también la importancia que cobra el registro etnohistórico en este caso, para abordar estas problemáticas a una escala regional y local.

El complejo El Vergel en Isla Mocha

El Complejo El Vergel corresponde a la unidad histórico-cultural empleada para dar cuenta de los grupos humanos que habitaron el territorio de islas, costa y valle de las cuencas de los ríos Biobío, Imperial y Toltén, desde alrededor del 1000 d.C. y hasta el arribo europeo en 1550 d.C. (Aldunate 1989; Bullock 1970; Dillehay 1990; Menghin 1959-60). Sus elementos diagnósticos –y que permiten distinguirla de la unidad previa, el Complejo Pitrén– están dados por la aparición de la decoración cerámica rojo sobre blanco, un cambio y diversificación de los patrones funerarios (urnas, cistas, canoas, montículos y entierros directos extendidos), el desarrollo de una tradición de trabajo de metales local, la implementación de o mayor énfasis en cultivos, la construcción de arquitectura pública (montículos) y un posible manejo de animales (camélidos) (Aldunate 2005; Bahamondes 2009; Campbell 2004; Dillehay 2007; Navarro y Aldunate 2002). A esto se suma un muy seguro sedentarismo y aumento poblacional, dado que los sitios de este lapso temporal son los más ubicuos y extensos de la prehistoria local.

Sin embargo, pese a lo sugerente de esta evidencia, ha existido un déficit respecto a enfoques que salgan del canon histórico-cultural y/o de lo descrip-

tivo, y que apunten a explicar estas distintas evidencias tanto como expresiones de procesos socio-políticos insertos en una historicidad, como también dando cuenta de las particularidades que cada sector del Sur de Chile pudo desplegar en ese sentido.

Por el contrario, ha tendido a primar una lectura retrospectiva generada desde la investigación realizada por historiadores y antropólogos, con evidencias que, en el mejor de los casos, se retrotraen sólo al arribo europeo (1550 d.C.) (Bengoa 2003; Boccara 1999, 2007; Casanova 1985; Silva 1984, 1985; Villalobos 1982). Dichas reconstrucciones ofrecían a su vez, diferentes situaciones para describir la organización de las sociedades prehispánicas del Sur de Chile. Estas estribaban desde un escenario formado por una multitud de comunidades sin liderazgos permanentes y escasa diferenciación social, afín a sociedades tribales (Villalobos 1982), hasta aquellas que apuntaban a la existencia de cacicazgos con una creciente jerarquía (Bengoa 2003). A esto debemos sumar un énfasis en las acciones de los líderes (*ulmen, toqui, lonko*), es decir, en el eje vertical, en desmedro de otros segmentos sociales y otras variantes de la diferenciación social.

Tomando en consideración esto, es que nosotros nos abocamos a generar una reconstrucción desde el registro material para una zona específica, la que permitiera discutir dichas propuestas y además lograr abordar las dinámicas sociales que ocurren en el Sur de Chile desde el 1000 d.C. y hasta tiempos coloniales tempranos.

Dicha zona correspondió a Isla Mocha, una isla de 50 km², ubicada a los 38,37° S, a 35 km de la costa continental chilena. Su territorio está constituido por un cordón montañoso central (entre los 50 y 400 msnm) cubierto de bosque nativo (correspondiente a la Reserva Nacional Isla Mocha). Este está rodeado por un sector de pradera, relativamente plano (entre los 0 y 50 msnm) de entre 2000 a 200 m de ancho. En este último sector es donde se ubica la casi totalidad de los sitios arqueológicos de Isla Mocha y es donde hoy habita la población. La geografía isleña, y que es refrendado por sus actuales habitantes, permite segregarla en dos secciones. Por una parte, el “lado norte” (así es denominado por los mochanos), correspondiente a los sectores NE y SE, con una pradera de hasta 2000 m de ancho y enfrentando al continente; y por otra parte, el “lado sur”, correspondiente a los sectores NW y SW, con praderas más angostas y enfrentando al mar abierto.

Esta isla presenta una historia en la que es posible identificar tres momentos de ocupación humana (Quiroz y Sánchez 1997; Campbell 2015). El primer momento corresponde a grupos de cazadores-recolectores navegantes arcaicos, datados entre 3900 y 3400 cal a.p. (~1950 a 1450 cal. a.C.). A continuación de esto,

Isla Mocha aparentemente no fue ocupada por los próximos 1500 a 2000 años. Un segundo momento, se inicia alrededor del 1850 cal a.p. (~100 cal d.C.) y se extiende hasta 1687 d.C., alineado con los desarrollos culturales del continente adyacente. Dentro de este se enmarca una ocupación alfarera inicial no del todo bien definida culturalmente, luego el Complejo Pitrén del Periodo Alfarero Temprano (400-1000 d.C.), a continuación el Complejo El Vergel del Periodo Alfarero Tardío (1000-1550 d.C.) y finalmente los mochanos indígenas históricos (1550-1687 d.C.) (Palma 2016; Sánchez 1997). El fin de este segundo momento ocupacional está dado por el traslado forzoso de la población de la isla al continente (Goicovich y Quiroz 2008). Tras este evento Isla Mocha no tuvo ocupación permanente por cerca de 160 años. Un tercer momento ocupacional es el actual y se inicia en la década de 1840, con la progresiva llegada de colonos chilenos como inquilinos y “parceleros”, quienes desde esa fecha han desarrollado principalmente una economía de agricultura y ganadería de baja escala. La investigación nuestra se concentró, por tanto, en el segundo momento ocupacional, y más específicamente en el lapso temporal correspondiente al Complejo El Vergel.

Es importantísimo mencionar que entre 1990 y 2005, Isla Mocha fue objeto de investigación arqueológica por parte del equipo liderado en distintos proyectos de investigación por Daniel Quiroz y Marco Sánchez (Goicovich y Quiroz 2008; Quiroz 2003; Quiroz y Sánchez 1997; Sánchez et al. 2004)¹. Estas investigaciones revelaron la secuencia ocupacional de la isla, localizaron un total de 42 sitios arqueológicos e identificaron las estrategias adaptativas desplegadas por las distintas poblaciones que han ocupado esta isla a través del tiempo.

Dichas investigaciones están en la base, por tanto, de todo nuestro proyecto. Por razones tanto metodológicas como presupuestarias, los materiales obtenidos en aquellos proyectos no fueron considerados en nuestra investigación. En cambio, privilegiamos la generación de información bajo una metodología uniforme de recuperación y análisis, la que facilitase el trabajo de interpretación y comparación de la evidencia obtenida. La consideración e integración de la evidencia generada en los proyectos de Quiroz y Sánchez, y depositada en el Museo de Historia Natural de Concepción, es una deuda pendiente que tenemos para con la arqueología de Isla Mocha.

Metodología

La metodología empleada articuló tres etapas: prospección, excavación y análisis del material arqueológico recuperado. Esta descansaba en las lecciones aprendi-

das como parte de un proyecto NSF (BCS-0956229)² (Campbell 2011, 2014). De esta forma se realizó una prospección de cobertura total en el sector de pradera, ubicado entre los 0 y 50 msnm o hasta el límite actual del bosque. Se registró la presencia de material arqueológico en superficie siguiendo transectas de prospección separados entre sí por 50 m. En el trayecto de cada uno de estas transectas, si eran detectados artefactos en superficie se registraba su ubicación con GPS y se contabilizaba la cantidad de material presente en un área de 1 x 1 m, registrándose aquello en una ficha de prospección. Una vez finalizado esto, se retomaba el recorrido de la transecta. Si al cabo de 50 m se hallaba nuevamente material, se replicaba el procedimiento ya descrito. De lo contrario, se continuaba caminando a lo largo de la transecta hasta dar nuevamente con materiales en superficie.

Esta estrategia permitió generar una imagen de la densidad y distribución del material arqueológico (principalmente cerámico y lítico). A partir de esta se logró definir áreas que presentaban material en un espacio relativamente acotado y segregado de las restantes áreas. Estas áreas de ocupación son afines por tanto a lo que tradicionalmente se denomina “sitio arqueológico”.

En las áreas que presentaron una mayor densidad de material, por tanto, que apuntaban a ser espacios con una ocupación intensiva y/o recurrente, se procedió a realizar grillas de pozos de sondeo de 0,5 por 1 m, espaciados por 100 m entre sí³. Eso con el objetivo de obtener material arqueológico (cerámica, lítica, restos faunísticos, restos botánicos, metales y otros) que permitiera evaluar la situación social desplegada en Isla Mocha entre el 1000 y 1550 d.C. Adicionalmente se extrajo para cada sitio, una columna de flotación de 25 x 25 cm. Por último, se procedió a analizar la información obtenida, tanto a nivel espacial, cronológico y contextual.

Resultados

La aplicación de la metodología presentada permitió identificar ocho áreas marcadas por una alta densidad de material arqueológico en superficie, asimilables por tanto a lugares con una gran recurrencia ocupacional y que seguramente corresponden a los espacios donde la población isleña habitaba permanentemente. Hemos dado en considerar a cada uno de estos como “comunidades locales” (*sensu* Peterson y Drennan [2005:7]), dada su naturaleza discreta y segregada espacialmente entre ellos⁴. Estas ocho comunidades locales se corresponden así con los sitios: P29-1, P31-1, P5-1 y P12-1 (en el lado norte) y P21-1, P22-1, P23-2 y P25-1 (en el lado sur)⁵.

Otras 13 áreas identificadas (que se corresponden con los sitios P4-1, P7-1, P7-2, P10-1, P11-1, P16-1, P19-1, P19-3, P27-6 y P27-7, P28-1, lado norte; y P24-2, P25-3, lado sur) por su menor densidad de material y reducida extensión, aparejado en algunos casos a su ubicación espacial, pueden ser interpretados más bien como sitios de tareas específicas o, al menos, no como espacios de habitación recurrente. Una última área identificada corresponde a dos montículos construidos sobre una plataforma artificial en el lado norte, ubicada entre las comunidades P29-1 y P31-1.

Es importante mencionar que en las prospecciones realizadas en el marco de los proyectos dirigidos por Quiroz y Sánchez, se habían identificado 42 sitios arqueológicos (Tabla 1) (Goicovich y Quiroz 2008; Quiroz 2003). Algunos de dichos puntos fueron positivamente re-identificados por nosotros, mientras otros fueron subsumidos dentro de alguna de las áreas de ocupación definidas por nosotros. Este aspecto apunta a las diferencias de metodología y objetivos de investigación desplegados en cada caso. Por otra parte, hubo puntos que no logramos re-localizar y ante los cuales queda la inquietud respecto a que procesos pudieran haber invisibilizado su registro o incluso generado su pérdida total; hubo también un sector (parcela 26) donde no nos fue autorizado prospectar. Finalmente, Quiroz y Sánchez refieren dos sitios dentro del bosque (R1 y R2), por tanto, fuera de nuestra zona de investigación.

Se procedió a la excavación de pozos de sondeo en siete de las ocho comunidades locales identificadas⁶. La mayoría de estas ya habían sido abordadas por Quiroz y Sánchez y contaban así con excavaciones previas y fechados⁷. Por su parte, en el caso de la plataforma y montículos, se realizó una trinchera no-transversal a uno de los montículos y una red de barrenos en la plataforma. Esta estrategia nos permitió evaluar la extensión espacial de estos elementos, su proceso constructivo y cronología (Campbell y Pfeiffer 2017).

La red de pozos de sondeo permitió evaluar la extensión espacial de cada comunidad local. De este modo, es que P5-1 y P31-1 corresponden a las más grandes, mientras P25-1, P29-1 y P12-1 son de tamaño medio, y P23-2 y P22-1 serían pequeñas (Tabla 2). Por tanto, las comunidades grandes se ubican sólo en el lado norte, mientras las comunidades pequeñas sólo en el lado sur. Esta distinción permite plantear hipotéticamente que P21-1 pudiese corresponder a una comunidad pequeña también. Esto ya nos habla de que algunas comunidades podrán haber albergado una mayor población que otras, y es muy sugerente que las dos mayores se ubiquen en la zona de directo acceso hacia y desde el continente. En esta evaluación consideramos sólo la extensión horizontal de las comunidades, no así su extensión sub-superficial.

Tabla 2. Área estimada para cada una de las comunidades propuestas.

LADO	SITIO	SUPERFICIE ESTIMADA (HA)	M ³ EXCAVADOS
Norte	P29-1	8	1,19
	P31-1	14	1,66
	P5-1	15	7,50
	P12-1	7	5,35
Sur	P21-1	5	-
	P22-1	4	2,40
	P23-2	5	2,63
	P25-1	9	5,13
Total			25,9

Por su parte, las distancias entre estas comunidades locales darían cuenta también de cierto ordenamiento espacial (Figura 1). Ello pues la mayoría están separadas de la más próxima por 1 a 2,5 kms de distancia. Sin embargo, escapan a esta condición las comunidades marginales de cada lado de la isla. De esta forma es que P12-1 y P29-1 (ambas del lado norte) en relación, respectivamente, a P21-1 y P25-1 (ambas del lado sur), y que constituyen su vecino más cercano en el otro lado, están separadas por 6 y de 5 kms de distancia entre sí⁸. Adicionalmente entre, P25-1 y P23-2 (ambas del lado sur) hay 3,5 km de distancia, y entre P25-1 y P31-1 (utilizando un camino que existe por la única quebrada que conecta ambos lados de la isla a través de la montaña y el bosque) hay 3 km de distancia. Por tanto, por una parte, existiría una distancia física efectiva que distinguiría a las comunidades del “lado norte” de aquellas del “lado sur” y, por otra parte, la comunidad P25-1 pasaría a ser la más aislada de Isla Mocha. En este sentido, es relevante que el censo levantado durante el desdoblamiento colonial de Isla Mocha, reconociese dos parcialidades cada una adscrita a un cacique (Goicovich 2010; Quiroz 1991); no se indica, sin embargo, la demarcación entre estas parcialidades.

En cuanto al área con la plataforma y los montículos, esta se encuentra al centro de una zona delimitada por un brazo del cordón montañoso por el norte y por un antiguo deslizamiento de tierra por el sur, lo que genera un espacio similar a un anfiteatro. Por tanto, esta queda visual y espacialmente segregada de las comunidades locales más cercanas (P29-1 a 500 m y P31-1 a 1000 m). Esto lo torna en un lugar de por sí, y no un mero anexo de alguna de las comunidades identificadas. La plataforma tiene una extensión aproximada de 13 ha, y en conjunto la construcción de este espacio implicó movilizar unos 46000 m³

Tabla 1. Sitios arqueológicos de Isla Mocha, reportados en los proyectos de Quiroz y Sánchez (Goicovich y Quiroz 2008; Quiroz 2003) y re-evaluados en los proyectos de Campbell. * Dado los rangos de error producto del uso de distintos datum e intrínsecos también a los GPS, el hallazgo de material arqueológico a menos de 150 m del punto indicado por Quiroz y Sánchez, fue considerado como equivalente a la re-localización del sitio en cuestión.

Labo	SITIO	DATUM WGS 84,		SITIOS Q Y S	SITIOS C*	COMENTARIOS
		Huso 18H	LATITUD S			
		LONGITUD W	LATITUD S			
P27-1	592193	5756935	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P27-2	592100	5757350	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P27-3	592230	5757654	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P27-4	591823	5757869	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P27-5	591805	5758053	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P27-6	592684	5756606	X	X	Se recuperó material en el punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad	
P27-7	591050	5758450	X	X	Sitio no reportado previamente por Quiroz y Sánchez	
P28-1	593076	5756255	X	X	Se recuperó material en el punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad	
P29-1	593446	5756282	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad	
Plataforma y montículos	594019	5756314	X	X	Sitio no reportado previamente por Quiroz y Sánchez	
P30-1	594417	5756282	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P31-1	594627	5755116	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad	
P4-1	595399	5754165	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *	
P5-1	595752	5754086	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad	
P6-1	595969	5753776	X	X	Se lo consideró parte del sitio P5-1	
P7-1	596263	5753744	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *	
P7-2	596145	5753511	X	X	Se recuperó material en el punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad	
P9-1	596472	5752825	X	X	Este sitio no pudo ser re-identificado	
P10-1	596991	5752934	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *	

P11-1	596922	5752351	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *
P12-1	597093	5751954	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad
P13-1	597242	5751827	X		Se lo consideró parte del sitio P12-1
P13-2	597240	5751715	X		Se lo consideró parte del sitio P12-1
P14-1	597423	5751309	X		Este sitio no pudo ser re-identificado
P16-1	598700	5751400	X	X	Sitio no reportado previamente por Quiroz y Sánchez
P19-1	598014	5749328	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *
P19-2	598512	5749974	X		Este sitio no pudo ser re-identificado
P19-3	598085	5750335	X		Sitio no reportado previamente por Quiroz y Sánchez
R1	-	-	X		La zona no fue incluida en los proyectos de Campbell
R2	-	-	X		La zona no fue incluida en los proyectos de Campbell
P21-1	596242	5748263	X	X	Sitio doméstico no evaluado, pero propuesto como comunidad
P21-2	595752	5748179	X		Quiroz y Sánchez lo consideran actualmente como parte del sitio P21-1
P22-1	595127	5748717	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad
P23-1	594645	5749635	X		Este sitio no pudo ser re-identificado
P23-2	594275	5749927	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad
P24-1	593095	5751813	X		Este sitio no pudo ser re-identificado
P24-2	592450	5752000	X	X	Se recuperó material a menos de 150 m de distancia del punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad *
P25-1	592854	5752631	X	X	Sitio doméstico evaluado y propuesto como comunidad
P25-2	592542	5753024	X		Se lo consideró parte del sitio P25-1
P25-3	592509	5753299	X	X	Se recuperó material en el punto indicado por Quiroz y Sánchez, aunque en muy baja densidad
P25-4	592022	5755056	X		Este sitio no pudo ser re-identificado
P26-1	591862	5755420	X		No hubo autorización para prospeccionar la zona donde se ubica el sitio
P26-2	591713	5755206	X		No hubo autorización para prospeccionar la zona donde se ubica el sitio
P26-3	591714	5755137	X		No hubo autorización para prospeccionar la zona donde se ubica el sitio
P26-4	591747	5755098	X		No hubo autorización para prospeccionar la zona donde se ubica el sitio
P26-5	592344	5755654	X		No hubo autorización para prospeccionar la zona donde se ubica el sitio
Sur					

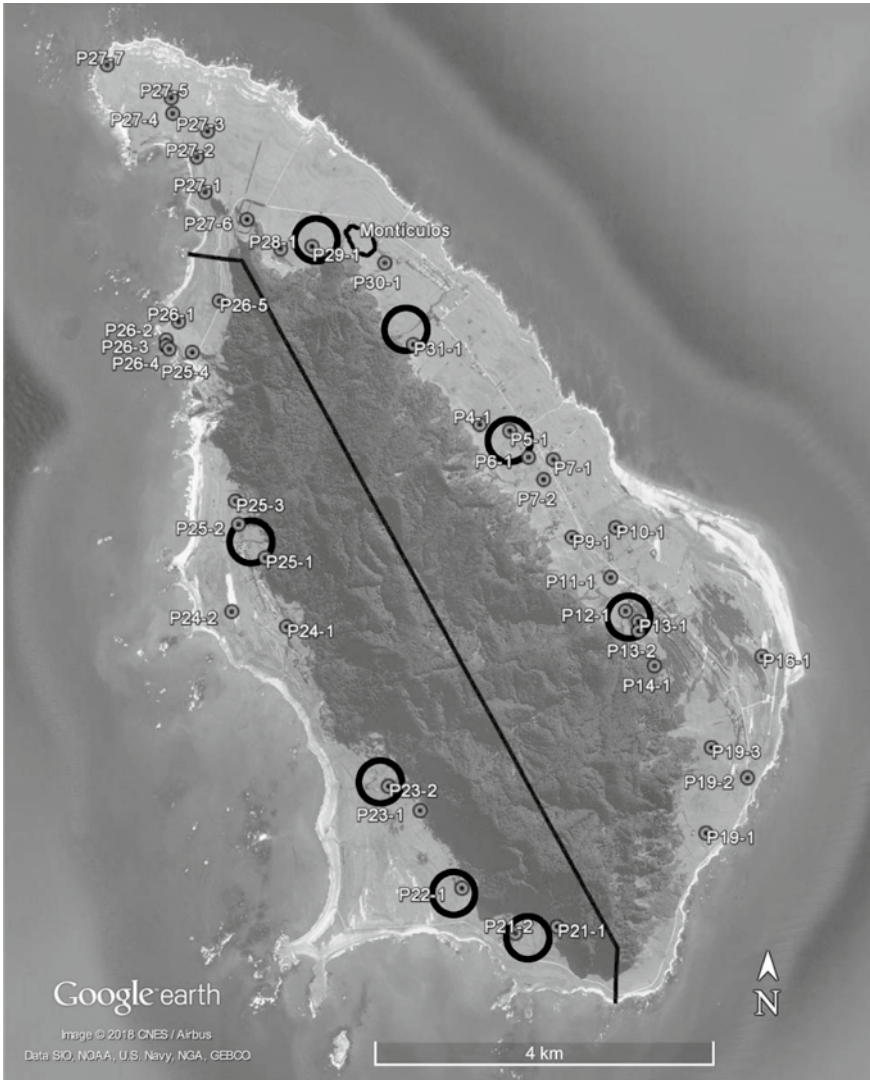


Figura 1. Sitios arqueológicos de Isla Mocha. Los círculos sólo identifican a las ocho comunidades locales propuestas, y no son referenciales al tamaño de la comunidad. La línea negra marca el límite aproximado entre el “lado norte” (al este) y el “lado sur” (al oeste) de Isla Mocha.

y 62000 toneladas de sedimento (Campbell y Pfeiffer 2017). Dicho sedimento corresponde a un material disponible en las formaciones terciarias en la isla y está completamente libre de todo material arqueológico.

Respecto al análisis del material arqueológico recuperado en la excavación de los pozos de sondeo (material cerámico y lítico, restos arqueofaunísticos y arqueobotánicos, piezas de metal y cuentas de adorno), este fue interpretado en términos que permitieran develar evidencias de posibles procesos de diferenciación social ocurriendo entre las siete comunidades locales identificadas. A su vez, información cronológica absoluta fue generada a partir de 59 fechados ¹⁴C, con al menos cinco fechados por sitio, a excepción de los montículos que sólo tienen dos. Estos fueron realizados sobre carbón, semillas (*Zea mays* [maíz], *Chenopodium quinoa* [quinoa] y *Phaseolus vulgaris* [poroto]) y hueso (humano, *Camelidae* [camélido], *Pudu puda* [pudú], *Spheniscus* sp. [pingüino]) y *Otaria* sp. [lobo marino]. Se suman así a los 52 fechados con que ya contaban los sitios de la isla a partir de los proyectos de Quiroz y Sánchez (Campbell y Quiroz 2015).

El estudio de la cerámica de las siete comunidades presentó el desafío de abordar un universo de 13047 fragmentos –no se recuperó ninguna vasija completa– y que incluía en promedio un 20% de fragmentos erosionados y/o muy pequeños por sitio (López 2017) (Tabla 3). Este corresponde en un 95% a un utillaje doméstico dominado por piezas monocromas, en donde destacan las formas afines a jarros y a grandes contenedores. En cuanto a la cerámica decorada, es decir, alrededor del 5% restante de los analizables, su distribución entre los sitios entrega interesantes resultados. Se identificaron cinco tipos de decoración: a) Rojo engobado⁹, b) Rojo sobre Blanco¹⁰, c) Negro engobado, d) Rojo engobado exterior / Blanco engobado interior, y e) Negro sobre Blanco (Tabla 4). Por una parte, las dos primeras decoraciones están presentes en todos los sitios; en cambio, las dos últimas están sólo en la comunidad P23-2. A esto se agrega que esta comunidad, junto con P29-1 y P25-1, son las que entregaron la mayor proporción de fragmentos decorados por m³ excavado. Por último, P23-2 es la que presenta el mayor porcentaje de fragmentos decorados (diferiendo positivamente con más de un 99% de confianza del promedio isleño) (Figura 2) y también la mayor variedad de decoraciones (cuatro de las cinco identificadas). Destaca que la comunidad de P5-1 sea la que presente el menor porcentaje de fragmentos decorados (diferiendo negativamente del promedio isleño con más de un 99% de confianza). Por tanto, es posible plantear que habrían variedades decorativas comunes a toda la isla, mientras otras serían propias de algunos sitios e incluso exclusivas. En este sentido, podríamos decir que P23-2, es la comunidad que más está logrando diferenciarse de las otras.

LADO	SITIO	MUESTRA TOTAL	MUESTRA MINADA (PEQUEÑOS Y/O EROSIONADOS)	MUESTRA INDETERMINADA (PEQUEÑOS Y/O EROSIONADOS)	MUESTRA CLASIFICABLE	MONOCROMOS	DECORADOS EL VERGEL	OTROS DECORADOS	% DECORADOS DE LA MUESTRA CLASIFICABLE	PROPORCIÓN DE DECORADOS POR M ³ EXCAVADO
Norte	p29-1	1202	325	877	834	42	1	4,8	35,29	
	p31-1	1140	396	744	709	34	1	4,6	20,44	
	p5-1	3175	394	2781	2690	85	6	3,1	11,33	
	p12-1	1712	315	1397	1331	59	7	4,2	11,03	
Sur	p22-1	711	126	585	559	25	1	4,3	10,42	
	p23-2	1726	267	1459	1345	113	1	7,8	43,05	
	p25-1	3381	506	2875	2709	162	4	5,6	31,61	
Total		13047	2329	10718	10177	520	21			
Promedio								4,9	23,31	

Tabla 3. Frecuencia y proporciones de fragmentos cerámicos por comunidad. (Otros decorados: fragmentos diagnósticos del período Alfarero Temprano, como incisos, negativos y modelados).

LADO	SITIO	TIPOS DE DECORADOS					TOTAL DECORADOS EL VERGEL
		ROJO ENGOBADO	ROJO SOBRE BLANCO	NEGRO ENGOBADO	ROJO ENGOBADO EXTERIOR / BLANCO ENGOBADO INTERIOR	NEGRO SOBRE BLANCO	
Norte	p29-1	39	3	0	0	0	42
	p31-1	30	4	0	0	0	34
	p5-1	75	8	2	0	0	85
	p12-1	41	17	1	0	0	59
Sur	p22-1	24	1	0	0	0	25
	p23-2	105	6	0	1	1	113
	p25-1	149	10	3	0	0	162
Total	463	49	6	1	1	520	

Tabla 4. Tipos cerámicos decorados El Vergel reportados para cada comunidad

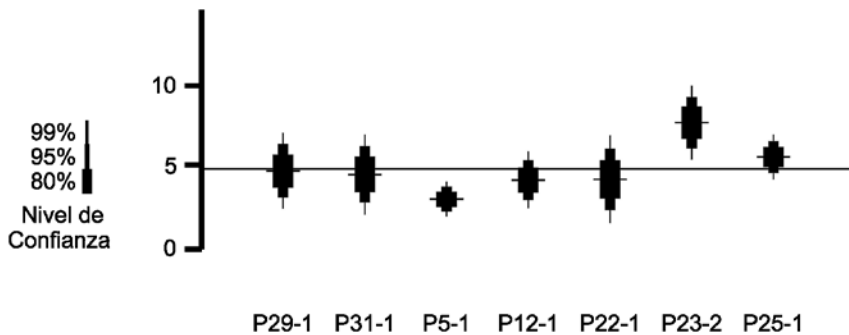


Figura 2. Proporción de fragmentos cerámicos decorados y niveles de confianza para las comunidades locales de Isla Mocha. La línea horizontal corresponde al promedio de las comunidades

El material lítico, correspondiente a 3455 instrumentos y desechos, muestra un extendido uso de materias primas locales (basalto, arenisca, granito, cuarzo, otras rocas no identificadas), este alcanza un promedio del 98% de las materias primas líticas presentes por comunidad (Tabla 5). Estas fueron utilizadas en su mayoría para manufacturar instrumentos escasamente formatizados y multi-funcionales. Por su parte, las materias primas líticas foráneas (sílices y obsidias), están presentes en las siete comunidades. Sin embargo esto se da con proporciones disímiles que estriban entre el 0,6% y 6,0%, (comunidades P12-1 y P23-2, respectivamente), estando el promedio isleño en 2,2% (Figura 3). A su vez, dentro de las comunidades que presentan una mayor proporción de materias primas foráneas la representación de éstas también difiere. De este modo es que P23-2 presenta una mayor proporción de sílices, en cambio P29-1 lo es de obsidias, y en P5-1 está más bien equiparado. Esta situación nos hablaría de que estas tres comunidades tendrían un acceso privilegiado a estas materias primas, y por tanto, a redes de intercambio con comunidades continentales. En este sentido, P23-2 es la única que difiere positivamente del promedio de los sitios de la isla con más de un 99% de confianza, siendo también la que presenta la mayor proporción de materias primas foráneas por m³ excavado. En el caso de las obsidias, estas provienen de las fuentes de Nevados de Sollipulli (Chile) y de Portada Covunco (Argentina) (Campbell et al. 2017).

LADO	SITIO	TOTAL LÍTICO	LOCALES	OBSIDIANAS	SILICES	TOTAL FORÁNEOS	% OBS	% SIL	% FORÁNEO DEL TOTAL DE LÍTICOS	PROPORCIÓN DE MP FORÁNEAS POR M ³ EXCAVADO
Norte	P29-1	244	238	5	1	6	2,0	0,4	2,5	5,04
	P31-1	148	147	1	0	1	0,7	0,0	0,7	0,60
	P5-1	1279	1245	19	15	34	1,5	1,2	2,7	4,53
	P12-1	497	494	3	0	3	0,6	0,0	0,6	0,56
Sur	P22-1	198	196	2	0	2	1,0	0,0	1,0	0,83
	P23-2	486	457	3	26	29	0,6	5,3	6,0	11,05
	P25-1	603	592	5	6	11	0,8	1,0	1,8	2,15
Total	3455	3369	38	48	86	1,0	1,2	2,2	3,54	
Promedio										

Tabla 5. Frecuencia y proporciones de materias primas líticas locales y foráneas por comunidad.

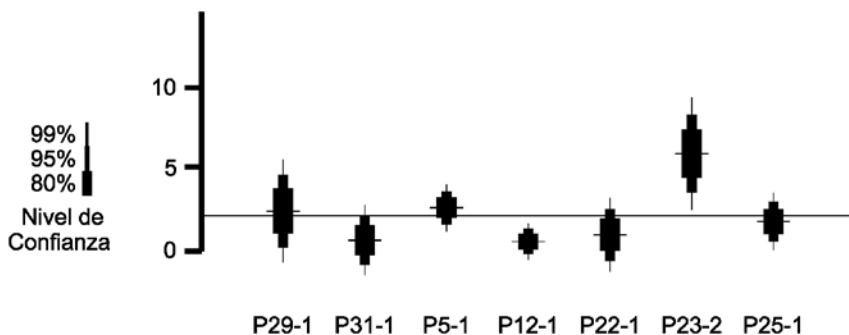


Figura 3. Proporción de materias primas líticas foráneas y niveles de confianza para las comunidades de Isla Mocha. La línea horizontal corresponde al promedio de las comunidades.

Los restos faunísticos, salvando el problema de que la mayoría de los especímenes sólo pudieron ser clasificados a nivel de clase u orden, muestran la presencia de mamíferos terrestres (camélidos, cérvidos, cánidos, roedores), mamíferos marinos (otáridos, cetáceos), aves, peces de orilla y moluscos. De estos, la taxa más importante para el consumo humano –y presente en todos los sitios– habrían sido los camélidos, que dado su mayor volumen lo distingue de otras que, sin embargo, están más representadas (roedores y peces). La presencia e importancia de los camélidos es relevante pues al ser un animal no-nativo a Isla Mocha, su aparición en los sitios arqueológicos implica su traslado a y/o crianza en la isla (Becker 1997); lo mismo se extiende a cérvidos y cánidos (Campbell y Martínez 2017). Por otra parte, la representación diferencial de los camélidos en comparación con otras taxa, es más fácil de explicar en términos de la localización de cada comunidad en la isla y de sus recursos inmediatamente disponibles en su entorno, y no en relación a procesos de diferenciación social. Por tanto, es factible plantear que en cuanto a acceso a y consumo de especies animales, las siete comunidades estudiadas son bastante similares. A su vez, los escasos instrumentos óseos recuperados tampoco permiten plantear diferencias en cuanto a actividades realizadas en las distintas comunidades.

Los restos arqueobotánicos muestran la presencia tanto de especies cultivadas como silvestres (Roa 2016; Roa et al. 2015). Entre las primeras las más representadas son *C. quinoa* (quinoa) y *Z. mays* (maíz), aunque también hay presencia de *P. vulgaris* (poroto); entre las segundas, está *Fragaria chiloensis* (frutilla silvestre), *Rubus* sp. (frambuesa silvestre), *Aristotelia chilensis* (maqui) y *Ugni molinae* (murtilla), entre otras. La representación de especies en los sitios no muestra

mayores diferencias entre ellos o, al menos, diferencias que puedan vincularse a diferenciación social. Por su parte, el análisis de micro-restos en fragmentos cerámicos realizado sólo para la comunidad P5-1 ha indicado daños afines a fermentación de *Z. mays* y *F. chiloensis*, lo que es interpretado como manufactura y consumo de chicha (Godoy 2016, 2018). Por tanto, en todos los sitios vemos un stock básico de recursos, y las diferencias en representación son más simples de asignar a problemas de conservación, y no a un acceso explícitamente diferencial a estos.

Piezas de metal fueron recuperadas sólo en las comunidades P5-1 y P23-2. En el primer caso, estas corresponden a tres tubos manufacturados en bronce (aleación cobre-estaño) y un pendiente en una aleación cobre-arsénico; mientras en el segundo caso, a un alambre en un cobre de altísima pureza (> 99% cobre) y un posible fragmento distal de un aro circular plano, aun no analizado, pero cuyo material base es cobre (Campbell et al. 2015). Hemos planteado (Campbell et al. 2018) que las piezas en bronce, dada la distribución de sus materias primas en Sudamérica, debiera explicarse por redes de intercambio que articulan el Sur de Chile con el Altiplano boliviano y Noroeste argentino. En cambio el cobre-arsénico y cobre de alta pureza pudiera provenir de menas más locales. La presencia de estos bienes, más allá del origen de sus materias primas y de si fueron manufacturados localmente o no, indicaría el acceso en estas dos comunidades a bienes muy circunscritos, y que por tanto, pudieran servir de diferenciación social.

Adicionalmente, 36 cuentas de adorno y preformas de estas fueron recuperadas en seis de las siete comunidades investigadas, siendo P31-1 el único que no las presentó (Tabla 6). De estas, todas están manufacturadas en materias primas disponibles para cualquier comunidad: concha, hueso y piedra sedimentaria. La única excepción a esto lo constituyen dos cuentas en turquesa halladas en las comunidades P25-1 y P22-1. La fuente de esta materia prima podría encontrarse en Neuquén o Córdoba en actual territorio argentino, o desde Atacama al norte en Chile (Campbell et al. 2018). Por otra parte, las cuentas muestran una inusual distribución, pues 30 de las 36 recuperadas provienen de comunidades del lado sur: P25-1, P23-2 y P22-1. Estos dos últimos fenómenos podrían vincularse a fenómenos de diferenciación ocurriendo entonces entre ambos lados de Isla Mocha. En esto es fundamental considerar el alto valor social que tenían las cuentas, según es referido en la documentación etnohistórica temprana del Sur de Chile (Góngora Marmolejo 1990[1575]:166, 193, 227; González de Nájera 1889[1614]:47; Mariño de Lobera 1865[1595]:348).

LADO	SITIO	CONCHA	HUESO	PIEDRA SEDIMENTARIA	TURQUESA	TOTAL SITIO	TOTAL LADO
Norte	P29-1		1			1	6
	P31-1					-	
	P5-1	2				2	
	P12-1	2	1			3	
Sur	P22-1	3		3	1	7	30
	P23-2	12				12	
	P25-1	8		2	1	11	
total		27	2	5	2	36	36

Tabla 6. Frecuencia de materias primas de cuentas de adorno por comunidad.

Por último, la información cronológica obtenida a partir de los 59 fechados ^{14}C realizados¹¹ (Campbell y Pfeiffer 2017:Supplemental Table 1), permite desplegar una serie de inferencias. Primero que todo, el fechado más temprano obtenido por nosotros para cada una de las siete comunidades investigadas estribó entre ~ 850 y ~ 1300 d.C (Tabla 7)¹². La mayoría de estas, sin embargo, habría empezado su ocupación hacia alrededor del 1000-1100 d.C., siendo esto común a ambos lados de la isla.

Estos datos son muy interesantes si consideramos que en las investigaciones de Quiroz y Sánchez se identificaron materiales y componentes estratigráficos adscribibles al Complejo Pitren del Periodo Alfarero Temprano (400-1000 d.C.) (Sánchez 1997; Palma 2016). En particular, para los sitios P5-1, P21-1, P22-1 y P25-1 se obtuvieron fechados absolutos mucho más tempranos que los nuestros (Tabla 7). De ninguna forma desestimamos dichos contextos y fechados, los que incluso hemos considerado en otros trabajos (Campbell 2015). Por el contrario, nos dejan con la inquietud respecto a las características de dichos contextos, al punto de no lograr nosotros dar con ellos fehacientemente en ninguna comunidad. Parte de estas discrepancias pudieran relacionarse a que nosotros priorizamos la realización de fechados taxón ^{14}C , en cambio los fechados de Quiroz y Sánchez fueron sobre carbón y concha (^{14}C) o cerámica (termoluminiscencia [TL]). A su vez, aspectos como este estimamos que respaldan nuestra decisión metodológica de basar nuestra investigación sólo en los materiales generado por nosotros.

Continuando, para alrededor del 1000 d.C. hemos fijado el inicio de la construcción de la plataforma y los montículos ubicados en el lado norte, a través del fechado del paleosuelo enterrado. En este mismo rango se ubica el fechado directo más temprano para camélido (comunidad P25-1 del lado sur). A su vez,

LADO	SITIO	FECHADO 14C Q Y S		FECHADO TL Q Y S		FECHADO 14C C	
		MÁS TEMPRANO	MÁS TARDÍO	MÁS TEMPRANO	MÁS TARDÍO	MÁS TEMPRANO	MÁS TARDÍO
Norte	P29-1					1000	1350
	P31-1	1250	1500			1250	1550
	P5-1	850	1300			1100	1450
	P12-1	1350	1400			1300	1450
	P22-1	900	900	750	800	850	1450
Sur	P23-2					1000	1750
	P25-1	100	1700	700	1150	1000	1500
	P21-1	1150	1600	200	1250	1400	1400

Tabla 7. Fechado más temprano y más tardío para cada comunidad, considerando técnica de fechación (14C o TL) y equipo de investigación (Q y S: Quiroz y Sánchez; C: Campbell). En negrita el fechado más temprano y más tardío obtenido para cada comunidad considerando todos los fechados existentes. Se presenta el dato de la mediana de la probabilidad redondeado a la cincuentena más cercana.

alrededor del 1000-1100 d.C. tenemos fechada directamente la presencia más temprana de maíz (en las comunidades P5-1 y P23-2, lado norte y sur, respectivamente). Por otra parte, alrededor del 1300 d.C. podemos fijar un momento en que las ocho comunidades identificadas –se incluye la P21-1 a partir del trabajo de Quiroz y Sánchez– estarían en funcionamiento. Estas presentarían ahora, además de maíz y camélidos, restos de poroto y quinoa. La información edafológica nos permite estimar también que para esta última fecha la construcción de la plataforma y los montículos ya estaba concluida (Campbell y Pfeiffer 2017).

Un punto adicional a señalar es la falta de integridad crono-estratigráfica de los pozos de sondeo realizados, lo que se refleja en que niveles más profundos entreguen fechados más recientes que otros más superficiales (y viceversa). Esta situación nos ha obligado a considerar el depósito de las siete comunidades como un solo bloque temporal, que alcanza desde el fechado más temprano obtenido por nosotros para esta, hasta el momento del despoblamiento colonial en 1687 d.C. Esto es un claro impedimento para una evaluación diacrónica de la trayectoria socio-política de Isla Mocha, y que nos obliga a desdecirnos de ciertas propuestas relativas a un “empobrecimiento” de los contextos a través del tiempo (Campbell 2011). Sin embargo, por otro lado, estimamos que este fenómeno da cuenta de la intensiva y recurrente ocupación de estos espacios por parte ya de sus habitantes prehistóricos. Respecto a esto es clave agregar que los colonos chilenos arribados desde 1840 d.C. han desarrollado una agricultura no-mecanizada y que, por tanto, ellos no bastarían para explicar el grado de alteración que presentan los contextos arqueológicos.

Discusión

La evidencia presentada nos muestra algunos aspectos que pudieran apuntar en la línea de ser materializaciones de diferenciación social. Estos son la presencia y distribución de ciertos tipos de decoración cerámica, las materias primas líticas foráneas a la isla (obsidiana, sílice y turquesa), las piezas de metal y las cuentas de adorno. Esto a su vez, inserto en el escenario que nos entrega la ubicación de las siete comunidades dentro de la isla. Del mismo modo, hay otros que no nos entregan información atingente o directamente interpretable en aquellos términos, como son la cerámica monocroma y los restos arqueobotánicos y zooarqueológicos.

Planteado de esta forma, hay dos comunidades que sistemáticamente parecen distinguirse de las restantes. Estas son P5-1 y P23-2, aunque con algunas pe-

cularidades. Por una parte, P5-1 presentó tres de los cinco tipos de decoración cerámica identificados, es uno de los sitios con mayor proporción de obsidianas y sílices, y entregó cuatro piezas de metal. A esto se agrega el que sería una de las comunidades más grandes de la isla y que se ubica en el lado norte, directamente enfrentando al continente. Sin embargo, presenta la más baja proporción de cerámica decorada. Por su parte, P23-2 presentó la mayor proporción de fragmentos cerámicos decorados y cuatro de los cinco tipos de decoración identificados, siendo dos exclusivos a esta comunidad. Además cuenta con la mayor proporción de materias primas líticas (particularmente sílices), la mayor cantidad de cuentas (todas ellas en concha) y con dos piezas de metal. Sin embargo es una de las comunidades más pequeñas y se ubica “arrinconada” en el extremo suroeste de la isla.

En una posición intermedia quedarían las otras comunidades. Por ejemplo, P31-1 del lado norte, que pese a ser una de las más grandes no presentaría ninguna evidencia peculiar en cuanto a diferenciación social. O P25-1 del lado sur –la comunidad más “aislada”– y P12-1 del lado norte, ambas de tamaño medio y que cuentan con tres de los cinco tipos de decoración cerámica identificados y con una baja proporción de materias primas líticas foráneas, aunque la primera de estas tiene una altísima proporción de cuentas, incluida una en turquesa.

A su vez, ya a escala de la isla debemos señalar la diferencia entre el lado norte y sur en cuanto a la distribución de las cuentas de adorno, que priman significativamente en el lado sur. Por último, sólo en el lado norte hemos identificado evidencias de arquitectura pública, representadas en la plataforma y los dos montículos. Este complejo arquitectónico, constituye así la única obra de su tipo en la isla y debió de haber demandado un esfuerzo supra-doméstico. Esto sumado a su autonomía física y visual en relación a las comunidades locales vecinas, haría de este espacio un lugar enteramente público y no apropiado por alguna comunidad en particular.

Conclusiones

Los dos proyectos de investigación desarrollados en Isla Mocha nos permitieron generar una primera propuesta respecto a la diferenciación social de esta isla en tiempos del Complejo El Vergel (1000-1550 d.C.). En esto fue clave el poder desarrollar e implementar una metodología idónea a nuestros objetivos de investigación. De esta forma la prospección de cobertura total nos generó una primera imagen de la distribución del material. Esta fue luego evaluada a través

de la red de pozos de sondeo realizados en siete de las ocho comunidades locales identificadas. Dicha red nos permitió así abarcar estas comunidades en toda su extensión, de una forma eficiente y poco invasiva, generando muestras representativas para de cada una de estas y comparables entre sí.

Nos es posible decir entonces que la población que habitó Isla Mocha desde alrededor del 1000 d.C. en adelante practicó una economía que combinaba la producción de alimentos (cultivo de maíz, quinoa, poroto; manejo de camélidos) con actividades de caza, recolección y pesca. A la vez estas mantuvieron contactos con las comunidades continentales de modo de proveerse de distintos bienes tales como ciertas materias primas líticas (obsidiana, sílice, turquesa) y artefactos de metal en distintas aleaciones, estos entre los más evidentes. Por tanto, la evidencia apunta a que cada una de estas comunidades habría desarrollado una existencia autónoma en lo referido a la subsistencia, a la vez que la mayoría de ellas lograría acceder –en mayor o menor grado– a bienes que podríamos considerar de prestigio.

Por tanto, para estos casi 700 años de historia isleña (1000-1687 d.C.), la información apuntaría hacia la existencia de una sociedad afín a aquellas denominadas trans-igualitarias. Es decir, en las cuales si bien podemos identificar elementos de diferenciación social que pudieran estar hablándonos de diferencias de status, estas no generan una desigualdad evidente en cuanto a poder y reflejadas en jerarquización social. Dicho de otra forma, que ninguna comunidad estaría logrando acaparar o controlar bienes de una forma tal que gatille transformaciones sociales más profundas, o al menos no de una forma que nosotros podamos detectarla materialmente o con las herramientas metodológicas y analíticas desplegadas. En este contexto, como ya se señaló en la Discusión, P5-1 y P23-2 destacan como las dos comunidades más peculiares y que más parecieran estar distinguiéndose de las otras.

Dado esto no nos es posible ubicar a las comunidades locales isleñas respecto a un eje de jerarquía, donde unas fehacientemente den cuenta de haber concentrado el poder social. Sin embargo, no podemos descontar la posibilidad de que la sociedad bajo estudio si haya presentado algún tipo de jerarquización social, pero que esta no esté vinculada a elementos materiales, sino que refiera a aspectos más bien ideológicos. Precisamente la existencia de dichos mecanismos más invisibles pudieran estar representados en la plataforma y montículos, en consideración de que esta es un área no apropiada por ninguna comunidad. A su vez, este sería un espacio público que daría cuenta de las dinámicas de integración social que desplegaron las comunidades locales de Isla Mocha.

En consideración de esto, podemos decir que la diferenciación social en Isla

Mocha en el lapso temporal abordado no pareciera presentarse sin lograr gatillar nuevas y subsiguientes transformaciones sociales. No está demás decir, que la adecuada comprensión de estos fenómenos pasa así por la capacidad de lograr ponderar diversas líneas de evidencia y distintas escalas de análisis. Por último, una tarea pendiente es lograr caracterizar adecuadamente la ocupación previa –correspondiente al Complejo Pitrén– de modo de poder fijar una línea de base local desde la cual comprender lo posterior.

Agradecimientos. A los proyectos NSF BCS-0956229, FONDECYT 3130515 y FONDECYT 11150397. A todas y todos que han participado en estos proyectos. A Andrés Troncoso. Al Consejo de Monumentos Nacionales a través de los ORD N° 0248 de 2009, N° 5355 de 2012, N° 4977 de 2013 y N° 0122 de 2015.

NOTAS

1. Proyectos FONDECYT 1921129, 1950175, 1990027 y 1020272
2. En dicho proyecto se prospectó el área correspondiente a las parcelas 28, 29, 30, 31, 1, 2, 3, 4 y 5; y se excavó los sitios P29-1, P31-1 y la plataforma y montículos.
3. En el caso del proyecto NSF BCS-0956229 los pozos de sondeo fueron de 50 x 50 m
4. Ellos proponen que una comunidad local estará dada por un grupo de unidades domésticas en proximidad espacial, las que interactuarán socialmente de forma más intensa entre sí, que con otras unidades más distantes. De esta forma se crearán conjuntos espaciales distribuidos en el territorio, los que arqueológicamente serían reconocibles como un conjunto delimitado de restos domésticos.
5. La codificación de los sitios sigue aquella implementada por Quiroz y Sánchez, en donde los números previos al guión identifican la parcela donde está el sitio, y los posteriores al número del sitio dentro de dicha parcela. De esta forma, por ejemplo, el sitio P19-3 corresponde al tercer sitio hallado en la Parcela 19.
6. Por complicaciones vinculadas a autorizaciones no fue posible abordar la comunidad P21-1. Nuestra campaña de excavación ocurrió a meses del fallecimiento del propietario de dicha parcela.
7. Como ya se señaló, el presente trabajo sólo considera el material generado en nuestros proyectos.

8. Estas corresponden a distancias efectivas rodeando el cordón montañoso central en ambos casos. La distancia lineal es menor.
9. Este incluye algunos fragmentos con engobe naranja.
10. Este incluye los fragmentos con engobe blanco que dado su tamaño seguramente no alcanzaron a presentar motivos rojos
11. Se incluye en este conteo tres fechados de alrededor del 1900 a.C., afines a los contextos de cazadores-recolectores navegantes arcaicos de Isla Mocha. Estos no son considerados en la discusión subsiguiente.
12. Los fechados fueron calibrados con la curva ShCal13 (Hogg et al. 2013), usando el programa Calib 7.1 (Stuiver et al. 2017).

Bibliografía

- Aldunate, C. 1989. Estadio alfarero en el sur de Chile. En *Prehistoria, desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 329–348. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Aldunate, C. 2005. Una reevaluación del Complejo Cultural El Vergel. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 331-336.
- Ames, K. 2007. The Archaeology of Rank. En *Handbook of Archaeological Theories*, editado por R. A. Bentley, H. D. G. Maschner y C. Chippendale, pp. 487-513. AltaMira Press, Lanham.
- Anderson, D. 1990. Stability and Change in chiefdom-level societies: An examination of mississippian political evolution on the South Atlantic slope. En *Lamar Archaeology: Mississippian Chiefdoms in the Deep South*, editado por M. Williams y G. Shapiro, pp. 187-252. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- Anderson, D. 2002. Evolution of tribal social organization in the southeastern United States. En *The Archaeology of Tribal Societies*, editado por W. Parkinson, pp. 246-277. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.
- Bahamondes, F. 2009. *La cerámica prehispanica tardía de Araucanía Septentrional: El Complejo Arqueológico El Vergel y su relación con la hipótesis del proceso de andinización*. Tesis para optar al título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Becker, C. 1997. Los antiguos mochanos, como interactuaron con la fauna que hallaron y llevaron a la isla. En *La Isla de las Palabras Rotas*, editado por D. Quiroz y M. Sánchez, pp. 159-167. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.

- Bengoa, J. 2003 *Historia de los Antiguos Mapuches del Sur*. Catalonia, Santiago.
- Boccarda, G. 1999. Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII). *Hispanic American Historical Review* 79(3): 425-461.
- Boccarda, G. 2007. *Los Vencedores, Historia del Pueblo Mapuche en la Época Colonial*. Instituto Investigaciones Arqueológicas y Museo R. P. Gustavo Le Paige S.J. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
- Bogucki, P. 1999. *The Origins of Human Society*. Blackwell Publishers, Oxford y Malden.
- Bullock, D. 1970. La Cultura Kofkeche. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* XLIII: 1-203.
- Campbell, R. 2004. *El trabajo de metales en la Araucanía (siglos X-XVII d.C.)*. Memoria para optar al título profesional de Arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Campbell, R. 2011. *Socioeconomic differentiation, leadership, and residential patterning at an Araucanian Chiefly Center (Isla Mocha, AD 1000-1700)*. Ph.D. Dissertation, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- Campbell, R. 2014. Organización y diferenciación social a través de tres comunidades de isla Mocha (1000-1700 d.C.). Aspectos metodológicos y sus proyecciones. En *Distribución Espacial en Sociedades no Aldeanas*, editado por F. Falabella, L. Sanhueza, L. Cornejo e I. Correa, pp. 29-50. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología N° 4, Santiago.
- Campbell, R. 2015. So near, so distant. Human occupation and colonization trajectories on the Araucanian islands (Southern Chile: 37° 30" S, 7,000 – 1,000 cal BP [5,000 cal BC – 1,000 cal AD]). *Quaternary International* 373:117-135.
- Campbell, R.; H. Carrión, V. Figueroa, Á. Peñaloza, M.T. Plaza y C. Stern. 2018. Obsidianas, turquesas y metales en el sur de Chile. Perspectivas sociales a partir de su presencia y proveniencia en Isla Mocha (1.000-1.700 d.C.). *Chungara* 50(2): 217-234.
- Campbell, R. e I. Martínez. 2017. 4,000 years of animal translocations: Mocha Island and its zooarchaeological record. Ponencia presentada en *Society for American Archaeology 82nd Meeting*, Vancouver, Canadá.
- Campbell, R. y M. Pfeiffer. 2017. Early public architecture in Southern Chile. Archaeological and pedological results from the Mocha Island mounds and platform complex. *Latin American Antiquity*, 28(4): 495-514.

- Campbell, R., M.T. Plaza y V. Figueroa. 2015. Nuevos antecedentes para la tradición de trabajo de metales El Vergel. Ponencia presentada en *XX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Concepción, Chile.
- Campbell, R. y D. Quiroz. 2015. Chronological database for Southern Chile (35° 30' S - 42° S): ~33,000 BP to present. Human implications and archaeological biases. *Quaternary International* 356:39-53.
- Campbell, R., C. Stern y Á. Peñaloza. 2017. Obsidian in archaeological sites on Mocha Island, southern Chile: Implications of its provenience. *Journal of Archaeological Science: Reports* 13:617-624.
- Casanova, H. 1985. El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica. En *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza*, editado por S. Villalobos y J. Pinto, pp. 72-91. Universidad de la Frontera, Temuco.
- Clark, J. y M. Blake. 1994. The power of prestige: competitive generosity and the emergence of rank societies in lowland Mesoamerica. In *Factional Competition and Political Development in the New World*, editado por E. Brumfiel y J. Fox, pp. 17-30. Cambridge University Press, Cambridge.
- Dillehay, T. 1990. Las culturas alfareras formativas del extremo sur de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 5(17):101-114.
- Dillehay, T. 2007. *Monuments, Empires, and Resistance*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Drennan, R. y C. Peterson. 2012. Challenges for comparative study of early complex societies. En *The Comparative Archaeology of Complex Societies*, editado por M. Smith, pp. 62-87. Cambridge University Press, Cambridge.
- Drennan, R., C. Peterson, y J. Fox. 2010. Degrees and kinds of inequality. En *Pathways to Power*, editado por T. Douglas Price y G. Feinman, pp. 45-76. Springer, New York.
- Fowles, S. 2002. From social type to social process: placing "tribe" in a historical framework. En *The Archaeology of Tribal Societies*, editado por W. Parkinson, pp. 13-33. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.
- Godoy, C. 2016. *Una evaluación del procesamiento vegetal y la elaboración de bebidas fermentadas en un contexto El Vergel de Isla Mocha (1.000-1.400 d.C.)*. Memoria para optar al título profesional de arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Godoy, C. 2018. Evaluando el procesamiento vegetal y la elaboración de bebidas fermentadas en un contexto El Vergel de Isla Mocha (1000-1300 d.C.) *Chungara* 50(1):107-120.

- Goicovich, F. 2010. Primer catastro de familias Reche-Mapuches en el reino de Chile: Isla Mocha, 1685. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 170:133-167.
- Goicovich, F. y D. Quiroz. 2008. *De Insulares a Continentales (La Historia de los Mochanos, desde los Orígenes hasta su Desintegración Social en la Misión de San José de la Mocha)*. Serie Estudios. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago.
- Góngora y Marmolejo, A. de 1990[1575]. *Historia de todas las Cosas que han Acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han Gobernado: (1536-1575)*. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.
- González de Nájera, A. 1889[1614]. *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile*. Imprenta Ercilla, Santiago.
- Hayden, B. 1995. Pathways to power: principles for creating socioeconomic inequalities. En *Foundations of Social Inequality*, editado por T. Douglas Price y G. M. Feinman, pp. 15-86. Plenum Press, New York.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney y S. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0–50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.
- López, M. 2017. *Integración social a nivel supra doméstico de las comunidades presentes en Isla Mocha durante el período Alfarero Tardío: Una aproximación a partir de los estilos tecnológicos de producción cerámica*. Memoria para optar al título profesional de arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Mariño de Lobera, P. 1865[1595]. *Crónica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Imprenta del Ferrocarril, Santiago.
- Menghin, O. 1959-60. Estudios de prehistoria araucana. *Acta Praehistorica* III-IV: 49-120.
- Navarro, X. y C. Aldunate. 2002. Un contexto funerario de la Cultura El Vergel. *Gaceta Arqueológica Andina* 26:207-222.
- Palma, G. 2016. *Variabilidad en la cerámica del Periodo Alfarero Temprano en la zona septentrional de la Araucanía*. Memoria para optar al título profesional de arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Peterson, C.E. y R.D. Drennan. 2005. Communities, settlements, sites, and surveys: regional-scale analysis of prehistoric human interaction. *American Antiquity* 70(1):5-30.

- Price, T.D. y O. Bar-Yosef. 2010. Traces of inequality at the origins of agriculture in the ancient Near East. En *Pathways to Power*, editado por T. Douglas Price y G. Feinman, pp. 147-168. Springer, New York.
- Quiroz, D. 1991. Los Mapuche de la Isla Mocha a fines del siglo XVII: datos sobre la estructura familiar. *Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 6: 17-20.
- Quiroz, D. 2003. *Catastro patrimonio arqueológico Mapuche, Provincia de Arauco*, Informe Final. Gobierno Regional: Región del Biobío, and Gobierno de Chile: Ministerio de Planificación y Cooperación y Conadi Dirección Regional del Bio-Bío, Santiago y Concepción. Manuscrito.
- Quiroz, D. y M. Sánchez (Eds.). 1997. *La Isla de las Palabras Rotas*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.
- Roa, C. 2016. *De la Quinoa Mapuche a la Frutilla Silvestre: el Aprovechamiento de Recursos Vegetales de Importancia Alimenticia en Isla Mocha (1050-1687 d.C.)*. Memoria para optar al título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Roa, C., C. Silva y R. Campbell. 2015. El aporte de la Isla Mocha al conocimiento sobre el aprovechamiento de plantas con valor alimenticio en el Sur de Chile (1000-1700 d.C.). *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 549-559. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Sánchez, M. 1997. El período alfarero en la isla Mocha. En *La Isla de las Palabras Rotas*, editado por D. Quiroz y M. Sánchez, pp. 103-131. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.
- Sánchez, M., D. Quiroz y M. Massone. 2004. Domesticación de plantas y animales en la Araucanía: datos, metodologías y problemas. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. *Chungara* Tomo I: 365-372.
- Silva, O. 1984. En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos. *Cultura-Hombre-Sociedad* 1(1):89-115.
- Silva, O. 1985 Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispanos. *Cuadernos de Historia* 5:7-24.
- Stuiver, M., P.J. Reimer y R.W. Reimer. 2017. CALIB 7.1 [WWW program]. Disponible en <http://calib.org> con acceso el 13-09-2017.
- Villalobos, S. 1982. Tres siglos y medio de vida fronteriza. En *Relaciones Fronterizas en la Araucanía*, editado por S. Villalobos, C. Aldunate, H. Zapater, L.M. Méndez, y C. Bascuñán, pp. 9-64. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.

TRAYECTORIA HISTÓRICA Y COMPLEJIDAD ENTRE LOS CAZADORES-RECOLECTORES- PESCADORES DEL HOLOCENO MEDIO EN LA COSTA NORTE DE CHILE

Diego Salazar, Ximena Power, Pedro Andrade, Carola Flores,
Sandra Rebolledo, Jimena Torres, Gabriel Easton, Ignacio Monroy,
Cesar Borie, Laura Olguín y Jean Louis Guendón

Introducción

Uno de los principales hitos en la antropología y arqueología de sociedades cazadoras recolectoras fue el simposio *Man the Hunter* (Lee y Devore 1968), el cual logró imponer un cierto consenso en torno a los cazadores-recolectores, enfatizando la idea de que “viven en grupos pequeños” y “se mueven mucho”, es decir, son altamente nómades (Lee y Devore 1968: 11; Sahlins 1968, 1972; véase también Bittmann 1986 y Gowdy 1998, entre otros). De acuerdo con Kelly (1995: 14), la conferencia creó un nuevo modelo para estas sociedades, el “*modelo forrajero generalizado*”, definiendo al menos cinco características distintivas derivadas de las dos indicadas más arriba: baja densidad poblacional, ausencia de territorialidad, virtual ausencia de almacenaje, flexibilidad en la composición de las bandas e igualitarismo.

No obstante el impacto e influencia de esta concepción de las sociedades cazadoras recolectoras, durante las décadas siguientes surgieron visiones críticas y disidentes que cuestionaron el modelo forrajero generalizado, el uso de las etnografías de los !Kung como modelos universalizables y la concepción de las sociedades cazadoras recolectoras como esencialmente igualitarias (Binford 1980; Testart 1982; Woodburn 1980, 1982). Un ejemplo de lo anterior es la discusión, a partir de evidencia etnográfica y etnohistórica, sobre sociedades cazadoras-recolectoras no igualitarias en casos como los grupos de la costa noroeste de Norteamérica, los Chumash de California, los Calusa de Florida o los Ainu del Japón (Gamble 2008; Marquardt 1988; Sassaman 2004; Watanabe 1968; entre otros). Desde inicios de la década de 1980, la arqueología se ha sumado activamente al debate sobre los grupos de cazadores-recolectores “complejos” y ha contribuido notablemente a la comprensión de estos a partir de casos de estudio que han permitido extender la presencia de este tipo de sociedades mucho más allá de los pocos casos etnográficos/etnohistóricos conocidos (p.e. Arnold 1996; Feldman 1987; Habu 2004; Ha-

yden 2010; Keen 2006; Koyama y Thomas 1981; Loponte et al. 2002; Lourandos 1985 y 1997; Moseley 1975; Price y Brown 1985; Rowley-Conwy 1983; Sassaman 2004; Yacobaccio 2006, entre otros). Buena parte de estos ejemplos proviene de sociedades con adaptaciones marítimas, cuya relación con niveles más altos de sedentarismo y complejidad social ha sido reconocida desde hace varias décadas por diversos estudios basados en una perspectiva etnográfica o etnoarqueológica comparada (p.e. Arnold 1996; Binford 1990 y 2001; Borrero y Barberena 2006; Fitzhugh 2003; Keeley 1988; Kelly 1995; Yesner 1980).

No obstante los avances logrados, la identificación de sociedades cazadoras recolectoras “complejas” en la prehistoria impone una serie de desafíos teóricos y metodológicos a la arqueología. ¿Qué es finalmente una sociedad cazadora recolectora compleja? y ¿cómo se la(s) identifica en el registro arqueológico? Estas preguntas tienen relación con nuestras concepciones teóricas acerca de la complejidad social, y con la definición de indicadores y expectativas arqueológicas. Respecto de las definiciones conceptuales, la literatura muestra aproximaciones diferentes –e incluso contradictorias– que van desde una posición más estricta de restringir el uso de complejidad a aquellas sociedades con desigualdad en las relaciones sociales de producción y con posiciones sociales privilegiadas hereditarias (p.e. Arnold 1996; Hayden 2010), a algunas propuestas más flexibles donde se define a las sociedades cazadoras-recolectoras complejas como aquellas que no se corresponden con el paradigma del modelo forrajero generalizado (Ames 2013), o las que adoptan un concepto de complejidad “abierto a múltiples características definitorias, no necesariamente presentes en todos los casos y/o en forma simultánea” (Hocsman 2002: 194).

Si bien estas concepciones teóricas tienen variadas implicancias en términos de los indicadores arqueológicos para reconocer complejidad social en cazadores-recolectores, en la literatura se ven consensos en torno a variables definitorias, aun cuando, tal como señala Hocsman (2002), estas no necesariamente están presentes en forma simultánea o en todos los casos. Entre las variables más recurrentemente asociadas a complejidad social destacan la alta densidad poblacional, sedentarismo o baja movilidad residencial, circunscripción social y territorialidad; propiedad sobre los recursos, intensificación económica, producción de excedentes o focalización en pocos recursos críticos; estatus hereditario, complejos rituales, valores estandarizados, bienes de prestigio, almacenaje, manipulación de los ambientes para incrementar la productividad, tecnologías complejas y especializadas e intercambio interregional (Ames y Maschner 1999; Hayden 2010; Hocsman 2002; Keeley 1988; Kelly 1995; Price y Brown 1985; Rowley-Conwy 2001, entre otros).

Sin desmerecer la importancia indiscutida de estos aportes, uno de los peligros de los estudios sobre complejidad en cazadores-recolectores es una tendencia tipológica hacia la reificación del concepto “cazadores-recolectores complejos”. Un énfasis desmedido en las definiciones de “tipo(s)” de sociedad o en la caracterización teórica y universalista de la complejidad social en cazadores-recolectores podría llevarnos a desconocer la variabilidad de expresiones que adquirió la complejidad en sociedades específicas en determinados momentos de su trayectoria cultural (Kim y Grier 2006; McGuire 1983)¹. La distinción propuesta por Hayden (1995) entre sociedades igualitarias, transigualitarias y estratificadas constituye un aparente avance, pero aún muy insuficiente para capturar adecuadamente la variabilidad cultural de los grupos cazadores-recolectores. Por eso preferimos seguir a Yacobaccio (2006: 306) cuando argumenta que la complejidad social en cazadores-recolectores “puede tener muchas configuraciones y una gran variabilidad, dado que es una propiedad emergente de ciertas trayectorias sociales, históricas y ambientales”.

Dado que la complejidad no es una condición ni necesaria ni irreversible (Ames 2013; Kaner 2011; Price 1995; Rowley-Conwy 2001), y que puede expresarse de modos diferentes en diversos contextos sociales e históricos, consideramos que la proyección al pasado de modelos derivados de la etnografía comparada o incluso desde la etnohistoria debe manejarse con reserva (Grier 2017; Wobst 1978)². Por supuesto que toda inferencia en arqueología tiene un componente analógico, y la etnografía y la etnohistoria son fuentes principales de tales analogías (Wylie 1985). No obstante, también es importante que las modalidades de organización social del pasado sean inferidas desde los propios datos arqueológicos, de modo de que estos actúen como “resistencia” a los modelos teóricos, para evitar de esta manera el círculo vicioso denunciado por Wobst que en última instancia conduce a invisibilizar la diversidad de las trayectorias históricas locales (Finlayson y Warren 2017; Kim y Grier 2006). Por lo tanto, más que buscar rasgos “universales” de complejidad social o proyectar directamente modelos de organización social desde la etnografía y la etnohistoria al pasado, consideramos que la arqueología debe encontrar estrategias alternativas que le permitan observar independientemente los procesos históricos locales de constitución y transformación de los sistemas sociales de grupos cazadores-recolectores (Grier 2017; Sassaman y Holly 2011), contribuyendo de este modo a la teoría antropológica mediante una apreciación más cabal de la diversidad de este tipo de sociedades, de sus trayectorias históricas particulares y de la propia complejidad social (Finlayson 2017).

En el presente trabajo intentamos avanzar en esta dirección, discutiendo los procesos de continuidad y cambio en los sistemas sociales de los grupos cazadores-recolectores-pescadores de la costa arreica del norte de Chile en el contexto de la trayectoria histórica de estas sociedades durante el Holoceno Medio (ca. 8.200 – 4.200 a.p.). Si bien varios trabajos han discutido acerca de “complejidad social” en estas poblaciones (p.e. Ballester y Gallardo 2011; Núñez y Santoro 2011), se carece aún de un estudio suficientemente detallado de los procesos históricos locales que permita detectar y entender las condiciones en las que aparecen rasgos de complejidad y, sobre todo, las características particulares que estos rasgos adquirieron (Ballester et al. 2018; Kaner 2011). La perspectiva que empleamos en este trabajo privilegia la interpretación de los sistemas de organización social de los grupos que habitaron la costa arreica en el Holoceno Medio, a partir de: i) la identificación de los patrones de socialidad dominantes en el período, los que podemos inferir arqueológicamente desde la espacialidad de los asentamientos residenciales (Reed-Danahay 2015); ii) la información social transmitida por los estilos y la cultura material (Wobst 1977); y iii) los sistemas de movilidad y prácticas económicas recurrentes (Salazar et al. 2018).

Ambiente y Paleoambiente en la Costa Arreica del Desierto de Atacama

El área de estudio se ubica en el tramo meridional del Desierto de Atacama, entre los 24 y 27°S (Figura 1) y se caracteriza por un arreísmo casi absoluto que la convierte en una de las zonas más secas del planeta. Este desierto hiperárido se encuentra sujeto a un gradiente sur-norte y este-oeste de disminución drástica de las precipitaciones, generalmente asociadas a escasas lluvias de invierno en la parte sur, y de verano hacia la precordillera y borde altiplánico (Figura 2). La costa arreica recibe precipitaciones escasas a nulas, con lluvias torrenciales y esporádicas usualmente asociadas a condiciones El Niño (Vargas et al. 2000, 2006). Pese a lo anterior, las neblinas costeras o camanchaca generan un ambiente lo suficientemente húmedo como para sustentar comunidades vegetales de flora perenne y anual relativamente diversas y ricas en géneros endémicos, tales como líquenes, herbáceas anuales, cactáceas y algunos arbustos (p.e. Gutiérrez y Lazo 1996; Pliscoff y Luebert 2008; Rundel et al. 1991), las cuales han sido objeto de diversos usos por parte de las comunidades humanas hasta la actualidad, incluyendo alimento, combustible, materia prima y medicina. Asociado a la disponibilidad de agua y la cobertura vegetal se organizan comunidades ecológicas

de fauna vertebrada e invertebrada en la que destaca la presencia de mamíferos, reptiles, aves e insectos (Marquet et al. 1998). Por su parte, los ecosistemas costeros y marinos del litoral norte de Chile han sido definidos como uno de los más productivos del mundo debido a la influencia del sistema de la corriente de Humboldt y la surgencia de aguas ricas en nutrientes en el océano costero (Montecino y Lange 2009; Ortlieb et al. 2011; Strub et al. 1998). Se han caracterizado además por una amplia diversidad de especies de fitoplancton, zooplancton, moluscos, peces fitoplanctívoros, peces predadores, cetáceos, mamíferos marinos y aves marinas (Medina et al. 2007; Thiel et al. 2007).

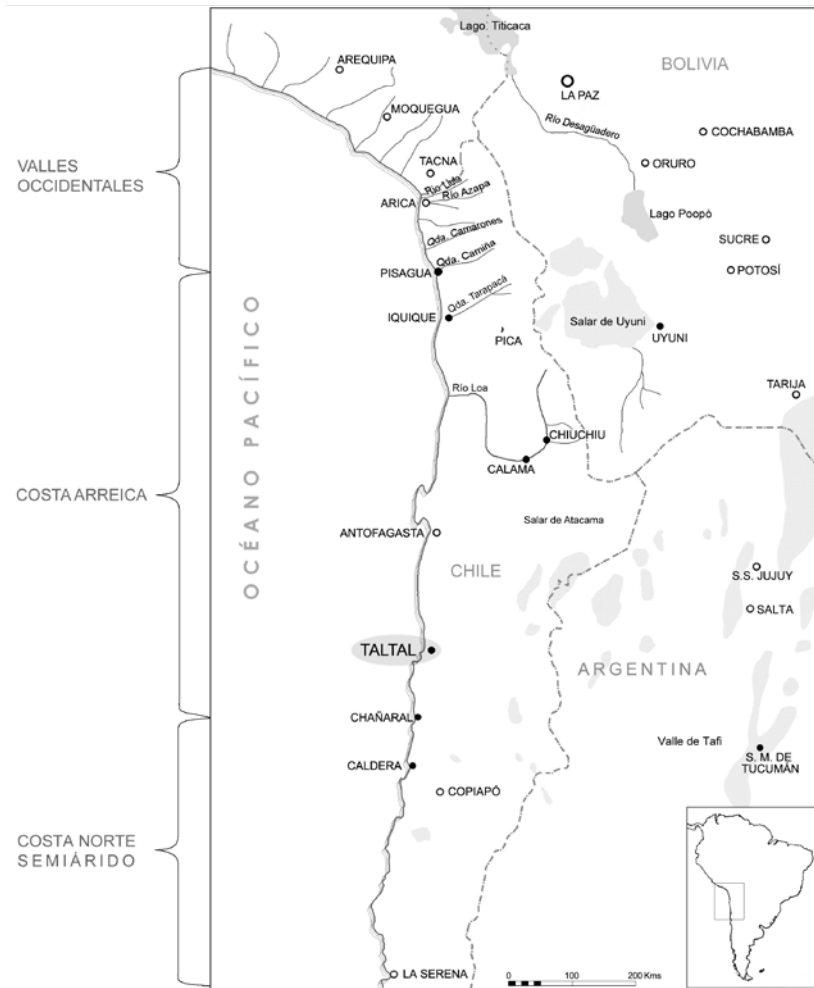


Figura 1. La zona de Taltal y la costa arreica en su contexto macrogeográfico.

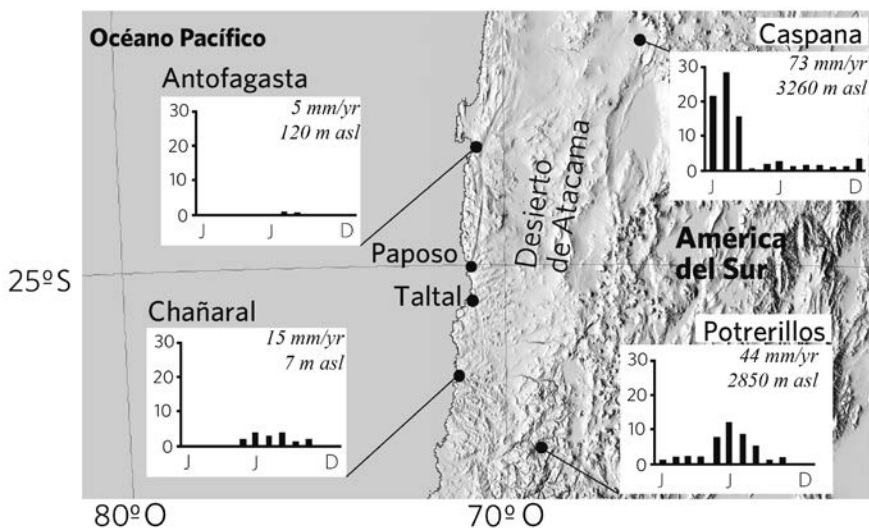


Figura 2. Contexto climático regional de la parte sur del Desierto de Atacama, a partir de los promedios de precipitaciones mensuales en la costa (Chañaral y Antofagasta), y precordillera (Potrerillos y Caspana).

La información paleoambiental disponible para la costa arreica del norte de Chile nos provee de un marco muy general para situar nuestra comprensión de los procesos históricos locales. Trabajos más sistemáticos están disponibles para la costa peruana o el extremo norte y centro de Chile (Carré et al. 2012; De Vries et al. 1997; Gayo et al. 2012; Grosjean et al. 2007; Sandweiss et al. 1996, entre otros), pero la mayoría de ellos presenta escasa resolución para nuestra área de estudio. Con todo, de acuerdo con los antecedentes disponibles, podríamos asumir un incremento en la intensidad y frecuencia de la variabilidad ENOS (El Niño/Oscilación del Sur) durante la segunda mitad del Holoceno (Andrus et al. 2008; De Vries et al. 1997; Sandweiss et al. 2001; Vargas et al. 2006; Williams et al. 2008, entre otros), la que habría implicado un mayor impacto de lluvias torrenciales sobre la costa hiperárida del Desierto de Atacama a partir del 5500-5300 cal. a.p. (Vargas et al. 2006), favoreciendo la recarga de la mayoría de las actuales aguadas del litoral arreico, al menos de la zona de Antofagasta y Taltal-Paposo (Herrera y Custodio 2014).

Asimismo, diversos *proxies* demostrarían la prevalencia de condiciones más húmedas que las actuales durante el Pleistoceno Final y el Holoceno Temprano en la precordillera andina y el borde occidental de la región altiplánica (De Porrás et al. 2017; Grosjean et al. 2007; Pfeiffer et al. 2018; Quade et al. 2008; Sáez

et al. 2016; entre otros), mientras que en la costa arreica el escenario pudo haber estado dominado por fuertes vientos y una aún más marcada ausencia de lluvias, asociado a un reforzamiento del Anticiclón del Pacífico Suroriental Suroriental y temperaturas más frías que en la actualidad en la costa (Vargas et al. 2006). Las condiciones climáticas actuales se habrían establecido hacia el 3,500 cal a.p., a pesar de cierto aumento en la humedad durante el “Formativo” en la precordillera andina (Gayo et al. 2012). Por su parte, datos paleoceanográficos disponibles para la costa norte de Chile sugieren escenarios dinámicos durante el Holoceno. Registros de edades reservorio de radiocarbono marino y terrestre provenientes de la costa sur de Perú (18°S), norte (23°S) y centro (32°S) de Chile, sugieren cambios en los patrones de composición y circulación de las masas de agua asociados a cambios climáticos regionales durante el Holoceno Medio, que habrían derivado en una menor intensidad de surgencia costera respecto al Holoceno Temprano en la costa norte de Chile (Carré et al. 2016; Fontugne et al. 2004; Ortlieb et al. 2011), con su consecuente cambio en la temperatura superficial del mar (Carré et al. 2012, 2016; Kim et al. 2002) y productividad oceánica (Mohtadi et al. 2004). Asimismo, recientes datos locales de la zona de Taltal y Paposos muestran temperaturas superficiales del mar más frías que las actuales durante el Holoceno Temprano y similares a las actuales durante el Holoceno Medio. Este cambio debió traer consecuencias tanto en la cadena trófica marina como en la intensidad de las neblinas costeras que alimentan la vegetación de lomas de la cordillera de la costa (Flores et al. 2018).

Socialidad, complejidad y trayectoria histórica en la costa arreica

Por motivos de espacio, no podemos resumir toda la historia cultural de la costa arreica del norte de Chile en este trabajo, para lo cual remitimos a síntesis relativamente recientes (Castelleti 2007; Castro 2014; Llagostera 2005; Salazar et al. 2015), así como a la Tabla 1, donde se entrega un esquema general de nuestra propia propuesta cronológica, construida fundamentalmente a partir de las evidencias conocidas para la zona de Taltal/Paposos, pero extrapolables a toda la costa arreica.

La historia cultural de la costa arreica comienza a inicios del Holoceno con ocupaciones de grupos del Complejo Cultural Huentelauquén (Castelleti 2007; Castelleti et al. 2010; Llagostera 1979, 1989, 1992, 2005; Salazar et al. 2013, 2015 y 2018). Para este período se evidencian ocupaciones en aleros a los pies de la

Cordillera de la Costa, una mina de óxidos de hierro y efímeros campamentos de caza o áreas de aprovisionamiento lítico en la zona de Taltal/Paposo, así como posibles campamentos de agregación social en las laderas occidentales de la Cordillera de la Costa en la zona de Antofagasta y Chañaral/Caldera. Si bien es posible que las transgresiones marinas de finales del Pleistoceno e inicios del Holoceno hayan dejado tan sólo una visión parcial del asentamiento costero y la organización social de estas poblaciones tempranas, los datos disponibles han permitido proponer para este período la existencia de grupos de baja densidad demográfica y alta movilidad residencial a lo largo de la costa, con una economía marítima de amplio espectro sin evidencias de especialización tecnológica en artefactos para la explotación del mar (Castelleti 2007; Jackson et al. 2011; Llagostera et al. 2000; Sandweiss 2008; Salazar et al. 2018). La movilidad residencial a lo largo de la costa se complementó con movimientos logísticos hacia los pies e interior de la Cordillera de la Costa, en especial en busca de recursos líticos de alta calidad para la talla, los cuales se localizan en la pampa desértica, entre 45 y 100 kilómetros desde la línea costera actual (Cf. Ballester y Gallardo 2011; Blanco et al. 2010; Borie et al. 2017, 2018; Castelleti 2007; Galarce y Santander 2013; Núñez 1984; Salazar et al. 2015 y 2018).

El registro arqueológico de la costa arreica muestra un importante hiato entre aproximadamente el 10.000 cal a.p. y el 8.500 cal a.p., posiblemente producto de las transgresiones marinas globales de inicios del Holoceno (Grosjean et al. 2007). A pesar de que no es posible por ahora comprender los procesos sociales en dicho momento, actualmente sabemos que todos los sitios ocupados durante el Holoceno Temprano (Arcaico I) fueron desocupados hacia el 10.000 cal a.p. (Salazar et al. 2018), a excepción quizás de una posible ocupación no bien caracterizada en el sitio La Chimba-13 en Antofagasta (Llagostera et al. 2000). El resto de los sitios conocidos no parece mostrar evidencias de reocupación doméstica hasta casi cinco milenios más tarde, y en el marco de sistemas de movilidad y prácticas sociales muy distintas a las del Holoceno Temprano. Hacia el 8.500 cal a.p. advertimos la aparición de una nueva modalidad ocupacional en la costa arreica, esta vez en el sitio Morro Colorado de la zona de Taltal y, posiblemente, en Copaca I, en la zona de Cobija (Andrade y Salazar 2011; Capdeville 1921a; Castelleti 2007; Castro et al. 2016; Olguín et al. 2015; Salazar et al. 2015). Estas ocupaciones corresponden a lo que hemos denominado Arcaico II y muestran elementos de continuidad y cambio respecto de lo observado en el Holoceno Temprano. En Morro Colorado, por ejemplo, los depósitos arqueológicos registran ocupaciones antrópicas con presencia de diversas categorías artefactuales y ecofactuales pero de escasa potencia, incluyendo rasgos tipo fogón y conchales

poco densos intercalados con sedimentos estériles, posiblemente arenas eólicas (Figura 3). Lo anterior sugiere un uso residencial, pero más bien efímero de este sitio y abandonos/reocupaciones reiteradas de este espacio durante casi mil años por parte de las unidades sociales (Salazar et al. 2015). Desde el punto de vista artefactual, destaca la aparición de nuevas categorías no reportadas en los momentos previos como anzuelos y pesas de concha de choro zapato (*Choromytilus chorus*) e instrumentos asociados a su producción (Bird 1943 y 1946). Las actividades de pesca y caza costera y marítima también muestran continuidad respecto a aquellas identificadas en el período anterior. No obstante, en estos momentos comienza a destacar el jurel (*Trachurus murphyi*) dentro de los conjuntos arqueofaunísticos, alcanzando hasta el 60% del total de peces representados (Rebolledo 2017; Ruz 2015).

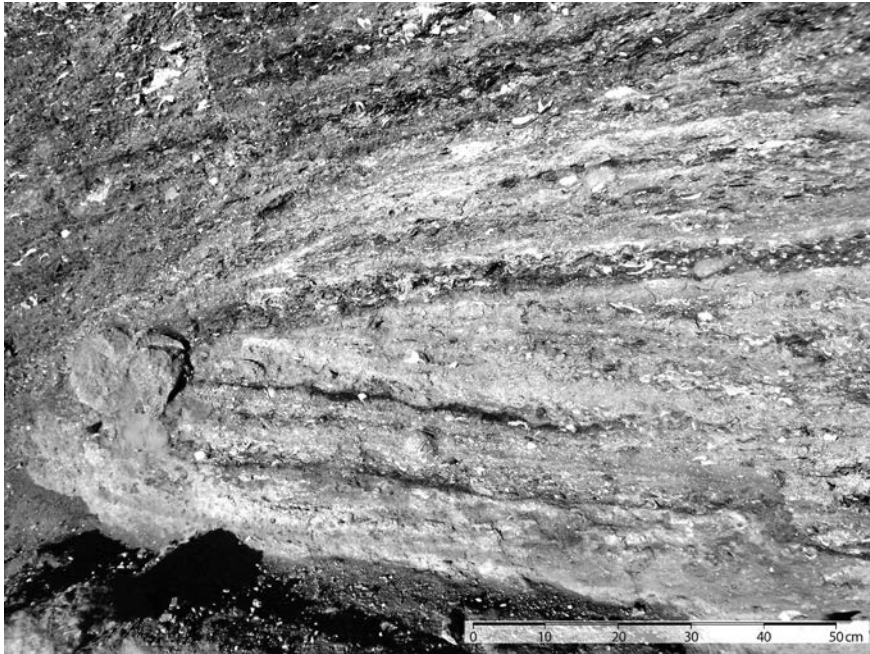


Figura 3. Perfil del conchal de Morro Colorado detallando la estratigrafía de los depósitos correspondientes al Arcaico II.

Nos interesa destacar que tanto Morro Colorado como Copaca 1 corresponden a sitios abiertos, lo que contrasta con las ocupaciones domésticas en aleros pequeños características del Holoceno Temprano, al menos de la zona de Taltal/Paposo (Castelleti y Maltraín 2010; Salazar et al. 2013, 2015 y 2018). Diferencias

en la espacialidad de estos asentamientos podrían haber materializado patrones de socialidad diferentes. En efecto, las pequeñas dimensiones de los aleros rocosos usados como residencias en el Arcaico I sugieren que el número de personas que pudieron ocuparlos en forma simultánea tuvo que ser necesariamente bajo. El tamaño de los cuatro aleros de la desembocadura de la quebrada Cascabeles con ocupaciones domésticas reiteradas entre los 10.000 y 11.800 cal a.p. (Figura 4) indica que en su interior no pudieron cobijarse más de 4 a 6 personas al mismo tiempo. Si estos sitios no fueron ocupados en forma simultánea, entonces significa que los grupos Huentelauquén que ocuparon la zona de Taltal/Paposo fueron de muy reducidas dimensiones, pues el siguiente conjunto de aleros con ocupaciones del período se encontraba a no menos de 5 kilómetros al norte. Por el contrario, si los cuatro aleros de la quebrada Cascabeles fueron usados en forma simultánea, entonces podemos inferir que las unidades sociales pudieron ser de mayor tamaño en la zona, pero sus prácticas domésticas y cotidianas se realizaban en espacios diferenciados. En cualquiera de los dos casos, lo importante es que la socialidad característica del período se basaría en unidades sociales pequeñas y dispersas, lo que contrasta con las unidades sociales más aglutinadas, aunque de tamaño incierto, que pudieron cohabitar en los sitios residenciales a cielo abierto del Arcaico II, ya que en este momento los aleros son abandonados (en algunos casos usados como entierros), y la vida social parece centrada en torno a campamentos a cielo abierto muy distanciados entre sí.

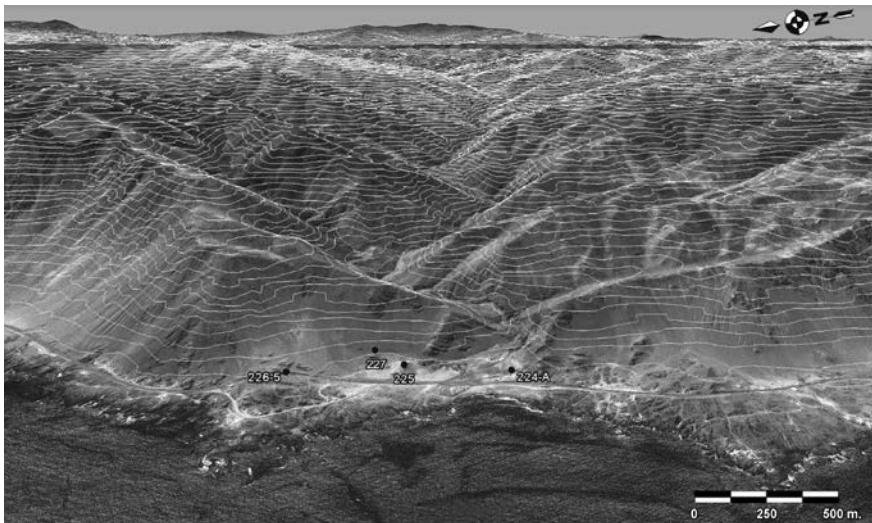


Figura 4. Ubicación de aleros con ocupaciones del Holoceno Temprano en la desembocadura de la Quebrada Cascabeles.

A inicios del Holoceno Medio las ocupaciones residenciales se desarrollaron en estos espacios abiertos, ocupando superficies más extensas que la de los aleros³. La nueva espacialidad de la ocupación residencial inaugurada en Morro Colorado y Copaca 1 podría eventualmente indicar un aumento demográfico o bien unidades sociales co-residentes más numerosas. Pero lo cierto es que dan cuenta que las prácticas domésticas y cotidianas de sus habitantes ocurrieron en contigüidad espacial, intensificando de esta manera las relaciones de inmediatez del grupo (Bird-David 1994; Ingold 1999), las que promueven prácticas de “reciprocidad generalizada” (Sahlins 1972) en su interior.

Las condiciones espaciales del Arcaico II y su respectivo patrón de socialidad se vieron nuevamente modificados a contar del 7.500 cal a.p., cuando se inicia en Taltal lo que hemos denominado como Arcaico III (Salazar et al. 2015). Uno de los principales cambios se advierte en la estratigrafía del propio sitio Morro Colorado, a partir de una importante discordancia erosiva que corta los depósitos previos (Figura 5). La discordancia corresponde a una excavación antrópica ocurrida a inicios del Arcaico III, la cual removió parte de los depósitos del Arcaico II con el objeto de habilitar un espacio habitacional “semi-subterráneo”, en el cual se configuraron sucesivos pisos ocupacionales asociados con fogones formatizados y sectores diferenciados de basuras secundarias (Figura 6).

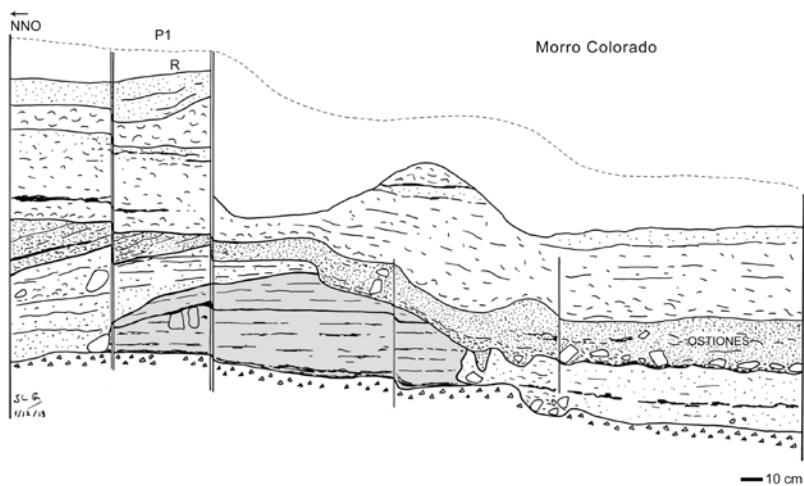


Figura 5. Esquema de la estratigrafía de un perfil de Morro Colorado mostrando la discordancia erosiva de origen antrópico que socava los depósitos correspondientes al Arcaico II.

La densidad de los depósitos de conchal y basurales secundarios, la potencia de los fogones, la presencia de pisos habitacionales preparados, la fragmentación del material ecofactual y la ausencia de depósitos estratigráficos estériles intercalando los estratos ocupacionales, muestran una forma de ocupar los espacios residenciales diferente a la del Arcaico II. En efecto, las edades radiocarbónicas disponibles demuestran que los ritmos de depositación del sitio durante la primera mitad del Arcaico III se triplican respecto del Arcaico II, lo que sumado al aumento en frecuencia y diversidad de ecofactos y artefactos sugiere que el cambio en la manera de ocupar el yacimiento se relacionaría a una mayor estabilidad de las ocupaciones residenciales, lo que podría ser producto de la disminución de la tasa de movimientos anuales de los ocupantes del sitio.

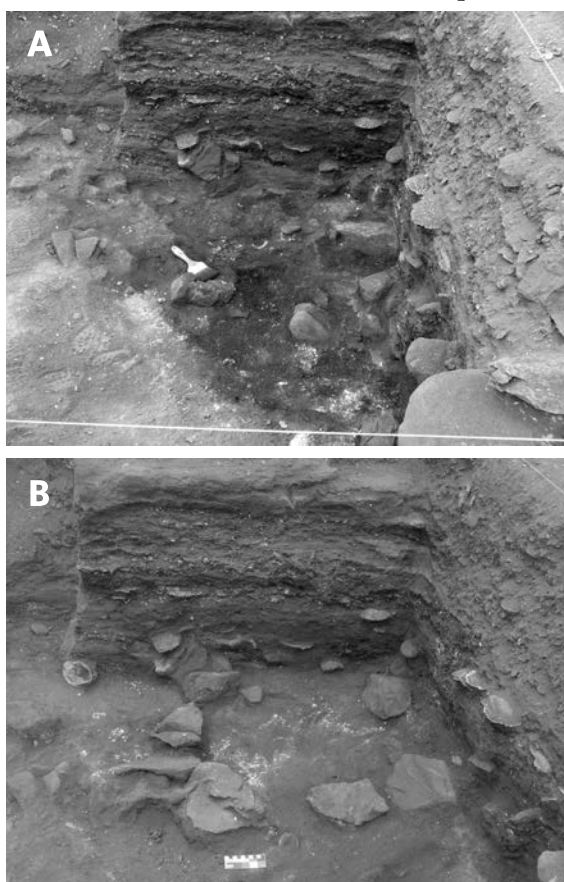


Figura 6. Pisos ocupacionales de período Arcaico III en el sitio Morro Colorado. Figura 6A, restos de fogones al interior del área habitacional. Figura 6B, base del espacio ocupacional ubicado bajo los fogones.

Esta modalidad de ocupación del sitio Morro Colorado se observa también en una serie de otros yacimientos conocidos a nivel regional para el período, tales como Paquica Sur 3, Mamilla 1B, Cobija 13, Cobija S1, Copaca 1, Morro Moreno, Zapatero, Punta Negra, Punta Grande, Las Conchas, Punta Morada y Hornos de Cal (Bittmann 1984; Castelleti 2007; Castro et al. 2016; Llagostera y Cruz 2010; Olgún et al. 2015; Salazar et al. 2015). Si bien estos sitios muestran diversidad entre sí (Andrade y Salazar 2011), la cual aún debe estudiarse con mayor profundidad, la densidad y características de sus depósitos sugieren ocupaciones estables, lo que demuestra un fenómeno regional de disminución de la movilidad residencial. En Taltal, donde las prospecciones y excavaciones han sido intensivas y sistemáticas, a lo largo de casi 100 kilómetros de costa existen al menos 11 sitios con ocupaciones de estas características entre el 7.500 y el 6.000 cal a.p. (Tabla 1), lo que contrasta con el panorama observado durante el Arcaico II, donde los únicos sitios conocidos a nivel regional son Morro Colorado en Taltal y Copaca 1 en Cobija. Dado que en el Arcaico III no solo se reporta una cantidad significativamente mayor de sitios a nivel regional, sino que además estos son notoriamente más densos en términos estratigráficos y más extensos horizontalmente, la disminución en la movilidad residencial podría vincularse con un aumento demográfico a nivel regional (Salazar et al. 2014 y 2015).

Por restricciones de espacio no podemos analizar en más detalle el proceso histórico que condujo a una disminución de la movilidad residencial y un aumento demográfico regional, pues las evidencias muestran que no todos los cambios ocurrieron simultáneamente. Con todo, este patrón de diversas residencias “contemporáneas” ocupadas en forma intensiva y semi-estable se encuentra plenamente consolidado a nivel regional hacia el 6.600 cal a.p.. Independiente de su cronología específica de consolidación, estos cambios demográficos y en los sistemas de movilidad debieron tener implicancias en términos de los patrones de socialidad de las comunidades de cazadores-recolectores-pescadores, ya que estaríamos ante grupos co-residen en forma semi-permanente en campamentos residenciales de no más de 100 metros de diámetro aproximadamente. Todo ello sugiere una intensificación de las relaciones de inmediatez de estos grupos, ya que los sujetos habrían cohabitado un espacio social relativamente acotado, carente de diferenciación o privacidad, compartiendo abiertamente su vida cotidiana y, posiblemente, los recursos en el marco de una reciprocidad generalizada. Este fenómeno de cohabitar y compartir experiencias se refuerza al considerar que prácticamente no se conocen “sitios de tarea” con evidencias de pernocte para este período y que, por lo tanto, buena parte de la vida social de estos grupos transcurría justamente en los espacios residenciales compartidos.

SUB-ÉPOCA GEOLÓGICA	HOLOCENO TEMPRANO (11,700-8,200 A.P.)		HOLOCENO MEDIO (8,200-4,200 A.P.)	
Período	Arcaico I (12-10 ka cal a.p.)	Arcaico II (8,5-7,5 ka cal a.p.)	Arcaico III (7,5-5,7 ka cal a.p.)	Arcaico IV (5,7-4,0 ka cal a.p.)
Emplazamiento sitios residenciales	Aleros rocosos	A cielo abierto	A cielo abierto	A cielo abierto (con y sin arquitectura) y aleros rocosos.
Subsistencia	Subsistencia de amplio espectro; énfasis en moluscos y peces de orilla.	Diversificación de la explotación de recursos marinos y terrestres; mayor orientación hacia recursos marinos, con predominancia moderada del jurel.	Diversificación en la explotación de recursos marinos y terrestres; notoria especialización en los recursos marinos (predominancia absoluta del jurel y caracoles del género <i>Tegula</i>); aparición de especies oceánicas.	Continuidad en recursos explotados, pero disminución de la densidad de restos: énfasis en moluscos y peces (predominancia moderada del jurel, presencia de especies oceánicas).
Tecnología	Ausencia de tecnología especializada: artefactos líticos informales multifuncionales; escasos instrumentos óseos.	Diversificación en la tecnología de captura: se mantienen los patrones en el artefactual lítico y aumenta la presencia de artefactos óseos y conquiológicos asociados a la pesca.	Máxima diversidad en el artefactual de caza y pesca costero-marítima sobre materias primas líticas, óseas, conquiológicas y vegetales; artefactos líticos formales especializados e informales multifuncionales. Tecnología de navegación.	Se mantiene industria lítica, ósea y conquiológica, así como tecnologías de navegación. Aparición de categorías materiales con rol informativo colectivo/individual y de intercambio (hojas bifaciales de gran tamaño y cuentas de colgantes).
Uso del espacio, socialidad y territorialidad.	Baja demografía, alta movilidad residencial y espacios de agregación social a nivel regional, con presencia de entierros colectivos.	Baja cantidad de sitios residenciales a nivel regional y alta movilidad residencial.	Baja movilidad residencial y aumento demográfico a nivel regional. Aglomeración social en torno a espacios residenciales nucleados. Escasos contextos funerarios, de carácter individual.	Diversificación del patrón de asentamiento local y regional. Mayor movilidad residencial, aunque de frecuencia moderada; aparición de arquitectura y cementerios colectivos aglutinados.
Principales ejes de interacción social	Costa arreica y norte semiárido	Al menos costa arreica	Costa arreica y Valles Occidentales	Costa arreica, comunidades de valles e interior del desierto de Atacama; norte semiárido.

Tabla 1. Características principales del registro arqueológico correspondiente a las comunidades cazadoras-recolectoras-pescadoras de Taltal y Papos durante el Holoceno Temprano y Medio.

A diferencia de los grupos Huentelauquén del Arcaico I, cuya socialidad se estructuraba en torno a unidades sociales pequeñas y dispersas que no compartirían necesariamente sus experiencias cotidianas y que, en consecuencia, se reproducían como comunidad en extensos sitios de agregación social tales como La Chimba 13 u Obispito-1 (Llagostera et al. 2000; Salazar et al. 2018), la socialidad del Arcaico III debió promover una integración social a partir del compartir las prácticas cotidianas en los espacios residenciales, reproduciendo de este modo un sentido de comunidad en los sitios residenciales de período.

La reocupación continua de los espacios residenciales donde transcurría parte importante de la vida social de las comunidades de este período fue conformando a través del tiempo montículos de residuos que sobresalían hasta 2 metros o más sobre su entorno inmediato, siendo ampliamente visibles a la distancia. Esto cobra sentido si consideramos que no existe limitación de espacio o condicionantes ambientales que expliquen esta práctica de instalarse sistemáticamente sobre los residuos de ocupaciones anteriores. De hecho, este fenómeno no se da a lo largo de toda la prehistoria de la costa arcaica, ya que en momentos posteriores las ocupaciones tenderán a crecer más horizontal que verticalmente. En consecuencia, pensamos que la constitución de los grandes conchales del Arcaico III, únicos en la historia cultural regional, pudo ser más que el mero resultado del descarte de residuos producidos por actividades “funcionales” (Randall 2015). En algún momento de la “historia de vida” de estos conchales, su conformación podría haber pasado a constituir un sentido explícito de historicidad de las prácticas cotidianas que reproducían a las comunidades de co-residencia, o más precisamente, la inscripción de esta historicidad, convirtiéndose de este modo en materializaciones de memoria o historia compartida, y en marcadores visuales de un nuevo paisaje social (Pauketat y Alt 2005). No deja de ser ilustrativo el hecho de que en el sitio Hornos de Cal se identificó la presencia de un entierro humano datado en torno a los 6.175-6.615 cal a.p. bajo el conchal. El entierro humano fue depositado antes del uso del conchal como sitio residencial, y demuestra por lo tanto los vínculos de sus ocupantes con una memoria histórica, así como con la posible noción de territorialidad a partir de la creciente monumentalidad que adquirieron estos conchales en el paisaje circundante.

Si bien las comunidades que ocuparon la costa arcaica durante este momento mantenían algún tipo de relaciones con grupos Chinchorro de más al norte, la ausencia de prácticas de momificación al sur del río Loa y la existencia de un patrón mortuorio local, sugieren una diferenciación social explícita respecto de las comunidades más nortinas. Por lo tanto, a partir de las consideraciones anteriores podemos argumentar que la integración social reproducida en los

espacios de inmediatez de los campamentos residenciales del Arcaico III, la voluntad de materializar un sentido de continuidad histórica y posible territorialidad por medio de la reocupación permanente de los conchales monticulares, y la diferenciación explícita respecto de otras comunidades con las que se mantenían vínculos sociales, parecen constituir prácticas por medio de las cuales los grupos de la costa arreica construyeron y reprodujeron un sentido de comunidad de co-residencia y de identidad social compartida, sin antecedentes en la región.

La economía de las comunidades pescadoras-recolectoras-cazadoras del Arcaico III en la costa arreica fue otro aspecto por medio del cual se reprodujo este sentido de comunidad e integración social, al basarse posiblemente en estrategias de retorno diferido que permitieron proyectar en el tiempo la continuidad de dichas comunidades. Si bien el proceso social descrito en el párrafo anterior se desarrolló al mismo tiempo en que la economía de los grupos locales mostraba una alta diversificación en las especies marinas explotadas y consumidas, así como en las tecnologías para su obtención y procesamiento (Figura 7), coincide también con una evidente orientación hacia la explotación del jurel (*Trachurus murphyi*) y los caracoles negros (*Tegula* spp.) en la subsistencia local. En todos los sitios residenciales del Arcaico III estudiados sistemáticamente en la región se observa una predominancia de peces en la fauna vertebrada, y en especial, el predominio del jurel dentro de los conjuntos ictiológicos, especie que llega a alcanzar el 80% de los peces representados, tanto en términos de NISP como de MNI (Castro et al. 2016; Rebolledo et al. 2016; Ruz 2015; Olgún et al. 2015; Salazar et al. 2014;). Existen dos escenarios posibles para explicar esta intensa explotación del jurel. Por un lado, las actividades de pesca diaria podrían haberse concentrado en la extracción de este recurso debido a su abundancia, y por el otro, esta intensificación puede haber sido producto de episodios esporádicos y estacionales de pesca masiva durante migraciones de cardúmenes de jureles al borde costero persiguiendo anchovetas (*Engraulis ringens*) y Sardina (*Sardinops sagax*) (Béarez et al. 2016; Castro et al. 2016). Episodios esporádicos y estacionales de pesca masiva del jurel han sido reportados en distintos sectores de la costa Pacífica Sudamericana tanto en la actualidad como en el pasado, y en ellos se ha documentado que la gente extraía grandes cantidades de peces en poco tiempo y sin mucho esfuerzo (Capdeville 1921a; Castro et al. 2016; Quilter y Stocker 1983; Vazquez de Espinoza 1948[1630]: 483).

Durante este tipo de eventos, y a partir de tecnologías de anzuelo o, posiblemente, de redes (Castro et al. 2016; Rebolledo et al. 2015), las poblaciones locales del Arcaico III podrían también haber capturado abundantes cantidades de este

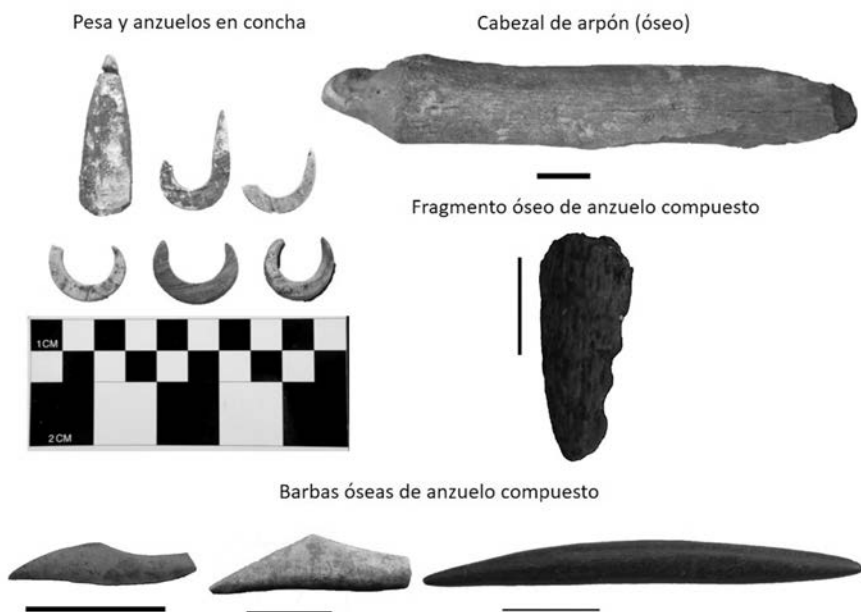


Figura 7. Artefactos de pesca característicos del Arcaico III. Líneas negras junto a los artefactos de hueso corresponden a la escala de 1 centímetro.

recurso. Por lo tanto, si efectivamente se produjeron estos episodios de pesca masiva, las cantidades potenciales de jureles apresados debieron superar con creces las posibilidades de consumo inmediato, aún a pesar del aumento demográfico mencionado, por lo que es posible que estos hayan sido procesados para su conservación y almacenaje, el que requeriría de trabajo colaborativo para procesar el pescado antes de su descomposición. A pesar de no tener evidencia arqueológica de estas prácticas de retorno diferido, datos etnohistóricos y etnográficos sugieren que estas pudieron ser sencillas y sin requerimientos tecnológicos, por lo que dejarían escasas evidencias materiales (Bauver 1707 en Ballester y Gallardo 2011 y 2017; Mellet 1900 [1824]; Vazquez de Espinoza 1948 [1630], véase también Fuenzalida y Gallardo 2014-15). Parece poco probable relacionar actividades de eventual almacenaje de jurel seco y/o salado con el intercambio con poblaciones del interior del desierto atacameño, ya que existen escasas evidencias arqueológicas, tanto en la costa como en las tierras altas de la zona de estudio, que permitan respaldar dicho intercambio para el período entre el 7.500 y el 5.700 cal a.p..

Por lo tanto, si bien la diversificación de las tecnologías de pesca y de los peces capturados pudiesen estar reflejando preferencias individuales o experiencias

diversificadas por parte de los sujetos pescadores al interior de las comunidades del Arcaico III, la intensa explotación del jurel, su procesamiento y posible almacenamiento para el consumo local en la propia costa arreica, podrían estar reflejando decisiones colectivas en términos de proyectar necesidades futuras derivadas del uso semipermanente de los campamentos residenciales.

A contar del 7.000 cal a.p. se observa otro cambio importante en la tecnología y subsistencia de estas comunidades que pudo haber tenido consecuencias más profundas en las relaciones sociales al interior de los grupos locales. Se trata de la presencia recurrente de peces de ambientes rocosos del submareal (congrío) y en especial de especies oceánicas (peces espada, marlines, tiburones y delfines) en los conjuntos ictiológicos de los sitios arqueológicos del período. A pesar de la baja frecuencia relativa de estas especies, alcanzando por lo general entre el 1% y el 2% de los conjuntos en el caso de los peces oceánicos y hasta un 5% en el caso del congrío (en términos de MNI), su presencia en prácticamente todas las capas de los sitios en contraste con su ausencia en ocupaciones previas, junto a las características etológicas de estas especies y las evidencias de arponeo en una vértebra de pez espada, apoyarían la idea de obtención intencional mediante prácticas de navegación y de caza en alta mar y no por episodios de varamiento (Ballester et al. 2014a; Ballester y Gallardo 2011; Béarez et al. 2016; Castro et al. 2016; Contreras et al. 2011; Olguín et al. 2014; Rebolledo et al. 2016). Si bien se ha demostrado que los dispositivos de navegación se encontraban en uso en América desde el primer poblamiento del continente (Béarez 2012; Erlandson et al. 2011), la ocurrencia de especies oceánicas no se advierte de momento en otros sectores de la costa Pacífica sino hasta períodos posteriores, por lo que nuestros datos parecen mostrar el desarrollo temprano de una tecnología especializada a nivel local (Olguín et al. 2014). El desarrollo de la caza en alta mar mediante dispositivos de navegación podría verse como parte del proceso de especialización tecnológica que hemos descrito anteriormente. No obstante, sus implicancias trascienden la esfera meramente económica (Ballester y Gallardo 2011).

La caza de especies oceánicas requirió del desarrollo de una tecnología altamente compleja de modo de realizar excursiones exitosas mar adentro. Entre ellas se incluye el diseño y producción de embarcaciones y sistemas de armas para la captura de grandes presas (Ballester 2017 y 2018), así como el manejo de conocimientos sistemáticos sobre las condiciones oceanográficas y etológicas de las presas para planificación y desarrollo de las incursiones oceánicas (Ames 2002; Arnold 1995; Ballester y Gallardo 2011). En este escenario, la captura de las especies oceánicas debió representar una actividad de enorme riesgo para los cazadores, requiriendo gran destreza y coraje. Todo lo anterior pudo traducirse

en la acumulación de prestigio por parte de los cazadores exitosos, tal como se ha visto en situaciones etnográficas (Davenport et al. 1993; Hawkes 1993; Wiessner 1996).

Si bien las frecuencias de las especies oceánicas en los contextos arqueológicos del período son bajas, la alta biomasa comestible y valor diferencial de estos recursos podrían haber permitido al mismo tiempo prácticas de agregación social y consumo comunal (Ballester y Gallardo 2011; Salazar et al. 2014; Vázquez de Espinoza 1948: 619). En este sentido, la navegación y los dispositivos de arponaje –ambas innovaciones tecnológicas altamente especializadas que aparecen durante el Arcaico III–, o bien la eventual propiedad sobre las embarcaciones y/o el manejo del conocimiento especializado para la caza de especies oceánicas, podrían haber conferido un mayor protagonismo a ciertos sujetos en los contextos de agregación social y redistribución de recursos, o incluso la acumulación diferencial de prestigio dentro de los grupos (Castro et al. 2016; Ballester y Gallardo 2011; Olguín et al. 2014; Salazar et al. 2014).

No obstante lo anterior, hasta la fecha no existen evidencias arqueológicas que permitan sostener que las prácticas sociales vinculadas a la presencia de especies oceánicas se concretaron en diferenciación social explícita al interior de las comunidades de cazadores-recolectores y pescadores de la costa arcaica. Por el contrario, la vida social en este período transcurrió principalmente en los sitios residenciales semipermanentes, en donde se consumía y, posiblemente, se compartía, el producto de las diversas actividades de forrajeo que ocurrían en torno a estos sitios, incluyendo la caza en alta mar. En este contexto, nos parece que, aun cuando el desarrollo de la navegación y la caza en alta mar pudieron promover el prestigio y la competencia entre liderazgos informales al interior de las comunidades locales, las relaciones de inmediatez que caracterizan a los sitios residenciales del Arcaico III y la homogénea presencia de artefactos y recursos en los distintos sitios, son más consistentes con prácticas sociales que, mediante el “*ethos* del compartir” (Ingold 1999), inhibían la alteración de las relaciones de igualdad entre los miembros de las comunidades locales, tal como ha sido profusamente documentado en la etnografía de cazadores-recolectores (Bird-David 1992; Kelly 1995; Lee 1979; Wiessner 1996; Woodburn 1980, 1982, entre otros).

Al iniciarse lo que en Taltal hemos denominado Arcaico IV (5.700-4.000 cal a.p.), los datos arqueológicos muestran nuevamente cambios significativos en términos de espacialidad y prácticas sociales, lo que sugiere transformaciones en los patrones de socialidad y síntomas de diferenciación social al interior de las comunidades locales. Uno de los elementos característicos de estos cambios es la aparición de arquitectura residencial en piedra (Figura 8) en toda la costa

arreica, por lo menos desde Caleta Huelén por el norte, hasta Caldera por el sur (Ballester y Gallardo 2011; Ballester et al. 2014a, 2014b y 2018; Castelleti 2007; Castro et al. 2016; Llagostera 2013; Núñez et al. 1974; Núñez y Santoro 2011; Power 2015; Salazar et al. 2014 y 2015; Schaedel 1957; Zlatar 1983 y 1987; entre otros). Esta arquitectura muestra un patrón constructivo compartido, incluyendo viviendas de planta circular o semicircular, por lo general abiertas hacia un patio también de planta circular, que aglutina a varias de estas unidades arquitectónicas. En algunos sitios los conjuntos arquitectónicos compuestos por estructuras y patios se encuentran separados entre sí, siendo casos muy claros Caleta Bandurrias, Zapatero y Morro Colorado en la zona de Taltal/Paposo. Las estructuras muestran frecuentemente “pisos” preparados dispuestos sobre entierros individuales o colectivos, primarios y secundarios, de individuos preferentemente ubicados en postura horizontal y asociados al uso abundante de pigmento rojo. Vale decir, esta arquitectura conforma verdaderos cementerios aglutinados, pero al mismo tiempo genera diferencias espaciales entre unidades arquitectónicas dentro de los sitios (Ballester et al. 2017 y 2018; Contreras et al. 2007; Núñez et al. 1974; Power 2015; Zlatar 1987).

La aparición recurrente de arquitectura en piedra y cementerios aglutinados ha sido interpretada como expresión de una creciente territorialidad de las poblaciones costeras (Ballester y Gallardo 2011; Ballester et al. 2017 y 2018; Núñez y Santoro 2011; Salazar et al. 2014 y 2015; Power 2015), lo que podría constituir una continuidad de las evidencias de territorialidad que se sugieren en el Arcaico III. No obstante, en el Arcaico IV dicho escenario se asocia a una diversificación del patrón de asentamiento local (Castelleti 2007), caracterizado por la aparición de diversos tipos de sitios, dentro de los cuales los residenciales en la mayoría de los casos son de menor tamaño y/o menores tasas de depositación en comparación con los campamentos del Arcaico III, lo que sugeriría un aumento en la movilidad residencial del período (Power 2015). La diversidad de sitios se advierte con singular claridad en la zona de Taltal/Paposo, donde se ha documentado la presencia de campamentos residenciales a cielo abierto con y sin arquitectura, así como campamentos ocasionales tanto en aleros como a cielo abierto (Castelleti 2007; Galarce y Santander 2013; Salazar et al. 2015). En consecuencia, en el Arcaico IV aumenta la movilidad residencial, y aparecen nuevos campamentos, los que se encuentran a distancias más cercanas entre sí y exhiben diferencias importantes en términos de la presencia o ausencia de arquitectura y entierros humanos. Este escenario de mayor movilidad y de diversificación en la ubicación y características de los campamentos residenciales parece sugerir cambios en los patrones de socialidad en la medida de que las unidades sociales tende-



Figura 8. Ejemplo de arquitectura funeraria y doméstica en piedra correspondiente al Arcaico IV de Taltal. Sitio Caleta Bandurrias.

rían a segregarse y a ocupar campamentos distintos, pero cercanos. No podemos descartar que los sitios con arquitectura y cementerios aglutinados no sólo sean campamentos residenciales, sino principalmente sitios de agregación social donde estas unidades diferenciadas territorialmente se encontrarían y reproducirían un sentido de comunidad, pero respetando las diferencias entre las unidades, tal como sugiere el planeamiento de los sitios con arquitectura mencionado más arriba.

Las diferencias que se advierten al interior de la comunidad costera del Arcaico IV en términos de movilidad y espacialidad de sus principales asentamientos, se observa también en otros aspectos de su cultura material y prácticas sociales. En primer lugar, debemos destacar la importancia que adquieren en este período las interacciones a larga distancia con poblaciones del interior del desierto de Atacama, documentadas a partir de la presencia de cuentas en conchas del Pacífico, pescado seco y contenedores de concha en las tierras altas del actual norte de Chile y noroeste de Argentina, así como de recursos provenientes de esos lugares en algunos de los sitios costeros (Ballester y Gallardo 2011; Núñez et al. 1974; Soto et al. 2018; Zlatar 1983). A diferencia de los recursos locales, estos

bienes de tierras altas no son ubicuos sino que se encuentran sólo en algunos sitios o asociados a algunos sectores o estructuras de dichos sitios.

Ballester y Gallardo (2011) han propuesto que las poblaciones costeras de la época habrían desarrollado economías excedentarias de producción de cuentas de collar de conchas, que habrían servido como bienes de intercambio con poblaciones de tierras altas. Esto situaría a las poblaciones costeras como agentes importantes de esta red de relaciones interregionales, generando bienes concretos y con cierta estandarización para el intercambio (Soto et al. 2018). Dicha posición habría permitido a su vez a estos agentes acceder a bienes y recursos distantes a los cuales no todos los sujetos pudieron acceder. Paralelamente, el consumo de las cuentas de collar en los contextos domésticos y funerarios costeros muestra que éstas también actuarían a nivel local como un marcador de identidad social compartida por las comunidades de la costa arreica, pero que al mismo tiempo materializa distinciones sociales entre grupos y/o sujetos sociales al interior de estas comunidades, pues no todos los individuos las portan en los contextos funerarios (Mengozzi 2016).

La aparición durante este período de las denominadas hojas Taltaloides (Capdeville 1921b; Mostny 1964; Núñez 1984), grandes hojas bifaciales finamente talladas (Figura 9), puede estar también indicando ciertas diferencias sociales en las comunidades locales. La elaboración de estas piezas implicó una alta inversión de trabajo y pericia técnica, así como un importante control de la fuerza para el retoque terminal por presión (Sinclair 1995). Si bien su aparición ha sido interpretada desde un punto de vista funcional en términos de la mayor eficiencia de los filos bifaciales para el corte de grandes presas, en especial de los grandes peces cazados mar adentro (Ballester et al. 2017; Núñez 1975), para el cumplimiento de dicha función no se requería la compleja talla bifacial del cuerpo de estas piezas, sino tan solo de sus bordes (Sinclair 1995). Más aún, grandes presas como otáridos y camélidos fueron cazados y procesados por medio de cuchillos formatizados más pequeños e incluso de artefactos informales desde el Holoceno Temprano en la costa arreica, mientras que la caza de grandes peces como peces espada, tiburones y marlines se ha documentado en Taltal/Paposo y Copaca 1 desde los 7.000 cal a.p., es decir, más de 1000 años antes de la aparición de las hojas Taltaloides. Lo anterior nos lleva a pensar que estos instrumentos no solo cumplieron un rol funcional en término de procesamiento de grandes presas, sino que su presencia también comunicaba a la comunidad local información de relevancia social respecto de la destreza de los cazadores que las tallaban y usaban (Sinclair 1995).

El hecho de que las hojas bifaciales hayan sido efectivamente usadas, tal

como revelan sus huellas de uso y reavivados (Monroy 2019), muestren evidencias de haber sido usadas como colgante en algunos casos y, sobre todo, que se depositen como parte del ajuar funerario de ciertos sujetos, parece reforzar la idea de su importancia en términos de transmitir información social, pues se emplean en diversos escenarios sociales, algunos de importancia ritual (Wobst 1977). En este contexto, el despliegue y uso de estas hojas bifaciales en prácticas sociales cotidianas y/o ceremoniales, en especial en el procesamiento, reparto y

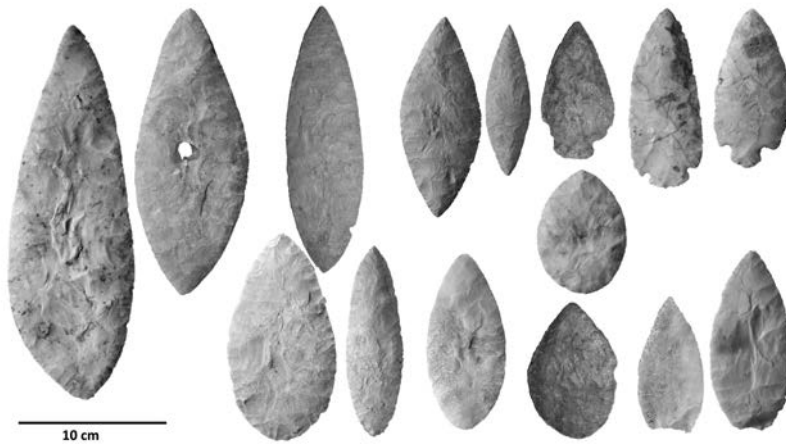


Figura 9. Hojas Taltaloides del Arcaico IV de Taltal.

consumo compartido de grandes presas (Sinclair 2000; Ballester et al. 2017), podría estar marcando la creciente importancia que adquiere en el Arcaico IV el protagonismo de ciertos cazadores dentro de sus comunidades. Dado que la presencia de estas hojas solo se ha documentado en algunos entierros de la época, desde la costa de Iquique (y quizás Camarones) hasta Coquimbo, su presencia pudo estar demarcando una categoría social distintiva y protagónica dentro de las comunidades locales (Salazar et al. 2014) en el sentido del estilo asertivo postulado por Wiessner (1983), lo cual es coherente con la gran diversidad morfológica que muestran estas piezas individualmente.

En síntesis, la espacialidad y materialidad de ciertas prácticas sociales obser-

vadas en la costa arreica a partir del 5.700 cal a.p. sugieren que en esta época se estaría reproduciendo un sentido de comunidad a nivel de toda la costa arreica, quizás de modo semejante a momentos previos, pero de una comunidad que durante el Arcaico IV se reproduce a sí misma a partir de unidades sociales e incluso quizás de categorías sociales diferentes, cuyas implicancias en términos de autoridad, liderazgo o prestigio no alcanzamos a percibir aún del todo.

La territorialidad durante este período podría ser entendida entonces como una materialización de la comunidad en un contexto de creciente diferenciación, no siendo una defensa física de los campamentos residenciales, sino más bien una señalización simbólica explícita que por un lado habría reforzado la solidaridad social y afiliación comunitaria de quienes ocupaban y enterraban a sus muertos en dichos espacios arquitecturizados, pero al mismo tiempo habría marcado diferencias dentro de dichas agrupaciones y fronteras o límites sociales (*sensu* Cashdan 1983) con otros grupos o comunidades (costeros y/o del interior) que también ocupaban o visitaban la zona.

Discusión y conclusiones

Los indicadores arqueológicos observados para el Holoceno Medio de la costa arreica del norte de Chile debieran llevarnos a concluir que estamos ante sociedades cazadoras-recolectoras-pescadoras “complejas” (Ballester y Gallardo 2011; Núñez y Santoro 2011). Los principales indicadores que respaldarían tal aseveración son la disminución de la movilidad residencial, el aumento demográfico, la intensificación económica en la explotación del jurel, las posibles prácticas de almacenaje, el desarrollo de tecnologías especializadas (anzuelos compuestos, arpones y arponcillos) y altamente complejas (navegación y caza de especies oceánicas), la intensificación de las relaciones interregionales y la aparición de materialidades y organizaciones espaciales que marcan diferencias entre personas y/o unidades sociales, entre otros.

No obstante, la conclusión de que las poblaciones de la costa arreica durante el Holoceno Medio eran “complejas” a partir de dichos indicadores, no es informativa respecto de *qué* significa tal constatación. Como mencionábamos al iniciar este trabajo, uno de los peligros asociados a la excesiva tipologización de las formas sociales es terminar proyectando las características de una experiencia histórica convertida en “tipo” para explicar otras expresiones de la diversidad cultural (Grier 2017).

Nuestro intento por comprender la complejidad social dentro de la propia

trayectoria histórica local sugiere que la “complejización social” que se advierte a través de los indicadores arqueológicos del Arcaico III, se vinculó más bien con un proceso creciente de integración entre los grupos de cazadores-recolectores pescadores de la zona que condujo hacia la construcción de un sentido de identidad social compartida, en el contexto de una sociedad esencialmente igualitaria, sin muestras de distinciones sociales relevantes en su interior, al menos hasta el Arcaico IV. La integración social de estas comunidades y la construcción de un sentido explícito de identidad se habría reproducido a partir de una nueva forma de socialidad que se consolida en el Arcaico III (7.500 – 5.700 cal a.p.) luego de la notoria disminución de la movilidad residencial y, por lo tanto, de la consolidación de asentamientos nucleados semisedentarios. Elementos centrales dentro de este proceso fueron la intensificación de las relaciones cara a cara, el *ethos* del compartir (Ingold 1999) y, posiblemente, de las actividades cooperativas dentro de los sitios residenciales (por ejemplo trabajos mancomunados para la captura y procesamiento del jurel); la materialización de la historia mediante la creciente monumentalidad de los conchales y la aparición de los primeros entierros bajo dichos conchales (aun sin arquitectura); y la diferenciación en términos de prácticas mortuorias con los cazadores-recolectores-pescadores de la costa de Valles Occidentales, que revelan una forma explícita de diferenciar un “nosotros” de un “otro”. Los datos arqueológicos, entonces, muestran una comunidad costera integrada a través de sus prácticas cotidianas y económicas, con un sentido de historia compartida, pero a la vez diferenciándose explícitamente de otras comunidades con las que se interactúa de alguna manera.

Este proceso se dio en forma más o menos contemporánea a lo largo de toda la costa arcaica en este período y es también paralelo a un proceso similar en la zona de Valles Occidentales, zona en la que incluso se desarrollaron soluciones tecnológicas compartidas con la costa arcaica (Bird 1946). Lo anterior sugiere un alto grado de interacción entre los ocupantes de los conchales semipermanentes del Arcaico III en este vasto territorio. Dicha interacción pudo materializarse a partir de relaciones de intercambio de larga distancia o a partir de composiciones flexibles de las bandas que permitían a individuos moverse con cierta libertad entre bases residenciales diferentes, ambas soluciones ampliamente documentadas en la etnografía de sociedades cazadoras-recolectoras igualitarias (p.e. Bird-David 1994; Kelly 1995; Ingold 1999; Lee 1979; Wiessner 1982, entre otros). O bien pudo ser resultado de arreglos matrimoniales entre las propias comunidades costeras, tal como se ha documentado en la etnohistoria local (Bittmann 1986; Ballester y Gallardo 2017). Sea cual sea el o los mecanismo(s) involucrado(s), el hecho de que prácticamente no se hayan documentado ocupaciones logísticas

que implicasen permanencias significativas fuera de los propios sitios residenciales⁴, sugiere que dentro de estos espacios relativamente acotados sus ocupantes compartían cotidianamente los recursos obtenidos, y junto con ello, sus experiencias y conocimientos relacionados.

Es interesante considerar que la construcción de este sentido de comunidad se gestó a lo largo de varios siglos y no fue, por lo tanto, una intención consciente de algunos individuos ni tampoco un estadio evolutivo necesario o inevitable dentro de la región. De hecho, uno de los incentivos iniciales para la disminución de la movilidad residencial que se observa hacia el 7.500 cal a.p. –decisión fundamental para entender los cambios posteriores en términos de prácticas de socialidad durante el Arcaico III–, pudo haber sido el contexto ambiental imperante. En efecto, la falta de precipitaciones costeras torrenciales desde el Pleistoceno Final (Herrera y Custodio 2014; Vargas et al. 2006;), habría implicado la paulatina disminución o desecación de las aguadas, la mayoría de las cuales sabemos que se alimentan justamente de este tipo de precipitaciones (Herrera y Custodio 2014; Herrera et al. 2018), mientras que el aumento en la temperatura superficial del mar luego del Holoceno Temprano (Flores et al. 2018), sumado a la estabilización global del nivel del mar durante el Holoceno Medio, en una posición relativamente más alta respecto del Holoceno Temprano (Lambeck et al. 2014), habría disminuido la influencia de las neblinas costeras o camanchaca en la zona, afectando la productividad de los ecosistemas terrestres y de lomas. Una opción que pueden haber tomado los grupos de cazadores-recolectores-pescadores de la región frente a estas condiciones podría haber sido justamente el establecerse en forma más permanente junto a la línea de costa y en torno a los recursos de agua más estables, abundantes o predecibles de la zona, disminuyendo de este modo su movilidad y dando inicio a nuevas formas de socialidad. Estas, por lo tanto, pudieron ser consecuencias no previstas de decisiones coyunturales en torno a condiciones ambientales específicas, las cuales fueron posteriormente reforzadas y reproducidas mediante las prácticas del cohabitar y compartir, las prácticas económicas basadas en episodios de captura y/o procesamiento colectivo del jurel, su posible almacenaje para consumo diferido, y en algún punto hechas conscientes y voluntarias a partir de la materialización de la historia que supuso la reocupación de los conchales y su explícita vinculación con los difuntos, entre otros aspectos ya discutidos más arriba.

La idea de comunidad construida mediante un proceso histórico durante el Arcaico III parece transformarse a partir del 5.700 cal a.p. con la aparición de arquitectura doméstica y funeraria, los primeros cementerios aglutinados, y la segregación que estas nuevas manifestaciones imprimen dentro de los espacios

residenciales y/o de agregación social. En este sentido, las nuevas prácticas cotidianas y funerarias no sólo constituyen una expresión material de territorialidad (Ballester et al. 2017 y 2018; Ballester y Gallardo 2011; Power 2015; Salazar et al. 2014), sino que también muestran una cierta fragmentación del sentido colectivo de comunidad que se expresó durante el Arcaico III (Power 2015). Por un lado, la mayoría de los conchales del Arcaico III fueron parcialmente abandonados a partir del Arcaico IV, ya que las estructuras residenciales-funerarias se construyen muy cerca, pero fuera, de los perímetros de dichos conchales, en sectores libres de desechos anteriores (Castelleti 2007; Salazar et al. 2014). Lo anterior parece constituir un acto consciente por marcar un quiebre dentro de la tradición e historicidad locales que, como vimos, fueron un ingrediente central en la construcción de comunidad durante el Arcaico III. Más aún, si bien durante el Arcaico IV siguen advirtiéndose prácticas y materialidades que reproducen un sentido colectivo de identidad social a lo largo de la costa arcaica, distinguiéndose incluso más explícitamente de las comunidades Chinchorro de más al norte a partir de la arquitectura y prácticas funerarias diferentes, otros aspectos de la vida de las comunidades de la costa arcaica reflejan también distinciones dentro de los propios grupos. Estas diferencias se observan principalmente en los sitios funerarios residenciales y/o de agregación social, muchos de ellos divididos en unidades arquitectónicas independientes y espacialmente segregadas; en la aparición de distintas modalidades de entierro, ya que no todas las personas son enterradas en los cementerios aglutinados, habiendo entierros en aleros o en sitios residenciales sin arquitectura en este período (Castelleti 2007; Salazar et al. 2015); y en la cultura material, que a través de objetos tales como las cuentas de collar y los cuchillos taltaloides, ambos ricos en información social y frecuentemente depositados en los contextos funerarios, también genera diferencias en tanto no todas las personas disponen de estos bienes o son sepultadas con ellos.

Estas distinciones en la manera en que las comunidades se representan a sí mismas en este período se dan junto con un aumento en la movilidad residencial documentado por las menores tasas de depositación en la vasta mayoría de los sitios residenciales (Power 2015); la diversificación del patrón de asentamiento local (Castelleti 2007), caracterizado por la aparición de nuevos sitios residenciales, con y sin arquitectura, ubicados en distintos sectores, algunos sin presencia de conchales del Arcaico III, así como sitios de ocupación más efímera en distintos sectores; y la intensificación de la inserción de las comunidades locales (o algunos de sus miembros) en redes de interacción interregionales con comunidades no costeras, en especial con poblaciones de tierras altas (Soto et al. 2018; Ballester y Gallardo 2011). Todas estas prácticas sociales y económicas habrían

debilitado las relaciones de inmediatez que caracterizaron a la socialidad del Arcaico III, ya que la permanencia en los sitios residenciales habría sido menor, los grupos estarían dispersos en un número mayor de sitios contemporáneos, y no todos los miembros de las comunidades participarían de la misma manera en las redes de intercambio intensificadas con las comunidades del interior. La creciente fragmentación del sentido de identidad social condicionó y, a la vez, fue condicionado por los cambios en los patrones de socialidad de este período. Estos estuvieron directamente vinculados con las formas de organización económica, que en este período permitieron un aumento de la movilidad residencial y una dispersión del patrón de asentamiento debido al uso extensivo de embarcaciones (Ballester y Gallardo 2011), así como a las condiciones ambientales, ya que las lluvias torrenciales desde el 5,500 cal a.p. en adelante en la zona (Vargas et al. 2006; Herrera y Custodio 2014) habrían recargado las napas subterráneas y permitido la aparición de nuevas y más abundantes aguadas costeras. Es en este contexto en el que, por primera vez en la historia local, se observan indicios que podrían sugerir una cierta diferenciación social, eventualmente en términos de prestigio o de liderazgos definidos dentro de las comunidades costeras.

Cabe cuestionarse acerca del rol que tuvieron las redes de interacción a larga distancia dentro de este proceso de diferenciación interna de las comunidades del Arcaico IV. Pensamos que, si bien la inserción en estas redes generó efectos en las prácticas de socialidad, no parece ser en este período un aspecto central en términos de reproducir posibles diferencias de prestigio y liderazgo entre miembros de las comunidades costeras. Lo anterior puesto que, pese a la importancia de los recursos y bienes costeros en los contextos de tierras altas tanto del oriente como del occidente de la Cordillera de los Andes en este período, la presencia de bienes de tierras altas en los contextos costeros es muy baja y tiende a concentrarse en la zona norte de la costa arcaica, en especial en la desembocadura del río Loa (Ballester y Gallardo 2011; Núñez et al. 1974; Núñez y Santoro 2011). En la zona de Taltal/Paposo de miles de desechos y artefactos líticos estudiados para este período, se han reportado solo dos desechos de obsidiana, mientras que evidencias de arte rupestre estilo Kalina/Puripica y de restos óseos de animales de tierras altas tales como tarucas o vicuñas se encuentran ausentes. Por el contrario, la materialidad en la que se plasma el estilo “asertivo” (Wiessner 1983) que da cuenta de la construcción de identidades más individuales en el período, son las hojas taltaloides, cuya producción y uso se asoció posiblemente con las actividades de caza de grandes presas en el mar y su posterior procesamiento y distribución dentro de las comunidades locales (Ballester et al. 2017; Núñez 1975; Sinclair 2000).

Nos parece interesante contrastar esta situación con lo observado durante el Período Intermedio Tardío de la zona, cerca de 3000 años más tarde. Pese a la continuidad de las prácticas de caza y recolección costero-marítimas con su consecuente tecnología bifacial, para el Intermedio Tardío no se reportan grandes hojas como los cuchillos Taltaloides del Arcaico IV y del Formativo que, como ya señalamos, posiblemente remarcaban el protagonismo de quienes cazaban y distribuían las grandes presas marinas. Por el contrario, las diferencias entre las personas se ven materializadas en el Intermedio Tardío en términos de accesos diferenciales a bienes de poblaciones agroalfareras, en especial cerámicas decoradas policromas, artefactos complejos de metal y objetos de madera y hueso, entre otros, buena parte de ellos sin un uso vinculado directamente con la subsistencia (Capdeville 1923; Fuenzalida y Gallardo 2014-2015; Mostny 1964). Lo anterior nos permite pensar que en el Intermedio Tardío las redes de interacción con poblaciones de tierras altas de la región atacameña, de los valles de Copiapó, Tarapacá y Arica, ya sea en forma directa o intermediadas por otras comunidades costeras, si fueron centrales en la reproducción de diferencias sociales individuales en la costa arcaica. Es muy posible, por lo tanto, que la inserción en estas redes haya sido uno de los incentivos centrales de los sistemas de movilidad de las poblaciones costeras de la época, y que tal inserción haya otorgado una posición de privilegio relativo a las personas responsables del intercambio interregional. No obstante lo anterior, el patrón de asentamiento disperso y no aglutinado de este momento, y la alta movilidad residencial que revelan los contextos domésticos (Palma et al. 2012; Salazar et al. 2009), sugieren que las diferencias entre las personas no debieran haber implicado relaciones de autoridad o dependencia permanentes entre ellas a escala comunitaria o supracomunitaria, puesto que los conflictos o las potenciales relaciones de dependencia entre personas o familias pudieron resolverse mediante mecanismos de fisión social (Schoembucher 1988) y de intercambio directo con las contrapartes costeras o del interior.

En vista de lo anterior, podemos afirmar que la “complejidad social” en el Intermedio Tardío se expresó de manera diferencial respecto de lo visto en momentos previos, ya que en ese momento habrían tendido a desaparecer otros indicadores de “complejidad” tales como la baja movilidad residencial y las economías de subsistencia de retorno diferido, mientras que las formas de organización social de la época parecen haber sido igualmente disímiles, siendo distintas las prácticas que propiciaron relaciones de diferenciación social, y, por lo tanto, distintos los contextos en los que se materializó. Estas observaciones ratifican lo señalado por Hocsman (2002) y Yacobaccio (2006), entre otros, en el sentido de que la “complejidad social” no se presentó en la costa arcaica del norte de Chile

en la manera como predicen los modelos derivados de la etnografía de las sociedades costeras “complejas”, sino como ciertas condiciones “emergentes” e históricamente situadas que no parecen haberse vinculado con la desigualdad social. Más aún, las transformaciones sociales que hemos intentado documentar en este trabajo no conformaron una trayectoria histórica lineal ni permanente, ya que algunos de los indicadores arqueológicos de “complejidad social” que aparecen en el Arcaico III se transformarán o incluso tenderán a desaparecer en los siglos posteriores (Salazar et al. 2015). Es el caso de los sistemas de movilidad, que ya en el Arcaico IV muestran evidencia de un aumento de la movilidad residencial (y por lo tanto, una gradual desaparición de sitios semipermanentes); la densidad demográfica, que a juzgar por la cantidad y características de los sitios conocidos, así como por la ausencia de cementerios aglutinados, muestra un súbito descenso desde el 4.000 cal a.p. aproximadamente, para recuperarse sólo varios siglos más tarde, durante el período “Formativo”; y la explotación intensa y posible almacenaje del jurel, cuya representación en los contextos ictioarqueológicos baja ostensiblemente al menos a partir del 3.000 cal a.p. aproximadamente, o quizás antes. A pesar de estos vaivenes históricos, los dispositivos de navegación y caza en alta mar, y la especialización tecnológica marina se mantendrán en los siglos posteriores, pero estos no siempre cumplirán el mismo rol en términos de las prácticas de socialidad que promovieron, ni de las relaciones entre las personas que posibilitaron.

Sin duda recién estamos comenzando a vislumbrar las complejidades de los procesos históricos locales en la costa arcaica y la variabilidad que documentan en términos de prácticas de socialidad y sistemas sociales. Para avanzar en esta comprensión, el uso de analogías provenientes de la etnografía, la etnohistoria y la misma teoría seguirán siendo cruciales, pues en arqueología solo podemos observar restos materiales y no comportamientos humanos ni procesos. No obstante ello, en nuestro caso las prácticas de socialidad y los sistemas de organización social que hemos caracterizado no han sido derivados directamente desde referentes analógicos, sino que han surgido de la interpretación de los propios “datos” arqueológicos de “nivel medio” (Preucel y Hodder 1996). Estos datos de nivel medio son, en realidad, interpretaciones construidas a partir del uso de analogías. Pero el hecho de que no se haya usado un único referente analógico (es decir, no provenientes de un único contexto histórico-social) para construir estos “datos” de nivel medio, le otorga cierta “independencia horizontal” a dichos “datos” (Wylie 2002), mientras que el hecho de no usar los mismos referentes analógicos entre los niveles medio y alto de interpretación le otorga una “independencia vertical” adicional a nuestras inferencias (Wylie 2002). Evidentemen-

te estos dos niveles de independencia no garantizan la adecuada justificación de las interpretaciones y argumentos ofrecidos en este trabajo. Pero lo que sí aseguran es que estas no constituyen una proyección desde los modelos etnográficos, etnohistóricos o teóricos, garantizándole de este modo a la arqueología la posibilidad de construir inferencias que cuestionen, modifiquen o enriquezcan los modelos etnográficos, etnohistóricos o teóricos, contribuyendo en el largo plazo a la construcción de teoría social sobre sociedades cazadoras-recolectoras costeras, y a una más adecuada comprensión de las particularidades de los procesos históricos locales en la costa arreica del norte de Chile.

Agradecimientos. Este trabajo fue financiado por el proyecto FONDECYT 1151203. Agradecemos a todo el equipo de terreno y laboratorio del proyecto por sus aportes y compromiso.

NOTAS

1. “Discussions of affluent foragers and/or complex hunter-gatherers tend to overgeneralize the characteristics of a few societies and apply these characteristics as expectations for all hunter-gatherers (e.g. the Northwest Coast of North America or Jomon Japan). This tendency in turn leads to narrow and essentialistic views of complex hunter-gatherers that hinder our appreciation of diversity and search for explanations for that variability” (Kim y Grier 2006: 199).
2. “If archaeologists consume ethnographically derived theory without prior testing, there is a great danger that they merely reproduce the form and structure of ethnographically perceived reality in the archaeological record. This form and structure may spuriously confirm the ethnographically derived theoretical expectations, in a never ending vicious circle” (Wobst 1978: 303).
3. Aún no es posible precisar la superficie de las ocupaciones más tempranas de Morro Colorado y Copaca 1, dada la limitada extensión de las intervenciones arqueológicas, así como el intenso saqueo y erosión natural y antrópica de Morro Colorado a lo largo del Holoceno.
4. La movilidad logística durante este período prácticamente estuvo limitada a los accesos a la pampa y tierras altas del interior para procurarse principalmente materias primas líticas y recursos vegetales, pero las evidencias de uso de este espacio interior muestran que los accesos costeros estuvieron a cargo de pocos sujetos y por tiempos muy acotados (Borie et al. 2018).

Bibliografía

- Ames, K. 2002. Going by boat: The collector-forager continuum at sea. En *Beyond Foraging and Collecting: Evolutionary Change in Hunter-Gatherer Settlement Systems*, editado por B. Fitzhugh y J. Habu. Pp. 19–52. Kluwer Academic/ Plenum Publishers, New York.
- Ames, K. 2013. Complex hunter-gatherers. En *Encyclopedia of Global Archaeology*, editado por C. Smith. Springer, New York.
- Ames, K. y H. Maschner. 1999. *Peoples of the Northwest Coast: Their Archaeology and Prehistory*. Thames and Hudson, Londres.
- Andrade, P. y D. Salazar. 2011. Revisitando Morro Colorado: comparaciones y propuestas preliminares en torno a un conchal arcaico en las costas de Taltal. *Taltalia* 4: 63–83.
- Andrus, F., D. Sandweiss y E. Reitz. 2008. Climate Change and Archaeology: The Holocene history of El Niño on the coast of Peru. En *Case Studies in Environmental Archaeology*, editado por E. Reitz, M. Scarry y S. Scudder, pp. 143-157. Springer, New York.
- Arnold, J. E. 1995. Transportation Innovation and Social Complexity among Maritime Hunter-Gatherer Societies. *American Anthropologist* 97 (4): 733-747.
- Arnold, J. E. 1996. The archaeology of complex hunter-gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2 (3): 77-126.
- Ballester, B. 2017. La delgada línea roja: Sogas de arpón de los últimos cazadores marinos del norte de Chile (1000-1500 dc). *Revista Chilena de Antropología* 35: 47-71.
- Ballester, B. 2018. Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 57: 65-95.
- Ballester, B., E. Calás, C. Pelegrino, E. Vidal y P. Aguilera 2017. La vida en comunidad de los cazadores-pescadores marinos del desierto de Atacama (4000-2000 cal. a.C.). En *Monumentos Funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a.C.-700 d.C.)*, editado por F. Gallardo, B. Ballester y N. Fuenzalida, pp. 183-197. CIIR y SCHA, Santiago.
- Ballester, B., A. Clarot y V. Bustos. 2014a. Chacaya 2: reevaluación de un campamento Arcaico Tardío (6000 al 4000 cal a.p.) de la costa de Mejillones, II Región, Chile. *Werkén* 15: 31-24.

- Ballester, B., A. Clarot, V. Bustos, A. Llagostera y H. Garcés 2014b. Arqueología de la prehistoria de la Península de Mejillones: el campamento de Los Canastos 3 desde sus cuadernos de campo y materiales de museo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/ 44: 5-21.
- Ballester, B. y F. Gallardo. 2011. Prehistoric and historic networks on the Atacama Desert coast (northern Chile). *Antiquity* 85: 875-889.
- Ballester, B. y F. Gallardo 2017. La versatilidad del parentesco en la reproducción social: El caso de los cazadores-pescadores marinos del desierto de Atacama (siglos XVI-XIX, norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 47: 7-28.
- Ballester, B., E. Vidal, E. Calás, F. Gallardo, P. Aguilera, C. Pellegrino y A. Clarot. 2018. Un enclave Arcaico Tardío en la aguada costera de Gualaguala (Desierto de Atacama, Norte de Chile). *Chungara Revista de Antropología Chilena* 50 (3): 349-367.
- Béarez, P. 2012. Los peces y la pesca. En *Prehistoria de la Costa Extremo-Sur del Perú: Los pescadores arcaicos de la Quebrada de los Burros (10,000-7000 a.p.)*, editado por D. Lavallee y M. Julian, pp. 99-123. Fondo Editorial, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Béarez, P., F. Fuentes-Mucherl, S. Rebolledo, D. Salazar y L. Olguín. 2016. Billfishing foraging along the northern coast of Chile during the Middle Holocene (7400-5900 cal BP). *Journal of Anthropological Archaeology* 41: 185-195.
- Binford, L. 1980. Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement system and archaeological site formation. *American Antiquity* 45: 1-17.
- Binford, L. 1990. Mobility, housing, and environment: a comparative study. *Journal of Anthropological Research* 46 (2): 119-152.
- Binford, L. 2001. *Constructing Frames of Reference*. University of California Press, Berkeley.
- Bird-David, N. 1992. Beyond "The original affluent society". *Current Anthropology* 33: 25-47.
- Bird-David, N. 1994. Sociality and immediacy: Or, past and present conversations on bands. *Man (N.S.)* 29(3): 583-603.
- Bird, J. 1943. Excavations in Northern Chile. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 38 (4): 178-318.

- Bird, J. 1946 The Cultural sequence of the North Chilean coast. En *Handbook of South American Indians*, editado por J.H. Steward, pp. 587-594. Smithsonian Institution, Washington.
- Bittman, B. 1984. El proyecto Cobija: Investigaciones Antropológicas en la Costa del Desierto de Atacama. Simposio Culturas Atacameñas. 44° Congreso Internacional de Americanistas, pp. 99-146. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Bittmann, B. 1986. Los pescadores, cazadores y recolectores de la costa árida chilena: Un modelo arqueológico. *Chungara* 16-17: 59-65.
- Blanco, J., M. De La Maza y Ch. Rees. 2010. Cazadores-recolectores costeros y el aprovisionamiento de recursos líticos. Perspectivas interpretativas de los eventos de talla en el desierto absoluto. *Werkén* 13: 45-68.
- Borie, C., D. Salazar, X. Power, M. J. Figueroa, H. Orellana, S. Parra, C. Arenas, F. Traverso e I. Monroy. 2018. Cazadores-recolectores marítimos en la pampa desértica de Taltal. Conocimientos, recursos, prácticas sociales y territorialización. En *Estudios de Arqueología, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. En Homenaje a Mario Orellana Rodríguez*, compilado por F. Orellana, pp. 205-242. Ediciones del Desierto, San Pedro de Atacama.
- Borie, C., X. Power, S. Parra, H. Salinas, P. Rostan, P. Galarce, I. Peña y F. Traverso. 2017. Tras la huella del sílice pampino. Nuevas metodologías para el rastreo de las áreas fuente de aprovisionamiento lítico en Taltal. *Estudios Atacameños* 56: 103-131.
- Borrero, L. A. y R. Barberena. 2006. Hunter-Gatherer home ranges and marine resources. An archaeological case from southern Patagonia. *Current Anthropology* 47: 855-867.
- Capdeville, A. 1921a. Notas acerca de la arqueología de Taltal. I Civilización paleolítica de los pescadores primitivos del gran túmulo y conchal del Morro Colorado situados en la Punta del Hueso Parado. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2 (3-4).
- Capdeville, A. 1921b. Notas acerca de la arqueología de Taltal. II: Civilización Dolménica. Gentes de los círculos de piedra. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 2 (5).
- Capdeville, A. 1923. Un cementerio Chincha-Atacameño en Punta Grande, Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* VII: 18-39.
- Carré, M., M. Azzoug, I. Bentaleb, B. M. Chase, M. Fontugne, D. Jackson, M.-P. Ledru, A. Maldonado, J. P. Sachs y A. J. Schauer. 2012. Mid-Holocene mean climate in the south eastern Pacific and its Influence on South America. *Quaternary International* 253 (0): 55-66.

- Carré, M., D. Jackson, A. Maldonado, B. M., Chase B. M. y J. P. Sachs. 2016. Variability of ^{14}C reservoir age and air-sea flux of CO_2 in the Peru-Chile upwelling region during the past 12,000 years. *Quaternary Research* 85: 87-93.
- Cashdan, E. 1983. Territoriality among human foragers: ecological models and an application to four Bushman groups. *Current Anthropology* 24 (1): 47-66.
- Castelleti, J. 2007. *Patrón de Asentamiento y uso de recursos a través de la Secuencia ocupacional prehispánica en la costa de Taltal*. Tesis para Optar al Grado de Magister, Universidad Católica del Norte- Universidad de Tarapacá, Arica.
- Castelleti, J. y G. Maltrain 2010. El Formativo de Taltal y el patrón de asentamiento local. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. 1, pp. 165-176. Ediciones Kultrún, Valdivia.
- Castelleti, J., O. Reyes, G. Maltrain, I. Martínez, P. Galarce, H. Velásquez y J. P. Ogalde. 2010. Ocupaciones en abrigos rocosos en la costa de Taltal: patrón de uso del espacio desde momentos holocénico tempranos. *Actas XVII Congreso de Arqueología Chilena*, volumen II, pp. 685-695. Ediciones Kultrún, Valdivia.
- Castro, V. 2014. Pre-Hispanic cultures in the Atacama Desert: a Pacific coast overview. En *The Chinchorro Culture: A Comparative Perspective. The Archaeology of the Earliest Human Mummification*, editado por N. Sanz, B. Arriaza y V. Standen, pp. 11-34. UNESCO/Universidad de Tarapacá, Chile.
- Castro, V., C. Aldunate, V. Varela, L. Olgún, P. Andrade, F. García-Albarido, F. Rubio, P. Castro, A. Maldonado y J. Ruz. 2016. Ocupaciones arcaicas y probables evidencias de navegación temprana en la costa arcaica de Antofagasta. *Chungara* 48(4): 503-530.
- Contreras, R., J. Cruz, A. Llagostera, H. Garcés, P. Núñez, O. Rodríguez, H. Gárate y G. Becerra. 2007. *Los Bronces-1: un asentamiento de 5,500 años en la costa de Taltal*. Fondo de Desarrollo Regional, Museo Augusto Capdeville Rojas, Taltal.
- Contreras, R., P. Núñez, A. Llagostera, J. Cruz, A. San Francisco, B. Ballester, O. Rodríguez y G. Becerra. 2011. Un conglomerado del período Arcaico costero medio del área Taltal Paposo, Norte de Chile. *Taltalia* 4: 7-31.
- Davenport, D., J. Johnson y J. Timbrook 1993. The Chumash and the swordfish. *Antiquity* 67: 257-272.
- De Porras, M., A. Maldonado, D. Pol-Holz, C. Latorre y J. Betancourt. 2017. Late Quaternary environmental dynamics in the Atacama Desert reconstructed from rodent midden pollen records. *Journal of Quaternary Science* 32: 665-684.

- De Vries, T. J., L. Ortlieb, A. Díaz, L. Wells, C. Hillaire-Marcel, C. Wells, L.E. Noller, D.H. Sandweiss, J.B. Richardson III, E.J. Reitz, H.B. Rollins y K.A. Maasch. 1997. Determining the early history of El Niño. *Science* 276: 965-967.
- Erlandson J., T. Rick, T. Braje, M. Caspersen, B. Culleton, B. Fulfroost, T. García, D. Guthrie, N. Jew, D. Kennett, M. Moss, L. Reeder, C. Skinner, J. Watts y L. Willis. 2011. Paleoindian Seafaring, maritime technologies, and coastal foraging on California's Channel Islands. *Science* 331: 1181-85.
- Feldman, R. A. 1987. Architectural evidence for the development of non-egalitarian social systems in coastal Peru. En *The Origins and Development of the Andean State*, editado por J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski, pp. 9-14. Cambridge University Press, Cambridge...
- Finlayson, B. 2017. The end of hunting and gathering. En *The Diversity of Hunter-Gatherer Pasts*, editado por B. Finlayson y G. Warren, pp. 52-68. Oxbow Books, Oxford.
- Finlayson, B. y G. Warren (eds.) 2017. *The Diversity of Hunter-Gatherer Pasts*. Oxbow Books, Oxford.
- Fitzhugh, B. 2003. *The Evolution of Complex Hunter-Gatherers: Archaeological Evidence from the North Pacific*. Kluwer Academic- Plenum Publishers, New York.
- Flores, C., E. Gayo, D. Salazar, B. R. Broitman. 2018. $\delta^{18}O$ of *Fissurella maxima* as a proxy for reconstructing Early Holocene sea surface temperatures in the coastal Atacama desert (25°S). *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 499: 22-34.
- Fontugne, M., M. Carré, I. Bentaleb, M. Julien y D. Lavallée. 2004. Radiocarbon reservoir age variations in the south Peruvian upwelling during the Holocene. *Radiocarbon*, 46: 531-537.
- Fuenzalida, N. y F. Gallardo. 2014-15. Intercambio y consumo ritual funerario: los cazadores-recolectores marinos tardíos de la costa de Taltal (desierto de Atacama, Norte de Chile). *Taltalia* 7-8: 19-37.
- Galarce, P. y G. Santander. 2013. Contextos líticos de asentamientos arcaicos en la costa de Taltal (II Región, Chile). *Estudios Atacameños* 46: 5-26.
- Gamble, L. 2008. *The Chumash World at European Contact. Power, Trade and Feasting among Complex Hunter-Gatherers*. University of California Press, Estados Unidos.
- Gayo, E., C. Latorre, C. Santoro, A. Maldonado y R. De Pol-Holz. 2012. Hydroclimate variability in the low-elevation Atacama Desert over the last 2500 yr. *Climate of the Past* 8: 287-306.

- Gowdy, J. M. (ed.) 1998. *Limited Wants, Unlimited Means. A Reader on Hunter-Gatherer Economics and the Environment*. Island Press, Washington, D.C.
- Grier, C. 2017. Expanding notions of hunter-gatherer diversity: identifying core organizational principles and practices in Coast Salish societies of the northwest Coast of North America. En *The Diversity of Hunter-Gatherer Pasts*, editado por B. Finlayson y G. Warren, pp. 16-33. Oxbow books, Oxford & Philadelphia.
- Grosjean, M., C. Santoro, L. Thompson, L. Núñez, y V. Standen. 2007. Mid-Holocene climate and culture change in the South Central Andes. En *Climate Change and Cultural Dynamics: a Global Perspective on Mid-Holocene Transition*, editado por D.G. Anderson, K.A. Maasch, D.H. Sandweiss, pp. 51-115. Academic Press, New York.
- Gutiérrez, G. y L. Lazo. 1996. *Plantas Medicinales Silvestres de Uso Tradicional en la Localidad de Paposo, Costa del Desierto de Atacama, II Región, Chile*. Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura, Ministerio de Educación. Santiago de Chile.
- Habu, J. 2004. *Ancient Jomon of Japan*. Cambridge University Press, Inglaterra.
- Hawkes, K., 1993. Why Hunter-Gatherers work: An ancient version of the problem of public goods. *Current Anthropology* 34: 341-362.
- Hayden, B. 1995 Pathways to power: principles for creating socio economic inequalities. En *Foundations of Social Inequality*, editado por T.D. Price y G. Feinman, pp. 15-85. Plenum Press, New York.
- Hayden, B. 2010. El surgimiento de cazadores-recolectores complejos. Una vision desde el Northwest Plateau. En *La Excepción y la Norma: las Sociedades Indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la Arqueología*, editado por A. Vila y J. Estévez, pp. 87-110. Treballs D'Etnoarqueologia 8, CSIC, Madrid.
- Herrera, C. y E. Custodio 2014. Origin of waters from small springs located at the northern coast of Chile, in the vicinity of Antofagasta. *Andean Geology* 41 (2): 314-341.
- Herrera, C., C. Gamboa, E. Custodio, T. Jordan, L. Godfrey, J. Jódar, J.A. Luque, J. Vargas y A. Sáez. 2018. Groundwater origin and recharge in the hyperarid Cordillera de la Costa, Atacama Desert, northern Chile. *Science of the Total Environment* 624 (2018): 114-132.
- Hocsman, S. 2002. ¿Cazadores-recolectores complejos en la puna meridional argentina? Entrelazando evidencias del registro arqueológico de la microrregión de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVII*: 193-214.

- Ingold T. 1999. On the social relation of the hunter-gatherer band. En *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, editado por R. Lee y R. Daly, pp 54-71. Cambridge University Press, Cambridge.
- Jackson, D., A. Maldonado, M. Carré, y R. Seguel. 2011. Huentelauquén cultural complex: the earliest peopling of the Pacific coast in the South-American southern cone. En *Peuplement et Préhistoire en Ameriques*, editado por D. Vialou, pp. 221-231. Editions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, Paris.
- Kaner, S. 2011. The Involution of Complexity in Jomon Japan. En *Structured Worlds. The Archaeology of Hunter-Gatherer Thought and Action*, editado por A. Cannon, pp. 183-203. Routledge, Londres.
- Keeley, L. H. 1988. Hunter-gatherer economic complexity and 'population pressure': a cross cultural analysis. *Journal of Anthropological Archaeology* 7: 373-411.
- Keen, I. 2006. Constraints on the Development of Enduring Inequalities in Late Holocene Australia. *Current Anthropology* 47 (1): 7-38.
- Kelly, R. L. 1995. *The Foraging Spectrum: Diversity in Hunter-Gatherers Lifeways*. Smithsonian Institution Press, Washington DC.
- Kim, J-H., R.R. Schneider, D. Hebbeln, P.J. Muller y G. Wefer. 2002. Last deglacial sea-surface temperature evolution in the Southeast Pacific compared to climate changes on the South American Continent. *Quaternary Science Reviews* 21: 2085-2097.
- Kim, J., y C. Grier. 2006. Beyond affluent foragers. En *Beyond Affluent Foragers: Rethinking Hunter-Gatherer Complexity*, editado por C. Grier, J. Kim, y J. Uchiyama, pp. 192-200. Oxbow Press, Oxford.
- Koyama, S. y Thomas D. (Eds). 1981. *Affluent Foragers*. Senri Ethnological Studies 9. National Museum of Ethnology, Osaka.
- Lambeck, K., H. Rouby, A. Purcell, Y. Sun y M. Sambridge. 2014. Sea level and global ice volumes from the Last Glacial Maximum to the Holocene. *PNAS* 111(43): 15296-15303.
- Lee, R. B. e I. Devore 1968. *Man the Hunter*. Aldine, Chicago.
- Lee, R.B. 1979. *The !Kung San: Men, Women and Work in a Foraging Society*. Cambridge University Press, New York.
- Llagostera, A. 1979. Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local extintos y a litos geométricos: 9.680 ± 160 a.p. *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 93-113. Editorial Kultrún, Chile.

- Llagostera, A. 1989. Caza y pesca marítima (9000 a 1000 a.C.). En: *Prehistoria, Desde sus Orígenes Hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 57-79. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Llagostera, A. 1992. Early occupations and the emergence of fishermen on the Pacific Coast of South America. *Andean Past* 3: 87-109.
- Llagostera, A. 2005. Culturas costeras precolombinas en el norte chileno: secuencia y subsistencia de las poblaciones arcaicas. En *Biodiversidad Marina: Valoración, Usos, Perspectivas ¿Hacia dónde va Chile?*, editado por E. Figueroa, pp. 107-148. Editorial Universitaria, Santiago, Chile.
- Llagostera, A. 2013. Poblaciones marítimas con arquitectura. *Hombre y Desierto* 17: 151-183.
- Llagostera, A. y J. Cruz. 2010. Prehistoria de Antofagasta. En *La Ruta de los Primeros Antofagastinos*. CORE Antofagasta, Agrupación Cultural Naturaleza y Patrimonio. Antofagasta, Chile.
- Llagostera, A., R. Weisner, G. Castillo, M. Cervellino, M. Costa-Junquera 2000. El Complejo Huentelauquén bajo una perspectiva macroespacial y multidisciplinaria. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I: 461-482.
- Loponte, D.; A. Acosta y J. Musali 2002. Complejidad social: cazadores-recolectores y horticultores en la región pampeana En *Aproximaciones Contemporáneas a la Arqueología Pampeana. Perspectivas Teóricas, Metodológicas, Analíticas y Casos de Estudio*, editado por G. Martínez, M. Gutiérrez; R. Curtoni, M. Berón y P. Madrid, pp. 41-60. Facultad de Ciencias Sociales-UNCPBA, Olavarría.
- Lourandos, H. 1985. Intensification and Australian prehistory. En *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*, editado por T. D. Price y J. A. Brown, pp. 385-423. Academic Press, San Diego.
- Lourandos, H. 1997. *Continent of Hunter Gatherers. New Perspectives in Australian Prehistory*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Marquardt, W. H. 1988. Politics and production among the Calusa of south Florida. En, *Hunters and Gatherers, Vol. 1: History, Evolution and Social Change*, editado por T. Ingold, D. Riches y Woodburn, pp. 161-188. Berg, London.

- Marquet, P., F. Bozinovix, G. Bradshaw, C. Cornelius, H. González, J. Gutierrez, E. Hajek, J. Lagos, F. López-Cortés, L. Núñez, E. Rosell, C. Santoro, H. Samaniego, V. Standen, J.C. Torres-Mura y F. Jaksic 1998. Los ecosistemas del desierto de Atacama y área andina adyacente en el norte de Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 71: 593-617.
- McGuire, R. H. 1983. Breaking Down Cultural Complexity: Inequality and Heterogeneity. *Advances of Archaeological Method and Theory* 6: 91-142.
- Medina, M., H. Arancibia, S. Neira 2007. Un modelo trófico preliminar del ecosistema pelágico del norte de Chile (18_20'S-24_00'S). *Investigaciones Marítimas. Valparaíso* 35 (1): 25-38.
- Mellet, J. 1900 [1824]. *Viajes por el Interior de la América Meridional*. Traducido de la edición francesa de 1824, Imprenta i Encuadernación Universitaria, Santiago.
- Mengozi, F. 2016. *Hacia una Aproximación de las Tradiciones Tecnológicas de Cuentas de las Poblaciones Marítimas con Arquitectura en la Costa Arreica del Norte Grande de Chile*. Memoria para optar al Título de Arqueóloga. Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Mohtadi, M., O. Romero y D. Hebbeln. 2004. Changing Marine Productivity off Northern Chile During the past 19000 years: a multivariable approach. *Journal of Quaternary Science* 19 (4): 347-360.
- Monroy, I. 2019. *Taltaloides, entre lo utilitario y no utilitario: Función de las hojas líticas presentes en contextos de la costa arreica y semiárida durante el Arcaico Tardío*. Memoria para optar al Título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Montecino, V. y C. Lange. 2009. The Humboldt Current System: Ecosystem components and processes, fisheries, and sediment studies. *Progress in Oceanography* 83 (1): 65-79.
- Moseley, M. E. 1975. *The Maritime Foundations of Andean Civilization*. Cummings, Menlo Park, CA
- Mostny, G. 1964. *Arqueología de Taltal Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile.
- Núñez, L. 1975. Dinámica de grupos precerámicos en el perfil costa-altiplano, Norte de Chile. *Estudios Atacameños* 3:53-65.
- Núñez, L. 1984. Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal. *Revista Futuro* 8: 28-76.

- Núñez, L., y C. Santoro. 2011. El tránsito arcaico-formativo en la circumpuna y valles occidentales del centro sur andino: hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara* 43(especial): 487-530.
- Núñez, L., V. Zlatar y P. Núñez. 1974 Caleta Huelén-42: Una aldea temprana en el norte de Chile (nota preliminar). *Hombre y Cultura* 2: 67-103.
- Olguín, L., D. Salazar y D. Jackson 2014. Tempranas evidencias de navegación y caza de especies oceánicas en la costa pacífica de Sudamérica (Taltal, 7.000 años cal. a.p.). *Chungara* 46(2): 177-192.
- Olguín, L., V. Castro, P. Castro, I. Peña Vilalobos, J. Ruz y B. Santander 2015. Exploitation of faunal resources by marine hunter-gatherer groups during the Middle Holocene at the Copaca 1 site, Atacama Desert coast. *Quaternary International* 373: 4-16.
- Ortlieb, L., G. Vargas y J.F. Saliége. 2011. Marine radiocarbon reservoir effect along the northern Chile–southern Peru coast (14–24°S) throughout the Holocene. *Quaternary Research* 75: 91-103.
- Palma, P., D. Salazar y H. Salinas 2012. Asentamiento y modo de vida en el Intermedio Tardío de la costa de Tocopilla, II Región, Norte de Chile. *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 175-184.
- Pauketat, T. y S. Alt. 2005. Agency in a postmold?: Physicality and the archaeology of culture making. *Journal of Archaeological Method and Theory* 12: 213-236.
- Pfeiffer, M., C. Latorre, C. Santoro, E. Gayo, R. Rojas, M.L. Carrevedo, V. McRostie, K. Finstad, A. Heimsath, M. Jungers, R. De Pol-Holz y R. Amundson. 2018. Chronology, stratigraphy and hydrological modelling of extensive wetlands and paleolakes in the hyperarid core of the Atacama Desert during the late quaternary. *Quaternary Science Reviews* 197: 224-245.
- Pliscoff, P. y F. Luebert. 2008. Los Ecosistemas Terrestres. En *Biodiversidad de Chile: Patrimonio y Desafíos*, editado por J. Rodovira, J. Ugalde y M. Stutzin, pp. 74-87. Edición Ocho Libros. Santiago.
- Power, X. 2015. *Función y estructura del sitio Caleta Bandurrias (Taltal, II Región de Antofagasta). Una evaluación sobre las poblaciones costeras de los “círculos de piedra”*. Memoria para optar al Título de Arqueóloga, Universidad de Chile.
- Preucel, R. e I. Hodder, 1996. Communicating present pasts. En *Contemporary Archaeology in Theory*, editado por R. Preucel e I. Hodder, pp. 3-20. Blackwell Publishers, Oxford.

- Price, T. D. 1995. Social inequality at the origins of agriculture. En *Foundations of Social Inequality*, editado por T. D. Price y G. M. Feinman, pp. 129-51. New York: Plenum Press.
- Quade, J., J.A.Rech, J.L. Betancourt, C. Latorre, B. Quade, K.A. Rylander y T. Fisher. 2008. Paleowetlands and regional climate change in the central Atacama Desert, northern Chile. *Quaternary Research* 69: 343-360.
- Price, T. D. y J. A. Brown 1985. Aspects of Hunter-Gatherer complexity. En *Prehistoric Hunter-Gatherers: The Emergence of Cultural Complexity*, editado por T. D. Price y J. A. Brown, pp. 3-20. Academic Press, San Diego.
- Quilter, J., e I. Stocker 1983. Subsistence economies and the origins of Andean complex societies. *American Anthropologist* 85: 545-562.
- Randall, A. 2015. *Constructing histories. Archaic freshwater shell mounds and social landscapes of the St. Johns River, Florida*. University Press of Florida, Estados Unidos.
- Rebolledo, S. 2017. *Exploitation des ressources halieutiques sur la côte Pacifique du Chili au cours de l'Holocène Ancien : Les sites Paposo Norte 9, Alero 224-A et Morro Colorado de la commune de Taltal*. Master's Thesis. Muséum National d'Histoire Naturelle de Paris, Francia.
- Rebolledo, S., P. Béarez, D. Salazar, F. Fuentes 2016. Maritime fishing during the Middle Holocene in the hyperarid coast of the Atacama Desert. *Quaternary International* 391: 3-11.
- Reed-Danahay D. 2015. Social space. Distance, proximity and thresholds of affinity. En *Thinking through Sociality: An Anthropological Interrogation of Key Concepts*, editado por V. Amit, pp. 69-96. New York: Berghahn Books.
- Rowley-Conwy, P. 1983. Sedentary Hunters: the Ertebolle example. En *Hunter Gatherer Economy in Prehistory*, editado por G. N. Bailey, pp. 111-126. University Press, Cambridge.
- Rowley-Conwy, P. 2001. Time, change and the archaeology of hunter-gatherers: how original is the 'Original Affluent Society'?. En *Hunter-Gatherers: an Interdisciplinary Perspective*, editado por C. Panther-Brick, R. H. Layton y P. Rowley-Conwy, pp. 39-72, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rundel, P.W., M.O. Dillon, B. Palma, H.A. Mooney, S.L. Gulmon y J.R. Ehleringer 1991. The phytogeography and ecology of the coastal Atacama and Peruvian deserts. *Aliso* 13: 1-49

- Ruz, J. 2015. *Copaca 1 y las Estrategias de Pesca en el Arcaico Medio y Tardío en la Costa Arreica*. Memoria para optar el Título de Arqueóloga. Departamento de Antropología Universidad de Chile.
- Sáez, A., L.V. Godfrey, C. Herrera, G. Chong y J., Pueyo. 2016. Timing of wet episodes in Atacama Desert over the last 15 ka. The groundwater discharge deposits (GWD) from Domeyko range at 25 S. *Quaternary Science Reviews* 145: 82-93.
- Sahlins, M. 1968. Notes on the original affluent society. En *Man the Hunter*, editado por R. B. Lee e I. DeVore, pp. 85-89. Aldine, Chicago.
- Sahlins, M. 1972. *Stone Age Economics*. Aldine, Chicago.
- Salazar, D., P. Andrade, C. Borie, M. Escobar, V. Figueroa, C. Flores, L. Olguín y H. Salinas. 2013. Nuevos sitios correspondientes al Complejo Cultural Huentelauquén en la costa de Taltal. *Taltalia* 6: 9-19.
- Salazar, D., Arenas, C., Andrade, P., Olguín, L., Torres, J., Flores, C., Vargas, G., Rebolledo, S., Borie, C., Sandoval, C., Silva, C., 2018. From the use of space to territorialisation during the Early Holocene in Taltal, coastal Atacama Desert, Chile. *Quaternary International* 473: 225-241.
- Salazar, D; V. Castro, H. Salinas y V. Varela. 2009. Nuevas investigaciones sobre la prehistoria y la antigua minería de Taltal. *Taltalia* 2: 111-118.
- Salazar, D., C., Flores, C. Borie, L. Olguín, S. Rebolledo, M. Escobar, A. Cifuentes 2014. Economic organization and social dynamics of Middle-Holocene hunter-gatherer-fisher communities in the coast of the Atacama Desert (Taltal, northern Chile). En *Maritime Communities of the Ancient Andes*, editado por G. Prieto y D. Sandweiss. University of Florida Press (*en prensa*).
- Salazar, D., V. Figueroa, P. Andrade, H. Salinas, L. Olguín, X. Power, S. Rebolledo, S. Parra, H. Orellana y J. Urrea. 2015. Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños* 50: 7-46
- Sandweiss, D. H. 2008. Early fishing societies in western South America. En *Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W.H. Isbell, pp. 145-156. Springer, New York.
- Sandweiss, D., K. Maasch, R.L. Burger, J.B. Richardson, H.B. Rollins y A. Clement 2001. Variation in Holocene El Niño frequencies: climate records and cultural consequences in ancient Peru. *Geology* 7: 603-606.
- Sandweiss, D.H., J.B. Richardson III, E.J. Reitz, H.B. Rollins y K.A. Maasch 1996. Geoarchaeological evidence from Peru for a 5000 years B.P. onset of El Niño. *Science* 273: 1531-1533.

- Sassaman, K. 2004. Complex hunter-gatherers in evolution and history: a North American perspective. *Journal of Archaeological Research* 12: 227-280.
- Sassaman, K. y D. Holly 2011. Transformative hunter-gatherer archaeology in North America. En *Hunter-Gatherer Archaeology as Historical Process*, editado por K. Sassaman y D. Holly, pp. 1-13. University of Arizona Press, Tucson.
- Schaedel, R. 1957. Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena. En *Arqueología Chilena, Contribución al Estudio de la Región Comprendida entre Arica y La Serena*, editado por R.P. Schaedel, pp. 1-42. Universidad de Santiago, Santiago.
- Schoenbucher, E. 1988. Equality and hierarchy in maritime adaptation: The importance of flexibility in the social organization of a south indian fishing caste. *Ethnology* 27(3): 213-230.
- Sinclair, A. 1995. The Technique as a Symbol in Late Glacial Europe. *World Archaeology* 27 (1): 50-62.
- Sinclair, A. 2000. Constellations of knowledge: human agency and material affordance in lithic technology. En *Agency in Archaeology*, editado por M.-A. Dobres y J. Robb, pp. 196-212. Routledge, Londres.
- Soto, C., X. Power y B. Ballester, 2018. Circulación de objetos perforados de concha: aportes para la interpretación de su rol en las relaciones sociales del Desierto de Atacama entre los 6000-3500 a.p. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 23(1): 51-69.
- Strub, T., J. Mesías, V. Montecino, J. Rutllant y S. Salinas. 1998. Coastal ocean circulation off western South America. En *The Sea*, editado por A. Robinson y K. Brink, vol. 11, pp. 273- 313. Wiley, New York.
- Testart, A. 1982. The significance of food storage among Hunter-Gatherers: Residence, patterns, population, densities and social inequalities. *Current Anthropology* 23: 523-537.
- Thiel, M., E.C. Macaya, E. Acuña, W. Arntz, H. Bastias, K. Brokordt, P. Camus, J.C. Castilla, L. Castro, M. Cortés, C. Dumont, R. Escribano, M. Fernandez, J. Gajardo, C. Gaymer, I. Gómez, A. González, H. González, P. Haye, J.E. Illanes, J.L. Iriarte, D. Lancellotti, G. Luna-Jorquera, C. Luxoro, P. Manriquez, V. Marín, P. Muñoz, S.A. Navarrete, E. Perez, E. Poulin, J. Sellanes, H. Sepúlveda, W. Stotz, F. Tala, A. Thomas, C. Vargas, J. Vásquez y A. Vega 2007. The Humboldt current system of northern and Central Chile oceanographic processes, ecological interactions and socioeconomic feedback. *Oceanography and Marine Biology* 45: 195-344.

- Vargas, G., J. Rutllant, L., Ortlieb. 2006. ENSO tropical-extratropical climate teleconnections and mechanisms for Holocene debris flows along the hyperarid coast of western South America (17-24° S). *Earth and Planetary Science Letters* 249: 467-483.
- Vargas, G., L. Ortlieb y J. Rutllant. 2000. Aluviones históricos en Antofagasta, Chile, y su relación con eventos El Niño/Oscilación del Sur. *Revista Geológica de Chile (Andean Geology)* 27(2): 157-176.
- Vásquez de Espinoza, A. 1948[1630]. *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. Smithsonian Institution, Washington.
- Watanabe, H. 1968. Subsistence and Ecology of Northern Food Gatherers with Special Reference to the Ainu. En *Man the Hunter*, editado por R.B. Lee y I. Devore, pp. 69-77. Aldine, Chicago.
- Wiessner, P. 1982. Risk, reciprocity and social influences on !Kung San economics. En *Politics and History in Band Societies*, editado por E. Leacock y R. Lee, pp. 61-84. Cambridge University Press, Inglaterra.
- Wiessner, P. 1983. Style and social information in the Kalahari San projectile points. *American Antiquity* 48(2): 253-276.
- Wiessner, P. 1996. Leveling the hunter: constraints on the status quest in foraging societies. En *Food and Status Quest. An Interdisciplinary Perspective*, editado por P. Wiessner y W. Schiefelhovel, pp. 171-192. Berghahn Books, Oxford.
- Williams, A., C. Santoro, M. A. Smith y C. Latorre. 2008. The impact of ENSO in the Atacama desert and Australian arid zone: exploratory time-series analysis of archaeological records. *Chungara* 40: 245-259.
- Wobst, M. 1977. Stylistic behavior and information exchange. En *For the Director: Research Essays in Honor of James B. Griffin*, editado por Ch. Cleland, pp. 317-342. Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Wobst, M. 1978. The archaeo-ethnology of hunter-gatherers or the tyranny of the ethnographic record in archaeology. *American Antiquity* 43: 303-309.
- Woodburn, J. 1980. Hunters and gatherers today and reconstruction of the past. En *Soviet and Western Anthropology*, editado por E. Gellner, pp. 95-117. Duckworth, Londres.
- Woodburn, J. 1982. Egalitarian societies. *Man* 17: 431-451.
- Wylie, A. 1985. The reaction against analogy. *Advances in Archaeological Method and Theory* 8: 63-111.

- Wylie, A. 2002. *Thinking from Things: Essays in the Philosophy of Archaeology*. Berkeley, Estados Unidos.
- Yacobaccio, H. 2006. Intensificación económica y complejidad social en cazadores-recolectores surandinos. *Boletín de Arqueología PUCP* 10: 305-320.
- Yesner, D. 1980. Maritime hunter-gatherers: ecology and prehistory. *Current Anthropology* 21 (6): 727-735.
- Zlatar, V. 1983. Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *Chungara* 10: 21-28.
- Zlatar, V. 1987. Un yacimiento precerámico y su problemática desde la perspectiva de sus recintos habitacionales. *Hombre y Desierto* 1: 1-36.

¿TÚMULOS SIN COMPLEJIDAD? UNA DISCUSIÓN DESDE CHILE CENTRAL

Lorena Sanhueza R.

El cambio visto como evolución social

Desde los inicios de los estudios antropológicos las diferencias en la organización sociopolítica de las sociedades humanas han estado intersectadas por el concepto de “evolución”. Bajo este paradigma, las diferencias observadas en este aspecto entre la sociedad occidental y la otras que comenzaban a ser objeto de su interés en el siglo XIX y comienzos del XX, fueron dotadas simultáneamente de una connotación temporal, de un poder de transformación—aunque no existe consenso en cuáles son sus motores— y de una direccionalidad (el “progreso”) (cf. Lumbreras 2006). Básicamente, se trataba de que desde una situación “simple” e igualitaria se daba paso a una situación de desigualdad, jerárquica y en definitiva más “compleja”. Así, las sociedades igualitarias pasaron a ser consideradas también como la situación “original” o “primigenia” de las sociedades humanas (Flanagan 1989; Chapman 2003; Ames 2007), y el cambio social solo podía llevar a una estructura más compleja (“superior”), que por tanto también es posterior en la línea de tiempo, y que cristaliza finalmente en la sociedad moderna (Trigger 1990 en Chapman 2003). La arqueología, con su ventajosa posibilidad de estudios con gran profundidad temporal, hizo eco de este modelo; de esta manera se esperaba, en términos generales, que las sociedades más antiguas fueran más simples y las más recientes, más complejas.

Ciertamente se han introducido matices a esta idea de evolución, siendo los más relevantes la idea de multilinealidad de la evolución cultural (ya planteada por Steward 1955) y la posibilidad de “reversibilidad” de los procesos (Ames 2007). Respecto a la primera, introduce la posibilidad de distintos caminos y arreglos internos, destrabando incluso la asociación de distintas etapas con determinados modos de subsistencia (Johnson y Earle 2003); no obstante, el cambio sigue teniendo una dirección y consecuencia clara (la complejización social). Respecto a la segunda, se ha quedado mayormente en el plano anecdótico en base a algunos casos arqueológicos puntuales que han contribuido a poner en discusión estos modelos, pero que en definitiva no los ha erosionado mayormente (“la excepción hace a la regla”). De esta manera, la idea de complejización se ha mantenido como trasfondo a la mayor parte de las interpretaciones de las

secuencias culturales regionales y locales, ya sea explícita o implícitamente.

Un derivado de este supuesto es la discusión de cuándo una sociedad o determinada etapa o fase cultural representa una organización “compleja”: no solo hay un camino trazado hacia la complejidad, sino que hay una etapa o un nivel, con ciertas características, en que las sociedades pueden, o no, ser consideradas “complejas”. En relación con esto, McGuire (1983) ha argumentado la necesidad de descomponer la complejidad en sus variables constituyentes –la heterogeneidad y la desigualdad– en la medida que no necesariamente están positivamente correlacionadas, donde la pregunta relevante vendría a ser no tanto si una sociedad es o no compleja sino cuál es el grado de complejidad en una sociedad. No obstante, en los hechos, se ha continuado utilizando un esquema clasificatorio dualista, y hay sociedades que se catalogan como complejas y otras como no complejas.

Al respecto, las definiciones de complejidad son variadas. En su acepción más simple, refiere a la existencia de más “partes”, las que requieren de formas más efectivas de integración en un “todo” (Service 1971). En otras, adquiere un rol central el grado de diferenciación interna y lo intrincado de las relaciones dentro del sistema. Pero lo que parece ser más relevante y definitorio, es un acceso diferencial a recursos/bienes/posiciones/etc. todo lo cual se ve expresado en una jerarquía, es decir, la *desigualdad social institucionalizada* (Paynter 1989; Ames 2007).

Desde la arqueología, la complejidad se reconoce a partir de distintos indicadores, entre los cuales destacan el tamaño de los sitios que deberían reflejar el mayor tamaño de población asociado a este tipo de organización, así como su congregación espacial; la presencia de talleres de especialistas, bienes de prestigio, diferencias en las estructuras habitacionales y los enterratorios, acorde a la diferenciación vertical y horizontal asociada; la existencia de construcciones monumentales en relación a la disposición y apropiación de la fuerza de trabajo; la existencia de diferencias nutricionales y en modos de vida entre individuos (Wason 1994; Nelson 1995; Chapman 2003; Ames 2007). Al respecto, es posible también cierta variabilidad, en la medida que las distintas estrategias de poder puestas en juego en los caminos hacia la complejidad social –económicos, militares o ideológicos–, se materializan en indicadores de distinta naturaleza (Earle 1997). De esta manera, una estrategia militarista se reflejaría en la existencia de estructuras defensivas (y eventualmente en una infraestructura acorde a la intensificación productiva); una estrategia ideológica conllevaría un énfasis en los bienes de prestigio (distribuidos heterogéneamente) y en espacios para el despliegue ceremonial del poder; y una estrategia centrada en lo económico, se

manifestaría principalmente en la infraestructura asociada a la intensificación productiva.

Pero, ¿toda construcción monumental es necesariamente reflejo de una sociedad compleja? ¿Todos los bienes de prestigio implican diferencias institucionalizadas? ¿Los cambios o diferencias implican necesariamente mayor complejidad social? En definitiva, ¿qué pasa si consideramos la posibilidad que no toda diferencia en un eje temporal implica un proceso de “complejización”?

Para contestar estas interrogantes, y partiendo de que la desigualdad es una característica de todas las sociedades humanas (Feinman y Neitzel 1984; Flanagan 1989; Paynter 1989; Ames 2007), creemos necesario poner atención en las diferencias estructurales en lo que parece ser el punto de diferencia fundamental entre dos tipos de sociedades: la institucionalización de la desigualdad, cuya principal implicancia social es cómo se estructura la lógica del liderazgo o en otras palabras, la lógica del poder (ver contribuciones a Vaughn et al. 2009). En efecto, los liderazgos existen en todas las sociedades humanas, pero su institucionalización, que implica la existencia de esta posición disociada de las cualidades particulares de un individuo en particular (Kantner 2009), ocurre solo en algunas. En este escenario, la diferencia mayor está en la cualidad del poder asociado a estos dos tipos de líderes; en los liderazgos no institucionalizados, el poder se da principalmente en forma de “autoridad”, mientras que en los liderazgos institucionalizados, estos implican un poder coercitivo (Kantner 2009). En otras palabras el *poder para* da paso al *poder sobre* (Miller y Tilley 1984).

Las preguntas realizadas podrían entonces reformularse: ¿las construcciones monumentales, bienes de prestigio, o las desigualdades evidentes pueden entenderse o son posibles en el marco de sociedades donde no existe esta institucionalización de la desigualdad, en definitiva, donde no existen liderazgos institucionalizados, o donde éstos solo tienen *poder para*? ¿Estas diferencias, puestas en un eje temporal, implican necesariamente un cambio en el tipo de sociedad?

Otros prismas

Si cambiamos nuestro foco a la diferencia estructural en la forma de los liderazgos a través de los trabajos realizados por antropólogos y etnólogos hace varias décadas en diversas áreas de la Amazonía, podemos generar una forma alternativa de entender la política en sociedades mayormente sin liderazgos institucionalizados e idealmente, comprender la lógica que subyace a este tipo de organización, así como derivar implicancias observables en la cultura material.

De acuerdo a la nomenclatura clásica, estas sociedades quedarían sin duda clasificadas en aquellas con organización a nivel de bandas o tribus (sensu Service 1971), sociedades igualitarias o de rango (sensu Fried 1967), y de organización familiar o de grupo local (sensu Johnson y Earle 2003), y por tanto constituyen el “punto de partida” de la evolución social. Coincidentemente, el tipo de organización social descrito correspondería al generalmente aceptado para el período Alfarero Temprano (ca 300 a.C. – 1200 d.C.) en Chile central, punto de partida de esta reflexión. Por otro lado, se trata de sociedades “amerindias”, con las cuales existe cierto grado de relación espacial y cultural, y con las cuales se han definido lógicas compartidas para el mundo mapuche (Bechis 1999), nuestro referente histórico más próximo.

Pierre Clastres (2013[1974], 1987[1980]) utiliza el término “sociedad primitiva” para referirse a las sociedades del área amazónica, cuyo modo de subsistencia puede estar basado indistintamente en la caza, recolección y horticultura. Estas sociedades son igualitarias “por esencia”, no presentan divisiones internas y en palabras de Clastres son “sociedades sin Estado”. Aquí es la sociedad la que detenta el poder, impidiendo la emergencia de un poder político individual, central y separado, y la que somete al líder a una estricta vigilancia; el jefe está “en deuda” con la sociedad por ser el jefe (Clastres 1987[1980]). En una perspectiva más amplia, se puede plantear que las sociedades amazónicas se incluyen en aquellas sociedades con un fuerte “ethos igualitario”, el que se ve expresado en una “jerarquía de dominio inversa” (*reverse dominance hierarchy*), producto de una acción intencional de las personas (“seguidores”) que mantienen el control del liderazgo mediante sanciones sociales, en una relación algo ambigua pero eficaz (Boehm 1993).

Ciertamente esto no significa que no existan liderazgos. Cada comunidad está dirigida por un jefe; cada familia extendida tiene un líder. Pero la naturaleza del liderazgo es particular: el jefe no tiene ningún poder de coerción. “El espacio del liderazgo no es el lugar del poder” (Clastres 2013[1974]:170), sino el del *prestigio*.

El “jefe” solo tiene el prestigio que le reconoce la sociedad, que se basa en su competencia técnica personal, donde destacan su “don de la palabra” (dones oratorios), su capacidad de coordinar y su generosidad, cualidades ampliamente reconocidas (ver p.e. también Boehm 1993; Kantner 2009). En este sentido, destaca su papel en la relación con los “otros”, ya que es quien habla en nombre de la comunidad cuando se relacionan con otros, ya sea amigos/aliados o enemigos. De esta manera, obtener y ostentar un liderazgo es una tarea que está en permanente desenvolvimiento, basada en una dinámica coordinada entre las

capacidades de la persona que lo ostenta y de la voluntad de la comunidad, la que no le debe obediencia (Clastres 1987[1980], Boehm 1993).

Por otra parte, tampoco significa que no existan diferencias o desigualdades en este tipo de sociedades. Más allá de las diferencias por edad y género que son muy comunes, hay líderes y comunidades con más prestigio, más influencia, más grandes y eventualmente con acceso diferencial a determinado tipo de objetos. Tal como lo han señalado también otros (p.e. Flanagan 1989) hay jerarquías y desigualdades también en los sistemas igualitarios, pero éstas no están institucionalizadas.

Este tipo de sociedades se basa en las relaciones de parentesco, pero son esencialmente unidades co-residenciales, en la medida que las personas reconocen su pertenencia al grupo donde residen (y no al linaje del que derivan). La gente que pertenece a la misma comunidad vive junta. Las unidades básicas son por tanto las familias (extendidas), que pueden alcanzar niveles de integración sociopolíticos con otras comunidades (“grupo local”), pero donde la cercanía espacial es un aspecto clave. Esto no implica, sin embargo, la concentración de la población a modo de aldeas: una de las características más notorias es la “atomización” de los grupos locales, es decir su dispersión espacial, acorde a un “ideal” de autonomía y autarquía económica, social y política. Las comunidades tienen un modelo de producción doméstico y son independientes unas de otras. Los mecanismos de integración son el parentesco y las alianzas, que se concretizan a partir de matrimonios. Estas unidades, comunidades familiares co-residenciales y grupos locales, pueden por tanto tener diferencias en tamaño y prestigio, que tienen que ver con la capacidad de los líderes de generar alianzas, acrecentando su grupo familiar y esfera de influencia, algo que ha sido señalado como especialmente relevante (Dillehay 2007; Bowser y Patton 2009), y que a su vez contribuye a su prestigio. Ahora bien, en la medida que la generosidad es un rasgo significativo para el prestigio, el tamaño del grupo productivo es un factor relevante. La posibilidad de contar con más número de personas permite además disponer de mayor fuerza de trabajo, que puede asistir en las tareas productivas colaborativas (p.e. construcción de la casa, desbroces de los huertos). Mayor número de aliados posibilita eventualmente el acceso a objetos/bienes distintos. No obstante, estos procesos son altamente dinámicos, múltiples situaciones inciden en la mantención de esta cohesión difusa y cambiante, por lo que a través del tiempo, las personas que detentan el liderazgo/prestigio y las comunidades más grandes no siempre necesariamente son las mismas.

Por otra parte, también hay diferencias entre sociedades, reflejadas tanto en la escala demográfica de las unidades familiares y grupos locales, así como en lo

Para el período Alfarero Temprano (PAT, ca 300 a.C. - 1200 d.C.) no hay mayor problema ni desacuerdo en relación a que estamos frente a una sociedad “simple”, con “organización tribal” (Falabella 2000a), o no jerárquica (Sanhueza 2016). El patrón de asentamiento es disperso (Sanhueza et al. 2007), compuesto por caseríos, que pueden tener distintos tamaños (Falabella et al. 2014; Sanhueza 2016). La base de la subsistencia es la horticultura, pero con un componente importante de caza y recolección en la dieta (Falabella et al. 2016). No existen mayores diferencias en la funebria que hayan permitido sugerir siquiera cierta diferenciación social más allá de los ejes sexo y edad (Sanhueza 2016). No existen objetos que puedan ser considerados como “bienes de prestigio” propiamente tal; los objetos de metal –prácticamente los únicos que podrían ser considerados como tales– son en general extremadamente escasos (Campbell y Latorre 2003) y cuando se presentan en la ofrenda fúnebre (3 casos), están asociados a entierros de infantes (Sanhueza 2016). Los dos complejos culturales contemporáneos en el área –Llolleo y Bato– ciertamente presentan diferencias en cuanto a patrón de asentamiento, subsistencia, movilidad, niveles de integración socioterritorial y representaciones ideológicas en las prácticas de funebria, sin embargo, éstas nunca han conllevado consideraciones acerca de diferencias en su nivel de “complejidad” social.

El período Intermedio Tardío (PIT, ca 1000-1450 d.C.), sin embargo, presenta una serie de características que tensionan las interpretaciones acerca de su organización social. En primer lugar, su posición más tardía en la secuencia, paralela a otros desarrollos catalogados ya como complejos, en un momento inmediatamente preincaico, incita a suponer, bajo la idea de evolución social con una direccionalidad determinada, que estas sociedades fueron “más complejas” que las anteriores (PAT) y que de alguna manera reflejen una etapa “equivalente” a la de otras áreas más nortinas (Durán y Planella 1989). Queremos insistir en que su ubicación en la secuencia –en un momento *posterior* al PAT– es el que plantea una necesaria mayor complejidad, siendo esta la base sobre la cual se evalúa el resto de la evidencia.

En segundo lugar, y ya con una base material, la existencia de túmulos funerarios (Figura 2). Los túmulos son construcciones aéreas artificiales con dimensiones muy variables (entre 5 y 16 m de diámetro; desde 20 cm a 1.2 m de alto), que tienen entre 1 a 4 enterratorios bajo el nivel del piso. Conforman espacios separados a los lugares habitacionales, pudiéndose encontrar desde 19 (Huechún-1) y hasta 100 túmulos (Chicauma) reunidos en un mismo lugar (Durán 1979; Stehberg 1981; Sánchez 1993). Su distribución en Chile central no es homogénea, concentrándose en la cuenca del Aconcagua y en la porción septentrional de la

cuenca del Maipo-Mapocho. Existen varios otros lugares con enterratorios PIT en esta misma cuenca donde no se han registrado túmulos, pero los extensos e intensos procesos posdeposicionales a los que los sitios arqueológicos se encuentran expuestos dado su ubicación cercana a la ciudad de Santiago ponen en cuestión si la ausencia de túmulos es producto de otras prácticas de funebria durante el PIT o bien de su “aplanamiento” para el uso agrícola del suelo en épocas coloniales/republicanas. De esta manera, en el imaginario arqueológico de Chile central, los túmulos han llegado a constituirse como “la” forma característica de funebria PIT. Ahora bien, la construcción de túmulos y la existencia de verdaderos cementerios se ha considerado como evidencia de capacidad de movilización y coordinación de una fuerza de trabajo, y por tanto de existencia de un sistema centralizado de organización sociopolítica (Durán y Planella 1989).



Figura 2. Túmulo Funerario, Sitio Santa Rosa, valle del Aconcagua. Foto de la autora.

En tercer lugar, las características de su alfarería, y especialmente las de su tipo emblemático, el Aconcagua Salmón, definido por el particular color de su pasta (salmón) y su decoración con una configuración altamente normada, donde destaca especialmente el motivo del trinacrio exterior (Figura 3). A pesar que estudios más recientes han permitido establecer una alta variabilidad en la

ejecución y repertorio de motivos decorativos dentro de esta estructura tan normada (Falabella 2000b; Prieto 2004) y han relevado una variabilidad en las materias primas con que este tipo cerámico se está elaborando, lo que ha permitido descartar la existencia de centros de producción (Falabella et al. 2002), la alta reiteración y visibilidad del trinacrio siguen llamando la atención y sugiriendo prácticas identitarias de alcance regional (Sánchez 2001).



Figura 3. Vista exterior de vasija Aconcagua Salmón con Trinacrio. Colección Museo Nacional de Historia Natural, Chile. Foto de Cristian Becker.

No obstante lo anterior, hay una serie de elementos que no se condicen con una situación de “mayor complejidad” que para el PAT.

El patrón de asentamiento sigue siendo disperso, compuesto de caseríos, que si bien en algunas áreas pueden ser de mayor tamaño, o presentar mayor grado de aglutinación, no corresponden a aldeas (Massone et al. 1998; Cornejo et al. 2003-2004). El único sitio que por su localización en un faldeo de cerro ha permitido identificar viviendas (RML008 - Blanca Gutiérrez), reveló la existencia de tres estructuras habitacionales asociadas, dos de ellas en uso de forma contemporánea y una tercera más tardía (Pavlovic 2000; Pavlovic et al. 1998, 2000). Otros sitios habitacionales de mayor tamaño han sido reportados (p.e. Huechún-2, Huechún-3), pero no han sido intervenidos con metodologías que permitan dis-

criminar viviendas individuales ni su historia ocupacional (Stehberg 1981) y de hecho intervenciones posteriores señalan más bien un área de ocupación acotada (Hermosilla et al. 2005)

La distribución desigual de los principales tipos cerámicos (Aconcagua Salmón, Aconcagua Rojo Engobado y Aconcagua Pardo Alisado), así como de las particularidades de cada uno de estos tipos cerámicos (Falabella et al. 2003; Prieto 2004; Baudet 2004), sugieren comunidades de práctica relativamente acotadas espacialmente en distintas localidades (Massone et al. 1998; Falabella et al. 2003; Prieto 2004; Baudet 2004). Las diferencias evidentes de dieta entre las poblaciones que habitan los valles de la cordillera de la costa y la costa respecto a las del interior (Falabella et al. 2007) apuntan en dirección contraria a una supuesta integración regional.

Por otro lado, las ofrendas fúnebres destacan más bien por su escases y “pobreza”, existiendo una alta proporción de entierros que no presentan ningún tipo de objeto asociado, y cuando sí la presentan, éstas, compuestas principalmente por vasijas cerámicas, son numéricamente menores, existiendo pocos objetos únicos (p.e. collares) o que puedan ser considerados como “objetos de prestigio” (p.e. metales, aquí también muy escasos). A pesar de que se han identificado diferencias en los tamaños de los túmulos y en la distribución de las ofrendas en ellos (Sánchez 1993, 1995, 1997), hasta el momento no existe ningún enterratorio que sobresalga en términos de sus ofrendas. De esta manera el foco parece estar más bien en la comunidad (representada en y a través de la construcción de los túmulos) que en las personas.

Todo lo anterior nos sugiere que una situación como la esbozada puede comprenderse mejor si no tratamos de imponer un modelo de evolución social hacia una sociedad “compleja” que involucre necesariamente un cambio estructural en las formas y lógicas de la constitución de la comunidad y de las relaciones establecidas entre sus miembros. Sugerimos en cambio, que esta situación, sin negar que efectivamente sea diferente a la del período anterior, puede comprenderse bajo las mismas lógicas que éstas.

La existencia de liderazgos más fuertes y consolidados, que involucren la posibilidad de contar con la voluntad y disponibilidad de un número considerable de personas es un escenario perfectamente posible en el marco de liderazgos basados en el prestigio y no necesariamente implican jerarquías institucionalizadas ni cambios estructurales en las formas como se relacionan las personas. La habilidad para manipular las relaciones de parentesco y de alianza de algunas unidades domésticas, basada en la capacidad y características personales, permite la existencia de grupos o comunidades de distinto tamaño. Esto implica ciertamen-

te distintas capacidades productivas, punto importante que permite sostener la hospitalidad y en definitiva el prestigio del líder de la comunidad, como también en su capacidad de convocatoria, que puede verse expresada materialmente en la construcción de obras colectivas, como los túmulos. La construcción de estos “monumentos” sin duda requiere la concurrencia de un número importante de personas, que seguramente superan en número a la comunidad coresidencial. Lo que nos parece relevante destacar es que la capacidad de convocar (y sustentar tal reunión) no necesita la existencia de desigualdades o jerarquías institucionalizadas, sino que es posible a partir de mecanismos de integración como el parentesco y las alianzas, propias de las sociedades sin jerarquías institucionalizadas como las descritas arriba, y que permiten que las unidades capaces de activar estos principios puedan contar con una cantidad importante de “mano de obra”. Es importante recordar en relación a esto, que la principal diferencia que se ha registrado hasta ahora es en el tamaño y altura de los túmulos y no en las ofrendas de las personas enterradas en ellas, lo que parece estar más en relación con un acento en el colectivo y en las capacidades de movilizar personas y así, en definitiva, en el tamaño de la comunidad.

En este sentido, esta idea sintoniza con lo planteado por Dillehay (2007) en relación a lo que él denomina el “proceso de complejización” en el área reche (sur de Chile), expresado allí materialmente sobre todo en la construcción de *kuel* en el área Purén-Lumaco. Si bien su planteamiento parece ir en dirección contraria a lo discutido aquí, rescatamos de éste la dinámica política propuesta, en la cual el acento está en la acumulación de “personas” mediante alianzas, y no de territorio o de bienes materiales, que acrecientan la posibilidad de convocatoria de ciertas unidades familiares, y cuya principal consecuencia es el aumento del prestigio del jefe y por consecuencia también de los miembros de esa unidad familiar.

Por otra parte, principios como el atomismo residencial, que parece permanecer intacto en este período, y las lógicas de la autonomía económica, social y política de las comunidades que tiene aparejadas, se ven reflejadas espacialmente en un patrón de asentamiento disperso, en las diferencias de dieta y en los estilos tecnológicos de la cultura material, que indican que los niveles más relevantes de integración social son las comunidades locales.

En síntesis

Lo que hemos planteado aquí es básicamente que mirar el pasado tomando en consideración las lógicas sociológicas de organización social y política derivadas

de la etnografía amerindia, nos permite reconocer que no todos los monumentos necesitan de jerarquías institucionalizadas para ser construidos, así como no todos los bienes exóticos y escasos necesariamente están vinculados a una “economía” de prestigio. Más bien estos pueden entenderse en el marco de las dinámicas sociopolíticas que integran a las unidades domésticas en redes de alianza y parentesco, que dependen de la agencia, capacidad y carisma de sus líderes, y que les permiten, al menos a algunas de ellas, contar con accesos diferenciales a mano de obra, recursos y bienes, siempre en un escenario relativamente inestable a largo plazo.

Por esto mismo, nos permite reconocer que la expresión material de esta lógica puede ser muy amplia y diversa, según la intensidad con que se expresen estos mecanismos de integración y de acuerdo a la manifestación material particular que tengan.

Así, podemos plantearnos escenarios interpretativos alternativos, que permiten otras miradas a procesos históricos locales. En Chile central existen diferencias innegables entre ambos períodos discutidos y no es nuestra intención invisibilizarlas. La diferencia principalmente en la base económica entre ellos, con grupos ya mucho más dependientes del cultivo del maíz durante el PIT (Falabella et al. 2008), tiene que haber conllevado cambios también en ciertos aspectos del patrón de asentamiento, las posibilidades de movilidad y su frecuencia, las nociones de territorialidad y tenencia, así como las relaciones productivas al interior de las unidades domésticas. Estas diferencias tienen además un correlato material evidente, con cambios notorios en términos tecnológicos manifiestos en la producción alfarera y lítica, así como en las prácticas de funebria.

No obstante lo anterior, planteamos que, por mucho que un período suceda en el tiempo al otro, estas diferencias no implican necesariamente un cambio en un aspecto que parece clave para entender el funcionamiento y dinámicas de las sociedades: la institucionalización de la desigualdad y del liderazgo. En este sentido proponemos que la nueva y distinta situación observable durante el PIT puede ser entendida bajo las mismas lógicas políticas generales que el PAT, pero donde ciertamente cada uno presenta sus particularidades. Y son estas particularidades las que son especialmente interesantes y necesitan ser exploradas en profundidad para poder llegar a comprender no solo las dinámicas propias de cada período, sino también el cambio entre uno y otro.

Agradecimientos: A Luis Cornejo por su invaluable ayuda con las imágenes. A Cristian Becker por su ayuda para conseguir una buena imagen de un trinacrio, obtenida de la colección del MNHN. A los revisores del manuscrito por sus comentarios que sin duda ayudaron a mejorarlo.

Bibliografía

- Ames K. 2007. The Archaeology of Rank. En *Handbook of Archaeological Theories*, editado por A. Bentley, H. Maschner y C. Chippingdale, pp. 487-513. Altamira Press, Walnut Creek.
- Baudet, D. 2004. Una revalorización del tipo Aconcagua Pardo Alisado. Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena. *Chungara* (Volumen especial), Tomo II: 711-722.
- Bechis, M. 1999. Los lideratos políticos del área arauco-pampeana del siglo XIX ¿Autoridad o poder? En *Especial de Etnohistoria*, Publicaciones NAYA, CDRoom, Buenos Aires. Disponible en: http://etnohistoria.equiponaya.com.ar/html/23_articulo.htm
- Boehm C. 1993. Egalitarian behavior and reverse dominance hierarchy. *Current Anthropology* 34(3): 228-240.
- Bowser B. y J. Patton. 2009. Domestic places as public places: an ethnoarchaeological case study of houses, gender and politics in the Ecuadorian Amazon. *Journal of Archaeological Method and Theory* 11(2): 157-181.
- Campbell, R. y E. Latorre. 2003. Rescatando una materialidad olvidada: síntesis, problemáticas y perspectivas en torno al trabajo prehispánico de metales de Chile Central. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 35/36: 47-61.
- Clastres P. 2013[1974]. *La Sociedad Contra el Estado. Ensayos de Antropología Política*. Hueders, Santiago de Chile.
- Clastres P. 1987[1980]. *Investigaciones en Antropología Política*. Gedisa Editorial, México.
- Cornejo, L., F. Falabella y L. Sanhueza. 2003-2004. Patrón de asentamiento y organización social de los grupos Aconcagua de la cuenca del Maipo. *Revista Chilena de Antropología* 17:77-104.
- Chapman R. 2003. *Archaeologies of Complexity*. Routledge, Londres.
- Dillehay T. 2007. *Monuments, Empires and Resistance. The Araucanian Polity and Ritual Narratives*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Durán, A. 1979. *Estudio arqueológico de un cementerio de túmulos Aconcagua Salmón del sitio El Valle-Chicauma de Lampa*. Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Durán, E. y M. T. Planella. 1989. Consolidación agroalfarera: zona central (900 a 1470 d.C.). En *Prehistoria, desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp:313-328. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Earle T. 1997. *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press, California.
- Falabella, F. 2000a. El estudio de la cerámica Aconcagua en Chile central: una evaluación metodológica. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Contribución Arqueológica, N°5)*, Tomo I: 427-58.
- Falabella, F. 2000b. El sitio arqueológico de El Mercurio en el contexto de la problemática cultural del período alfarero temprano en Chile central. *Actas Segundo Taller de Arqueología de Chile Central (1993)*. Disponible en <http://www.arqueologia.cl/actas2/falabella.pdf>, con acceso el 01 Abril 2015.
- Falabella F., L. Cornejo, I. Correa y L. Sanhueza. 2014. Organización espacial durante el período alfarero temprano en Chile central: un estudio a nivel de la localidad. En *Distribución Espacial en Sociedades no Aldeanas: del Registro Arqueológico a la Interpretación Social*, editado por F. Falabella, L. Sanhueza, L. Cornejo e I. Correa, pp. 51-88. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología N°4, Santiago.
- Falabella, F., L. Cornejo y L. Sanhueza. 2003. Variaciones locales y regionales en la cultura Aconcagua del valle del río Maipo. *Actas IV Congreso Chileno de Antropología*, Tomo II: 1411-19.
- Falabella F., D. Pavlovic, M.T. Planella y L. Sanhueza. 2016. Diversidad y heterogeneidad cultural y social en Chile central durante los períodos Alfarero Temprano e Intermedio tardío. En *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate, J. Hidalgo, pp. 365-399. Editorial Universitaria, Santiago.
- Falabella, F., M.T. Planella, E. Aspillaga, L. Sanhueza y R. Tykot. 2007. Dieta en sociedades alfareras de Chile central: aporte de análisis de isótopos estables. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 39(1): 5-28.
- Falabella, F., M. T. Planella, y R. H. Tykot. 2008. El maíz (*Zea mays*) en el mundo prehistórico de Chile Central. *Latin American Antiquity* 19(1):25-46.
- Falabella, F., L. Sanhueza y E. Fonseca. 2002. Las materias primas de la cerámica Aconcagua Salmón y sus implicancias para la interpretación de la organización de la producción alfarera. *Chungara* 34(2):167-89.
- Feinman G. y J. Nietzel. 1984. Too many types: an overview of sedentary prestate societies in Americas. *Advances in Archaeological Method and Theory* 7: 39-102.
- Flanagan J. 1989. Hierarhy in simple “egalitarian” societies. *Annual Review in Anthropology* 18:245-266.

- Fried M. 1967. *The Evolution of Political Society*. Random House, New York.
- Hermosilla, N., R. Stehberg, L. Vargas y B. Saavedra. 2005. Huechún 3, sitio habitacional de la cultura Aconcagua. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 465-476.
- Johnson A. y T. Earle. 2003. *La Evolución de las Sociedades Humanas*. Ediciones Ariel S.A., Barcelona.
- Kantner J. 2009. Identifying the pathways to permanent leadership. En *The Evolution of Leadership. Transitions in Decision Making from Small-scale to Middle-range Societies*, editado por K. Vaughn, J. Eerkens y J. Kantner, pp. 249-281. SAR Press, Santa Fe.
- Lumbreras L. 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Massone, M., E. Durán, R. Sánchez, F. Falabella, F. Constantinescu, N. Hermosilla, y R. Stehberg. 1998. Taller cultura Aconcagua: evaluación y perspectivas. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25:24-30.
- McGuire R. 1983. Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6: 91-142.
- Miller D. y C. Tilley. 1984. Ideology, power and prehistory: an introduction. En *Ideology, Power and Prehistory*, editado por D. Miller y C. Tilley, pp. 1-15. Cambridge University Press, Cambridge.
- Nelson B. 1995. Complexity, hierarchy and scale: a controlled comparison between Chaco Canyon, New Mexico and La Quemada, Zacatecas. *American Antiquity* 60(4): 597-618.
- Pavlovic, D. 2000. Las casas de la gente del valle: el asentamiento habitacional de la cultura Aconcagua en la cuenca del Maipo-Mapocho. *Actas 3º Congreso Chileno de Antropología* Tomo I: 410-422.
- Pavlovic, D., A. Troncoso, M. Massone y R. Sánchez. 1998. La pequeña casa en la ladera: Blanca Gutiérrez (RML 008), un asentamiento habitacional de la cultura Aconcagua. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 25:13-18.
- Pavlovic, D., A. Troncoso, M. Massone y R. Sánchez. 2000. El sitio RML 008 - Blanca Gutiérrez y su aporte a la comprensión de los sistemas de asentamiento y subsistencia de la cultura Aconcagua en Lampa, valle central de Chile. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Contribución Arqueológica N° 5)*, Tomo II:161-89.

- Paynter R. 1989. The archaeology of equality and inequality. *Annual Review in Anthropology* 18:369-399.
- Prieto. C. 2004. La forma cerámica Aconcagua salmón en la cuenca del río Maipo: un estudio preliminar, intersitios. *Actas de XV Congreso de Arqueología Chilena, Chungara* (volumen especial) Tomo II: 1137-1150.
- Sánchez, R. 1993. Prácticas mortuorias como producto de sistemas simbólicos. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Boletín del Museo Regional de la Araucanía* 4 Tomo II: 263-78.
- Sánchez, R. 1995. Cultura material, arte, monumentos y cuerpos en el espacio. Prácticas mortuorias del complejo cultural Aconcagua. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 281-90.
- Sánchez, R. 1997. Muerte, vida, mujeres y hombres en la cultura Aconcagua. *Actas Segundo Congreso Chileno de Antropología*, pp. 155-159.
- Sánchez, R. 2001. Mujeres y hombres, muerte y vida, simetría en espejo y cuatripartición: una aproximación a la cultura Aconcagua. *Segundas Jornadas de Arte y Arqueología*, pp. 41-56. MCHAP, Santiago.
- Sanhueza L. 2016. *Comunidades Prehispanas de Chile Central. Organización Social e Ideología (0-1200 d.C.)*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Sanhueza, L., L. Cornejo y F. Falabella. 2007. Patrones de asentamiento en el período alfarero temprano de Chile central. *Chungara Revista de Antropología Chilena* 39(1): 103-15.
- Service E. 1971. *Primitive Social Organization*. Random House, New York.
- Stehberg, R. 1981. El complejo prehispánico Aconcagua en la Rinconada de Huechún. *Publicación Ocasional MNHN* 35.
- Steward J. 1955. *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. University of Illinois Press, Illinois.
- Vaughn K., J. Eerkens y J. Kantner. 2009. *The Evolution of Leadership. Transitions in Decision Making from Small-scale to Middle-range Societies*. SAR Press, Santa Fe.
- Wason P. 1994. *The Archaeology of Rank*. New Studies in Archaeology, Cambridge University Press.

LA CONSTITUCIÓN DEL LIDERAZGO EN LA CULTURA DIAGUITA CHILENA: HUMANOS, NO HUMANOS Y PERSONA

Andrés Troncoso

Introducción

A lo largo de su historia, la Arqueología como disciplina científica ha propuesto una serie de modelos que intentan ordenar los procesos de transformación social en el tiempo, tomando como base explícita o implícita una postura evolucionista (p.e. Childe 1954; Douglas y Feinman 2010; Johnson y Earle 2010). En estas narrativas, uno de los temas centrales ha sido la complejización de las sociedades humanas. Si bien los términos complejidad y complejización son conceptos elusivos y poco claros (Alt 2010; Chapman 2009), uno de los principales tópicos tocados en relación a esta temática es la institucionalización de la desigualdad social y de los liderazgos políticos (p.e. Douglas y Feinman 2010; Earle 1991). Los modelos esbozados al respecto han seguido, al menos, dos lineamientos diferentes, pero complementarios. Por un lado, se han propuesto tipos sociales específicos asociados a contabilaciones particulares de liderazgo que conforman modelos ideales en los que se ha concentrado la investigación (p.e. Johnson y Earle 2010; Sahlins 1975). Por otro, la constitución y reproducción de estos liderazgos ha estado ampliamente asociada con el manejo y la privatización de los recursos por parte de sujetos específicos dentro de una comunidad (p.e. Bird y Bliege 2010; Eerkens et al. 2010; Hayden 2009). Paralelo a esto, los estudios han tendido a concentrarse en la aparición de los líderes dentro de contextos estatales o semi-estatales pero con marcadas diferencias de jerarquía social.

Dentro de este amplio conjunto de investigaciones, una de las áreas más grises de conocimiento es la constitución de los líderes en las llamadas sociedades intermedias, heterárquicas, transiguitarias o de rango medio (Chapman 2009; Crumley 1995; Hayden 2001a, 2001b; Johnson y Earle 2010). A diferencia de otras comunidades, en estos conjuntos las dinámicas de liderazgos son menos visibles arqueológicamente, no siempre están directamente asociada con sistemas de diferenciación y jerarquización claramente establecidos y, a su vez, se observa una gran variabilidad en las formas en que éstos se constituyen y reproducen (p.e. Hayden 2001a; Johnson y Earle 2003; Price y Feinmann 2010).

A la luz de lo anterior, en este trabajo discutimos la constitución y reproducción de los liderazgos dentro de una sociedad de este tipo como son las comunidades Diaguitas que habitaron el centro norte de Chile entre 1000 y 1450 d.C. Por medio del estudio de dos elementos materiales específicos: la cerámica decorada y el arte rupestre, así como las prácticas asociadas a su producción y “consumo”, evaluamos como se establece y reproduce la constitución de liderazgos específicos.

En particular, sugerimos que la conformación de los líderes en el contexto Diaguita se construyó a partir de dos aspectos que han sido escasamente discutidos a nivel general. Por un lado, la conformación de un concepto de persona específica que permitió su diferenciación dentro del conjunto social de su tiempo y, por ende, constituirse como un líder. Por otro, este concepto de persona se fundó en las capacidades o atributos que tuvieron estos sujetos para articular con una serie de otros actantes no humanos que forman parte de la comunidad Diaguita y que eran parte relevante de la reproducción y constitución tanto de estos grupos como de su mundo. De esta manera, nuestra propuesta se separa de la clásica oposición entre individuos y dividos (p.e. Fowler 2004; Strathern 1988), para en el fondo, proponer, que son las distintas relacionalidades y articulaciones con no humanos lo que permitió la construcción de estas diferencias que sostuvieron a los líderes. A través de este proceso, estos sujetos en última instancia fueron los perpetuadores tanto del mundo como de la misma comunidad Diaguita.

Líderes, campos de relaciones, humanos y no humanos

Como hemos indicado, la constitución de los liderazgos y la institucionalización de diferencias jerárquicas claramente establecidas ha sido un tema recurrente dentro de la literatura arqueológica. Debido a la naturaleza de la pregunta esbozada, estos enfoques se han centrado en comprender estos procesos en sociedades estatales o cuasi-estatales. Sin embargo, poca atención se ha puesto a las características y formas de liderazgos asociados con sociedades de tipo intermedias, también conocidas como heterárquicas, transiguitarias o de rango medio, en las cuales las dinámicas de poder, autoridad y jerarquía, si bien están institucionalizadas, no presentan una verticalidad tan clara como en las sociedades estatales (Eerkens et al. 2010). De la misma forma en estas comunidades los liderazgos no necesariamente son permanentes, sino que por el contrario, bien pueden ser elusivos o temporales (Kanter 2010).

Entender cómo funcionan los líderes y liderazgos dentro de este tipo de comunidades nos parece altamente relevante. Por un lado, ellas pueden servir como punto de entrada para entender posteriormente como estos liderazgos devienen en jerarquías verticales claramente institucionalizadas. Por otro, ellas muestran una amplia diversidad de alternativas (ver por ejemplo trabajos reunidos en Vaughn et al. 2010) por lo que permiten ampliar nuestro conocimiento sobre cómo se conforma y reproduce el poder en las sociedades, así como su rol en la constitución de las comunidades. En contraposición a esta situación, la visibilidad arqueológica de estos liderazgos no es tan nítida como en el caso de las sociedades estatales, generando una cierta elusividad y complejidad para su abordaje.

Para comenzar a entender y develar el funcionamiento de estos liderazgos nos parece que es importante partir de un aspecto simple y básico, pero en el que coinciden diferentes autores; esto es que para que un líder pueda actuar requiere un conjunto de seguidores que le concedan autoridad para liderar (p.e. Kantner 2010; Pauketat 2010). Esta situación implica que no es posible pensar los liderazgos y a los líderes como algo separado de las dinámicas de las comunidades, su devenir histórico y proyectos socio-políticos.

Las comunidades son agregados que se construyen y reproducen a través de campos relacionales que están histórica y espacialmente situados. Al ser agregados relacionales, ellas se encuentran en un constante proceso de producción y reproducción a partir de las prácticas sociales y materiales que reconstruyen tales campos relacionales (p.e. Harris 2014; Pauketat 2008, 2012; Varien y Potter 2008; Yaeger y Canuto 2000). Esto implica que las comunidades y “lo social” no son entidades estáticas, ni a priori, sino que están en un recurrente devenir y proceso de llegar a ser (Pauketat 2008, 2012; Varien y Potter 2008). A su vez, éstas no se constituyen solamente por actores humanos, sino también por una serie de otros actantes no humanos que son social y políticamente activos (p.e. Allen 2002; De la Cadena 2015; Ingold 2015).

En coherencia con esto, los líderes y sus liderazgos están en un constante proceso de producción y negociación dentro del entramado social. Por ello los líderes no sólo requieren la aprobación de la comunidad, sino que también capacidades y habilidades para lograr articular los campos de relaciones que constituyen a las comunidades en un tiempo y espacio específico (Pauketat 2010). Si bien diferentes autores reconocen en la agencia de los sujetos un valor central a este proceso (p.e. Hayden 2001b, Kanter 2010), lo cierto es que la agencia es una cualidad que se encuentra distribuida al interior de un campo de relaciones socio-históricas, más que como un valor innato a una persona, por lo que ese liderazgo

se funda más bien en la capacidad que presentan estos sujetos para concentrar o articular esta agencia distribuida dentro de sus campos relacionales históricos (Pauketat 2010, 2012; Robb 2010). Como bien muestran diferentes autores, la capacidad de articular con estos campos de relaciones puede ser de distintas maneras por los líderes y es dependiente de como se establecen las articulaciones entre las comunidades, los líderes y su reproducción social a través de las prácticas sociales (p.e. Clastres 1995; Eerkens 2010; Hayden 2001a, 2001b, 2009; Nielsen 2006). Esta situación implica que no existe sólo una forma de constitución de estos líderes, ni una exclusiva estrategia, tal como ha sido apelado en general en relación con la acumulación, privatización y manejo del ámbito económico por distintos autores.

Al estar los liderazgos y las comunidades en un constante proceso de producción y reproducción, las dinámicas de conformación de lo social se deben efectuar en distintos ámbitos espaciales y fenoménicos. En tal sentido, tanto los espacios cotidianos como los espacios públicos se constituyen como arenas políticas en las que a través de las prácticas, experiencias y materialidades se ponen en juego los campos de relaciones que constituyen a las comunidades y, por ende, también sus liderazgos (Bourdieu 1977; Moore 1994). No obstante lo anterior, los espacios públicos o de agregación social son ámbitos que permiten observar con más claridad estas dinámicas socio-políticas, en tanto ellas son arenas específicamente orientadas para la conformación, reproducción y negociación de lo político y lo social (Coben y Inomata 2006; Moore 1994, 2013). Es a través de la misma espacialidad de estos espacios públicos que se promueven experiencias, relaciones y articulaciones entre los distintos actantes de una comunidad y de lo socio-político.

Otro aspecto central asociado con la generación de líderes, y escasamente explorado en la literatura, hace referencia a la necesidad de la conformación de un tipo o concepto de persona específico. Los distintos estudios sobre la producción de liderazgo en caso alguno han explorado esta noción, asumiendo como fundamento la existencia de sujetos individualizados sin reconocer el carácter histórico de la noción de persona y las distintas configuraciones de sujeto posibles de desplegarse en las sociedades humanas. De hecho, propuestas como las de los *aggrandizers* guardan una similitud muy cercana con la noción de los sujetos modernos individualizados y emprendedores, no obstante el carácter reciente de esta configuración de persona (Fowler 2004; Hernando 2002; Thomas 2004.). La relevancia del concepto de persona ha sido tangencialmente reconocido por algunos autores quienes han destacado que aspectos como el carisma, inteligencia, capacidades manipulativas, entre otros son atributos esenciales para su con-

formación (p.e. Hayden 2001a, 2001b; Kanter 2010), mientras que otros han reconocido en las diferencias de sexo/género un fundamento para la construcción de sujetos políticamente distintos (p.e. Godelier 1986; Hernando 2002, 2012). En nuestra perspectiva, si bien estas características pueden ser relevantes, más nos parece destacable que los líderes requieren ser conceptualizados como un tipo de persona o sujeto particular, no sólo por el hecho de tener habilidades que posibilitan su liderazgo, sino también por cuanto de una u otra manera su posición lleva a que ellos se segreguen de la totalidad del grupo social para conformarse como personas más especificadas dentro del entramado social, siguiendo de esta manera aspectos avanzados desde otra problemática por Hernando (2002, 2012).

Este proceso nos parece sugerente, por cuanto en el largo término son estos procesos de generación de sujetos particulares los que bien pueden llevar a romper las lógicas comunitarias y corporativistas de estos tipos de comunidades, dando paso a sistemas más jerarquizados y verticales. Es en este contexto que la conformación de los liderazgos en estas sociedades intermedias se convierte en un tema relevante para entender el desarrollo y consolidación de la diferenciación y jerarquización social y política en la historia de la humanidad.

Comunidades Diaguitas

La Cultura Diaguita se desarrolló durante el período Intermedio Tardío (1.000-1.450 d.C.) en el Norte Semiárido de Chile y correspondió a una sociedad agrícola definida por un patrón de asentamiento disperso enfocado en el uso de las terrazas fluviales aptas para el cultivo y próximos a los principales cursos hídricos de la región (Troncoso 1999; Troncoso et al. 2016). La orientación mayormente agrícola de estas comunidades se ha contrastado últimamente con estudios isotópicos que muestran que fue en este momento que se popularizó en la dieta de las poblaciones de la región el consumo del Maíz (*Zea Mays*) (Alfonso et al. 2017; Becker et al. 2015).

Si bien los estudios sobre asentamientos residenciales no son abundantes, los casos conocidos sugieren que estos sitios corresponderían más bien a unidades residenciales autosuficientes económicamente como lo indican industrias líticas manufacturadas sobre materias primas básicamente locales, un predominio de cerámica monocroma posiblemente de producción local dada su amplia variabilidad y heterogeneidad de pastas y la ausencia de bienes foráneos en estos contextos. A su vez, a nivel de prácticas funerarias no se observan claras diferencias en los ajuares y ofrendas entre las distintas tumbas (Pavlovic 2003; Troncoso 1999).

Esta dinámica de la Cultura Diaguita sugiere dos aspectos. Primero, no obstante el compartir una serie de aspectos materiales y prácticos entre sus integrantes, los distintos miembros humanos de estas comunidades presentan una escasa interacción cara a cara e integración espacial. A diferencia de lo que ocurre en otras regiones, no encontramos dentro de los paisajes Diaguita la presencia de plazas o espacios públicos arquitectónicos claramente formalizados. Segundo, no se reconoce una importante variabilidad y diferenciación social entre los miembros de estas comunidades, lo que ha impedido reconocer la clara presencia de líderes y dinámicas de liderazgo y poder. Si bien Ampuero e Hidalgo (1975), propusieron en primera instancia un modelo social de jefaturas con jerarquías claramente establecidas, éstas no se expresan claramente en el registro arqueológico. A su vez, sus propuestas se basaron mayormente en información documental que, por un lado, no era proveniente del territorio actualmente conocido como el área de dispersión Diaguita, y por otro, se desconoce en qué medida tal descripción se ve afectada por la intromisión y dinámica Inkaica en la región.

En tal contexto, la Cultura Diaguita remite a estas clásicas comunidades intermedias en las que, no obstante la homogeneidad de su cultura material, se desconocen sus dinámicas de reproducción social y construcción política dada la ausencia de los indicadores tradicionalmente usados para abordar estas discusiones.

Antes del liderazgo: Reproducción social en el mundo Diaguita

Como hemos indicado, los espacios públicos se constituyen en lugares relevantes para la producción y reproducción de los liderazgos. La ausencia de espacios arquitectónicos a manera de plazas podría llevar en primera instancia a considerar como una tarea difícil aproximarse a entender los liderazgos Diaguita, más aún considerando la baja heterogeneidad observada en los sitios habitacionales y funerarios. Sin embargo, y como hemos indicado en otros trabajos (Troncoso 2018, Troncoso et al. 2014, 2016), a nuestro entender, los sitios de arte rupestre pasarían a ser un lugar básico para entender este proceso en tanto ellos se constituyeron en un particular espacio público asociado con la reproducción social de estas comunidades.

La producción de arte rupestre fue una práctica de recurrente e intensiva dentro del mundo Diaguita, como lo demuestra el hecho que a la fecha hemos reconocido sobre 1.700 bloques con grabados en la cuenca hidrográfica del río Limarí y que han abarcado la prospección y estudio de un área cercana a los

150 km² (Figura 1). Las características y espacialidad de estos sitios de arte rupestre muestran que ellos se constituyeron en verdaderos espacios públicos, a manera de plazas, para estas comunidades (Troncoso 2018). Por un lado, se disponen fuera de las áreas de asentamiento, específicamente en laderas de cerro o ingresos de quebrada marcando los límites entre las zonas recurrentemente habitadas por estas comunidades y donde se concentra su registro arqueológico (las terrazas fluviales) y los espacios ocupados posiblemente de manera esporádicas, donde hay ausencia de registro material Diaguita y que son también vías de tránsito para áreas vecinas (quebradas y cerros) (Figura 2). Estos sitios no sólo estarían mediando entre dos tipos de espacios diferentes, sino también entre comunidades distintas. En efecto, estos sitios muestran una ordenación interna asociada a prácticas de movilidad que permitan la salida desde los espacios de ocupación cotidiana hacia sectores foráneos, muy posiblemente valles vecinos como lo sugiere la relación espacial que presentan estos sitios con rutas naturales de movilidad interregional y que se continúan usando hasta la actualidad. En tal sentido, estos sitios estarían también mediando entre comunidades, marcando los límites asociados con la salida desde una comunidad y sus espacios de reproducción cotidiana. Esto se basaría en que se ha postulado que los valles serían las unidades socio políticas básicas de estas comunidades y el registro arqueológico muestra una cierta variabilidad en términos de patrones decorativos alfareros entre uno y otro valle, así como en la intensidad de la producción de arte rupestre (González 2004, 2010; Troncoso et al. 2014).

La dinámica de esta práctica se encontró altamente pautada, pues cada sitio muestra siempre una organización lineal con una orientación de los paneles marcados hacia un rango visual particular que se asocia con el hecho que los petroglifos son manufacturados y se pueden observar siguiendo un eje específico de movimiento asociado a la salida desde cada valle. En otras palabras, los petroglifos se observan y se manufacturan siguiendo un eje de movimiento desde el fondo del valle hacia el interior de las quebradas. A su vez, y no obstante la gran cantidad de bloques intervenidos, las superposiciones son escasas (menos de 1%) indicando un pauteamiento en la producción, así como un respeto por las producciones realizadas previamente por otros sujetos de la Cultura Diaguita. Los motivos no son extremadamente variables, pero si se observa una variabilidad técnica importante y distintos niveles de experticia entre los productores de petroglifos, así como diferencias de pátinas entre los motivos dentro de una roca (Vergara et al. 2016). Todo ello sugiere la existencia de distintas manos manufactureras, pero también de un continuo uso y reuso pauteado de estos sitios. Esta situación se observa más claramente en los grandes conjuntos de arte rupestre

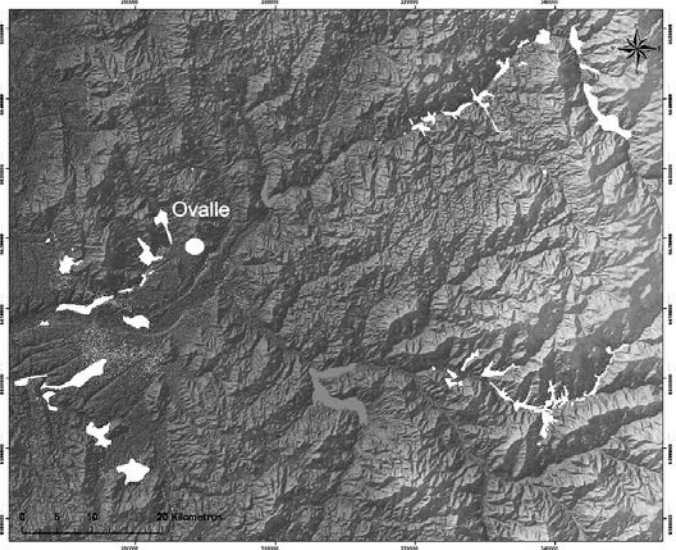
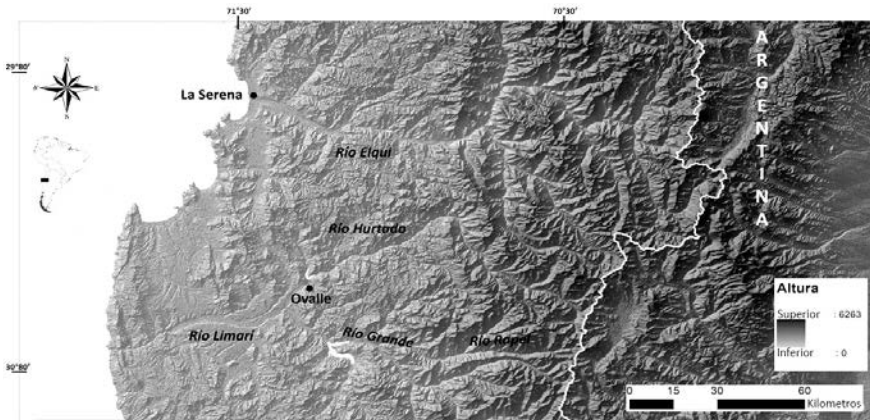


Figura 1. Mapa de la zona de estudio. En blanco zonas prospectadas.

(que pueden llegar a tener sobre los 100 bloques grabados), donde obviamente la variabilidad es extremadamente alta, pero siempre ajustada al patrón espacial y formal reconocido previamente.

A partir de lo anterior, hemos propuesto que los sitios de arte rupestre se constituirían en espacios asociados a la integración social de las comunidades Diaguita (Troncoso 2018). Ellos se conformarían como espacios públicos que

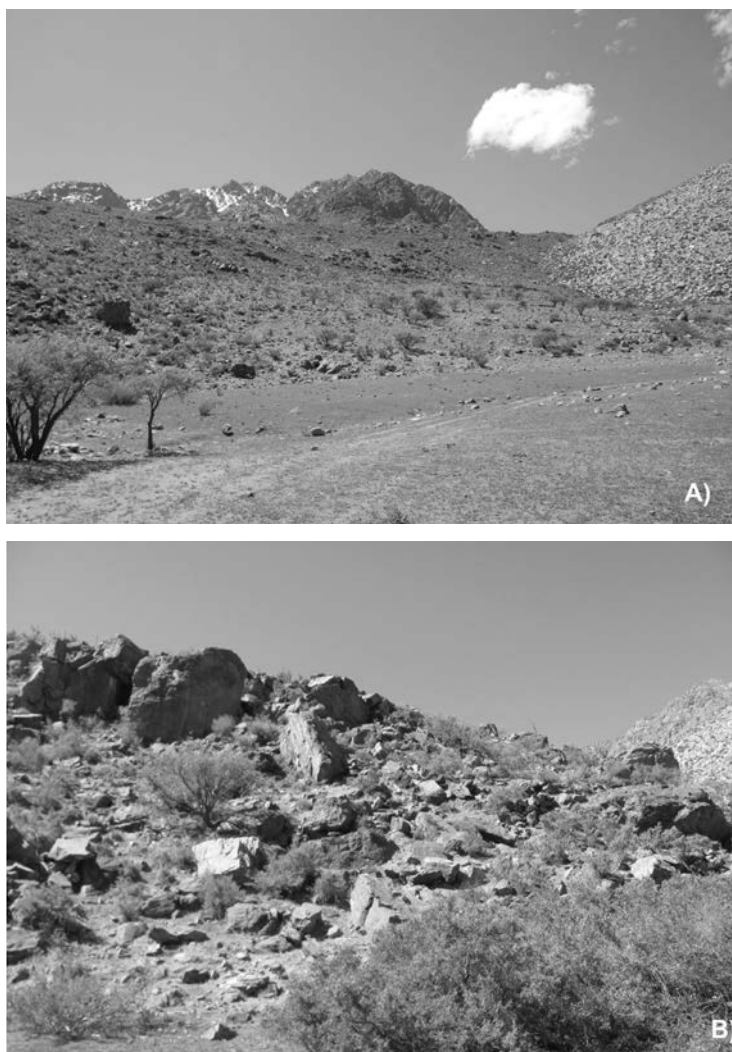


Figura 2. Vista del sitio de arte rupestre de Cuesta Pabellón: a) Emplazamiento general del sitio, b) Rocas del sitio con y sin grabados.

son intervenidos regularmente por los distintos actantes humanos que se desplazan por tales espacios, respetando las prácticas previas y conformando verdaderas construcciones arquitectónicas basadas en la conjunción de espacios de movilidad, rocas e imágenes. Cada acto de producción de arte rupestre, por tanto, sería una práctica rutinizada que articularía a un productor de grabados con un conjunto de otros sujetos que se han movido por tal espacio y con las prácticas,

imaginarios y discursos que la comunidad ha desplegado en tal lugar. Central en tal proceso sería la animación de las rocas que posibilitarían tanto la articulación y construcción de estas narrativas por distintos sujetos no obstante su no co-presencia, así como el pauteamiento de un movimiento ritualizado.

La centralidad de esta práctica articularía con los campos relaciones espaciales en las que se despliega la vida Diaguita en la región. Al ubicarse los sitios de arte rupestre en puntos entre dos tipos de espacios diferentes, así como entre comunidades de distintos valles, ellos se constituirían en lugares centrales que median entre distintos espacios, comunidades y humanos que componen a las comunidades Diaguita; su alejamiento de los espacios cotidianos, a su vez, permite segregar esta experiencia del resto de las actividades cotidianas que despliegan los Diaguita en su tiempo. Esta constitución de centralidad nos parece altamente relevante, por cuanto como lo sugiere la etnografía andina y las propuestas ontológicas asociadas al analogismo, estos espacios centrales suelen constituirse en áreas altamente sacralizadas, donde se hacen presente y articulan una serie de actantes no humanos que forman parte del mundo y son esenciales para su reproducción (p.e. Allen 2002; Descola 2014; Harris y Bouysee Cassagne 1988). Más aún, en estos contextos ontológicos se observan organizaciones duales del mundo, tal como se refrenda en la alfarería Diaguita, donde cada mitad se encuentra poblada por una serie de actantes no humanos organizados jerárquicamente (Allen 2002; Descola 2014; Harris y Bouysee Cassagne 1988), los cuales no pueden combinarse, ni juntarse. En ese proceso, los centros son espacios esenciales para la reproducción del mundo y el orden socio-natural en tanto mantienen segregados este pluriverso de actantes y seres que componen a las comunidades y lo social (Cereceda 1988; Descola 2014).

Mientras los petroglifos establecen estos lugares de reproducción social e integración de la comunidad en su amplia escala, en los espacios residenciales esta integración con una comunidad, sus narrativas e imaginarios pensamos que se realiza, al menos, por medio del compartir y usar la alfarería decorada. Si bien está cerámica no presenta una alta representatividad dentro de los contextos residenciales, ella siempre se encuentra en estos contextos indicando que es parte de la vajilla cotidiana de estas poblaciones. En este caso, a partir tanto de su presencia en estos espacios residenciales, como de su uso cotidiano se establece una relación con el resto de la comunidad a partir del compartir no sólo unos códigos visuales y patrones decorativos, sino también construir una serie de narrativas e imaginarios que se asocian con tales conjuntos visuales. De hecho, como lo muestran los estudios de González (2013) y Vásquez (2018), se dan variaciones en los patrones decorativos a nivel de valle que muestran como la producción y

consumo de estas vasijas se constituyen en prácticas que reafirman a las comunidades a nivel de cada valle, a la par que marcan sus diferencias con las de territorios vecinos. A su vez, los estudios efectuados en relación a su manufactura, sugieren que no obstante una importante homogeneidad dentro de estas piezas (especialmente en relación con sus tamaños), no se observa una clara especialización, ni estandarización en su producción, lo que implicaría que no existen focos centralizados de producción, pero tampoco ocurriría una industria a nivel de hogar (Osa 2017). Esta situación sugeriría algún nivel de especialización en su manufactura, pero a una escala baja, especialización que también va de la mano con la ya mencionada variabilidad en los tipos y frecuencias de patrones decorativos que se conocen entre los distintos valles (González 2013; Vásquez 2018). Nuevamente, y tal como en el caso de los petroglifos, el mismo proceso de producir, pintar y, finalmente, consumir estas vasijas actúan como prácticas que a diferentes niveles y en distintos espacios articulan a la comunidad en su totalidad con sus narrativas e imaginarios.

Construyendo líderes: Humanos, no humanos y mediaciones

La relevancia que adquieren el arte rupestre y la cerámica dentro de las dinámicas de reproducción social de las comunidades Diaguita pensamos que va asociada también a construir dentro de los imaginarios y narrativas de estas comunidades a algunos sujetos como personajes centrales que posibilitan la construcción de la comunidad y que pueden interpretarse como líderes. Si bien el grueso del arte Diaguita, tanto en arte rupestre como cerámica, es de carácter no figurativo y por ende dificulta cualquier intento de decodificación interpretativa de éste, lo cierto es que dentro de este universo visual hay un conjunto de representaciones que se segregan y particularizan sobre cada soporte.

En el caso de los petroglifos, encontramos un set de imágenes antropomorfas simple, sin vestimentas, tocados cefálicos, objetos específicos o bien en escenas propias a alguna actividad. Por el contrario, son humanos construidos únicamente por medio de líneas y círculos que no posibilitan ningún tipo de especificación entre ellos (Figura 3). Esta situación la hemos interpretado como indicador de un arte rupestre que promueve el corporativismo y la homogeneidad entre los sujetos, sin que se utilicen recursos visuales para marcar diferencias entre las personas (Troncoso 2018).



Figura 3. Representaciones antropomorfas en el arte rupestre Diaguita

Sin embargo, dentro de este conjunto hay un motivo figurativo ampliamente reconocido y que corresponde a representaciones aisladas de cabezas. También conocidas como máscaras, son cabezas de formas circulares o cuadrangulares que en ocasiones presentan tocados, pero de muy pequeño tamaño, y cuyos elementos del rostro se representan por medio de motivos complejos como meandros, cuadrados, escalerados, teniendo en ocasiones líneas zigzageantes a manera de escarificaciones del rostro¹. Estas cabezas destacan dentro de todo el conjunto rupestre por varias razones. Primero, dentro de la gran heterogeneidad visual, y la primacía de motivos no figurativos, las cabezas son un conjunto visual más homogéneo y que se identifica claramente dentro de todo el corpus visual Diaguita. Segundo, son motivos que demandan una mayor habilidad para su manufactura en comparación a otros, lo que se expresa en que sus surcos suelen ser más regulares en sus atributos métricos (grosor), a la vez son más trabajados (ausencia de corteza) que el restante conjunto de petroglifos y hacen uso en muchas ocasiones de complejos juegos de simetría (Vergara et al. 2016) (Figura 4). Todo esto sugiere que estas imágenes de cabezas son elaboradas por sujetos que a través del acto productivo ponen en juego una habilidad mucho mayor que la observable en los otros motivos. Lo anterior, sumado al hecho que los rostros suelen presentar los surcos más largos dentro de todos los petroglifos implica que son éstos también los que demandan una mayor inversión laboral en su manufactura.

Estas particularidades de las cabezas se expresan también en su posicionamiento espacial al interior de los sitios de arte rupestre. A diferencia de cualquier otro tipo de motivo (incluyendo antropomorfos), las cabezas se ubican en



Figura 4. Representaciones de cabezas en el arte rupestre Diaguita: a-b) Cuesta Pabellón, c) Maravillar 1.

posiciones específicas, emplazándose o en el ingreso de los sitios, o en su sector central, asociándose en muchos casos a cambios en las condiciones de visibilidad durante el desplazamiento de los sujetos al interior de los sitios. Esta ubicación genera que las cabezas se disponen en puntos centrales mediando entre dos espacios diferentes entre sí (fuera del sitio / dentro del sitio:: campo visibilidad 1: campo visibilidad 2) (Figura 5).



Figura 5. Cabezas grabadas asociadas a un punto de quiebre visual.



Figura 6. Cerámica decorada Diaguíta: arriba) vasija con 2 bandas de diseño, abajo) vasija antropto-zoomorfa con 3 bandas de diseño

Una situación similar ocurre en la alfarería, donde predominan los motivos no figurativos organizados por medio de 1 o 2 bandas decorativas que circundan la vasija (Figura 6a). Sin embargo, se reconoce una vasija particular denominada plato antropomorfo zoomorfo (Cornejo 1989; Cornely 1956; Troncoso 2005), que presenta un rostro cuadrangular (a manera de cabeza) que combina rasgos humanos y otros no humanos. Esta pieza no sólo rompe el carácter no figurativo de estas vasijas, sino también se segrega del restante conjunto cerámico debido a que presenta 3 bandas decorativas, encontrándose la cabeza nuevamente en un espacio central que es flanqueado por una banda lateral a cada lado. En múltiples ocasiones las bandas de cada lado se oponen ya sea por que usan patrones de diseño diferentes o porque cambian e invierten sus colores (Figura 6b-c). De esta manera, el plato antropomorfo zoomorfo replica los mismos principios visuales y espaciales que definen a las cabezas en la alfarería, estableciendo una citacionalidad entre los conjuntos visuales e imaginarios que se despliegan en los espacios rupestres y los cotidianos donde se usan estas vasijas. La citacionalidad de las cabezas entre estos distintos ámbitos fenoménicos es altamente relevante debido a que este es el único elemento visual que traspasa estos dos soportes diferentes (rocas y cerámica) y ámbitos fenoménicos (espacios públicos y espacios residenciales), apelando a una misma imagen y sintaxis espacial. En efecto, ambas representaciones remiten a principios similares que las constituyen y segregan dentro de la visualidad Diaguíta: i) ambas son cabezas que no representan de manera naturalista los rostros, ii) se ubican en un espacio que podemos denominar como central, iii) generan una segregación entre dos áreas con características espaciales diferentes, iv) se separan completamente del restante universo visual Diaguíta.

A través de estas características tanto en los espacios públicos como residenciales los conjuntos visuales segregan y especifican a un elemento en específico dentro de los conjuntos, narrativas e imaginarias de la comunidad: las cabezas. Estos motivos representan y construyen a nuestro entender un sujeto con una capacidad específica y particular dentro de estos contextos Diaguita, un sujeto que se establece como un centro y es capaz de mediar y articular las distintas fuerzas, seres, energías y componentes del mundo. Es esta capacidad de centro que le permite también condensar y articular todos estos conjuntos, manteniendo un equilibrio entre las mitades que posibilita la reproducción del mundo y de las comunidades Diaguita. A través de estas características, ella integra y otorga unidad a estos grupos con una escasa interacción cara a cara, pero que se reconocen como comunidad a partir de compartir y reproducir estas imágenes tanto en los contextos privados como públicos.

En el caso de los petroglifos, estas cabezas se constituyen como centros dentro de un centro que son los sitios de arte rupestre que están mediando entre mitades. En el caso de la alfarería ocurre lo mismo con las cabezas que median entre bandas que suelen oponerse entre sí. Pero estos conjuntos no son una mera representación de sujetos relevantes, sino que pensamos que es a través de estas mismas producciones que estos sujetos se reproducen y legitiman dentro del orden social. En el caso del arte rupestre, cada manufactura de cabezas activa estos espacios centrales y se constituye en un proceso de mediación entre seres, fuerzas y energías que reafirman el carácter central de estos sujetos, reactivando su posición en las narrativas y procesos de producción de estas comunidades. En el caso de las vasijas sucede lo mismo, cada acto de pintado de estos rostros reactiva su posición de centro y mediador. Cada acto de consumo de estos mismos conjuntos reconstruye y reproduce estas narrativas y capacidades asociadas al centro y estos personajes.

La centralidad de estas representaciones se ve expresada también por el hecho que ellas corresponden a cabezas, un segmento corporal que en diferentes partes de los Andes es ampliamente reconocido por su relevancia en tanto se asocia a nociones de poder y fertilidad (Arnold y Hastorf 2008).

Estas imágenes se asociarían con sujetos relevantes dentro de la reproducción social y del mundo Diaguita que pueden ser entendidos como líderes, los que no obstante su prestigio y relevancia social, no poseen capacidad de expropiación de mano de obra, ni una diferencia de status notoriamente amplia como para reconocerse claramente en los contextos arqueológicos a partir de los indicadores clásicos usados. Esta situación no ha de extrañar, por cuanto como ha mostrado Nielsen (2006) para otros contextos espacio-temporales andinos,

el prestigio de los líderes se funda mayormente en su capacidad para articular y coordinar a las comunidades con su mundo y vida social, sin que la circulación de objetos y su apropiación sean recursos fundantes de tal proceso.

Esta consideración de su posición social relevante descansa también en que ellos se separan de un repertorio antropomorfo, que por el contrario, se centra en apelar al corporativismo y la ausencia de segregaciones entre los sujetos dentro del corpus social debido a la inexistencia de elementos diferenciadores como vestimentas, tocado, escenas o bien asociaciones con objetos específicos de cultura material.

De esta manera, por sobre una capacidad de expropiar la mano de obra, circulación de objetos o privatización de recursos, estos líderes construirían su liderazgo y poder a partir de la construcción de su posición como seres centrales dentro de los campos de relaciones que constituyen el mundo Diaguíta. En este proceso, su liderazgo implicaría no sólo la agencia de su persona, sino también la capacidad para animar y articular con un conjunto de otros actantes del mundo de carácter no humano, permitiendo mantener un equilibrio y una articulación entre estos distintos actantes humanos y no humanos. Esta capacidad de manejar y articular con estas animaciones es lo que en última instancia posibilitaría la construcción y reproducción de una comunidad social. De esta manera, estos líderes serían por sobre cualquier otra cosa, la constitución misma de la comunidad y su mundo, por lo que su activación y reproducción a partir de estos discursos visuales es lo que posibilitaría la misma continuación del grupo social. Sería producto de esta posición central que se condensaría en estos personajes una importante capacidad de la agencia que se distribuye dentro de su campo socio-histórico y les posibilita tener estas capacidades y efectuar tal labor.

En segundo lugar, esta capacidad estaría íntimamente relacionada con un concepto de persona específico que se establece y reproduce durante este momento histórico por estas comunidades. Aunque aún conocemos poco de este concepto de persona, lo cierto es que se genera al menos dos grandes conjuntos de constitución de personas-humanas en este ámbito: uno de tipo más corporativo que no construye diferencias sociales entre los sujetos del colectivo humano y otro, por el contrario, que especifica a una categoría de seres que sobrepasan lo humano para articular con lo no humano y la noción de centro. Ambos tipos de sujetos se constituirían y descansarían a partir de la constitución de campos de relaciones diferentes que los posicionan de formas distintas dentro del entramado social, pero que le permiten también mediar y articular de manera diferencial con un conjunto de otros actantes no humanos. De esta manera, ambas categorías de sujetos no remitirían a una simple oposición entre individuo y dividuo

(Fowler 2004), sino que ambas serían de carácter relacional, diferenciándose por los campos relacionales en que cada uno de éstas se integra.

Nos parece que esta situación se puede observar al comparar el registro arqueológico con lo existente anteriormente. Por un lado, en el arte rupestre de las comunidades móviles previas a lo Diaguita (conocidas como Complejo Cultural El Molle) se reconoce la presencia de cabezas grabadas con grandes tocados y que se manufacturarían entre el 500 y 1000 d.C. (Troncoso et al. 2008, Troncoso et al. 2016). Estas cabezas, también conocidas como cabezas tiaras (Mostny y Niemeyer 1983), destacan por presentar grandes tocados que tienen primacía visual sobre el rostro. La relevancia de los tocados se expresa también en que todas las imágenes de cuerpos tienen estos tocados e, inclusive, hay tocados que se graban aisladamente en el arte rupestre (Figura 7). En tal sentido, si bien las cabezas son relevantes en la imaginaria y narrativas de ese momento, los tocados adquieren una mayor



Figura 7. Cabeza tiara

preponderancia y son un aspecto primordial dentro de la constitución de los sujetos, no obstante la segregación entre cuerpos y cabezas que promueve tal arte rupestre. Esta diferencia se ve ampliada por el hecho que los campos relacionales de estas cabezas tiaras son diferentes de aquellas de tiempos Diaguita. En primer lugar, ellas no se disponen al interior de los espacios públicos, sino que en espacios residenciales. Segundo, ellas sólo aparecen representadas en soportes rocosos y no en alfarería. Finalmente, y más relevante, las cabezas tiaras no se ubican en puntos centrales que medien entre diferentes espacios, careciendo, por tanto, de la principal característica que define a las cabezas Diaguita. Esto indicaría que los sujetos con capacidad de mediación y asociados a la representación de cabezas serían propios a los conjuntos Diaguita y en caso alguno anterior.

Por otro lado, las prácticas funerarias y el complejo alucinógeno también da cuenta de cómo los líderes Diaguita se relacionan con un concepto particular de persona. Al respecto, aunque no se observa una clara separación y diferenciación social en las tumbas Diaguita, el análisis de estos espacios mortuorios muestra que si bien todos los sujetos suelen compartir la alfarería, no todos presentan implementos del complejo alucinógeno (espátulas y recipientes), los que por el contrario, son escasos en el registro. Esta situación, pensamos, estaría segregando a algunos sujetos dentro de estos espacios por tales ofrendas, lo que no debería extrañar, por cuanto, estos personajes con capacidades de construirse como centro y mediar entre distintos actantes sociales suelen asociarse con especialistas del ámbito religioso. Si bien no es posible definirlos necesariamente como chamanes dada la variabilidad de especialistas religiosos reconocidos en la región andina (Sullivan 1988), distintas etnografías y estudios han mostrado la posición central que tienen en las redes socio-políticas de las comunidades estos sujetos (p.e. Moore 2005; Sullivan 1988; Viveiros de Castro 2010), los que adquieren tal ubicación a partir de las dos características principales que hemos reconocido acá: su constitución como personas distintas al resto de los humanos, su capacidad para articular con los constituyentes no humanos del mundo.

En esta misma línea, una rápida comparación de los contextos de deposición del complejo alucinógeno en Diaguita (espátulas y recipientes) y Molle (pipas) muestra una clara diferencia. En el caso Diaguita, estos implementos se registran en contextos funerarios a manera de ofrenda/ajuar, estando casi totalmente ausentes en espacios residenciales. En contraposición, en Molle las pipas son recurrentes en contextos residenciales y escasos en tanto ofrendas/ajuar de enterratorios. Esta oposición pensamos que muestra como se establece una relación distinta en la constitución de las relaciones entre personas y materiales en ambos momentos. Mientras en el caso Molle no se observa una relación directa y única

con un sujeto específico (producto de su mayor descarte en espacios residenciales), en el caso Diaguita el “fin de la vida” de la persona implica también el “fin de la vida práctica” del complejo alucinógeno, moviéndose ambos hacia los espacios funerarios. Esta transformación en la relación personas-cosas va aparejada también con que la misma práctica que se despliega en relación a estos materiales es distinta, pues mientras en el caso Molle se fuma, en el caso Diaguita se inhala.

Ambas situaciones nos parecen que dan cuenta que la conformación de los líderes Diaguita descansan en un tipo de persona que no estaba presentes antes en la región y que se inaugura en este momento. Ese nuevo tipo de sujeto tendría 3 atributos particulares: i) diferenciarse del resto de los otros actores humanos a manera de una pseudo-individualización que lo hace distinto al resto del colectivo, ii) ser un centro que media entre humanos así como con no humanos, teniendo la capacidad de establecer una separación entre entidades que deben mantenerse segregadas y iii) ser una persona distribuida y partible (Gell 1988). Esto último implica que es un ser que traspasa los límites de su corporalidad de forma tal que, por una parte, segmentos de su corporalidad actúan como la persona en su totalidad (cabezas) y, por otra su ser al sobrepasar su corporalidad se distribuye en otros materiales. En este caso nos parece que los elementos del complejo alucinógeno y especialmente las cabezas en piedra y cerámica pueden entenderse como extensiones de su corporalidad. Por un lado, en tanto los primeros elementos ingresan a contexto funerario junto a la persona y pasan a ser parte central de su práctica de mediación, ellos bien podrían entenderse como extensiones de su corporalidad. Por otro, si consideramos que lo social y la comunidad están en un constante proceso de ser, el accionar de estos líderes como centros requiere estar en todo momento reafirmando este orden y balance del mundo. Por ello, las cabezas en alfarería y roca actuarían constantemente en este proceso de construir y mantener un centro que permite la mediación y el balance entre los distintos actantes sociales y miembros de esa comunidad, siendo por tanto, expresiones distribuidas de estas personas. En este contexto, las imágenes de cabezas en uno y otro soporte material no serían representaciones de estos líderes, sino los líderes mismos en su constante proceso de mantener un centro organizador. El mero hecho que las cabezas se segreguen técnicamente del restante conjunto de diseños rupestres en su manufactura reafirma esta idea, por cuanto su manufactura no puede ser realizada por cualquier persona y esta situación es producto de ser ellas parte de la corporalidad de los líderes que se hace presente y actúa en esos puntos del espacio. Esta situación no debería extrañar, por cuanto nociones de personas distribuidas y partibles son reconocidas para los Andes prehispánicos (p.e. Wilkinson 2013).

Finalmente, si bien las características que hemos asociado con los líderes Diaguita en este trabajo bien podría llevar a etiquetarlos bajo el clásico rótulo de chamanes, nada está más lejos de nuestra intención por cuanto por sobre este rótulo se encuentra todo un sistema religioso y socio-político. De hecho, Sullivan (1988) caracteriza a los especialistas religiosos andinoamericanos a partir de tres tipos segregados por las bases en las que fundan su autoridad: basados en la experiencia de la posesión, la experiencia del éxtasis y la maestría del canon. Sin entrar en una revisión de éstos, Moore (2005) ha usado los tres tipos como modelos ideales en pos de evaluar los fundamentos de la autoridad en los Andes prehispánicos, generando una serie de indicadores espaciales y materiales asociadas a cada uno de ellos a partir de la conjunción de las bases de su poder, la performatividad asociada y las experiencias que construyen esa autoridad. Lo interesante es que sin un afán evolucionista, Moore (2005) observa relaciones entre el tipo de autoridad y la complejidad socio-política de las comunidades andinas prehispánicas.

Si usamos el modelo de Sullivan (1988) y Moore (2005) con fines heurísticos para entender la configuración del liderazgo en los contextos Diaguita podemos observar que éste se acerca más bien a un sistema canonista, pero con algunos rasgos propios también a especialistas basados en la experiencia del éxtasis (Chamanes Estáticos según Moore 2005). Por un lado, la ausencia de claras diferencias de jerarquías sociales al interior del grupo social y la imposibilidad de reconocer espacios residenciales propios a sujetos líderes es más propio a los sistemas de especialistas basados en experiencias estáticas dada el carácter transitorio, no heredable del poder y la existencia de múltiples especialistas-autoridades dentro de las comunidades tanto a nivel local como regional. La ausencia de claros espacios públicos se relaciona también con que las experiencias estáticas se performatizan a una baja escala espacial y en muchas ocasiones en espacios residenciales. Esta autoridad se basaría en la capacidad que le entrega al sujeto estas experiencias de conectarse y articular vía el éxtasis con una serie de interioridades de otros seres en pos del bienestar del grupo social, incluyendo entre ellas la capacidad de transmutar a otros cuerpos de seres.

Por otro lado, la idea de espacios públicos monumentalizados, multigeneracionales, segregados de las áreas residenciales asociados a movimientos procesionales como el que se observa en la organización interna de los sitios de arte rupestre son más propios a sistemas canonistas asociados a una autoridad centrada en el manejo de un conocimiento especializado y en el entrenamiento en su uso para una aplicación sistemática.

Como podemos ver, ambos elementos se conjugan en el liderazgo Diaguita. Mientras parte de la iconografía del complejo alucinógeno y de las cabezas apela

a la noción de transformación y transmutación con el felino, su constitución como centro y mediador entre distintos tipos de seres y actantes de la comunidad descansa en el conocimiento experto y su uso adecuado en pos de mantener los balances y equilibrios dentro de una comunidad en constante peligro de desintegrarse.

Lo interesante de esta discusión, no sólo es que ambos tipos de autoridades basan su prestigio en distintos fundamentos, sino que Moore (2005), ha observado una tendencia hacia sistemas canonistas en grupos más jerarquizados en oposición a lo que ocurre con los chamanes estático, más propias a comunidades con escasa diferenciación social. Una configuración de autoridad intermedia como la reconocida en los Diaguita es coherente con una sociedad de rango medio en la cual se reconoce una institucionalización del liderazgo que propone una categoría de persona particular y diferente al resto del grupo social, pero que sin embargo, no tiene la autoridad y el poder para expropiar mano de obra, ni tampoco se reproduce en una clara diferencia en el capital económico en relación con el resto del grupo social.

Conclusiones

A lo largo de las páginas precedentes hemos discutido como se establece y reproduce la constitución del liderazgo en un tipo de comunidad de rango medio en la que no se observan los claros indicadores asociados a la constitución y diferenciación social. En efecto, mientras los estudios relacionados con este tema han desarrollado enfoques mayormente antropocéntricos asociados a nociones como festines, privatización de recursos, circulación de bienes materiales exóticos, el caso Diaguita muestra que la conformación de los liderazgos implica la animación y agencia de una serie de otros actantes no humanos que se despliegan dentro del mundo históricamente situado de estas comunidades, siendo los líderes sujetos relevantes por su capacidad de establecer mediaciones entre los distintos miembros humanos de la comunidad, como entre los no humanos que la constituyen y que son parte del mundo socio-político Diaguita. Es su capacidad de constituirse como centro lo que posibilita lo anterior.

El caso Diaguita, por tanto, muestra como los liderazgos, por tanto, se constituyen sobre dos principios básicos que son muchas veces obviados dentro de las discusiones sobre la complejidad y constitución de líderes. Primero, nociones particulares de personas que son históricamente situadas y que se constituyen a partir de campos de relaciones prácticas, materiales, espaciales e imaginarias que

despliegan las comunidades en sus contextos particulares. En este caso, coexisten posiblemente dentro de estos contextos distintas nociones de personas cada una asociada con campos relacionales que les entregan una agencia y capacidad de animación diferencial en relación con los otros actantes del mundo.

Segundo, los líderes se ubican dentro de posiciones relevantes dentro de los campos de relaciones sociales que constituyen a las comunidades dentro de momentos históricos particulares. Esta posición central es lo que permite articular de manera especial con los poderes y agencias que se distribuyen dentro del campo social de su momento. En el caso Diaguita, esto implicó la condensación de múltiples agencias y animaciones en un mismo sujeto que permitió la reproducción de la comunidad y el mundo. En tal sentido, los líderes fueron más que líderes, fueron la comunidad y el mundo en tanto condensadores de las animaciones y agencias que circulaban dentro del particular campo de relaciones que establecieron los Diaguita a partir de sus prácticas en el mundo.

Tercero, es en las prácticas con estos conjuntos de cultura material que estos líderes se reproducen y reconstruyen en sus relaciones con la comunidad y los otros actantes del mundo. En tal sentido, arte rupestre y cerámica no materializa, ni representa a los líderes, sino que es a través de los procesos de producción, uso y experienciación con estos elementos materiales que se reconstruyen los campos de relaciones entre actantes que posicionan a las cabezas y los líderes en estos respectivos centros.

Agradecimientos. Al equipo del proyecto FONDECYT 1150776 en el cual se enmarca este trabajo. A l@s colegas con l@s que he discutido algunas de estas ideas, así como a los comentaristas del Taller Complejidad en Sociedades Ni Tan Complejas por sus sugerencias. A l@s evaluadores y editores del libro por sus comentarios y paciencia.

NOTAS

1. Las cabezas o máscaras se reconocen para la zona tanto en tiempos Diaguita pre-inkaico como Diaguita-Inkaico, aunque en este segundo momento adquieren elementos de diseño o patrones de simetría propios al Tawantinsuyu (ver Troncoso 2018 al respecto).

Bibliografía

- Alt, S. 2010. Considering complexity: confounding categories with practices. En *Ancient Complexities: New perspectives in pre-Columbian north America*, editado por S. Alt, pp. 1-7. University of Utah Press, Utah.
- Allen, C. 2002. *The Hold Life Has*. Smithsonian Books, Washington.
- Alfonso, M., A. Troncoso, N. Misarti, P. Larach y C. Becker. 2017. Maíz (*Zea Mays*) consumption in the southern Andes (30°-31° S Lat.): Stable isotope evidence (2000 BCE - 1540 CE). *American Journal of Physical Anthropology* 164(1): 148-162.
- Ampuero, G. y J. Hidalgo. 1975. Estructura y proceso en la pre y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungara* 5: 87-125.
- Arnold, D. y C. Hastorf 2008. *Heads of State: Icons, Power and Politics in the Ancient and Modern Andes*. Left Coast Press, California
- Becker, C., M. Alfonso, N. Misarti, A. Troncoso y P. Larach. 2015. Isotopos estables y dieta en poblaciones prehispánicas del Norte Semiárido: Una primera aproximación desde el Arcaico Tardío -al período Incaico. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 64: 107-119.
- Bird, D y R. Bliege 2010. Competing to be leaderless: food sharing and magnanimity among Martu Aborigines. En *The Evolution of Leadership: Transitions in Decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*, editado por K Vaughn, J. Eerkens y J. Kanter, pp. 21-49. SAR, Santa Fe.
- Bourdieu, P. 1977. *An Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Cereceda, V. 1988 Aproximaciones a una estética andina: de la belleza al tinku. En *Raíces de América, El Mundo aymara*, editado por X. Albo, pp. 283-363. Alianza Editorial, Madrid
- Clastres, P. 1995. *Investigaciones en Antropología Política*. Gedisa, Barcelona.
- Coben, L. y T. Inomata. 2006. Overture: An invitation to the archaeological theater. En *Archaeology of Performance: Theaters of Power, Community and Politics*, editado por T. Inomata y L. Coben, pp. 11-45. Altamira Press, Oxford.
- Cornejo, L. 1989. El plato zoomorfo Diaguita: variabilidad y especificidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 3: 47-80.
- Cornely, F. 1956. *Cultura Diaguita Chilena y El Molle*. Editorial del Pacifico, La Serena.

- Chapman, R. 2009. *Arqueología de la Complejidad*. Ediciones Bellatera, Barcelona.
- Childe, G. 1954. *Los Orígenes de la Civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Crumley, C. 1995. Heterarchy and the analysis of complex societies. *Archaeological papers of the American Anthropological Association* 6(1): 1-5
- De la Cadena, M. 2015. *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Duke University Press.
- Descola, P. 2014. *Más allá de la Naturaleza y Cultura*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Douglas, T. y G. Feinman. 2010. *Pathways to Power*. Springer, New York
- Earle, T. 1991. *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Eerkens, J. 2010. Privatization of resources and the evolution of prehistoric leadership strategies. En *The Evolution of Leadership: Transitions in decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*, editado por K Vaughn, J. Eerkens y J. Kanter, pp. 73-94. SAR, Santa Fe.
- Eerkens, J., K. Vaughn y J. Kanter. 2010. Introduction: The evolution of leadership. En *The Evolution of Leadership: Transitions in decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*, editado por K Vaughn, J. Eerkens y J. Kanter, pp. 3-17. SAR, Santa Fe.
- Fowler, C. 2004. *The Archaeology of Personhood*. Routledge, Oxford.
- Gell, A. 1988. *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford University Press, Oxford.
- Godelier, M. 1986. *La Producción de Grandes Hombres*. Akal Editores, Barcelona.
- González, P. 2004. Patrones decorativos y espacio: el arte visual Diaguita y su distribución en la cuenca del río Illapel. *Chungara, volumen especial*, tomo II: 767-781.
- González, P. 2010. Nuevos resultados en la sistematización de los patrones decorativos Diaguita-Inca: Variabilidad, simbolismo, oposiciones intervale y contextualización. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I: 241-252.
- González, P. 2013. *Arte y Cultura Diaguita Chilena: simetría, simbolismo e identidad*. Monografías de la Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Harris, O. 2014. (Re)assembling Communities. *Journal of Archaeological Method and Theory* 21: 76-97.

- Harris, T. y T. Bouysee-Cassagne. 1998. Pacha, en torno al pensamiento aymara. En *Raíces de América, el Mundo Aymara*, editado por X. Albó, pp. 271-281. Alianza Editorial, Madrid.
- Hayden, B. 2001a. The dynamics of wealth and poverty in the transegalitarian societies of Southeast Asia. *Antiquity* 75: 571-581.
- Hayden, B. 2001b. Richman, Poorman, Beggarman, Chief: The Dynamics of Social Inequality. En *Archaeology at the Millenium: A Sourcebook*, editado por G. Feinman y T. Price, pp. 231-272. Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- Hayden, B. 2009. Funerals as Feasts: Why Are They So Important? *Cambridge Archaeological Journal* 19:29-52.
- Hernando, A. 2002. *Arqueología de la Identidad*. Akal, Madrid.
- Hernando, A. 2012. *La Fantasía de la Individualidad*. Katz Editores, Buenos Aires
- Ingold, T. 2015. *The Life of Lines*. Routledge, Londres.
- Johnson, A. y T. Earle. 2010. *La Evolución de las Sociedades Humanas*. Ariel Editores, Madrid.
- Kanter, J. 2010. Identifying the pathways to permanent leadership. En *The Evolution of Leadership: Transitions in decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*, editado por K. Vaughn, J. Eerkens y J. Kanter, pp. 249-281. SAR, Santa Fe.
- Moore, J. 1994. *Architecture and Power in the Ancient Andes*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Moore, J. 2005. *Cultural Landscapes in the Ancient Andes*. University of Florida Press, Gainesville.
- Moore, J. 2013. Ancient Plazas: Spaces of Inquiry in Mesoamerica and Beyond. En *Mesoamerican Plazas: Arenas of Community Building and Power Negotiation*, editado por K. Tsukamoto y T. Inomata, pp. 211-221. University of Arizona Press, Tucson.
- Mostny, G. y H. Niemeyer. 1983. *Arte Rupestre Chileno*. Ministerio de Educación, Chile.
- Nielsen, A. 2006. Pobres jefes: Aspectos corporativos en las formaciones sociales preinkaicas de los Andes circumpuneños. En *Contra la Tiranía Tipológica en Arqueología: Una Visión desde Sudamérica*, editado por C. Gnecco y C. H. Lagebaek, pp. 121-150. Bogota, Universidad de Los Andes.

- Ossa, V. 2017. *Estandarización de la cerámica decorada Diaguita preincaica en el valle del Limarí (IV región de Coquimbo, Chile)*. Memoria para optar al título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Pauketat, T. 2008. The grounds for agency in Southwest Archaeology. En *The Social Construction of Communities*, editado por M. Varien y J. Potter, pp. 233-249. Altamira Press, Lanham.
- Pauketat, T. 2010. Of leaders and legacies in native north America. En *The Evolution of Leadership: Transitions in decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*, editado por K Vaughn, J. Eerkens y J. Kanter, pp. 3-17. SAR, Santa Fe.
- Pauketat, T. 2012. *An Archaeology of the Cosmos*. Routledge, Londres.
- Pavlovic D. 2003. Manos y arcilla, agua y fuego: pastas alfareras y sistemas de producción cerámico Diaguita en los valles de Illapel y Chalinga, cuenca del Choapa. *Actas del 4° Congreso Chileno de Antropología*, tomo II: 1357-1362.
- Price, D. y G. Feinmann. 2010. *Pathways to Power: New Perspectives on the Emergence of Social Inequality*. Springer, New York.
- Robb, J. 2010. Beyond agency. *World Archaeology* 42(4): 493-520
- Sahlins, M. 1975. *Las Sociedades Tribales*. Eudeba, Buenos Aires.
- Strathern, M. 1988. *The Gender of the Gift: Problems with Women and Problems with Society in Melanesia*. University of California Press, Berkeley.
- Sullivan, L. 1988. *Icanchu's Drum*. Macmillan, New York.
- Thomas, J. 2004. *Archaeology and Modernity*. Routledge, Londres.
- Troncoso, A. 1999. La Cultura Diaguita en el valle de Illapel: una perspectiva exploratoria. *Chungara* 30 (2): 125-142.
- Troncoso, A. 2005. El plato zoomorfo antropomorfo Diaguita: una hipótesis interpretativa. *Werken* 6: 113-124.
- Troncoso, A. 2018. Inca landscapes of domination: rock art and community in North central Chile. En *The Oxford Handbook of Inca Culture*, editado por S. Alconini y A. Covey, pp. 453-469. Oxford University Press, Oxford.
- Troncoso, A., F. Armstrong, F. Vergara, P. Urzua y P. Larach. 2008. Arte rupestre en el valle El Encanto: Hacia una reevaluación del sitio-tipo del Estilo Limarí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13(2): 9-36

- Troncoso, A., F. Vergara, P. González, P. Larach, M. Pino, F. Moya y R. Gutierrez. 2014. Arte Rupestre, prácticas socio-espaciales y la construcción de comunidades en el norte semiárido de Chile (Valle de Limarí). En *Distribución Espacial en Sociedades No Aldeanas: Del Registro a la Interpretación*, editado por F. Falabella, L. Sanhueza, L. Cornejo e I. Correa, pp. 89-115. Monografías de la Sociedad Chilena de Arqueología 4, Santiago.
- Troncoso, A., F. Vergara, D. Pavlovic, P. González, M. Pino, P. Larach, A. Escudero, N. La Mura, F. Moya, I. Pérez, R. Gutiérrez, D. Pascual, C. Belmar, M. Basile, P. López, C. Dávila, M.J. Vásquez y P. Urzúa. 2016. Dinámica espacial y temporal de las ocupaciones prehispánicas en la cuenca hidrográfica del río Limarí (30° Lat. S.) *Chungara* 48 (2):199-224
- Vásquez, M.J. 2018. *Cerámica Diaguita en el valle del Limarí: Una Aproximación desde la Colección Durruty*. Memoria para optar al título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Varien, M. y J. Potter. 2008. The social production of communities: structure, agency and identity. En *The Social Construction of Communities*, editado por M. Varien y J. Potter, pp. 1-20. Altamira Press, Lanham.
- Vaughn, K., J. Eerkens y J. Kanter (eds.). 2010. *The Evolution of Leadership: Transitions in decision making from Small-Scale to Middle-Range Societies*. SAR, Santa Fe
- Vergara, F., A. Troncoso y F. Ivanovic. 2016. Time and rock art production: explorations on the material side of petroglyphs in the semiarid north of Chile. En *Paleoart and Materiality: the Scientific Study of Rock Art*, editado por R. Bednarick, D. Fiore, M. Basile, G. Kumar y T. Huisheng, pp. 147-160. Archaeopress, Oxford.
- Viveiros de Castro, E. 2010. *Metafísicas Canibales*. Katz Editores, Buenos Aires.
- Wilkinson, D. 2013. The emperor's new body: Personhood, ontology and the Inka sovereign. *Cambridge Archaeological Journal* 23(3): 417-432.
- Yaeger, J. y M. Canuto. 2000. Introducing an archaeology of communities. En *Archaeology of Communities: A New World Perspectives*, editado por M. Canuto y J. Yaeger, pp. 1-15. Routledge, Londres.

LOS TÚMULOS DE AZAPA: REFLEXIONES SOBRE COMPLEJIDAD SOCIAL EN LOS PESCADORES EN TRÁNSITO A LA AGRICULTURA EN ARICA

Iván Muñoz Ovalle

Introducción

En el valle de Azapa, a partir del 3000 a.p., los pescadores y recolectores comienzan a enterrarse en grandes montículos los cuales van a constituir los monumentos más representativos de la historia inicial agrícola de los valles costeros del norte de Chile. Debido a su estructura elevada, predominancia visual y considerable volumen, estas estructuras marcan un hito en la conformación histórica y social de las poblaciones costeras. La construcción de estos montículos constituye el primer indicio de una arquitectura prehispánica monumental, en nuestros valles costeros. Constituirían, después de Chinchorro, las evidencias más conspicuas para entender el proceso de complejidad social incipiente y los cambios operados en los grupos pescadores y recolectores de la costa del extremo norte de Chile.

En los túmulos, las comunidades de pescadores no sólo enterraron y re-enterraron a los miembros de su comunidad, sino que también desarrollaron un complejo sistema de creencias e ideologías en torno al territorio, la muerte y el culto a los ancestros. Visto de esta manera, la trilogía conformada por agua, cerros y entierros en túmulos, habrían constituido la evidencia más representativa de la estructura ideológica de los pescadores en tránsito hacia la agricultura.

Si bien los pescadores dejan gradualmente la costa para vivir de la agricultura en el valle de Azapa, siguen explotando los recursos del litoral ya que la distancia que los separa no va más allá del 12 km. La presencia de ofrendas en las tumbas de los constructores de túmulos como: arpones, redes y anzuelos, sugieren que estas poblaciones no se desprendieron de sus tradicionales tecnologías para la explotación del mar. Por otro lado, los análisis isotópicos de muestras de cabello y hueso, así como el análisis de coprolitos humanos en poblaciones constructoras de túmulos, muestran un consumo de productos variados, vinculados con la recolección y pesca marina; con el cultivo de frutos y tubérculos; y la recolección de plantas, demostrando la capacidad de estos grupos humanos por diversificar su dieta gracias a la explotación combinada del valle, playas y roqueríos del litoral (Silva Pinto et al. 2014; Muñoz 2004).

El presente texto tiene como objetivo general reflexionar a la luz de la investigación desarrollada por varios años en el valle de Azapa, sobre la Complejidad Social generada en los pescadores en tránsito a la agricultura en dicho valle. Ahora bien, para generar dicha reflexión, planteamos dos objetivos específicos que apuntan: a) profundizar el conocimiento de los procesos culturales ocurridos en los valles de Arica, especialmente Azapa, durante el período de transición de caza – recolección a la agricultura inicial, enfatizando el uso y demarcación del espacio territorial, tomando como eje los monumentos funerarios (túmulos); y b) reconstruir e interpretar la forma social del paisaje, desde una perspectiva sincrónica y diacrónica, visualizando conjuntos de túmulos (nodos), las relaciones entre éstos y el conjunto de otros sitios arqueológicos, existentes en el área, contemporáneos con el periodo de estudio (ejemplo: cementerios, aldeas, etc.).

La metodología de campo tuvo como base la prospección de todo el sistema de túmulos presentes en el valle de Azapa, identificándose alrededor de cincuenta estructuras de este tipo, distribuidas entre los kms. 4 al 18. Las unidades de muestreo correspondieron a sitios con concentración de túmulos y componentes asociativos. Para tal efecto se realizaron levantamientos topográficos, planimetría y georeferencia. Por su parte, la interpretación de los procesos culturales se basó en el estudio de los contextos arqueológicos que derivaron de dicha prospección, sumada a la información que arrojaron las excavaciones de túmulos de AZ-67, sector de Cerro Moreno, y el estudio de las colecciones de túmulos depositadas en el Museo Arqueológico de San Miguel de Azapa.

El artículo se estructura en primer lugar analizando una serie de antecedentes culturales que ha entregado la literatura arqueológica referente a los túmulos excavados en su gran mayoría en el valle de Azapa. En segundo lugar, a raíz de una serie de trabajos realizados en el complejo de túmulos de Az-67, sector de Cerro Moreno, valle de Azapa; se analiza la distribución espacial de los túmulos, arquitectura constructiva y las dataciones radiométricas obtenidas de distintos túmulos fechados. En tercer lugar, se discute la función de los túmulos como monumentos ceremoniales, abriendo la discusión para un cuarto punto referido a la complejidad y diversidad social de las poblaciones constructoras de túmulos en un contexto de transformación y cambio vinculado a la agriculturación de los valles costeros. Finalmente, a manera de conclusiones, se plantea que los túmulos constituyen un refugio de los ancestros; los que junto a los cerros y el agua habrían constituido la estructura ideológica sobre el cual se cimentó la identidad de los tempranos agricultores de Azapa.

Complejidad social en las poblaciones de pescadores en tránsito a la agricultura

Hace aproximadamente 4000 a.p. comienza a desaparecer gradualmente la tradición cultural Chinchorro; observamos por ejemplo un cambio en el patrón de entierro, siendo la momificación artificial y posición extendida de los cuerpos, reemplazada por una posición cúbito lateral con piernas flexionadas. Los cuerpos son depositados en fosas y se los identifica, espacialmente, con un madero en posición vertical visible desde la superficie. Esta nueva forma de sepultura refleja evidentemente cambios en el nivel ideológico de las sociedades costeras. Por otro lado, se aprecia a través del ajuar mortuario, una mayor tendencia al uso de adornos corporales como collares y tocados cefálicos; estos últimos conocidos también como turbantes, cuyo origen se remonta desde el período Arcaico. A estas incorporaciones tecnológicas y manifestaciones de complejidad social, se agrega la introducción del complejo alucinógeno, lo que podría sugerir una temprana ingesta de sustancias psicoactivas en las poblaciones de pescadores arcaicos del extremo norte de Chile, o en su defecto, una activa interrelación de intercambio de bienes de prestigio con grupos humanos foráneos.

El análisis del registro arqueológico muestra que, a medida que los pescadores y recolectores fueron transformando los valles con la explotación agrícola, la población presentó un aumento, derivando en el establecimiento de un régimen de vida sedentario, una mayor planificación de sus asentamientos y una organización con ciertos grados de jerarquía de los espacios domésticos-funerarios. En este contexto, los túmulos funerarios constituyen las muestras visibles de un patrón de asentamiento cuyo propósito fue demarcar los territorios que disponían de recursos hídricos; aspecto que habría requerido la legitimación del acceso a dichos recursos a través de la validación de un uso ancestral. De tal manera que los primeros núcleos poblacionales en el valle conformaron nodos territoriales que giraron en torno a estos brotes de agua dulce (Figura 1).

Los grupos que se hicieron del control de los recursos hídricos, lograron consolidar un espacio social sustentado en diferentes evidencias que marcarían la complejidad social tales como: la edificación de montículos, preparación de entierros, piezas excepcionales confeccionadas en tejidos y metalurgia, entre otros; marcando con esto el inicio de una transformación social en las tempranas poblaciones aldeanas. Para McGuire (1983), el concepto de Complejidad Social implica una serie de variables tales como estratificación y diversidad, dimensiones de la que desprenden las nociones de heterogeneidad y desigualdad; mientras la primera refiere a la distribución de la población en grupos sociales,



Figura 1. Vertiente El Socavón, km 13 margen sur río San José, valle de Azapa.

la segunda trata sobre el acceso diferencial a los bienes materiales y sociales. Para ambos casos señala que la mejor evidencia arqueológica la podemos medir de la información que proviene de entierros y arquitectura¹. En este sentido, y vinculada a la problemática central de este trabajo, a saber la complejidad social en los pescadores en tránsito a la agricultura, se discuten tres interrogantes: ¿cómo estuvieron organizadas territorialmente las poblaciones de túmulos, en un contexto de distribución espacial que los llevó a conformar una serie de conjuntos nodales?, ¿qué rol cumplieron los túmulos como estructuras monumentales? y, ¿cómo habría sido el proceso de construcción de un túmulo y cuánto tiempo habrían perduraron dichas construcciones?.

El estudio de los túmulos ha proporcionado la base para entender que el origen de la arquitectura² en los valles de Arica está relacionado con la complejidad social de los primeros agricultores. Probablemente estos monumentos constituyeron el producto material de un nuevo orden social y una nueva forma de ser y

estar en el mundo; su construcción al parecer obedeció a un patrón estructural de origen costero donde la idea de levantar montículos, tal vez tuvo como modelo los cerros, hitos geográficos de gran preponderancia en los valles desérticos costeros.

En este proceso adquiere real importancia la formalización de los cementerios y la figura de los ancestros como mecanismo social que contribuyó a consolidar la relación entre grupos de descendencia y lugares claves del paisaje. Dentro de los lugares claves del paisaje de los valles costeros se hayan las vertientes, donde emana agua dulce, recurso vital en un espacio de mucha sequedad y salinidad; por lo tanto, como una forma de señalar y reclamar dichos recursos, las poblaciones habrían construido los túmulos en cuyo interior se hallaban los restos de sus ancestros; esto posiblemente le dio derecho al uso de las aguas, con las cuales pudieron desarrollar las prácticas agrícolas. De este modo, y en el entendido que los túmulos pudieron ser refugio de los ancestros, proponemos que los cerros y el agua habrían constituido la estructura ideológica fundacional sobre el cual se cimentó la identidad de estos tempranos agricultores. De tal manera que la construcción de los montículos y las ceremonias celebradas en ellos, al parecer fueron los conductos que ayudaron a una socialización de las comunidades de los valles costeros como Azapa, constituyéndose por lo tanto en lugares perdurables, con un sentido de identidad territorial.

Los constructores de túmulos

Los túmulos corresponden según los antecedentes bibliográficos a necrópolis construidas de forma monticular, similar a lomas de cerros, su estructura interna está conformada por capas de sedimentos y cantos rodados, alternadas con capas de fibra vegetal, presentan cada una de ellas características especiales; algunas cubren la totalidad de la superficie del túmulo, otras sólo un sector del montículo (Figura 2). Los entierros ubicados en las capas de sedimentos están por lo general removidos, lo que sugiere que fueron reenterrados; los cuerpos se hallan en posición decúbito dorsal y lateral con las piernas flexionadas. Junto al cuerpo aparece un madero en posición vertical a la altura de la cabeza, además de piedras o bolones de canto rodado de río, los que serían señalizadores de los entierros (Muñoz 2004; Godoy 2014). Algunos túmulos suelen presentar ofrendas como orejeras, cráneos envueltos en bolsas de malla con asa, silbatos, tejidos multicolores, restos de productos agrícolas, etc., las que generalmente se encuentran depositadas en los bordes y cimas de estos (Figura 3).



Figura 2. Az-67, túmulos 1 y 2, sector de Cerro Moreno, valle de Azapa

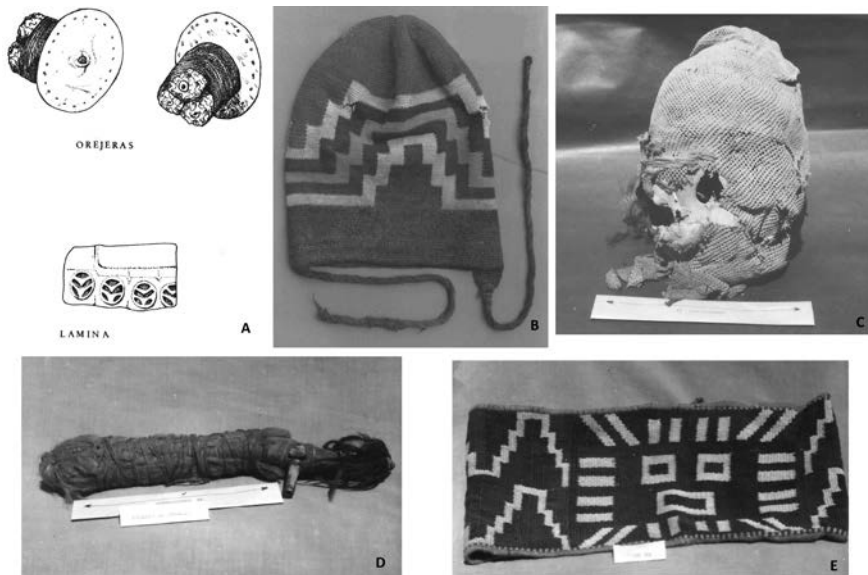


Figura 3. Ofrendas de túmulos: a) Ofrendas al túmulo Az-122. Orejeras y placa confeccionada en plata; b) Gorro multicolor con decoración escalonada. Túmulo 1, Az-70; c) Cabeza de trofeo. Cráneo envuelto en una bolsa punto red con una asa en el extremo superior. Túmulo 2, Az-70; d) Silbato. Túmulo Az-70; e) Bolsa faja con decoración escalerada y figura antropomorfa. Túmulo Az-70.

La información bioarqueológica que arroja los estudios de población halladas en los túmulos señala que las personas que se enterraron en los túmulos fueron de distintas categorías etarias: lactantes, infantes, jóvenes y adultos, presentan deformación craneana de tipo circular, tabular erecta y oblicua. Al analizar la estatura de las poblaciones a través del tiempo vemos por ejemplo que las poblaciones de túmulos Az-70, tienen una estatura en el caso de las mujeres que va de 1.50 cm. a 1.60 cm., a diferencia de los hombres que alcanzan una estatura máxima de 1.66 cm (Soto-Heim 1987; Muñoz 2004; Muñoz et al. 2016).

Respecto a las enfermedades y patologías óseas, en cuerpos masculinos de Az-70, se observan artropatías que dañaron la columna lumbar. Los cambios de altitud y las características abruptas que presentan el terreno de la costa y los valles bajos, posiblemente implicó que el desplazamiento de los seres humanos en estos espacios debió repercutir considerablemente en su estructura esquelética (Standen 1991). Otras lesiones diagnosticadas fueron fracturas nasales y de cráneo a la altura de los huesos occipital y frontal, las que probablemente se vinculan con problemas de violencia intergrupala (Standen et al. 2007). Finalmente, en tejido blando fueron detectados casos de neumonía y patología gastrointestinal (Allison 1989).

En cuanto a la mortalidad vemos una alta frecuencia de lactantes e infantes, en algunos casos en el momento de nacer junto a su madre. Las razones de estas muertes podrían deberse al proceso de adaptación a una nueva dieta –consumo de productos agrícolas-, lo cual habría implicado una serie de factores de riesgo; otra razón según Silva-Pinto (2014) pudo haber sido complicaciones del parto o haber contraído enfermedades metabólicas e infecciosas. Similares índices de mortandad se han observado en los cementerios del Morro de Arica y desembocadura de río Camarones en las poblaciones Ca-15, que caracterizan el proceso agrícola temprano en dicho valle (Allison 1989; Muñoz 2004; Muñoz et al. 2016).

Según Watson y Arriaza (2014), la incorporación en la dieta de cultígenos habría tenido consecuencias significativas para las poblaciones de los valles ariqueños, marcando una diferencia entre los residentes de la costa y los que se asentaron al interior de los valles. Plantean que los patrones de salud bucal entre las poblaciones de valle y costa fueron muy marcados, reflejando diferentes estrategias de adaptación y subsistencia. En el caso de las poblaciones de valle las patologías habrían resultado del alto consumo de carbohidratos a diferencias de los grupos costeros cuya dentadura fue afectada en menor grado puesto que su dieta estuvo dada por pescados y mariscos, produciendo en el caso de los moluscos un desgaste en los dientes como consecuencia de una dieta abrasiva.

En relación a los asentamientos donde habitaron los constructores de túmulos, estos se ubicaron en espacios habitados inicialmente por pescadores y recolectores marinos (2800 a.p.); estos corresponden a terrazas fluviales y faldeos con amplia visibilidad, cercanos a vertientes y humedades, lo que les permitió evitar, entre otros aspectos, los ambientes malsanos producidos por su alta humedad y concentración de mosquitos transmisores de la malaria (Schenone et al. 2002). Los asentamientos de estos tempranos agricultores se caracterizan por la presencia de estructuras habitacionales de forma circular tipo choza o paravientos, las que estaban espacialmente relacionadas con los túmulos. En el caso de los campamentos hallados en el valle de Moquegua, sector Montalvo (sur del Perú) y Camarones sector de Conanoxa (norte de Chile), los recintos habitacionales se caracterizan por un grupo de estructuras de planta de forma circular, formada por una hilada de piedras de 1.50 a 2.00 m de diámetro, con una leve depresión en su interior (Niemeyer y Schiappacasse 1963). En la estructura *Cxa E-2* de Camarones, se hallaron restos de morteros fragmentados, asociados a restos vegetales y huesos de animales, restos de caparazones de camarón y pelos de guanaco, evidencias de las actividades domésticas producidas por personas que acamparon en dichos recintos. En el caso del campamento *Az-115* del valle de Azapa, Muñoz (2004) plantea que los espacios domésticos³ fueron pequeños, de 1.5 m de diámetro, presentando una depresión en su interior. Algunos de ellos, fueron modificados según lo estimaron conveniente sus moradores, incluso permitiendo el entierro de algunos miembros del grupo habitacional al final de la ocupación.

En la medida que la economía agrícola se fue estabilizando en los valles, con la producción del maíz, frijoles, ají, algodón, calabazas, camote, yuca, etc., se fueron produciendo las condiciones necesarias para sostener una mayor población viviendo en el valle; esta situación habría permitido que se comenzaran a construir asentamientos más estables (aldeas) con la idea de albergar a gente especializada como agricultores, artesanos, alfareros y tejedores, entre otras actividades. Esta especialización del trabajo habría sido entre otras, la causa que los campamentos o aldeas primarias establecidos en los valles, derivaran hacia aldeas más consolidadas, como es posible observarlo en la aldea *Az-83*, sector Alto Ramírez, valle de Azapa (Muñoz 2004).

En lo que respecta a los túmulos; estas estructuras compartieron los espacios donde se construyeron los campamentos, plataformas fluviales con forma de anfiteatro que permitieron una amplia vista panorámica. Ejemplos de estos espacios están en Calaluna y la Granja-Echenique en Moquegua, Miculla en Tacna, Alto Ramírez, San Miguel, Cerro Moreno, en Azapa y Conanoxa en Camaro-

nes. La estrecha relación entre las áreas habitacionales, las zonas de entierros y las áreas de actividad agrícola sugiere la constante preocupación de los habitantes por apropiarse de los espacios con mejores tierras y recursos hídricos, con el fin de desarrollar las primeras prácticas agrícolas. Paralelamente, la presencia de senderos que interconectaron estas áreas brindando un acceso entre la costa y el valle fueron parte del complejo entramado de estrategias de integración territorial que los pobladores constructores de túmulos utilizaron (Muñoz 2014).

La identificación de variadas especies vegetales (Bustos 2014) señala la predilección de las poblaciones por los sectores húmedos del valle; por otro lado, la utilización de especies vegetales completas (incluyendo raíces) refleja el conocimiento acerca del ciclo de vida de las plantas que las sociedades constructoras de túmulos poseían. Es así como las especies identificadas con mayor frecuencia en los túmulos de los valles de Azapa y Camarones corresponden a frutos de algodón, tallos de cola de caballo o yerba del platero, flores y ramas de la especie *Baccharis* sp., hojas y ramas de brea o sorona, hojas y ramas de *Pluchea chin-goy*, además de junquillos, totora, pimiento, yaro, caña, algodón, chilca, cola de caballo y pacay. La identificación de 25 especies repartidas en 13 familias botánicas sugiere una clara relación agroecológica del ser humano con su entorno. Complementariamente, la predominancia de las especies herbáceas por sobre las semileñosas y leñosas en los túmulos, refuerza la idea del constante acceso a los cauces de agua como ríos o vertientes, que permitieron obtener materia prima para la construcción de camadas vegetales en forma permanente y/o en cualquiera estación del año. En el caso de los túmulos Az-67, Ledezma (2014) señala que las vertientes más explotadas fueron las que se sitúan en el primer y segundo diámetro de explotación, puesto que éstas poseen aguas de mejor calidad, incluso apta para la agricultura de frutales y consumo humano, presentan menores distancias a recorrer y son factibles de explotar en un día. La explotación de ciertos espacios húmedos como la vertiente el Socavón habría permitido una estrecha relación entre las comunidades de pescadores en tránsito a la agricultura con su hábitat más cercano, lo que hizo que se produjera un sentido de pertenencia y/o territorialidad del espacio valluno.

Características constructivas de los túmulos

Las excavaciones de los túmulos 1 y 2 en Az-67, valle de Azapa, han proporcionado información para analizar la arquitectura constructiva de estos montículos. Muñoz y Gutiérrez (2011) señalan que su construcción fue compleja y planifi-

cada. Cada uno de sus elementos está introducido de manera funcional y en armonía con su estructura, su entorno y medio ambiente. Los montículos fueron construidos en etapas, lo que se desprende de la disposición de sus elementos constitutivos. De acuerdo a dataciones radiocarbónicas obtenidas del nivel base y superior de los estratos del túmulo, todo parece indicar que su construcción se desarrolló durante un periodo de tiempo prolongado, alcanzando una duración de 600 años aproximadamente (2800 al 2200 a.p.).

La construcción de túmulos fue un proceso que requirió una inversión importante de trabajo, capital económico, conocimientos tecnológicos y participación comunitaria. Este proceso involucró una serie de fases productivas que parte con la recolección de los materiales, hasta culminar en la construcción de los montículos; y cuya intención habría sido el lograr una apropiación del espacio y legitimación social y simbólica del mismo a partir de la monumentalización de la muerte. Por otro lado, la construcción de montículos en distintos sectores del valle con cronologías similares, donde además se hallan evidencias de una temprana tecnología agraria como la construcción de acequias y pequeños campos de cultivos y campamentos humanos, claramente constituyeron un paisaje social que dio identidad a los pescadores ariqueños en tránsito hacia la agricultura.

EL ANÁLISIS CONSTRUCTIVO

El proceso constructivo de los túmulos permitió el desarrollo de técnicas que ayudaron a desplazar volúmenes importantes de tierra, así como confeccionar las capas con las que cubrieron amplias extensiones del túmulo. Estas capas, gracias a su plasticidad, cumplieron la función de disminuir la rigidez de estas estructuras monticulares y haciéndolas más resistentes a los recurrentes movimientos telúricos. Desde el punto de vista de su configuración actual, los túmulos mayores de 2 m, como lo demuestra la excavación del túmulo 1 de Az-67, son producto de la formación de pequeños túmulos que alcanzan 1 m aproximadamente, los cuales fueron fusionándose unos con otros hasta llegar a conformar una pequeña loma que es lo que observamos en la actualidad.

Respecto a la cadena operativa desarrollada para construir dicho túmulo, esta pudo haberse dado a través de varias etapas:

- *Recolección de plantas para la confección de las capas de fibra vegetal:* En esta etapa se comenzó con la búsqueda, recolección y traslado de las especies vegetales, los lugares escogidos al parecer fueron las vertientes. Paralelo a este trabajo se pudo realizar la etapa de limpieza y preparación del terreno.
- *Instalación de la capa vegetal:* Esta etapa consistió en la preparación de

camadas y colocación de esta en su correspondiente posición y disposición para conformar la capa del túmulo.

- *Recolección piedras*: Esta etapa consistió en la recolección y búsqueda de piedras y cantos rodados de río para su postura dentro de la capa inerte. Esta etapa se puede traslapar temporalmente con alguna de las etapas tanto anteriores como posteriores a esta.
- *Sustracción de arenas*: Esta etapa consistió en la elección y sustracción de tierras (sedimentos) para colocar en el túmulo.
- *Colocación de arenas*: Esta etapa consistió en la colocación de la tierra (sedimentos) en el túmulo.

En cuanto al momento ideal para construir los túmulos, en el caso del túmulo 1 de Az-67, su construcción pudo haberse dado en distintas épocas del año tomando en consideración el tipo de plantas que aparece entre las capas de fibra vegetal. De acuerdo con el análisis arqueobotánico; las plantas más utilizadas fueron *Gossypium barbadense* (Algodón), *Sonchus sp.* (Ñilhue), *Zea Matz* (Maíz), *Capsicum annuum* (Ají), *Cucurbitácea* (Calabaza), *Lycopersicon chivense* (Tomatillo), *Poaceae* (Pasto) entre otras. Las plantas fueron dispuestas casi completas desde la raíz, incluyendo el tallo, las hojas, las espigas y en algunos casos los frutos. Como consecuencia de la estabilidad del clima, en la actualidad estas plantas crecen durante todo el año.

En relación a la conformación de las capas de fibra vegetal, en el túmulo 1, Az-67, en los primeros niveles aparecen en forma ordenada, a diferencia de las capas superiores donde observamos la preparación de capas en forma menos ordenada y dispersa. Esta situación nos lleva a sugerir que la construcción del túmulo no se realizó de una sola vez, la composición de las capas inferiores y superiores marcan una diferencia constructiva, lo que se refleja en su estética, esto sugiere la participación de distintas personas en la construcción del túmulo.

Sobre los materiales utilizados en la construcción de los túmulos de Az-67, observamos que en la base de los túmulos se hayan distribuidos troncos de paca y pimientos, constituyéndose en maderos demarcatorios de entierros y sostén de las primeras capas de fibra vegetal. Las capas estériles se componen de arena y material árido; en estas capas a veces se hallan restos de material cultural y orgánico como conchas y coprolitos. Son en estas capas de sedimentos donde se depositaron los restos mortuorios (entierros y ofrendas); sin embargo, cuando no hay registro de este tipo de restos mortuorios, los hallazgos se reducen a osamentas humanas aisladas sin un ordenamiento y patrón establecido.

El tipo de artefactos utilizados en la construcción de los túmulos es variado,

para el traslado de la tierra y vegetales posiblemente utilizaron capachos, estos artefactos han sido hallados en entierros de túmulos como Az-70 (Focacci y Erices 1972-73; Muñoz 1987); se caracterizan por una estructura base de madera de forma cónica, sus paredes fueron confeccionadas en fibra vegetal. Otro implemento multifuncional probablemente utilizado para el traslado de sedimentos y fibras vegetales correspondería a esteras de fibra vegetal confeccionadas con técnicas similares a las usadas para confeccionar el capacho. Estas sirvieron además para cubrir los cuerpos de difuntos y para proteger las moradas habitacionales. Junto con lo anterior, los cestos de paredes altas, cuyos fragmentos aparecen con relativa frecuencia en las capas de sedimentos, pudieron también haber cumplido funciones de transporte de materiales áridos. Se sugiere además la presencia de pequeños astiles y maderos utilizados para separar y ordenar las plantas que conformaban las capas de fibra vegetal.

Distribución espacial y temporal de los túmulos

Estos se ubican en su gran mayoría en las terrazas fluviales y faldeos de cerros en la ladera sur del valle, ocupando lugares abiertos y estratégicos, cercanos a los afloramientos de agua (vertientes). El análisis de Distribución Espacial, desarrollados por Muñoz y Zalaquett (2011) en túmulos del valle de Azapa, señala la existencia de un estrecho vínculo entre estos montículos y los recursos de agua de vertientes distribuidas a lo largo del valle (Figura 4). El modelamiento entrega un índice de 1,3 km. de distancia entre la ubicación de los túmulos funerarios y las fuentes de recursos hídricos, promedio de distancia propicia para la explotación de los recursos naturales con movilidad diaria de más de una ocasión (Figura 5).

Las características paisajísticas del valle y la distribución de los recursos hídricos favorecieron la implementación de asentamientos de túmulos separados entre sí que, posiblemente, se estructuraron, tanto social como políticamente, de manera independiente en torno a los espacios ceremoniales, como se puede observar en los sectores de San Miguel, Alto Ramírez y en menor escala en Az-67 (Cerro Moreno). Es a partir de estos núcleos de agricultores tempranos y su ordenamiento territorial del espacio, desde donde se gesta la distribución de los asentamientos aldeanos que continuó en el valle hasta la época colonial.

Respecto a los datos ocupación por m², Muñoz y Zalaquett (2011) han definido 3 rangos de ocupación de sitios en el valle de Azapa. El primero, de 1 a 4 túmulos con un área de 100 a 6200 m² aproximadamente; un segundo rango

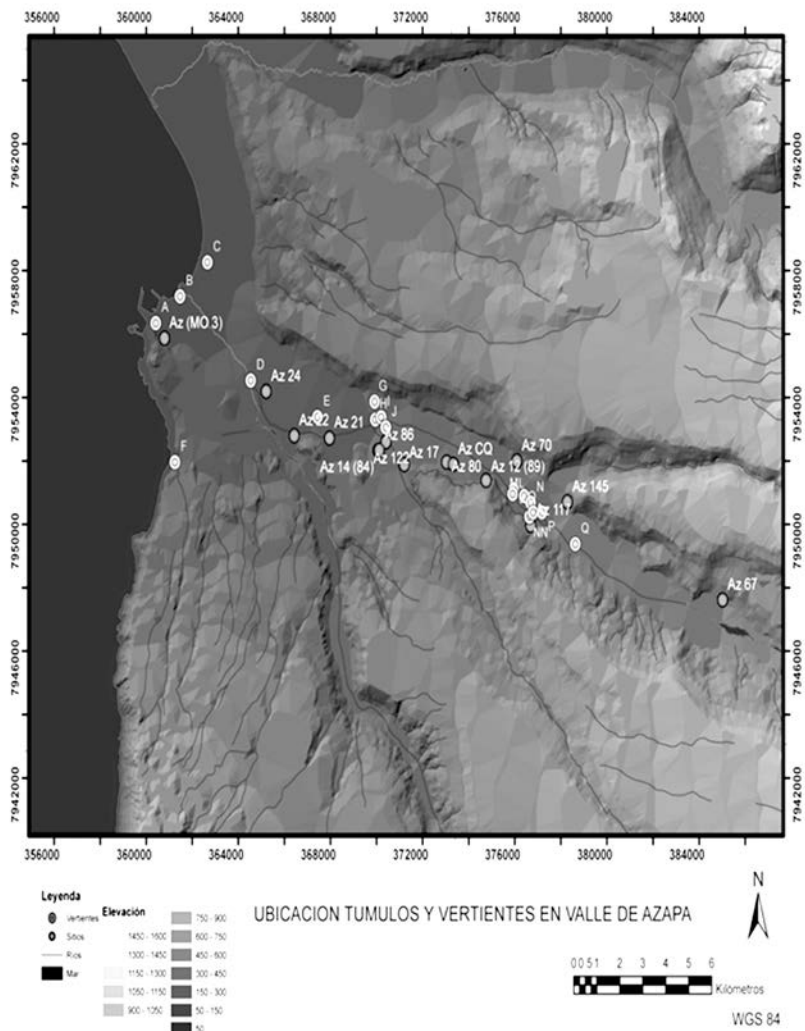


Figura 4. Ubicación túmulos y vertientes en el valle de Azapa

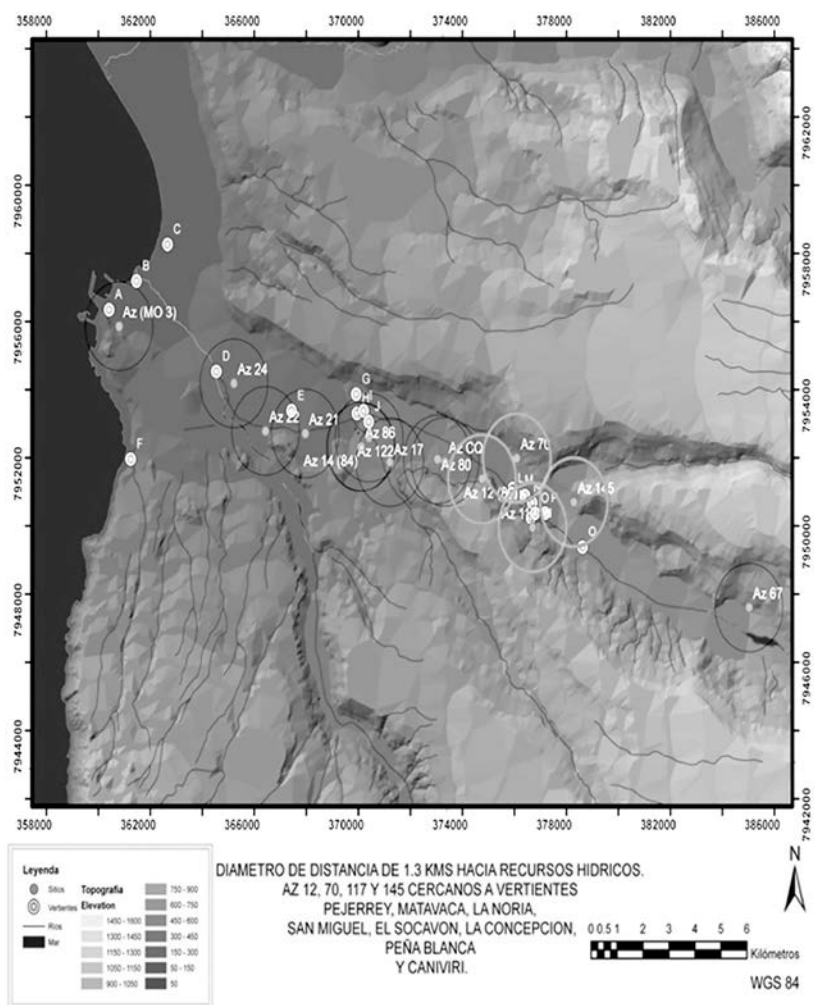


Figura 5. Diámetro de distancia entre túmulos y vertientes, valle de Azapa.

sería de 5 a 10 túmulos con un área de ocupación de 26.000 m²; y un tercer rango sería de 11 a 23 túmulos con un área de ocupación de 82.000 m². Sin embargo, se debe tener en consideración que el número de túmulos existentes en la actualidad es inferior a la cantidad de montículos edificados durante la fase Alto Ramírez, muchas de estas construcciones han sido destruidas por el avance agrícola durante los últimos 30 años.

Los túmulos en general tienen forma de lomas, similar a los cerros. En cuanto al tamaño de los complejos de túmulos; el mayor de éstos se ubica en la Pampa Alto Ramírez ocupando un área de 82.000 m²; correspondería a un tercer rango donde se contabilizaron 23 túmulos. El alto número de túmulos relacionado a una amplia visibilidad indicaría que en la Pampa Alto Ramírez se habría concentrado un número mayor de población constructora de túmulos. Una mayor evidencia para plantear esta hipótesis se relaciona con la presencia de la única aldea vinculada al periodo Formativo, Az-83, la que fue construida a través de recintos de forma circular con hondonadas al piso.

Estas áreas de ocupación tienen la particularidad de ubicarse en sectores estratégicos de gran visibilidad como pampa Alto Ramírez, San Miguel y Cerro Moreno, donde se hallan los mayores conjuntos de túmulos. Estos sectores se caracterizan por ser los lugares con mayor concentración de vertientes y tierras agrícolas, constituyéndose por lo tanto en áreas de mayor poblamiento humano durante el periodo Formativo. Desde el punto de vista geográfico, la delimitación está dada por el Noreste por la confluencia del valle de Azapa con la quebrada del Diablo y hacia el Suroeste con la confluencia del valle de Azapa con la quebrada de las Llosyas.

La visibilidad que presentan los conjuntos de túmulos es amplia, incluye desde la costa de Arica hasta el encajonamiento del valle a la altura del km 25. El dominio visual permitió a las poblaciones formativas posiblemente calcular el tiempo y distancia de un complejo funerario a otro, así como conocer los recursos vegetales y faunísticos que cada humedal y vertientes ofrecían.

Fechados y rango de ocupación

Sobre el rango de tiempo de ocupación de los túmulos de Azapa (ver Tabla 1), Muñoz *et al.* (2014), señalan:

SITIO	PROCEDENCIA	MUESTRA	EDAD ¹⁴ C A.P.	ERROR	EDAD CALIBRADA 1	EDAD CALIBRADA 2
Az-24	Tum 1/ Estr. 1_279616	Vegetal	2.200	40	356,5 - 201 a.C.	380,5 - 172,5 a.C.
	Tum 1/ Estr. 5_279617	Vegetal	2230	40	375 - 208,5 a.C.	387 - 200,5 a.C.
Az-67	Tum 1/ Estr.5_279621	Vegetal	2840	50	1107 - 917,5 a.C.	1190,5 - 847,5 a.C.
	Tum/ Estr.13_279622	Vegetal	2320	50	481,5 - 231,5 a.C.	704,5 - 204,5 a.C.
	Tum 2/ Entierro 1	Textil	2220	40	364 - 209 a.C.	388 - 197 a.C.
	Tum 2/ Entierro 2	Cabello	2290	40	401 - 235 a.C.	407 - 208 a.C.
Az-17	Tum 1/ Estr.1_302511	Vegetal	2320	40	410 - 258,5 a.C.	512,5 - 210 a.C.
	Tum 1/ Estr.6_302510	Vegetal	2270	50	394,5 - 229,5 a.C.	402 - 201,5 a.C.
	Tum 1/ Estr.5_302507	Vegetal	2300	60	407,5 - 209 a.C.	700 - 195 a.C.
Az-80	Tum 1/ Estr.8_302509	Vegetal	2390	40	512,5 - 398 a.C.	745 - 388 a.C.
	Tum 1/ Estr.2_302508	Vegetal	2230	40	375 - 208,5 a.C.	387 - 200,5 a.C.
Az-148	Tum 1/ Estr.8_302506	Vegetal	2500	60	770,5 - 538 a.C.	790 - 414 a.C.
	Tum 1/ Estr.2_302505	Vegetal	2370	40	508,5 - 391,5 a.C.	733 - 380 a.C.
Az-12	Tum 1/ Estr.11_302504	Vegetal	2340	60	520 - 259 a.C.	747 - 205,5 a.C.
	Tum 1/ Estr.1_302503	Vegetal	2470	70	757,5 - 424,5 a.C.	773 - 406,5 a.C.

Tabla 1. Dataciones ¹⁴C obtenidas de los túmulos, FONDECYT 1085106

1. Existiría una mayor antigüedad de la conocida, alcanzando a los 2800 a.p incluso calibradas podrían llegar a los 3000 a.p.
2. Los fechados apoyarían la hipótesis de que las poblaciones constructoras de túmulos confeccionaban estos montículos paralelamente a los que se enterraban en fosas, por lo tanto no es un indicador de un proceso tardío relacionado con las poblaciones formativas, denominada fase Alto Ramírez, sino que los túmulos se habrían comenzado a construir desde la fase temprana

Faldas del Morro/Azapa, aunque su mayor expresión o desarrollo lo habrían alcanzado después del 2500 a.p.

Esta situación apoyaría la idea que señala que las tradiciones funerarias de construcción de túmulos y excavación de fosas donde depositaron cuerpos, se desarrollaron de manera paralela cerca al 2.700 a.p y no de manera consecutiva. En consecuencia, la denominada fase Alto Ramírez, debe comenzar a considerarse como una tradición cultural que compartió espacios temporales y territoriales con la tradición Faldas del Morro/Azapa durante sus inicios.

3. A partir del 2490, a.p. hay asentamientos permanentes distribuidos a lo largo del valle de Azapa, lo cual implica que estas poblaciones están en pleno dominio del valle, posiblemente como consecuencia del trabajo agrícola.
4. El mayor número de fechados se concentra entre el 2500 a.p. al 2200 a.p., lo que sugiere que el mayor auge de estas construcciones en el valle de Azapa alcanzó un periodo de 300 años.
5. Las dataciones obtenidas de los niveles superiores e inferiores son disímiles, lo que nos hace pensar que los túmulos se construyeron a través del tiempo. Por ejemplo en Az-70, túmulo 1, dos dataciones obtenidas de distintos contextos funerarios han arrojado fechas diferentes que alcanzan casi los 400 años (Muñoz 1987). La complejidad de construir túmulos dentro del mismo túmulo son testimonios de una práctica que perduró por varios cientos de años.
6. En los valles de Arica, la tradición de construcción de montículos finaliza alrededor de los 2070 a.p., situación que contrasta con lo sucedido en otros valles como la desembocadura del río Loa, donde la tradición se prolonga hasta los 1200 a.p.
7. En el valle de Azapa, en la actualidad se han fechado 11 túmulos, 5 ubicados en la ladera norte y 6 ubicados en la ladera sur; presentan cronologías similares a excepción del túmulo 1 de Az-67, donde una muestra datada arrojó una fecha de 2840 a.p, la más temprana para dicho valle.
8. Las dataciones obtenidas de los complejos de túmulos Az-67, túmulos 1 y 2; Az-70, túmulos 1 y 7; y Az-17, túmulos 1 y 4, arrojan fechas similares situadas entre el 2490 a.p. al 2200 a.p.
9. Las fechas obtenidas de muestras tomadas de entierro humano presentan similitudes con las dataciones obtenidas por muestra de fibra vegetal, esto indica que la muerte de los individuos enterrados en los túmulos fue contemporánea con la edificación de la estructura arquitectónica monticular.

10. No hay diferencias cronológicas de acuerdo a los distintos tamaños de los túmulos tampoco se observan diferencias entre túmulos con entierros individuales o colectivos.

La información que nos proporcionaron los fechados señala que los túmulos comenzaron a construirse a partir del 2800 a.p. Esta tradición de construir estructuras elevadas, si bien es propia del periodo Formativo, el uso de esteras y pequeñas camadas de fibra vegetal, es conocido en los entierros de la costa de Arica desde el periodo Arcaico Tardío (Dauelsberg, 1974). Estas evidencias por lo tanto nos sugieren que la tradición de construir túmulos es una idea que pudieron haberla generado las poblaciones de pescadores de los valles occidentales. En este sentido, la construcción de túmulos no puede ser entendida como un catalizador del desarrollo social, sino como un testigo activo de la configuración social de los grupos costeros.

Discusión: Función y rol de los túmulos

Más allá de ser espacios de entierros donde los cuerpos eran removidos continuamente, pensamos que éstas construcciones monticulares fueron vistos como espacios o centros ceremoniales, específicamente los que se ubican en los sectores de San Miguel, Alto Ramírez y Cerro Sombrero del valle de Azapa, ocupando áreas que alcanzan más de 82,000 m². Estos complejos de túmulos poseen un amplio dominio visual que se extiende desde la costa hasta el encajonamiento del valle, lo que habría permitido el control y organización de las poblaciones que se desplazaban entre estos espacios. Su gran volumen y concentración hizo que estos monumentos contruidos de tierra y fibra vegetal no pasaran desapercibidos por la gente que se movilizaba en el valle, lo que hizo que fueran ofrendados celebrándose una serie de cultos relacionados con la tierra y divinidades (Rivera 2002:65-66; Muñoz y Zalaquett 2011).

Del análisis de visibilidad de los túmulos podemos plantear que todas estas construcciones visuales fueron resultado de la organización y planificación social que las poblaciones Alto Ramírez, constructoras de túmulos, hicieron del espacio ocupado. La determinación de construir monumentos de forma monticular pudo ser una estrategia de la sociedad Alto Ramírez tomando como modelo la figura del cerro, los que habrían constituido tal vez, las deidades tutelares relacionadas con el mito de origen de estas poblaciones (Muñoz 2014).

Otras hipótesis que se desprenden del análisis de visibilidad es que, en el caso

de las poblaciones Alto Ramírez, el poder pudo haber operado a través del culto a los ancestros, situación que los habría llevado a construir los túmulos. Las celebraciones públicas como las que se dieron en estos montículos, pudieron haber ayudado a validar la autoridad, unificar a los grupos o promover alguna obra de los ancestros (Isbell 1997).

Si consideramos la ocupación por m² y el número de túmulos, la Pampa Alto Ramírez y la terraza de San Miguel serían las áreas nucleares que concentraron los mayores asentamientos vinculados con las poblaciones formativas asentadas en el valle de Azapa. Por otro lado, en ambos sectores fueron hallados cementerios vinculados a poblaciones de pescadores precedentes, inicios del periodo Formativo, como AZ-14 en Alto Ramírez y AZ-71 en San Miguel con fechas de 3.000 al 2600 a.p. (Santoro 1980). Estos antecedentes nos inducen a plantear que la construcción de los túmulos al parecer obedeció a un patrón estructural de origen costero, donde la idea de levantar grandes montículos como fueron los conchales (depósitos de basuras de conchas marinas), tal vez tuvo como modelo el medio donde las poblaciones se desarrollaron; específicamente los cerros que conformaron las laderas del Valle de Azapa.

En este mismo contexto, Muñoz (1987) plantea que los túmulos de Alto Ramírez, aparte de tener una función funeraria, también habrían tenido un carácter ceremonial debido a que una vez que dejaron de ser utilizadas como necrópolis (cementerio) fueron ofrendadas como espacios sagrados, incluso hasta periodos tardíos, como el de contacto Indígena-Hispano; siendo ofrendados en la cima y bordes de los túmulos objetos confeccionados en metal, lana y productos agrícolas. Otros hallazgos que nos llevan a pensar en el carácter ceremonial de estos túmulos refieren a la presencia de productos comestibles encontrados en las capas más tempranas, principalmente porotos, calabaza y semillas, los que habrían formado parte de ofrendas vinculadas a las ceremonias de fundación de estos monumentos de tierra (Muñoz 2014).

Por su parte, Romero (2004:263) señala que los túmulos habrían poseído un significado social vinculado a la ideología productiva (económica) relacionada a su vez con el medio ambiente; postula que las ofrendas dispuestas en los túmulos habrían tenido como objetivo homenajear al monumento y a la ideología que sustentaba a la población en el momento de su construcción, más que ofrendar al difunto. Plantea que los túmulos pudieron haber cumplido la función de hacer trascender ideas mediante la transformación del paisaje. Su ubicación estratégica desde el punto de vista del paisaje, ha hecho que Muñoz (2014) plantee que los túmulos fueron construcciones que delimitaron y representaron el paisaje natural (cerros) y que, a través de los restos mortuorios se transforman en luga-

res ceremoniales, vinculado con el culto a los ancestros, constituyéndose, por lo tanto, en identidades emblemáticas de los tempranos pescadores en tránsito a la agricultura.

De lo anteriormente señalado, y considerando que los túmulos fueron las primeras construcciones elevadas sobre superficie realizadas por los pescadores en tránsito a la agricultura en el desierto de Atacama, alcanzado algunas hasta 6 m de altura, estos espacios monumentales, como lo señala Bradley (1998), debieron haber tenido la función de conmemorar, el recuerdo del pasado en el presente, preservando el orden social anterior establecido. Su presencia en un momento de cambio, como fueron las primeras prácticas agrícolas, habría conducido a nuevas formas de ser y estar en el mundo, representando un conjunto de transformaciones simbólicas, sociales y políticas que fueron más allá de una mera transformación económica productiva como fue la agricultura. Esta idea de percibir el potencial comunicativo de ciertas obras monumentales lo vemos en las culturas andinas, a lo largo del tiempo, construyendo obras arquitectónicas de distintos tipos: montículos, plataformas, pirámides, plaza, etc., donde celebraron asambleas y reuniones públicas de carácter social, religioso político y/o económico, lo que hizo según Dillehay (2005) que se constituyeran en lugares perdurables expresando un sentido de tiempo como de compromiso, ayudando a la constitución de la identidad de las comunidades andinas.

Considerando las ideas planteadas en los párrafos anteriores, sugerimos que la construcción de túmulos por parte de los pescadores en tránsito hacia la agricultura habría implicado una organización cuyos fundamentos estuvo en la cooperación de parte de la comunidad. En esta cooperación estuvieron implícitas las fiestas y ceremonias, especialmente en los rituales de término de una fase constructiva que implicaba entierros y sellados de estos. La construcción de montículos funerarios, habría permitido que uno o varios grupos logaran el control de los principios de legitimidad basándose en su relación con los antepasados enterrados en los que estaban implícitos los recursos de agua de vertiente. A nivel de grupos locales, la participación en las ceremonias fúnebres indicaría pertenencia a grupos y establecería los derechos personales de acceso a los recursos. En suma, al igual como lo señala Moore (1996), es posible que la construcción de los túmulos de Azapa, remitan a toda una estructura que se hizo bajo un escenario regulado tanto social como materialmente.

Aproximaciones en torno a la complejidad y diversidad social de las poblaciones constructoras de túmulos

Al analizar la diversidad social de las poblaciones que construyeron los túmulos, tenemos que prestar atención al discurso que podemos abstraer de la cultura material dejada por dichas poblaciones; partiendo del hecho que las sociedades humanas tradicionales⁴ no conciben a la cultura material como simples artefactos utilitarios, ya que los objetos son partes de las personas y por lo tanto, su importancia reside en su significado y su historia particular; en otras palabras, como lo plantea Hodder (1994) e Ingold (2000), los artefactos tienen memorias e historia de vida. En el caso de las poblaciones Alto Ramírez, el paisaje y la memoria –ancestros– habrían sido la base sobre el cual se cimentó su identidad; es probable que la irrupción de prácticas funerarias basadas en el depósito de cuerpos en montículos, explique el surgimiento de una tradición funeraria en la que los antepasados se convirtieron en argumentos de derecho para regular el acceso y uso de territorios complejos, especialmente donde se concentraban los recursos hídricos.

Si consideramos desde el punto de vista de la arqueología del paisaje, que ciertos lugares pueden ser reconocidos y mantenidos por la comunidad como puntos que incorporan y evocan un sentimiento de identidad (Shennan 1994), la construcción de los túmulos pudo haber estado relacionada con los orígenes de las primeras poblaciones agrícolas, con sus antepasados y, por lo tanto, con su memoria. De esta manera, los túmulos habrían sido para los agricultores iniciales, los monumentos conmemorativos de sus orígenes como pescadores, constituyéndose en claros elementos estructuradores del paisaje social que delimitaban y protegían el espacio territorial y albergaban a los ancestros.

La importancia que tuvieron estas construcciones monticulares en la construcción de la identidad está reflejada en una serie de evidencias. En primer lugar, están las ofrendas halladas en la cima, bordes e interior de estas construcciones, que denotan un culto permanente a estos montículos. En segundo lugar, se halla la presencia de pisos ocupacionales con restos de fluidos y basuras, que indican actividades de preparación y consumo de alimentos durante el culto a los ancestros (sacar y reenterrar a los muertos). En tercer lugar, se han hallado en los enterramientos varios instrumentos musicales probablemente utilizados en estas ceremonias, Focacci y Erices (1972/1973) describen silbatos, cornetas de hueso y sonajas de calabazas, instrumentos que habrían sido utilizados para recrear un ambiente festivo en la medida que eran enterrados o reenterrados los difuntos ancestros

(Figura 6). En consecuencia, construir un túmulo fue parte significativa de la identidad de las poblaciones Alto Ramírez, ya que les permitió estar conectado al mundo de los antepasados, la forma de construcción estuvo vinculada a imitar los cerros que junto a los recursos hídricos constituyeron los hitos fundamentales sobre el cual habrían estructurado la ideología de los pescadores (Figura 7).

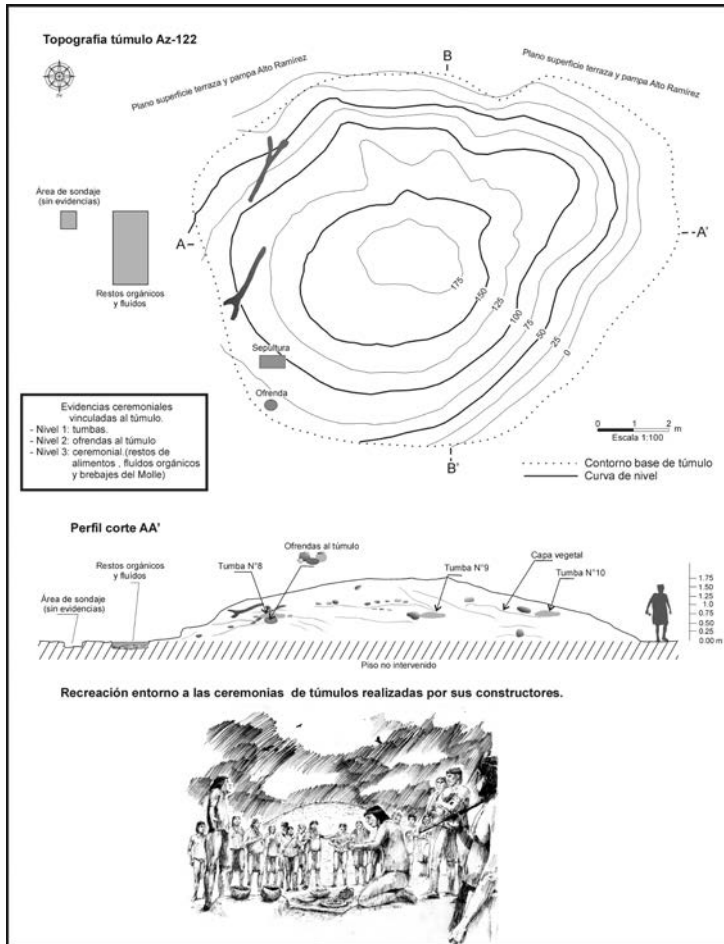


Figura 6. Plano topográfico del túmulo Az-122. Recreación de rituales al túmulo, a partir de las evidencias ceremoniales.

En los valles de Arica, la construcción de los montículos funerarios al haber tenido la función, entre otros aspectos, de reafirmar territorio e implantar cierto grado de posesión y control en los recursos hídricos sumado a la visibilidad

imponente, que ofrecían estas voluminosas construcciones, especialmente los que se ubicaban en la pampa Alto Ramírez, San Miguel de Azapa (valle de Azapa), Conanoxa (valle de Camarones) o en Miculla en el valle del Caplina, Tacna (Gordillo 1997), habrían ayudado a una reorganización del paisaje cultural⁵ por parte de los pescadores. Esto hizo que tanto los túmulos como las vertientes fueran permanentemente ritualizadas, depositándoles objetos y bienes como orejeras de plata, tejidos, gorros de cuatro puntas, placentas humanas etc. hallados en Az-122 (Muñoz 1987), Az-70 (Focacci y Erices 1972/1973) y Az-145 (Castro et al. 1988). De esta manera, dichos montículos, fueron parte del paisaje ritual, espacios donde estaban enterradas las poblaciones pioneras del desarrollo agrícola, adquiriendo por lo tanto una función ceremonial relacionada con el culto a los muertos. Esta función sería similar al rol que habrían cumplido similares estructuras monticulares monumentales halladas en el norte de Chile, específicamente en el sector medio del valle de Quillagua y desembocadura del río Loa y litoral del desierto de Atacama entre Antofagasta y Chipana, al norte de la desembocadura del río Loa (Agüero et al. 2001; Núñez y Santoro 2011; Ballester y Clarot 2014). Como también en otras áreas culturales aborígenas de Sudamérica, como el caso de Cerritos de Indios en Uruguay y Delta del río Paraná, Argentina, vinculadas entre otros aspectos al culto a los ancestros (Criado et al. 1999-2000; Gianotti 2000; López Mazz 2001; Pintos y Bracco 1999; Bonomo et al. 2011, entre otros).

Cosmovisión de los pescadores y tempranos agricultores de los valles de Arica en el contexto del paisaje



Figura 7. Componentes de la cosmovisión de los pescadores en tránsito a la agricultura.

De lo anterior se desprende que la construcción de los túmulos pudo haber obedecido a un cambio de mentalidad vinculada con la estructura ideológica de los pescadores en torno a concebir un concepto de funebria distinto, entre otros, levantando construcciones sobre el nivel del piso, los que eran vistos de distintos lugares del valle, o colocar un poste como indicador del lugar exacto del entierro. La construcción de estos montículos y las ceremonias celebradas en ellos, al parecer fueron los conductos que ayudaron a una socialización de las comunidades de los valles occidentales, constituyéndose por lo tanto en lugares perdurables, expresando un sentido de temporalidad propio. En este contexto, construir un túmulo, fue una tarea propicia para ver en acción la diversidad social en estos grupos humanos, pues permitió la participación de la comunidad a través de las diversas categorías etarias (niños, jóvenes, adultos y ancianos), cada uno cumpliendo funciones de acuerdo a su rol, apoyados además por familiares con parentesco consanguíneo y ceremonial.

Desde el punto de vista de la planificación, la construcción de los túmulos debió involucrar una estrategia organizativa por parte de las personas que componían las comunidades de pescadores. Su construcción implicó tomar decisiones como mover gente para el traslado de los materiales, determinar los espacios donde se construyeron, buscar a especialistas para preparar las capas de fibra vegetal, planificar las ceremonias fúnebres y organizar las fiestas que giraron en torno a mover y reenterrar a los ancestros.

Ahora bien, dentro de estas comunidades de pescadores observamos ciertos indicadores que nos llevan a plantear ciertas diferencias por parte de los grupos humanos que construyeron los túmulos. Así por ejemplo, desde el punto de vista de la arquitectura observamos túmulos que por su tamaño y volumen, como los de Az-70 o Az-17, alcanzaron alturas de 6 m lo que implicó por parte de la comunidad un fuerte movimiento de tierra y recolección de piedras y plantas, estas últimas para construir extensas capas de fibra vegetal con las cuales cubrieron los cuerpos, a diferencia de túmulos menores que alcanzaron 1 m. de altura, cuyas construcciones fueron más rudimentarias utilizando por ejemplo menos piedras y capas de fibra vegetal. La compleja preparación de capas, unas más densas que otras y con un fino tramado, implicó un mayor gasto de energía por parte del grupo humano que las construyó.

Por otra parte, algunas piezas textiles halladas en los entierros en Az-70, donde se utilizaron técnicas especiales tipo *kelim* sumada a otras piezas que presentan una iconografía de diseños y colores variados (Muñoz 1987 y 2004; Ulloa 1981), marcan una diferencia respecto a otro tipo de entierros donde las ofrendas no presentan ni la técnica ni la riqueza decorativa, tal es el caso de las vestimen-

tas, con las que cubrieron los cuerpos en los entierros de AZ-122 o AZ-12, lo que sugiere la idea que pudieron haber habido familias unos con mayores recursos que otros que se enterraban en los túmulos.

Otro indicador que remarcaría ciertas diferencias sociales corresponde al hallazgo de mujeres jóvenes, menos de 25 años, enterradas en un sólo túmulo, como son los casos de Az-67, túmulo 2 (Silva-Pinto 2014) y Az-70, túmulo (Muñoz 1980), lo cual demostraría cierta selectividad en cuanto a enterrar personas en los túmulos⁶. Finalmente hay túmulos como los de Az-70, túmulo 6 y el túmulo 1 de Az-67 (Muñoz 2014), donde hay ausencia de entierros encontrándose solamente cráneos y osamentas aisladas; sin embargo, el tiempo y la energía invertida en construir estos montículos indican que debió haber habido una estructura social que auspició este tipo de construcción ceremonial.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, las poblaciones constructoras de túmulos compartieron una identidad basada en el sentimiento relacional y colectivo de la territorialidad costera tal como lo señala Johannsen (2004) y Vigliani (2006) para sociedades tempranas en tránsito a la agricultura. No obstante, es posible que en ciertos contextos y situaciones específicas pudieran aparecer identidades más individualizadas que habrían alcanzado cierto poder como la figura del curandero o del líder vinculado al culto a los ancestros.

La tradición de construir túmulos comienza lentamente a desaparecer a comienzo de la era cristiana, sin embargo, varias son las preguntas que saltan a raíz de por qué no se construyeron más túmulos; una primera interrogante tuvo que ver con las tensiones que en un momento de mayor poblamiento en el valle habría generado construir estos montículos, especialmente a las nuevas familias que ocupaban los espacios donde habían sido construidos, generándose un problema de tierras de cultivos y explotación de recursos naturales. Una segunda interrogante pudo haberse relacionado a la pérdida de filiación de parte de los grupos de agricultores con sus muertos. Una tercera interrogante pudo haber sido que los túmulos representaron tradiciones y mitos locales de fundación, por lo tanto, las poblaciones del período Medio, algunas de ellas influenciadas por Tiwanaku, pudieron haber eliminado las ceremonias y reentierros en estos monumentos. Sin embargo, tenemos que señalar que las poblaciones del período Medio mantuvieron las tradiciones de depositar ofrendas en los bordes de los túmulos, lo cual implica que estos montículos fueron parte importante de la memoria colectiva de las poblaciones de dicho período, alcanzando incluso el período de contacto indígena-europeo.

Conclusiones

El surgimiento y desarrollo de los túmulos como espacios monumentales en las poblaciones de pescadores, cazadores y recolectores del desierto de Atacama representan, como lo señala Gianotti (2000), una nueva concepción del tiempo y el espacio, la materialización de la vida, de la muerte y del manejo que la sociedad de los vivos hizo de sus antepasados. Los túmulos fueron construidos en lugares cercano, donde ya se habían enterrado poblaciones de pescadores que se asentaron en el valle para iniciar el proceso de agriculturación; por lo tanto, la construcción de estos montículos responde a un proceso que va asociado a cambios de naturaleza económica y social por parte de los pescadores asentados en la costa de los Valles Occidentales. Sus lugares preferidos de asentamientos fueron los sectores bajos de los valles cercano donde brotaba el agua; allí construyeron sus moradas y montículos en terrazas.

Su amplia visibilidad sumado a su imponente estructura arquitectónica habrían ayudado a que fuesen vista por las poblaciones del valle como marcadores del espacio territorial, la que se asociaría a una pertenencia ancestral de los recursos por parte de los grupos pescadores y recolectores en tránsito hacia la agricultura. La conformación de estos montículos a lo largo del valle, en algunos sectores con mayor presencia que otros, nos hacen pensar que se trataría de estructuras genealógicas, pensadas y construidas para albergar generaciones de individuos; por otro lado, su compleja arquitectura permitió una participación activa de la comunidades de pescadores, constituyéndose por lo tanto en lugares históricos y públicos ayudando a cimentar la identidad de estas poblaciones en el desierto costero de Atacama del extremo Norte de Chile.

El estudio de los túmulos ha proporcionado las bases para entender el origen de la arquitectura en los valles de Arica, la que está relacionada con la complejidad social en el contexto de los primeros agricultores, en donde los túmulos constituyen el producto material de un nuevo orden social y una nueva forma de ser y estar en el mundo. Al parecer, la construcción de los túmulos obedeció a un patrón estructural de origen costero donde la idea de levantar montículos habría tenido como modelo el medio donde las poblaciones se desarrollaron; específicamente los cerros que conformaron las laderas de los valles (Figura 8). Los elementos estructurales con que construyeron los túmulos, obedecieron a componentes ligados con los recursos que ofrecía el medio.



Figura 8. Serranía, ladera sur valle de Azapa, vista de la ladera norte, sector de túmulos Az-67, Cerro Moreno.

Para construir los montículos se necesitó de una organización previa donde la familia y la comunidad unieron esfuerzos para lograr dicho objetivo, por lo tanto, representarían el surgimiento de una organización social basada en la comunidad aldeana. Las distintas variedades de túmulos, ya sea por su tamaño y extensión territorial, sumada a distintas formas de entierro y tratamiento de los cuerpos, nos hablan de diferencias entre las poblaciones de pescadores; claramente se observa una mayor inversión de energía y tiempo en unos entierros en relación con otros. Esta diferenciación social posiblemente se centró en familias o grupos que tuvieron mayores recursos, rangos y jerarquías como consecuencia del control de los recursos hídricos.

Ahora bien, construir un túmulo junto con movilizar a personas con el propósito de cooperar y ayudar en su construcción, implicó que al término de ésta, en reciprocidad por la cooperación, se organizaran fiestas y ceremonias, especialmente en los rituales de término de una fase constructiva que implicaba enterrar al individuo y cubrirlo con capas de fibra vegetal. Estas ceremonias celebradas en los alrededores de los túmulos tal vez fueron el catalizador que habría permitido a las poblaciones pescadores y agricultores tempranos entrar en contacto con sus ancestros míticos. Quizás parte del poder habría recaído en los líderes que hacían de puente entre la comunidad y los ancestros.

En este proceso adquiere real importancia la formalización de los cementerios y la figura de los ancestros como mecanismo social que contribuyó a consolidar la relación entre grupos de descendencia y lugares claves del paisaje. Dentro de los lugares claves del paisaje de los valles costeros se hayan las vertientes, donde emanaba el agua, recurso vital en un espacio de mucha sequedad; por lo tanto,

como una forma de señalar y reclamar dichos recursos, las poblaciones habrían construido los túmulos en cuyo interior se hallaban los restos de sus ancestros; esto posiblemente le dio derecho al uso de las aguas, con las cuales pudieron desarrollar las prácticas agrícolas. Señalemos que los túmulos como refugio de los ancestros, los cerros y el agua habría constituido la estructura ideológica fundacional sobre el cual se cimentó la identidad de estos tempranos agricultores.

Agradecimientos. Esta investigación fue financiada por el proyecto Fondecyt 1130249. Se agradece la colaboración de la antropóloga Mag. Andrea Chamorro por la revisión del texto y el Sr. José Raúl Rocha, encargado de la Oficina de Catalogación del Departamento de Antropología de las Universidad de Tarapacá por la confección del material gráfico.

NOTAS

1. El tema de la complejidad social ha sido analizado desde la perspectiva de los modelos antropológicos tradicionales y su problemática en cuanto a su organización. En este contexto podemos citar a Simón (1962), Rakita (2001), Chapman (2003) Reinoso (2011), entre otros, quienes han tomado como eje de información los rituales mortuorios, las redes sociales y la arquitectura de la complejidad.
2. El estudio de la arquitectura entre otros, permite analizar la función del asentamiento como un elemento esencial en la formación de las identidades territoriales, como un espacio lleno de significado, que fue parte de la construcción de un grupo social en un tiempo determinado.
3. El espacio doméstico según Florían (2001) constituye una unidad espacial en la cual un grupo social desarrolla su vida cotidiana. Los espacios domésticos son ocupados por determinados grupos sociales, que se caracterizan por una serie de actividades y procesos en base de los cuales el grupo se integra en la sociedad en una sucesión de niveles de complejidad e integración (Flannery 1976)
4. Las sociedades humanas, son entidades poblacionales, que considera los habitantes y su entorno, interrelacionado con un proyecto común, que les da una identidad de pertenencia. Asimismo, el término significa un grupo con lazos económicos, ideológicos y políticos
5. Los paisajes culturales lo entendemos como una construcción histórica resultante de la interacción entre los factores bióticos y abióticos del medio natural.

6. Este tipo de entierros excepcionales debe ser materia de futuros estudios relacionados con roles y funciones de la mujer en este período de transición de pescadores a agricultores.

Bibliografía

- Agüero C., M. Uribe, P. Ayala, B. Cases y C. Carrasco. 2001. Ceremonialismo del período Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 24-34.
- Allison, M.J. 1989. Condiciones de salud prehistórica en el Norte Grande. En *Culturas de Chile. Prehistoria desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 221-227. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Ballester B. y A. Clarot. 2014. *La gente de los túmulos de tierra: estudio, conservación y difusión de colecciones arqueológicas de la comuna de Mejillones*. Fondo Nacional de Desarrollo Regional F.N.D.R., Consejo Regional Región de Antofagasta, Chile.
- Bonomo, M., G. Politis y C. Gianotti. 2011. Montículos, jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del Delta del río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity* 22(3): 297-333.
- Bradley, R. 1998. *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge, London.
- Bustos, R. 2014. Identificación de especies botánicas en las capas de fibra vegetal de los túmulos de Az-67. Anexo 1. En *Mil años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 241-248. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Castro, E., I. Cifuentes, C. Fuentes, V. González, V. Labbé, E. Pizarro y H. Rojas. 1988. *Estudio de una W'aca Prehispánica: La Evidencia Arqueológica y el Testimonio de los Cronistas*. Seminario para optar al título de profesor en Historia y Geografía y Licenciado en Ciencias Sociales, Facultad de Estudios Andinos, Universidad de Tarapacá, Arica.
- Chapman, R. 2003. *Archaeologies of Complexity*. Routledge, Londres.
- Criado, F., C. Gianotti y V. Vasquez. 1999-2000. Los túmulos como asentamientos. *Actas del 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vol. III, pp. 289-302.

- Dauelsberg, P. 1974. Excavaciones arqueológicas en Quiani. *Chungara* 4:7-38.
- Dillehay, T. 2005. Introducción. En *Encuentros: Identidad, Poder y Manejo de Espacios Público*, editado por P. Kaulicke y T. Dillehay. *Boletín de Arqueología PUCP* 9:19-24.
- Flannery K. 1976. *The Early Mesoamérica Village*. Academic. Press, New York.
- Florian C. 2001. *Ser Social y Espacio Social en Arqueología*. Tesis para optar el título de Maestro en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología y Historia, México.
- Focacci, G. y S. Erices. 1972-1973. Excavaciones en túmulos de San Miguel de Azapa (Arica-Chile). *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp.47-62. Universidad de Chile, Santiago.
- Gianotti, C. 2000. *Monumentalidad, Ceremonialismo y Continuidad Ritual. Paisajes Culturales Sudamericanos. De las Prácticas Sociales a las Representaciones*. Serie TAPA 19, Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais (IIT-USC), Santiago de Compostela.
- Godoy, P. 2014. Consideraciones en torno a la construcción de los túmulos 1 y 2 de Az-67: implicancias de un patrón arquitectónico en la organización socioeconómica de las poblaciones formativas de la costa y valles de Arica. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 203-212. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Gordillo, J. 1997. Tacna y el período Formativo en los Andes Centro Sur (1.100a.C.-500 d.C.). *Revista Cultura y Desarrollo* 1: 7-22.
- Hodder, I. 1994. *Interpretación en Arqueología: Corrientes Actuales*. Crítica, Madrid.
- Ingold, T. 2000. The temporality of the landscape. En *The Perception of the Environment. Essay on Livelihood, Dwelling and Skill*, compilado por T. Ingold, pp-189-208. Routledge, Londres y New York.
- Isbell, W.H. 1997. *Mummies and Mortuary Monuments. A post processual Prehistory of Central Andean Social organization*. University of Texas Press, Austin.
- Johannsen, J. 2004. Operational ethnicity. Serial practice and materiality. En *Material Culture and Other Things. Post-disciplinary studies in the 21st Century*, editado por F. Fahlander y T. Oestigaard, pp. 161-184. Department of Archaeology, University of Gothenburg,

- Ledezma, M. 2014. Área de captación de recursos vegetales para la construcción del túmulo 1, sitio Az-67, valle de Azapa, Arica, Chile. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 213-228. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Lopez-Mazz, J.M. 2001. Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo. *Latin American Antiquity* 12 (3):1-25.
- Mc-Guire, R. 1983. Breaking down cultural complexity: Inequality and heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6: 91-142
- Moore, J. 1996. The archaeology of plazas and the proxemics of ritual. *American Anthropologist* 98(4):789-802.
- Muñoz, I. 1980. Investigaciones arqueológicas en los túmulos funerarios del valle de Azapa (Arica). *Chungara* 6:57-95
- Muñoz, I. 1987. Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: Nuevas evidencias para definir la fase Alto Ramírez en el extremo norte de Chile. *Chungara*: 19:93-128.
- Muñoz, I. 2004. *Estrategias de Organización Prehispánicas en Azapa: el Impacto de la Agricultura en un Valle del Desierto Costero del Pacífico*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Muñoz, I. 2014. Aproximaciones al individuo, su entorno y su cultura material. Conclusiones y Comentarios finales. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 229-240. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Muñoz, I. y M. Gutiérrez. 2011. Los túmulos de Cerro Moreno: Arquitectura en armonía con el paisaje desértico, período agrícola temprano, valle de Azapa, norte de Chile. *Reunión Anual de Etnología, La Paz Bolivia, Anales XXIV*: 163-178.
- Muñoz, I., y F. Zalaquett. 2011. El paisaje en la distribución de los túmulos funerarios del valle de Azapa, durante el periodo formativo, norte de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande* 50:23-43.
- Muñoz, I, C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Periodo Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.). En *Prehistoria en Chile*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Editorial Universitaria y Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago

- Muñoz I, S. Fernández y J. Rocha. 2014. Nuevas dataciones de ¹⁴C para los túmulos funerarios: una breve discusión en torno a la cronología de túmulos y la antigüedad del proceso formativo en Arica. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 163-178. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Niemeyer, H. y V. Schiappacasse. 1963. Investigaciones Arqueológicas en las Terrazas de Conanoxa, Valle de Camarones (Provincia de Tarapacá). *Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales* 26:101-166.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la circumpuna y valles occidentales del Centro Sur Andino: Hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43(1): 487-530.
- Pintos, S., y R. Bracco. 1999. Funebría y sociedad entre los constructores de Cerritos. Modalidades de enteramiento y huellas de origen antrópico en especímenes óseos humanos. En *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*, editado por J.M. López-Mazz y M. Sans, pp. 63-80. Universidad de la República, Uruguay.
- Rakita, G, F.M. 2001. *Social complexity, religious organization, and mortuary ritual in the Casas Grandes, Region of Chihuahua, México*. Tesis Doctoral, University of New Mexico, Albuquerque.
- Reinoso, C. 2011. *Redes Sociales y Complejidad – Modelos Interdisciplinarios en la Gestión Sostenible de la Sociedad y la Cultura*. Editorial SB, Buenos Aires.
- Rivera, M. 2002. *Historias del Desierto. Arqueología del Norte de Chile*. Editorial del Norte, La Serena.
- Romero, A., C. Santoro, D. Valenzuela, J. Chacama, E. Rossello y L. Piacenza. 2004. Túmulos ideología y paisaje de la fase Alto Ramírez del valle de Azapa. *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena, Chungara volumen especial, Tomo I: 261-272*.
- Santoro, C. 1980. Fase Azapa, transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6:46-56.
- Schenone H., A. Olea, A. Rojas y N. García. 2002. Malaria en Chile: 1913 – 2000. *Revista Médica de Chile* 130(10): 1170-1176.
- Shennan, S. 1994. Introduction archaeological approaches to cultural identity. En *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editado por S.Shennan, pp.1-32. Routledge, London.

- Silva, V., D. Salazar e I. Muñoz. 2014. Una aproximación a la dieta consumida por las poblaciones constructoras de túmulos. En *Mil años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 89-102. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Silva V. 2014. Bioantropología en los túmulos de AZ-67 En *Mil Años de Historia de los constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 179-186. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.
- Simon H. A. 1962. The architecture of complexity. *Proceedings of the American Philosophical Society* 106: 467-482.
- Soto-Heim, P. 1987. Evolución de deformaciones intencionales, tocados y prácticas funerarias en la prehistoria de Arica, Chile. *Chungara* 19:129-213.
- Standen, V. 1991. *El cementerio Morro-1: Nuevas evidencias de la Tradición Funeraria Chinchorro (Período Arcaico, Norte de Chile)*. Tesis para optar al grado de Magister en Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Standen, V., B. Arriaza, A. Romero y C. Santoro. 2007. Violencia letal y conflictos intergrupales en el Formativo del Valle de Azapa, Norte de Chile. *Andes* 7:11-23.
- Ulloa, L. 1981. Evolución de la industria textil en la zona de Arica. *Chungara* 8:97-107.
- Vigliani S. 2006. *Diversidad de identidad en las sociedades cazadoras recolectoras*. Tesis para optar al grado de Maestría en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México D.F.
- Watson J. y B. Arriaza. 2014. La salud bucal y la transición hacia la agricultura en el norte de Chile. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 103-114. Universidad de Tarapacá, Arica.

TRAYECTORIAS DE DIFERENCIACIÓN MATERIAL Y SIMBÓLICA DURANTE EL PRIMER MILENIO DE LA ERA CRISTIANA EN EL NOROESTE ARGENTINO

María Cristina Scattolin

Las tendencias de cambio social durante el primer milenio de la era cristiana (EC) constituyen uno de los temas de debate en la arqueología del Noroeste argentino. La reflexión gira en torno a procesos de integración jerárquica regional y la emergencia de diferencias en el acceso a bienes materiales y simbólicos (Laguens 2004, 2006; Pérez Gollán 1991, 2000; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Con el objeto de comprender el paso desde las primeras sociedades aldeanas a las formaciones posteriores, se enfocará el uso de cultura material en el sur de los Valles Calchaquíes –sobre todo la arquitectura y la cerámica– en el marco de las estrategias sociales que generaron recursos de orden material y simbólico. En el transcurso del primer milenio EC operaban modos alternativos de diferenciación del espacio y de inversión en el paisaje arquitectónico que otorgaron preponderancia a medios materiales y simbólicos distintos. Ellos produjeron formas diversas de jerarquización del espacio y de la arquitectura comunitaria.

El paisaje se engendra mediante una inscripción y reconocimiento de la acción de las generaciones pasadas que han obrado y morado en el lugar y han dejado algo de sí (Connerton 1989; Ingold 1993). La evocación continuada de sus consecuencias materiales es señal de creación de valor social. Se sostiene aquí que los atributos del paisaje edificado se pueden examinar —como los de la cerámica (Scattolin 2003) y otras manufacturas— como conjuntos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos a los que se puede acudir para conformar el ambiente construido según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su construcción. Para este análisis emplearemos algunos conceptos, como “recursos”, “capital”, “estrategias de inversión”, “estructuración”, “reconocimiento”, adoptados de nociones que Bourdieu ha propuesto en varias de sus obras (1994, 2000). También me apoyo en estudios que lograron extraer información social de los artefactos (Gero 1989) y de la arquitectura arqueológica (Nielsen 1995), en particular, mensajes de valor simbólico.

Buscamos entender qué es lo que ordena la organización de los asentamientos. Los principios ordenadores operan a distintas escalas desde las rutinas domésticas y trabajos diarios hasta las reuniones concertadas y celebraciones periódicas.

dicas. Aquí enfocamos sus manifestaciones materiales en la instalación humana en base a evidencia arquitectónica que ocurre sobre extensas superficies. Tomar esta perspectiva de análisis presenta ciertas limitaciones a causa de la mayor incidencia y cantidad de datos provenientes de la superficie (Zvelebil et al. 1992:193-197). No obstante, los sitios se tratarán a esa escala de análisis amplia, la de las construcciones residenciales y sus partes anexas, las cuales pueden distinguirse según su localización, disposición, circunscripción, densidad y volumen, entre otras dimensiones de variabilidad. Estas cualidades materiales pueden poner de manifiesto un capital simbólico asequible de ser apreciado, es decir “una propiedad cualquiera, (...) que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera *fuera mágica*: una propiedad que, porque responde a unas ‘expectativas colectivas’, socialmente constituidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico” (Bourdieu 1997: 172-173).

En el sur de los Valles Calchaquíes se distinguen –en la escala de análisis mencionada–, al menos, dos modos de estructuración del espacio arquitectónico que han sido considerados, anteriormente, como indicadores de jerarquización de asentamientos (Assandri 2007; Assandri y Gastaldi 2018; Raffino 2007). Una clase nace de la agregación de personal en un espacio habitacional destacado y la otra surge de la singularización de un punto en el espacio como marca perdurable. Ellos demandan inversiones de trabajo material y simbólico por parte de los grupos humanos involucrados, es decir, requieren esfuerzos corporativos. A cada modo se aplican distintos principios de construcción del paisaje, entendiendo principio como “la estructura de la distribución de las especies de capital eficientes en el universo social considerado –y que por lo tanto varían según los lugares y los momentos”, tal como fuera definido por Bourdieu (1997:48-49).

Aquellos lugares donde la edificación se basó en la concentración de población, es decir, la colocación de efectivos humanos en un espacio habitacional aglutinado y destacado, con unidades constructivas colindantes, se manifiestan materialmente como sedes físicas de recursos ligados a la posesión de una red duradera de relaciones de conocimiento y reconocimiento o, en otros términos, de pertenencia a un grupo, es decir, de recursos sociales (una especie de “capital social”) y de fuerza de trabajo (una especie de “capital económico”) (Bourdieu 2000). Representan la construcción de un sitio destacado, fijo, un contenedor definido, un lugar residencial como sede de interacciones sociales concentradas –con las repercusiones simbólicas que esto haya podido acarrear–, fundado sobre recursos de estructuración del espacio diferente a aquellos en donde el

espacio se destaca por medio de otros rasgos arquitectónicos sobresalientes, en particular los montículos y plataformas.

Por su parte, la edificación de túmulos o montículos recurre a medios de jerarquización distintivos y se expresa en la erección o renovación de monumentos, es decir, el empleo de medios de impacto visual y escenográfico en un espacio singular distinguido. Actúan como sede de prácticas conmemorativas, administración de bienes sacros y conservatorio de una cosmología y de saberes (“recursos de salvación” y vehículos de transmisión de información y de inculcación de la herencia cultural, una especie de “capital cultural”) (Bourdieu 2000).

Ambos modos requieren esfuerzos corporativos, pero son esfuerzos a los que se aplican diferentes principios de inversión. En un caso, se despliegan medios que materializan redes de relaciones sociales de parentesco y alianza y, en el otro, se invierte en acciones conmemorativas, calendáricas y celebratorias, pero ambos modos pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Obvio es decir que dentro de las viviendas se pueden hallar y se han hallado rasgos arquitectónicos de magnitud menor que los que aquí examinamos, como pozos de ofrendas, entierros de fetos de camélidos, clausuras rituales de habitaciones y otras que también constituyen prácticas conmemorativas, celebratorias y rituales, sin embargo, no serán analizadas en este trabajo.

Los recursos arquitectónicos y el paisaje construido, así como los bienes artesanales, constituyen bienes culturales apropiables y, por ende, pueden ser movilizables y aptos para producir efectos simbólicos. Además, tanto el paisaje construido como los conocimientos sociotécnicos se incorporan a los agentes mismos en forma de capacidades (“capital cultural incorporado”, “habitus”, Bourdieu 2000) para disponer del uso, ocupación, comprensión y apropiación de la cultura material.

Una vez hecha la inversión, como en toda transformación material mediante el trabajo, el paisaje queda enriquecido o “capitalizado”. La obra se arraiga en el paisaje físico y se encuentra disponible para ser transmitida, heredada de generación en generación, de persona a persona y disponible para transmutarse en “capital simbólico” o, más bien, para producir “efectos simbólicos”. Así, el paisaje construido se constituye en una especie de “capital” agregado, de una manera material y objetiva, como si fuera un “monumento”. Además, dicho paisaje construido se incorpora a las personas mismas en forma de capacidad para disponer del uso (ocupación), comprensión y apropiación de la obra construida. En la medida en que el paisaje construido se desarrolla en un ámbito de competición, se conserva como un recurso acumulado activo.

Área de estudio y cronología

El área de estudio se ubica en el sur de la Calchaquenia (Salfity 2006) y abarca el valle de Santa María, el valle del Cajón y la falda occidental del Aconquija, entre los 2000 y 3300 msnm aproximadamente (Figura 1). Las comunidades aldeanas que habitaron allí ofrecen una oportunidad de considerar los criterios teórico-metodológicos de diferenciación material y simbólica tenidos en cuenta para su estudio arqueológico en el Noroeste de Argentina.

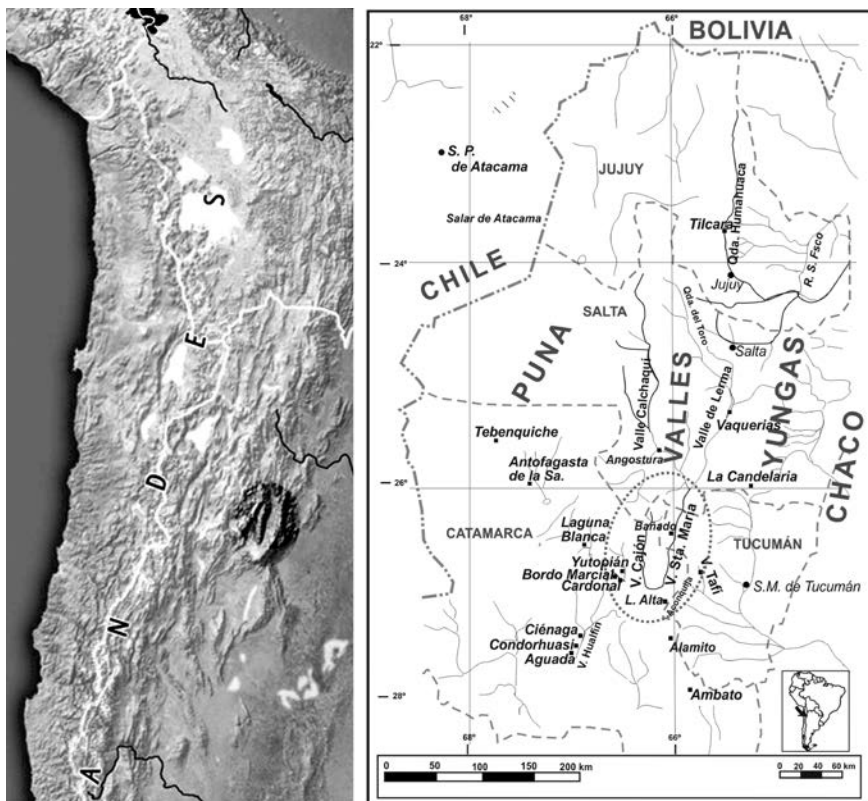


Figura 1. Área de estudio en los Andes del sur y en el Noroeste argentino.

Esas comunidades preceden a los poblados aglomerados y fortificados del período Tardío o de los Desarrollos Regionales (1000-1500 EC) que los españoles vieron todavía en funcionamiento a su llegada, y también a las famosas urnas funerarias de estilo Santamariano (Nastri 2008). De este último período prehispanico quedaron relatos históricos que ayudan a su conocimiento y per-

miten llamar a los últimos habitantes de tales pueblos por los nombres con los que fueron registrados: yocaviles, quilmes, tolombones, cafayates, hualfines, etc., englobados en conjunto bajo la denominación de diaguitas. Pero las poblaciones anteriores, que son de mi interés, se conocen sólo por sus restos arqueológicos, carecen de nombres propios, por eso, al momento de mi primer acercamiento a ellas –hace treinta años– comencé a llamarlas presantamarianas o precalchaquíes y también les cabría el término prediaguitas. En ese entonces, faltaban investigaciones sistemáticas de largo plazo, no se contaba con estudios estilísticos de su cultura material, ni se habían analizado colecciones de objetos completos de dicha época. Incluso las unidades arqueológicas correspondientes a ese momento carecieron de fechados radiocarbónicos hasta el año 2000 (Scattolin 2006a).

En contraste, el primer milenio EC había sido identificado con claridad al sur de mi área de estudio, en el valle de Hualfín (y poco después en la zona del Alamito, Núñez Regueiro 1974), por la distribución temporal y espacial de estilos como Condorhuasi, Ciénaga y sobre todo del estilo Aguada, cuyos iconos más representados son “el guerrero” y “el jaguar”. Como se sabe, el valle de Hualfín ha provisto la secuencia temporal principal que rige las periodizaciones más conocidas y las descripciones de los estilos más populares en el núcleo árido del Noroeste argentino, los cuales, en gran parte, fueron establecidos por A. Rex González en las décadas de 1950 y 1960 (González y Cowgill 1975), quien también postuló la existencia de varias culturas arqueológicas. Luego, en los años 1980 y 1990, se situó el centro de origen de la cultura arqueológica Aguada en el valle de Ambato (Pérez Gollán y Heredia 1990; Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993).

Al noroeste de mi área de estudio se halla la Puna, cuya arqueología aldeana era conocida –al inicio de mis estudios– por los asentamientos de Laguna Blanca (González 1977: 374-375), los sitios monticulares de Casa Chávez en Antofagasta de la Sierra (Olivera 1991) y las estancias y cementerios de Tebenquiche (Krapovikas 1955). Allí, la cerámica más común presenta menos atributos externos distintivos, su estilo está más despojado de ornamentación. En cambio, hacia el noreste, en la más lluviosa vertiente andina oriental, los estilos corrientes del primer milenio usaron modelados plásticos zoomorfos y antropomorfos, incisiones y pintura, por ejemplo, en la cerámica de La Candelaria. En los años setenta, Osvaldo Heredia formuló una secuencia de cambios en dicha alfarería que abarca aproximadamente los primeros mil años de la EC (Heredia 1974). De los valles de Tafi y Anfama, en la vertiente oriental, también se conocían sus modalidades alfareras, aunque fueron menos estudiadas desde el punto de vista iconográfico; no obstante, sus instalaciones habían sido estudiadas extensivamente (Berberían

1989; Cremonte 2003; González y Núñez Regueiro 1962).

En cambio, la región de mi estudio carecía de clasificaciones cerámicas específicas para la época presantamariana, no había allí una historia cultural bien establecida y no se distinguió ninguna cultura local o estilo propio del primer milenio EC. En eso difiere de otras regiones del Noroeste argentino para las cuales –durante los años 1960 y 1970– se crearon las principales culturas arqueológicas hoy conocidas. No obstante, el área no se libró de preconceptos. De hecho, la imagen que se tiene todavía hoy de los estilos cerámicos prediaguítas se ha moldeado sobre lo que se conocía de Hualfín. Ello queda de manifiesto en el cuadro cronológico de la Figura 2 (arriba), donde para el primer milenio EC se atribuye al valle de Santa María y Calchaquí los mismos estilos y culturas que en Hualfín. Dicha atribución fue examinada a partir de mis estudios en el área.

Por falta de fechados, en la etapa inicial de la investigación y de una manera provisional, me tomé “la libertad de hablar del primer milenio A.D.” (Scattolin 2003:66), y consideré al Período Formativo también en un sentido amplio, que comprendía provisoriamente los componentes arqueológicos agroalfareros entre el año 500 a. C. hasta el Período de Desarrollos Regionales o Período Tardío, cuyo comienzo se postula hacia el 1000 EC (Greco 2012). De esa manera buscaba restringirme al contenido temporal del término y despojarlo de los rasgos evolutivos que acarrea el concepto de Formativo, ligado a la periodización de Núñez Regueiro (1974) (Figura 2, centro). Usar la frase “primer milenio EC” me permitía evocar el período Formativo sin tener que afiliarme a expresiones cargadas de supuestos teóricos implícitos o explícitos.

Al carecer de tipologías propias, también los nombres de tipos más usados en las clasificaciones de materiales cerámicos “presantamarianos” fueron tomados preferentemente de la zona de Hualfín y Alamito. Pero si los nombres de

Figura 2. Arriba: Cuadro cronológico de Alberto Rex González de 1963. A los valles de Hualfín y de Calchaquí (recuadro punteado) se les atribuyen las mismas culturas, originalmente definidas en el primero. Centro: Periodización de Núñez Regueiro (1975). Ninguna de las culturas mencionadas para el Formativo Inferior y Medio es propia de los valles de Santa María, del Cajón o de Aconquija. Obsérvese el recuadro singular de Formativo Medio adjudicado con exclusividad a una sola entidad cultural: Aguada. Abajo: Cartel autógrafo de José A. Pérez Gollán redactado para usar en la catalogación de las colecciones arqueológicas depositadas en el Museo Etnográfico. A esos fines prácticos, la única cultura que ocupa el lapso entre el 600 y el 1000 EC es la de Aguada.

DEVELOPMENTAL PERIODS	GEOGRAPHICAL SUB-AREAS								
	PUNA				VALLISERRANA			SELVAS	
	NORTH	SOUTH	HUALFIN	CALCHAQUI	TAFI	SANTIAGO DEL ESTERO	LA RIOJA SAN JUAN	OCCIDENTALES	
1500	EMPIRE	INCA	INCA	BELEN III BELEN II BELEN I	SANTA MARIA III SANTA MARIA II SANTA MARIA I	INCA SANTA MARIA II	BLACK ON RED POTTERY AVERIAS	SANAGASTA	SANTA MARIA INFLUENCE
1000	Late	PUNA COMPLEX		HUALFIN I	SAN JOSE				
	Middle	POZUELOS		AGUADA CONDORHUASI	AGUADA	TAFI III	SUNCHITUYOC	AGUADA	CANDELARIA III
600	Early	LAGUNA BLANCA	TEBENQUICHE	CIENAGA I	CIENAGA I	TAFI II	LAS MERCEDES	CIENAGA I	CANDELARIA II
0						TAFI I			CANDELARIA I
800									

EDAD	ETAPA	PERIÓDOS	CULTURAS	GONZÁLEZ (1963)	GONZÁLEZ Y PÉREZ (1966)	GONZÁLEZ Y PÉREZ (1975)	LAGIGLIA (1968)	SCHOBINGER (1969)	RIBEIRO (1971)	
1640	PRODUCTORA CERÁMICO	COLONIAL	COLONIAL			COLONIAL	COLONIAL		IMPERIO MERCANTIL SALVACIONISTA	
1536		HISPANO INDIGENA	CASPINCHANGO CACHI A DENTRO			HISPANO INDIGENA			IMPERIO TEÓCRATICO	
1480		IMPERIAL	INCA	IMPERIAL o INCA			INCA	ALTAZ CULTURAS		
1360		DESARROLLOS REGIONALES	SUPERIOR	HUMAHUACA SANTA MARÍA BELEN SANAGASTA	CERÁMICO TARDÍO	ESTATAL-EXPANSIVO	INTER MEDIO	TARDÍO	TARDÍO	ESTADOS RURALES ARTESANALES
1000		INFERIOR	ALFARCITO TAFI II ISLA HUALFIN SAN JOSE			PRIMER PERIODO o TRAJUNANCO WARI	MEDIO	MEDIO	NEOLÍTICO	
850		AGUADA								
700		SUPERIOR MEDIO	SALLIL CIENAGA							
600		INFERIOR	CONDORHUASI ESTANCIA GRANDE CAMPO COLORADO ALAMITO, etc.	CERÁMICO TEMPRANO		FORMATIVO REGIONAL SURANDINO o NEOLÍTICO ENEOLÍTICO	TEMPRANO	TEMPRANO		ALDEAS AGRÍCOLAS INDIFFERENCIADAS
600		ARCAICO	FUENTE del DIABLO?			PROTOFORMATIVO o PROTONEOLÍTICO	AGRICULTURA INCIPIENTE	PRE-CERÁMICO TRANSICIONAL	PROTO NEOLÍTICO	
800		SUPERIOR	CAZADORES RECOLECTORES ESPECIALIZADOS	PRE-CERÁMICO		PALEOINDIA o PALEOLÍTICA	PRE-CERÁMICO	PRE-CERÁMICO AVANZADO	PALEOLÍTICO con PUNTOS DE PROTECTIL	TRIBUS DE CAZADORES RECOLECTORES
8000	MEDIO	RECOLECTORES INDEPENDIENTES					PRE-CERÁMICO MEDIO			
13000	INFERIOR	RECOLECTORES INDEPENDIENTES					PRE-CERÁMICO ANTIGUO	PROTO MIOLÍTICO		
?										

* **FORMATIVO** 500 AC - 600 DC
 - CANDELARIA
 - CIENAGA
 - CONDORHUASI
 - TEBENQUICHE

* **INTEGRACION** 600 DC - 1000 DC
 - AGUADA

* **DESARROLLOS** 1000 DC - 1450 DC
 - SANTA MARIA
 - SAN JOSE
 - JOCAVIL
 - YANI
 - BELEN

* **INCA** 1450 DC - 1535 DC

* **COLONIAL** (HISPANO-INDIGENA) 1535 DC - 1543 DC...

tipos desarrollados para una región se importan a menudo a otra sin que se haya demostrado que sean aplicables, entonces las clasificaciones cerámicas pueden acarrear problemas. Este empleo incontrolado de tipologías puede conducir a que se asuma que los habitantes de Santa María o Calchaquí fueron influidos intensamente por grupos de más al sur, quienes habrían suministrado la fuente principal de variación de las opciones estilísticas. Sin embargo, “el origen del cambio cultural raramente se somete a comprobación y la dirección putativa de la influencia cultural” en la historia prehispánica puede quedar (falsamente) “determinada por el lugar en que los nombres de tipos fueron definidos por primera vez por los arqueólogos” (Chilton 1999:45).

Debido a tales circunstancias, para avanzar en el conocimiento de la cultura material local, tuve que emprender primero el registro y análisis de antiguas colecciones de Santa María y alrededores. Entonces paulatinamente se dieron a conocer objetos hasta el momento inadvertidos (Scattolin 2006a). Además, el estudio de una estratigrafía profunda en el sitio El Bañado en el fondo del valle de Santa María ofreció una secuencia local de atributos cerámicos que permitieron la delimitación de tres fases: Chimpa (100-450 EC), Bañado (450-650 EC) y Colalao (650-1000 EC) (Scattolin 2007a). También se han efectuado otras excavaciones y se ha recuperado nueva información. A través del examen de los materiales cerámicos extraídos y su comparación con otros ejemplos contemporáneos busqué conocer la variabilidad de recursos estilísticos presentes y así contribuir a esclarecer trayectorias de cambio en la cerámica durante el primer milenio EC. Varios de los sitios excavados en el área (Yutopián, Loma Alta y Morro de las Espinillas) no se prestaban fácilmente a categorizaciones claras dentro de los esquemas corrientes y en principio parecían renuentes a la inserción en la ordenación de la historia cultural, pero ellos permitieron dar cuenta de la variedad de recursos estilísticos y opciones de diseño disponibles durante ese lapso de la historia prehispánica.

En forma paralela, percibí la utilidad de deconstruir la historia de las investigaciones en la región (Scattolin 2006b). En la segunda parte del siglo pasado fueron creadas, como dije, las culturas llamadas “Candelaria”, “Ciénaga”, “San Francisco”, “Aguada”, “Taff”, “Saujil”, “Alamito”, etc., las cuales –tomadas como equivalentes de poblaciones prehispánicas– llenaron de contenido viviente el pasado indígena del primer milenio EC, principalmente sobre la base de sus estilos alfareros y patrones de asentamiento. De manera general, durante el siglo XX las culturas –por sus cerámicas– se constituyeron en la materialización indiscutible de identidades de la historia cultural prehispánica. Luego adquirieron una realidad autónoma de la indagación arqueológica a partir la divulgación es-

colar y de la pedagogía museográfica. Casi simultáneamente, también desde la arqueología, se objetaba la existencia de un nexo necesario y unívoco entre una cultura arqueológica y un grupo étnico. No obstante, el hecho de que algunas regiones del Noroeste argentino hayan sido dotadas con un estilo –equiparado *ipso facto* con la cultura de una sociedad– sigue imponiendo pantallas o filtros a la investigación ulterior y oscurece la investigación sobre el consumo de estilos en el pasado.

Hasta hoy día, prevalece la idea de que, hacia el 500 o 600 EC, los valles centrales del Noroeste argentino fueron afectados por la expansión de un estilo artístico distintivo, el estilo Aguada, el cual se habría difundido en múltiples direcciones desde su foco en Ambato, a la manera de un horizonte (Flores y Velázquez 2018:60; González 1998,.) manifestado en el centro y sur de Catamarca, La Rioja y el norte de San Juan, donde aparece esa cerámica en cantidades apreciables. Se ha propuesto que los íconos representados en su cerámica llegaron hasta la vertiente pacífica de los Andes (Troncoso y Jackson 2009). Su calidad técnica, así como su saliente iconografía –comparable con motivos de Tiwanaku, su contemporáneo y posible inductor de influencias– consagró a este estilo como uno de los identificadores cronológico-culturales ineludibles del Noroeste argentino. Como se lo caracteriza, parece haber constituido una singularidad cultural en el centro del Noroeste argentino (véase Figura 2 centro).

Según Alberto Rex González, representaría un pueblo muy desarrollado, abarcado por el “Período Medio” (González 1963), con una lengua propia, cercana al “protokakan”, que habría sido la “lengua de la cultura (o culturas) madre que dio origen a las principales culturas del N.O. argentino” (González 1998:163-166). González puso al Noroeste argentino en el mapa de la arqueología andina mediante la creación de la cultura Aguada. La publicación de obras de síntesis cultural por parte de renombrados arqueólogos del área andina (González 1977; Lumbreras 1981; Núñez Atencio 1999: Lám. 13) y la divulgación museológica (Pérez Gollán 1994) han colaborado a difundir esa idea. Al respecto González ha dicho que “Aguada es una cultura de origen andino. La más andina de las culturas del N.O.” (González 1964:238). Lumbreras refuerza esa noción afirmando que “en el N.O. argentino se desarrolló una formación regional que parece haber recibido importantes influencias tiwanakenses; se conoce con el nombre de Aguada” y “es el desarrollo más característico de la región” (Lumbreras 1981:244).

En el último decenio del siglo XX, nuevas investigaciones postularon un origen autóctono de dicho desarrollo buscando contrarrestar el sesgo difusionista de anteriores interpretaciones (Pérez Gollán 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Debe recordarse que, para A. R. González, Aguada había sido influido

por Tiwanaku a través de “San Pedro de Atacama, [que fue el] nodo del que partieron las influencias principales que culminaron con la formación de Aguada” (González 1998:269). Pero, en los años noventa, desde un marco evolucionista cultural, se ubicó el foco pionero, único y progresivo de dicho proceso en el valle de Ambato, desde el cual se habría producido la expansión del estilo en múltiples direcciones (González 1998; Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Pérez Gollán 2000). En vez del Período Medio se propuso un “Período de Integración Regional” (Figura 2 abajo) que señalaba un momento de unificación social e ideológica, una integración jerárquica regional, un “nuevo orden”. Sus jalones temporales abarcan de 500 ó 600 a 1100 años EC (González 1998:68; Gordillo 2004; Pérez Gollán 1994.). Desde allí, cerámicas, narcóticos, objetos metálicos y otros bienes habrían circulado en muchas direcciones. Este desarrollo cultural comprendería tres variantes territoriales que “pasaron a integrarse en una misma esfera supra-regional (...) cuya interrelación social, política, económica y cultural es un tema aún por dilucidar” (Laguens 2004:139).

En esa resignificación del concepto, los motivos iconográficos del personaje de los dos cetros, el guerrero o sacrificador, los jaguares acollarados y rampantes, etc., no indicarían la influencia centrífuga de Tiwanaku sino una ideología y una religión compartidas por toda la extensión desde el Titicaca a Catamarca. Tales representaciones habrían afianzado una escalada autónoma de complejización, tipificada como señoríos o jefaturas, con dirigentes beneficiarios de “tributo en trabajo” (Pérez Gollán 2000:242-252). Para completar tal cuadro, el hallazgo de túmulos –que el saber vulgarizado trató como “templos” y “pirámides”– y otras estructuras especiales no domésticas a las que se asocia la cerámica de estilo Aguada, en sitios definidos como “centros ceremoniales”, fue interpretado como indicador de que allí habría ocurrido un proceso de “institucionalización de las desigualdades hereditarias” (González 1998, Núñez Regueiro y Tartusi 2002; Pérez Gollán 2000). Los artefactos cerámicos manufacturados en estilo Aguada-Ambato serían el resultado de un trabajo especializado reflejado en una mayor estandarización (Laguens y Juez 2001). Según J. Pérez Gollán el proceso por el cual las desigualdades sociales se volvieron hereditarias ocurrió “a comienzos de la Era Cristiana” en Ambato y “poco tiempo después, otros señoríos surgieron en diferentes valles y bolsones del Noroeste argentino” (Pérez Gollán 2000:242-252). Para A. Laguens “en Ambato existieron sociedades que se ajustarían a la clasificación de Formativas, y un proceso de cambio que lleva a situaciones de mayor complejidad, desigualdad y heterogeneidad, caracterizadas bajo la denominación de Período de Integración Regional” (Laguens 2004:148); y agrega que hacia el siglo IV EC aparecen innovaciones y combinaciones de viejos ele-

mentos en nuevas configuraciones que se integran en una nueva organización, más compleja que la anterior, que interactuó “con poblaciones en otros ámbitos geográficos aledaños” y abarcó varias regiones (Laguens 2004: 139).

Aunque la medida de integración que se toma en cuenta para establecer vinculaciones en la escala macrorregional queda tácita, se supone que lo que da cohesión a esa esfera es la iconografía que manifestaría una ideología o religión en común, porque las “tres variantes territoriales” difieren en diversos rasgos arqueológicos, en particular, en los recursos arquitectónicos y modalidades de construcción del paisaje.

Existe no obstante una interpretación contraria a esta narrativa que ha sido expuesta por P. Cruz (2006) quien considera que “el modo de establecimiento de la cuenca de Los Puestos [Ambato] no reflejaría una centralidad política”; que hay “una sorprendente homogeneidad de la cultura material, en particular la cerámica”; que “las estructuras monticulares ... interpretadas como estructuras ceremoniales, plataformas, e incluso pirámides, sugieren otras funciones que parecen estar asociadas con una voluntad de conservar en un espacio confinado, y visualmente jerarquizado, la memoria del pasado reciente de los sitios, de las generaciones anteriores a su construcción”; que la economía agrícola de Ambato estuvo basada en una cierta reciprocidad y no sobre la dominación y tuvo un “mercado potencial de autarquía”; que “hubo una gran heterogeneidad de la cultura material y en la explotación de los recursos y una baja desigualdad en el acceso a los mismos” y que sería más adecuado “caracterizar las sociedades que poblaron la región Valliserrana como sociedades heterárquicas”. Además “esta relativa autarquía económica se pone en evidencia en la ausencia, casi total, de cerámicas y otros objetos de almacenamiento originarios de regiones vecinas, y a su inversa, por el número reducido de objetos ‘Ambato’ que fueron hallados fuera de su territorio”. En cuanto al patrón de asentamiento, “la carta arqueológica (...) muestra bien como la ocupación Aguada sigue un patrón de hábitat disperso” y que “tanto el modo de establecimiento como la morfología ortogonal de los sitios parecen alejarse de los clásicos modelos andinos de ocupación del espacio y estructuración del hábitat para la época ... y ... guardarían una estrecha relación con la arqueología de la región chaqueña” (Cruz 2006: 141-145).

Ciertas regiones, como la Puna de Salta, el valle de Lerma, la Quebrada del Toro, la zona de La Candelaria o los Valles Calchaquíes no usaron la iconografía “felínica” o presentan artefactos de estilo Aguada en cantidades muy exiguas, en algunas incluso hay menos que en San Pedro de Atacama, donde objetos importados de ese estilo se hallan en cierto número (Llagostera 1995). Una consecuencia adversa de esta situación es que dichas regiones tienden a considerarse des-

provistas de dinámica de cambio, de capacidad de transformación y/o dotadas de una complejidad secundaria, derivada desde el foco ubicado en Ambato. Las poblaciones que habitaron las regiones vecinas de Tafi, La Candelaria, Yocavil, Cajón, Aconquija, Calchaquí, etc., durante los siglos VI a X se consideran independientes, segmentadas. Por decirlo adrede de manera errada: “siguieron siendo formativas”, en el sentido de que no habrían alcanzado los niveles de desarrollo logrados bajo la esfera Aguada; en cambio, las de Hualfín, Ambato y valle de Catamarca son calificadas como una cultura singular –aunque tripartita–, una integración jerárquica, es decir, una organización más compleja.

A pesar del hallazgo de varios keros antropomorfos de oro en un sitio de la Puna de Jujuy y en otros de la Quebrada de Humahuaca (Tarragó 2018), atribuibles estilísticamente a Tiwanaku, varias extensas regiones –como el resto de la Puna de la Argentina, la mayor parte de la Quebrada de Humahuaca, el valle de Lerma o el valle de San Francisco– tampoco brindan evidencias patentes de haber sido afectadas por el Horizonte Medio-Tiwanaku, carecen de objetos importados del Titicaca, de artefactos asignables al estilo Aguada y/o de alfarerías tan fácilmente reconocibles como este estilo figurativo y profuso, de manera que este lapso es más difícil de detectar. Sin embargo, es probable que la indistinción del Horizonte Medio-Tiwanaku fuera de Ambato-Hualfín se deba, simplemente, a la escasa precisión que tienen las cronologías y la baja sofisticación de las secuencias cerámicas locales hasta la actualidad. Pero, este hecho alienta, de manera implícita, la idea de que, en esos lugares, durante la segunda parte del primer milenio EC, no ocurrió un proceso de complejización.

Dado que esa construcción teórica todavía carga con la antigua delimitación de culturas como entidades reales del pasado construida en el siglo pasado, he usado la expresión “segunda parte del primer milenio d. C.”, en vez de Período de Integración Regional, para evitar predicar de las poblaciones que estudiaba conceptos y nominaciones que no están apropiadamente validados y que además acarrear valoraciones sociales: integración, fragmentación, igualitario, jerárquico, complejo, evolucionado, simple, etc. (Scattolin 2006b).

Con todo, otros modelos menos difundidos sugieren, para la época del Horizonte Medio, la existencia no de una, sino de un mínimo de tres diferentes esferas de interacción que parecen haber tenido conexiones independientes con San Pedro de Atacama y que se manifestaron con repertorios estilísticos distintos: Isla, La Candelaria y La Aguada (Tarragó 1989: 479). Este modelo alternativo (Figura 3), propuesto por Tarragó, ha sido prácticamente soslayado por investigadores del sur andino.

A continuación describiré la trayectoria de cambios en los materiales cerámi-

cos, los asentamientos y la arquitectura el sur de los Valles Calchaquíes desde las primeras sociedades aldeanas hasta las formaciones posteriores.

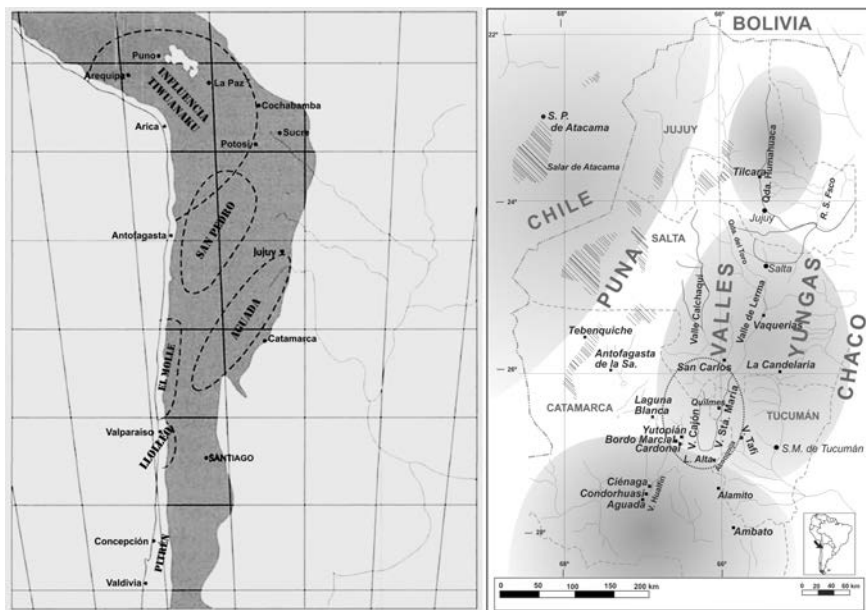


Figura 3. El sur andino en el Horizonte Medio: dos modelos de esferas de interacción para la segunda mitad del primer milenio EC. Izquierda: el modelo corriente (según Núñez Atencio, 1999: Lám. 3). Derecha: el modelo de Tarragó para el Noroeste argentino (1989).

La radicación aldeana

Las primeras instalaciones de poblaciones sedentarias con arquitectura permanente del valle de Santa María y alrededores tienen descripciones breves, fueron escasamente registradas en excavaciones antiguas y pocas cuentan con fechados. Se trata de conjuntos de viviendas de disposición desagregada. Los recintos tienen módulos de planta circular o rectangular.

El más antiguo sitio habitacional fechado en el valle es Soria 2 (1940±80 a.p.). Abarca una serie de recintos de planta ortogonal en cuyo interior se hallaron evidencias de actividad doméstica con cerámica negra pulida e incisa, fragmentos del estilo Vaquerías, artefactos de hueso, puntas de obsidiana, manos de moler, pipas de fumar de cerámica gris-negra pulida y varios enterramientos de

neonatos, al parecer inhumados con posterioridad al uso de la habitación (Palmarczuk et al. 2007).

Otro sitio, Tesoro II, fechado en 1795 ± 70 a.p., se ubica a 3200 msnm en relación con el portezuelo que conecta la vertiente este y oeste de la Sierra del Aconquija (5500 msnm). Ocupa 0,8 hectáreas y allí se concentran unas 65 estructuras de planta circular o subcircular. Al menos unas 50 estructuras son habitacionales y unas 15 no son residenciales (densidad: 62,5 habitaciones/hectárea). Los cuatro o cinco núcleos habitacionales reconocibles como tales no se adosan entre sí, están separados por varios metros y hay numerosos recintos singulares. Es probable que el motivo de su disposición arquitectónica más densa que en otros sitios contemporáneos —pero disgregada— se deba a un mayor énfasis pastoril en las funciones de este asentamiento. Se ha hallado cerámica del estilo Rojo sobre Ante, fragmentos del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos del estilo Negro Pulido (Lazzari 2006). Tesoro II está completamente separado de las áreas aptas para el cultivo, que se encuentran a solo 500 m, en el sitio Tesoro I. Hay una clara separación entre un área agrícola y otra de residencia. Se ubica muy cerca de zonas de pasturas, es decir, una localización apropiada para acceder a sendas y puestos de pastoreo. El lugar permite monitorear, desde el lugar de residencia, las actividades de producción —pastoreo y agricultura— como de circulación—sendas, tránsito y caravaneo.

El sitio de Ingenio del Arenal-Falda del Cerro, fechado en 1795 ± 36 a.p., sin calibrar, (Lazzari y Pereyra Domingorena 2008), está compuesto por varias decenas de viviendas circulares, con largos pasillos de entrada, que se agrupan por pares o en mayor número. Otras estructuras de mayor diámetro sugieren la existencia de corrales. Contiene cerámica del estilo Condorhuasi Polícromo y tiestos negros pulidos e incisos, numerosos artefactos líticos de obsidiana, basalto, esquisto, andesita y dacita, así como indicios de producción de bienes metálicos, como trozos de mineral verde, material refractario, fragmentos de escoria, entre otros.

Otros tres sitios en el valle del Cajón, Cardonal (Figura 4), Bordo Marcial y Yutopían, conforman pequeñas aldeas con unidades domésticas compuestas por varias habitaciones y con estructuras anexas entremezcladas (Scattolin et al. 2015). Las dos primeras están, fechadas entre 1958 ± 37 y 1781 ± 35 años a.p. (AA87285 y AA82259, sin calibrar), son, por lo tanto, isocrónicas con Pukara y Tiwanaku Temprano. Se emplazan justo al pie de un paso natural que conecta la Puna con la región Valliserrana. Las excavaciones proporcionaron cerámica de los estilos Vaquerías, Tafi, Candelaria y Río Diablo Inciso —similar a la cerámica del estilo San Francisco Inciso de las yungas—, tiestos del estilo Negro Pulido,

común en la región puneña, y obsidiana, también de la Puna. Yutopián es un sitio multicomponente que, en su sector correspondiente al lapso entre 200 AEC y 600 EC, contiene evidencias de metalurgia de cobre y uso de cerámica de los estilos Tafi, Candelaria, Condorhuasi Policromo, Río Diablo Inciso y Gris-Negro Pulido y Gris inciso (Scattolin y Gero 1999).

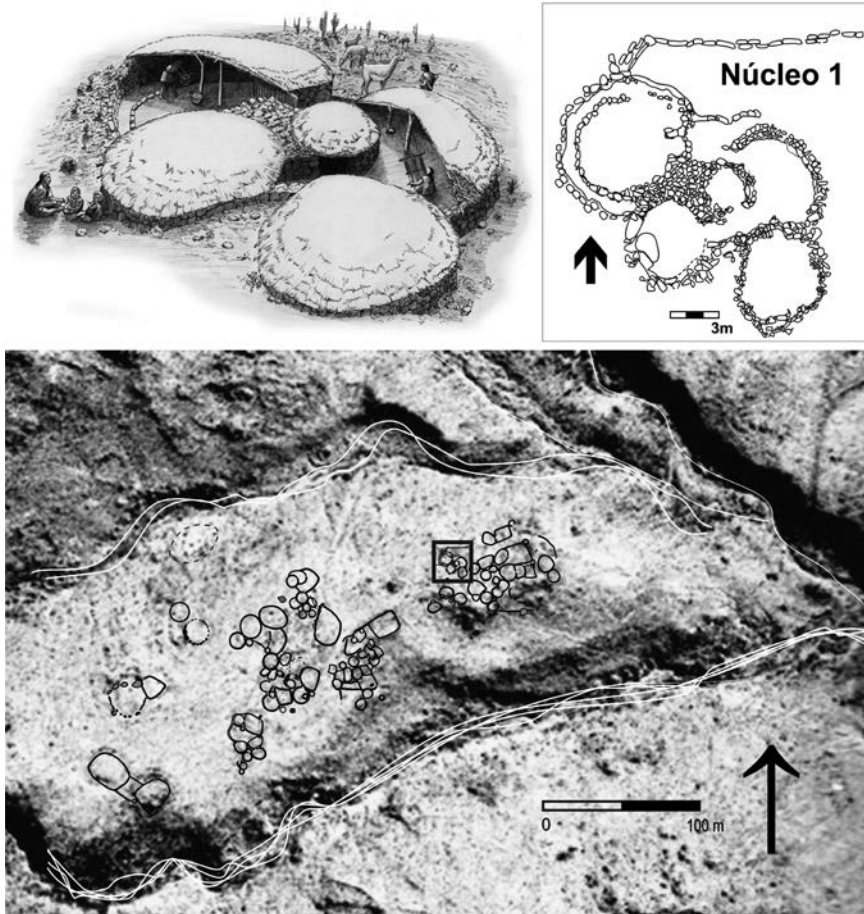


Figura 4. Cardonal. Arriba: Reconstrucción hipotética (dibujo de Sean Godard) y plano del Núcleo 1. Abajo: Plano del asentamiento sobre imagen satelital (Google Earth).

Otro sitio de la misma cuenca del valle de Santa María, pero ubicado en su extremo oriental, es el de Puesto Viejo en la Quebrada de Los Corrales (Figura 5). “Los recintos habitacionales (N= 52) se presentan como estructuras domésticas/residenciales de piedra subcirculares compuestas –Patrón Tafi–” (Olizewski 2011: 159) que conforman una aldea. Los núcleos residenciales se encuentran

desagregados pero próximos entre sí y apartados de terrenos de labranza. Contienen material lítico que incluye puntas de proyectil, núcleos y lascas en andesita y cuarzo. El material cerámico comprende “fragmentos de diversas facturas, algunos diagnósticos asignables a los estilos cerámicos Tafi, Candelaria, Condorhuasi, Ciénaga y Vaquerías” (Oliszewski 2011: 159). La ocupación más intensa se dio “a lo largo de aproximadamente 150 años entre *ca.* 1700 y 1550 años a.p. con probabilidades de haber continuado hasta *ca.* 1400 años a.p.” (Oliszewski 2011: 162).



Figura 5. Plano del asentamiento en la Quebrada de Los Corrales (tomado de Oliszewski 2011).

En general, en los sitios habitacionales, la cerámica polícroma de los estilos Condorhuasi y Vaquerías acompaña, en número reducido, la alfarería utilitaria, muy abundante, de paredes espesas e inclusiones gruesas de roca molida y mica. Una gran cantidad son vasijas-efigie y debieron tener funciones votivas (yuros chayadores). Es probable que ambos estilos fueran empleados en contextos de uso especiales, no cotidianos o discontinuos. Aunque sean fácilmente transportables, su tamaño pequeño y sus siluetas especiales les restan aptitud para desempeñar una amplia gama de funciones prácticas. En cambio, los tazones, jarros, escudillas y cuencos (pucos) para comer y beber son, por lo general, grises, negros o rojos, decorados con incisiones o lisos y pulidos, y mayormente destinados

a raciones individuales o pequeñas. Ni la alfarería policroma ni la lisa parecen aptas para el servicio de la comida o la bebida en contextos de hospitalidad social amplia o concurrencia numerosa. Las urnas funerarias, muy usadas en el este del área de estudio, tenían grandes dimensiones.

A medida que las estancias de los valles se expanden por fisión en un patrón de residencias dispersas, más arriba, fuera del área de estudio, en la Puna y las quebradas altas, con una mayor dedicación al pastoreo, las evidencias de sitios residenciales apuntan a la ocupación recurrente de ciertos espacios, por lo que el aspecto actual de los sitios es de montículos sobrepuestos o separados, formados por agregación y/o superposición de ocupaciones. Sus viviendas eran normalmente de planta circular y de paredes de barro batido, en ocasiones con zócalos de piedras y entremezclados con restos de basura y paredes desmoronadas (Cigliano et al. 1976; Olivera 1991; Raffino 1977; Tarragó 1980, 1996). A sus muertos se les enterraba por debajo de los pisos o en lugares cercanos a las viviendas, en urnas o directamente en la tierra.

Algo más al este, durante los primeros siglos de la era cristiana debió estar en uso el montículo de El Mollar, rodeado de monolitos grabados (Figura 6), ya que tiene fechados de 1955 ± 55 , 1950 ± 60 , 1930 ± 60 y 1920 ± 65 a.p., tres o cuatro siglos más tarde que su fecha más antigua (González y Lagiglia 1973: 294). Sus excavadores lo definieron como un montículo ceremonial. Contiene enormes cantidades de cerámica ordinaria, así como muy poca cantidad de cerámica incisa y del estilo Vaquerías. En su interior se hallaron enterramientos (González y Núñez Regueiro 1962), algunos de los cuales pueden haber sido posteriores a las fechas mencionadas.

La escultura lítica debió haber sido valorada durante esta fase de radicación aldeana. Prueba de ello lo constituyen los postes fálicos, felínicos y antropomorfos de Tafi, ubicados al frente de los sitios residenciales, en el centro de grandes recintos, en los montículos o en puntos de acceso a sectores productivos pastoriles. Se cree que los monolitos fueron la expresión material de los ancestros tutelares o *huanacas* (Duviols 1979; Lazzari et al. 2015). De la misma fase también se conocen figuras esculpidas. El monolito labrado en bajorrelieve conocido como la “Mujer-Saurio” o “Mujer-Felino” habría estado erguido en posición prominente entre dos plataformas de un sitio de El Alamito, al sur de los Valles Calchaquies (Figura 7). Hay más de 50 sitios en la zona de Alamito, todos con la misma distribución. Tienen dataciones de 1950 ± 50 , 1910 ± 60 , 1660 ± 100 , 1656 ± 38 , 1630 ± 60 , 1600 ± 70 y 1560 ± 100 años a.P. (Angiorama 1996-1998: 103; Núñez Regueiro 1998: 191). De esta misma zona provienen las esculturas conocidas como “suplicantes”, fuentes y morteros esculpidos.

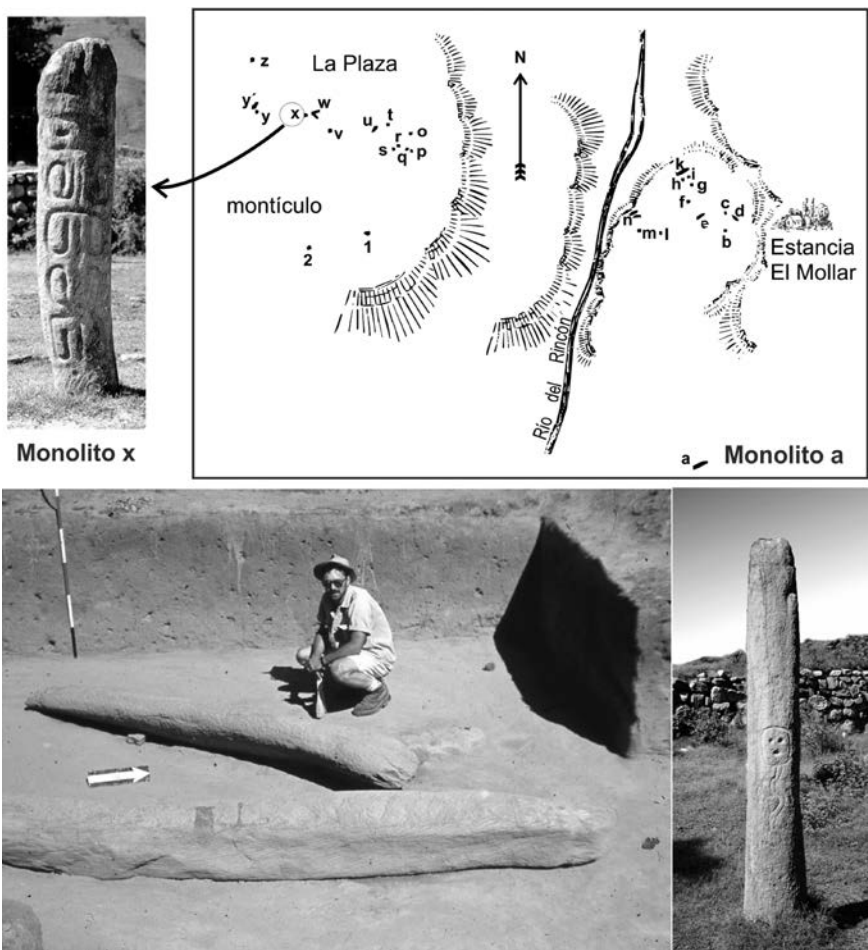


Figura 6. Monolitos. Arriba: ubicación en El Mollar, valle de Tañi (tomado de Bruch 1911: Lám. III). Abajo, izquierda: excavaciones de A. Rex González en un recinto circular del lugar denominado La Plaza (tomado de DILA 2018). Abajo, derecha y arriba izquierda: monolitos de El Mollar (fotos de equipo PasCal).

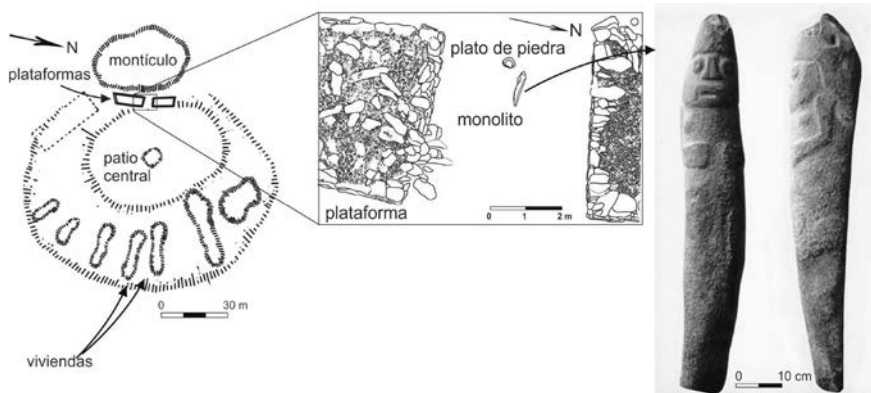


Figura 7. Monolito de la “mujer saurio” del sitio Bo de Alamito, Catamarca; se infiere que estuvo hincado entre las dos plataformas revestidas de piedra, y a su pie fue colocado un plato de piedra votivo (tomado de Núñez Regueiro 1998 y modificado de Scattolin 2006c: 382, Fig. 30).

Además de su función protectora o tutelar, los monolitos permitieron canalizar estrategias de inversión simbólica, objetivadas en la materia y muy convenientes para aumentar el capital de reconocimiento de una cierta categoría social en relación con un orden sexual, genealógico, generacional y/o espacial. Los postes esculpidos se manifiestan, con fuerte impacto visual, en el espacio comunal colectivo de la unidad doméstica, familia, linaje, clan o grupo de parentesco, y contribuyen, de este modo, a instituir los principios que fundan diferencias de estatus entre diferentes segmentos sociales, es decir, las jerarquías de los segmentos de linajes. Sus posiciones en un espacio cargado de significaciones —y categorizados según dimensiones tales como masculino/femenino, humano/animal, alto/bajo, oeste/este, arriba/abajo, recto/curvo, superior/intermedio/inferior, derecha/izquierda, celeste/terrestre, *urco/uma*, *banan/hurin* o cualesquiera otras— implican la existencia de “un mundo de objetos” que llenan de significado la acción de cualquier persona, desde su más temprana enculturación, mediante la inculcación silenciosa de los mismos principios que regían ese mundo.

Es posible que las distinciones genealógicas, sexuales y generacionales —expresadas en monolitos geométricos y figurativos, personajes femeninos, masculinos, animales, entre otros— fueran aprovechadas como los vectores principales para proyectar la estructura de relaciones sociales, económicas y simbólicas sobre las prácticas mundanas o extraordinarias de intercambio de bienes y alianzas matrimoniales, de un modo en el que el espacio, el parentesco generacional, la invocación de antigüedad de linaje mediante la erección de estelas y el sexo re-

presentado en ellas se imbricaban uno en otro en la construcción jerarquizada de esos segmentos sociales (Lazzari et al. 2015).

En resumen, las unidades domésticas muestran un amplio rango de variación: simples, aisladas, congregadas, dispersas, de planta ortogonal, circular y/o trapezoidal. Estas distintas configuraciones de las plantas de los asentamientos parecen reflejar la naturaleza multicultural e imbricada de la primera colonización aldeana, más en acuerdo con la existencia de poblaciones atravesadas por diversas redes sociales multidireccionales (Lazzari et al. 2017) en vez de una corriente unidireccional. Las moradas se localizaban cerca de sus terrenos productivos, corrales y fuentes de agua. Sus áreas funerarias pueden aparecer por debajo de los pisos de las viviendas, en la base de los montículos, en los patios, en urnas o en la misma tierra, y aún en cementerios cercanos o apartados de las residencias (Cortés 2005). La gran variedad de formas de entierro –tomado como marcador convencional de identidades y de prácticas culturales distintivas refuerza la posibilidad de etnicidad entremezclada de los grupos. Además, las formas de diferenciación social eran sostenidas por ordenaciones espacio-temporales con valencias desiguales basadas en criterios de parentesco, antigüedad generacional, legitimidad genealógica y diferenciaciones sexuales.

La domesticación agraria del paisaje

Al pasar a la siguiente fase, Bañado (450-600 EC), los sitios agrícolas se hacen visibles en las laderas aluviales y fondos de los valles, y empiezan a conformar extensas áreas de paisaje modificado. Las fechas terminales de la fase refieren la aparición y desaparición de ciertos atributos cerámicos y no la real duración de la prolongada faena de labrado del paisaje agrario a que se hace referencia, por lo que se advierte que esta obra de reproducción del espacio tuvo, en realidad, un comienzo algo más temprano que lo que indican esas fechas de referencia y una finalización muy posterior. De esta manera, hay que resaltar la larga duración que habría tenido ese persistente cultivo del espacio, cuyo producto material dependió de la continua reproducción de las relaciones sociales aldeanas (Quesada 2005).

Enormes superficies fueron virtualmente “domesticadas” (Haber 1999: 183) por la mano humana mediante la erección de muros de contención, paredes perimetrales de lotes de tierra, limpieza y despedregado de superficies escabrosas, nivelación de faldeos, construcción de redes de riego y laboreo continuo de los terrenos. Prueba de ello son los numerosos conos aluviales cubiertos con los res-

tos de tales trabajos en las laderas de los valles y bolsones semiáridos. Entre los canchones se disponen las viviendas, distantes varias decenas de metros unas de otras, conformando caseríos dispersos en el patrón típico de estancias o fincas.

En Caspinchango-El Ciénago, un extenso sitio con estructuras agrarias y residenciales, se excavaron varias unidades domésticas. Cigliano excavó un núcleo de habitación –la Unidad 1– ubicado entre sus bancales de cultivo, está compuesto por cuatro cuartos semisubterráneos. La construcción de las paredes es robusta y con una leve inclinación hacia el interior (1960). Unidades similares han sido excavadas por Lanzelotti (2012). El Ciénago se destaca como un extenso sitio agrícola (Figura 8): despedregados, canchones y muros contenedores parecen demostrar un uso multitemporal del conoide superior para las labores del campo (Cigliano 1960; Lanzelotti y Spano 2014). Muy cerca de Amaicha, varios sitios tienen un patrón semejante: Ampimpa, El Remate (UGA8359: 900±40 a.p.; UGA8360: 1180±40 a.p.; UGA 8361: 1130±40 a.p.; Aschero y Ribotta 2007), Bajo Los Cardones (0 al 300 EC; Pastor y Rivero 2004:197) y El Divisadero (AA88060: 1239±47; AA94587: 1275±23; Gómez Augier y Caria 2012). Sobre la misma vertiente del valle de Santa María, el sitio Terraza de Andalhuala Banda parece corresponder al este mismo patrón (Álvarez Larraín y Lanzelotti 2013).

Más al sur, los sitios de la falda occidental del Aconquija, como Tesoro I (AA60337: 1251±31 a.p.), Loma Alta, Buey Muerto, Loma Redonda, Ingenio del Arenal-Centro (Scattolin 1990), se ocupaban de manera similar en esta fase. Las dataciones de Loma Alta, desde 1600±120 a.p. hasta 700±50 a.p., sin calibrar, demuestran que este modelo de ocupación se prolonga bastante tiempo y que persistió en las siguientes fases, es decir, que la zona tuvo este patrón hasta mucho después, cuando ya las poblaciones en varios valles habían empezado a concentrarse en grandes poblados conglomerados del Período de Desarrollos Regionales, y es recién entonces que se le puede aplicar el término “rural” por oposición a la nueva modalidad semiurbana. Algo similar ocurrió en el sitio ya mencionado de Caspinchango-El Ciénago, donde un núcleo residencial de recintos circulares dio una edad de 1394±39 años a.p. (AA93103) y otro de recintos cuadrangulares se fechó en 642±42 años a.p. (AA93104) (Lanzelotti y Spano 2014). La alta dispersión de las viviendas en este patrón de instalación es posible que se deba a la naturaleza peculiar del sistema agrícola que imponía mantener las unidades domésticas cerca de los campos de cultivo, en vez de cerca de sus vecinos, como forma de extender los terrenos de labranza y de sostener e incluso incrementar la producción (ver Drennan 1988: 285; Scattolin 2007b: 142)

Aunque los rastros materiales sean menos evidentes, por carecer de paredes de piedra bien preservadas, la llanura aluvial casi plana en el fondo del valle de

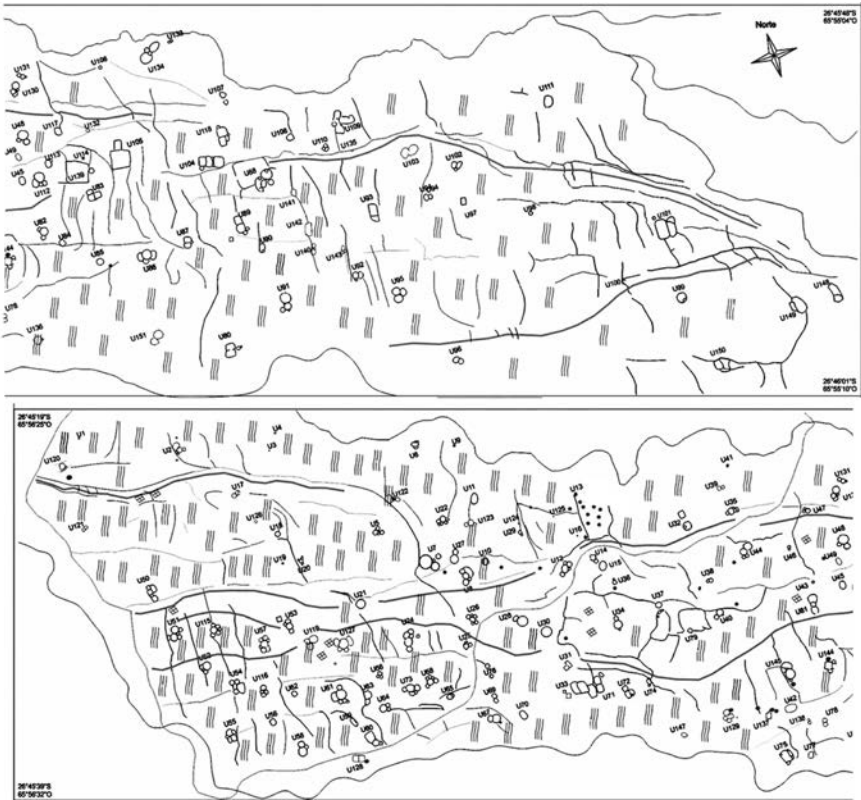


Figura 8. Caspinchango-El Ciénago (modificado de Lanzelotti 2012).

Santa María también debió ser objeto de un continuo labrado. De allí se conoce un asentamiento residencial en El Bañado con arquitectura de piedra y barro, y habitaciones de planta rectangular que corresponden, según sus excavadores, a un sitio “típicamente La Candelaria” en referencia a la cerámica asociada (Pelissero y Difrieri 1981: 63). Por debajo de sus pisos se encontraron enterramientos en grandes urnas ovoides que contenían restos humanos y vasijas. Estos materiales cerámicos, de estilo Candelaria, se han vinculado tradicionalmente con las yungas, pero se encuentran dispersos también el valle del Cajón, en el valle de Tafí, Laguna Blanca y la Puna de Salta y Catamarca. Durante la fase Bañado se usó allí cerámica gris lisa, gris incisa y roja pulida de buena factura y variada morfología, pero uno de los recipientes más habituales en las tumbas son las jarras de simetría dorsoventral y cuello-vertedero u oblicuo (Scattolin 2006a).

Un enterramiento excavado en La Vaquería, unos kilómetros al norte del

poblado de El Bañado, consiste en una gran urna de pasta gruesa, con tapa, que contenía dos esqueletos de infantes junto con una pequeña jarra gris pulida con cuello de perfil oblicuo, asa acintada y decoración antropomorfa en el cuello ejecutada mediante aplicaciones al pastillaje e incisiones punteadas, que comparte atributos decorativos y formales con piezas del estilo Candelaria (Tarragó y Scattolin 1999). Una muestra ósea de uno de los esqueletos fue datada en el siglo VII EC (Ua20627, 1375 ± 40 a.p.). Otro conjunto de doce vasijas –demostrativo de los formatos habituales de esta época– se halló en la tumba de una mujer de edad madura ataviada con anillos de cobre y cuentas líticas, en Lampacito, en las afueras de la ciudad de Santa María. La datación de una muestra ósea del esqueleto ubica el enterramiento entre fines del siglo VI y la primera mitad del siglo VII después de Cristo (AA59414, 1446 ± 36 a.p.) (Figura 9).



Figura 9. Cerámica que acompaña la tumba de una mujer madura en Lampacito (fotos de equipo PasCal).

Otro conjunto funerario excavado en Banda de Arriba, Cafayate, fue fechado hacia los siglos IX y X EC (LP2043, 1110±90 a.p.) (Ledesma 2015; Ledesma y Sabelza 2009). El ajuar acompañante demuestra que, en esta época –coincidente con el Tiwanaku expansivo– prosigue el uso de vasijas de simetría dorsoventral, pero se agregan formas complejas, ollas con modelados zoomorfos y las mismas jarras dorsoventrales agregan puntos de inflexión o angulares en su perfil. Se aplican terminaciones pulidas muy trabajadas, con efecto visual por el pulido en líneas. A este conjunto se suman una jarra “Lerma tricolor” con lunares, una pipa de cerámica y otros hallazgos (Figura 10).

En los valles de Tafi, Anfama y La Ciénega –vecinos a nuestra área de estudio– se han excavado varios núcleos residenciales de esta fase. Presentan robustas paredes de piedra y sus unidades domésticas comprenden recintos de habitación de planta circular comunicados con su gran patio central circular, donde se efectuaban diversas actividades domésticas y donde algunas líneas de piedra separan diversos sectores que abarcan, incluso, un área de tumbas cilíndricas y de paredes de piedra por debajo del piso (Berberían 1989: 90; Oliszewski 2011; Salazar 2010; Salazar y Molar 2017). También se usaban postes líticos como emblemas al frente de las viviendas y las tumbas cavadas debajo del piso de los patios habrían permitido retener la memoria de los antepasados y reafirmar el arraigo, identidad y continuidad de cada segmento de parentesco (Berberían 1989; Haber 1999; Krapovickas 1968; Salazar 2010).

Aún en la Puna se hallan sitios con patrón similar, como en las localidades muy conocidas de Laguna Blanca y Tebenquiche (Delfino 1999; Haber 1999). Pero en lugares donde el suelo carece de cubierta pedregosa y el ambiente es algo más húmedo, las áreas de cultivo pueden prescindir de muros de piedra, aunque se mantiene, de todos modos, el patrón de estancias o caseríos dispersos (por ejemplo, en ciertos sectores del valle de Ambato y en la zona de La Candelaria) (Figueroa 2009; Heredia 1974; Krapovickas 1968; Laguens 2006: 212).

La reproducción prolongada de las relaciones sociales en el espacio agrario tuvo que involucrar acciones y relaciones de dominio, potestad sobre terrenos, delimitación de parcelas, división del múltiplo –sobre todo en momentos de sucesión y de herencia–, de congregación de personal para ejecutar obras y división de labores –ocasiones favorables para afianzar alianzas–, asignación de turnos de control y distribución de agua y riego, inauguración de ciclos, apertura de labores, organización de los tiempos –oportunidades especiales para la celebración y la conmemoración–, así como designación y delegación de funciones. Todas estas prácticas generan derechos y deberes, activan las posiciones sociales mutuamente relativas y, con ello, la movilización de toda clase de significaciones



Figura 10. a-d, f-i, k: vasijas del área funeraria del sitio Banda de Arriba de Cafayate (fotos de la autora, excepto k: foto de Ledesma y Subelza 2009); e: jarra antropomorfa de simetría dorsoventral de tumba de El Bañado (foto de la autora); j: fragmento de Tolombón (foto de la autora); l: fragmentos de Caspinchango-El Ciénago (tomado de Lanzelotti 2012).

sociales y simbólicas. La textura acumulativa de los rastros materiales vigentes, monótonos y repetitivos, sugiere, precisamente, que fueron un engranaje primordial de la estructuración social que se engendraba en el seno de las sociedades aldeanas.

Sin embargo, el carácter repetitivo y redundante de la instalación –de apariencia inmutable– que generaron estas prácticas agrarias no debe hacer olvidar que su sistema, aparentemente indiferenciado y autosuficiente, no era cerrado; por el contrario, el microcosmos campesino se insertaba en un universo articulado e interdependiente, un espacio global en el que circularon bienes, materias primas y artefactos, como obsidiana (Lazzari 2006; Yacobaccio et al. 2004), sal, cueros, hilo y tejidos finos de vicuña originarios de la Puna (Haber 1999), cebil (*Anadenanthera* sp.), recipientes de caracolas para contenerlo y vasijas de cerámica procedentes de las yungas (Pérez Gollán y Gordillo 1994), pero también, y sobre todo, personas que se trasladaban desde puntos distantes, desde el Chaco a la Puna y viceversa, lo que motivaba el encuentro, la confluencia espacio-temporal y la concurrencia de individuos procedentes de ámbitos y trayectorias sociales e históricas independientes, con hábitos y costumbres diferenciados, lo que introdujo desfases, la oportunidad para la coyuntura, el acontecimiento y, en suma, la historicidad.

La ordenación aldeana

Con el final de la fase Colalao (650-1000 EC) se presenta en nuestra área de estudio uno de los primeros ejemplos de los asentamientos compactos, encumbrados y con viviendas adosadas de planta ortogonal, que más tarde se harán comunes durante el lapso comprendido entre 1000 y 1500 EC. Se trata del sitio Morro de las Espinillas, fechado en los siglos IX y X (Scattolin 2003) (Figura 11). Reúne una rara conjunción de una arquitectura similar a la de los poblados del Período de Desarrollos Regionales con una cerámica tipológicamente atribuible a lo que, en ese entonces, se consideraba el Período Medio o Temprano (Cigliano 1960) y hoy se consideraría coetáneo al Período de Integración Regional.

Morro de las Espinillas comprende construcciones sobre una terraza alargada, elevada unos 15 metros de alto, ubicada a la vera del río Pajanguillo. Ocupa 0,6 hectáreas, aunque su actual extensión es menor a la original debido a desmoronamientos ocurridos en su borde oriental que han destruido parte del sitio. En esta media hectárea remanente hay unas 30 estructuras de planta ortogonal (densidad: 50 habitaciones/hectárea), colindantes y agrupadas por conjuntos,

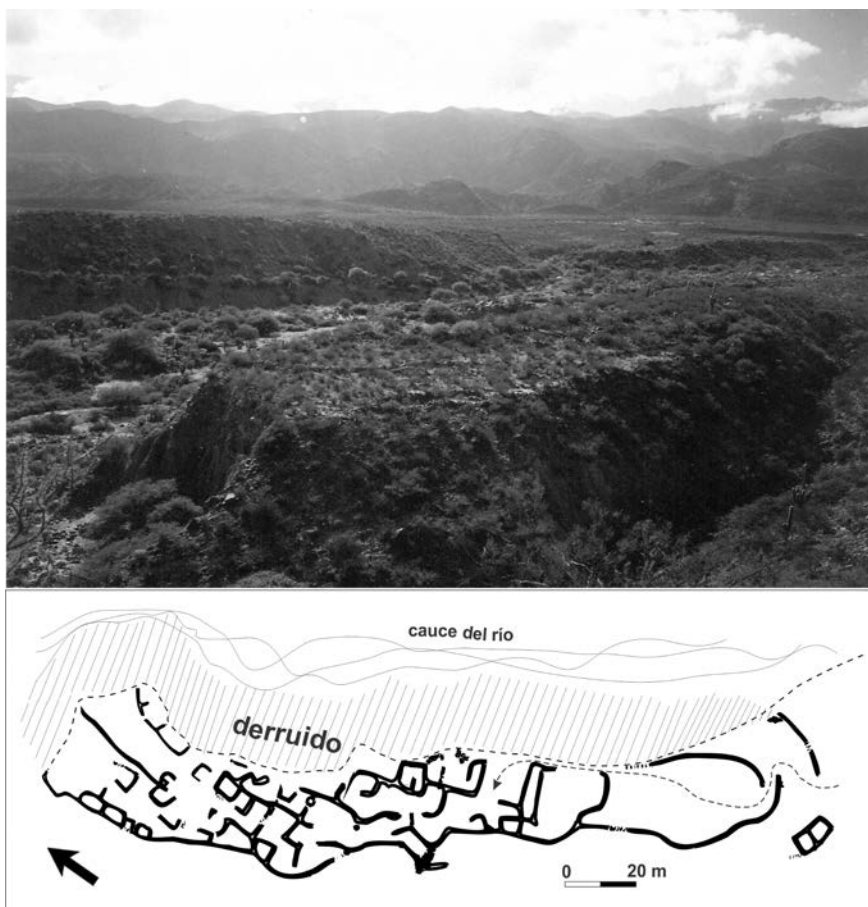


Figura 11. Morro de las Espinillas. Pequeño poblado compacto y circunvalado. Fines del primer milenio EC (foto y dibujo de la autora).

de los que algunos están intercomunicados. El asentamiento es circunscripto: se halla cercado por una valla perimetral de piedra y tiene un acceso restringido. Hay un único lugar por donde entrar al área habitacional que está rodeada por el muro. La entrada se ubica en el sur y discurre a través de un trayecto sinuoso que sorteando varios muros, mientras que el acceso al área de mayor concentración de recintos se alcanza luego de traspasar dos espacios abiertos. El conjunto de los artefactos hallados, tanto en superficie como en capas, se compone de desechos domésticos. Se trata de una aldea pequeña, pero concentrada, en una localización encumbrada, constituida por unidades domésticas y otras estructuras —algunas de mayores dimensiones, como espacios abiertos y vías de circulación—, cuyos

sectores de producción agraria podrían ser los canchones de cultivo y corrales que se encuentran a unos cientos de metros al este, en Pajanguillo Medio y Alto (Cigliano 1960; Scattolin 2003).

El asentamiento constituye un espacio residencial separado de la producción, lo que sugiere una inversión de trabajo en arquitectura comunitaria, para la que se seleccionó una localización prominente. Representa un lugar de habitación articulado espacialmente por relaciones de interacción social concentrada y de visibilidad próxima. Al parecer, la restricción y la separación permitieron ejercer control de los propios recursos humanos al interior del espacio construido y hacia el exterior. Se puede decir, entonces, que las primeras aldeas elevadas y con habitaciones cuadrangulares colindantes ya se habían establecido en Santa María hacia 900 EC y algunas de ellas no contienen cerámica santamariana, ni tampoco la típica cerámica de estilo La Aguada, con su iconografía de motivos felínicos. No obstante, al mismo tiempo, la cerámica figurativa de estilo La Aguada se imponía extensamente en Hualfín, Andalgalá y Ambato, 70-80 km más al sur.

La alfarería propia de Morro de las Espinillas (Figura 12a y b) comprende un conjunto funcionalmente bastante completo que incluye enseres de cocción, elaboración, almacenamiento, transferencia y vajilla de servicio. La proporción entre tiestos de pastas ordinarias (ollas o *huirquis*) y finas (tinajas, cántaros, escudillas y platos) es pareja (50%/50%) (y resulta diferente de la que aparece en algunos asentamientos vecinos dispersos, contemporáneos o más antiguos, donde la proporción de alfarería ordinaria es bastante mayor). La vajilla de servicio presenta decoración geométrica, ya sea pintada o incisa. No hay ningún hallazgo con decoración figurativa. La manufactura alfarera tiende a despojar sus productos de su contenido figurativo y directamente referencial, y a dotarse de atributos sin alusiones directas a personajes, efigies o animales en la decoración, algo que la diferencia de la cerámica contemporánea de estilo La Aguada (Scattolin 2003).

El conjunto cerámico de Morro de las Espinillas se presenta estilísticamente variable, no se presta a categorizaciones cómodas dentro de clasificaciones previas, reúne rasgos estilísticos que se habían adjudicado a diferentes áreas culturales (Valliserrana, Selvas Occidentales o el Chaco) y no porta motivos de felinos, cabezas-trofeo o imágenes del Sacrificador. Esta circunstancia no avala efectos integradores originarios de Ambato-Hualfín causados por el “fenómeno Aguada” y da mayor fundamento a la hipótesis de trayectorias divergentes en la cultura material en el valle de Santa María y alrededores, algo más acorde con un modelo de multiesferas de interacción durante la última parte del Período Formativo (Tarragó 1989), al contrario de lo que establecería un uso rígido y unidireccional

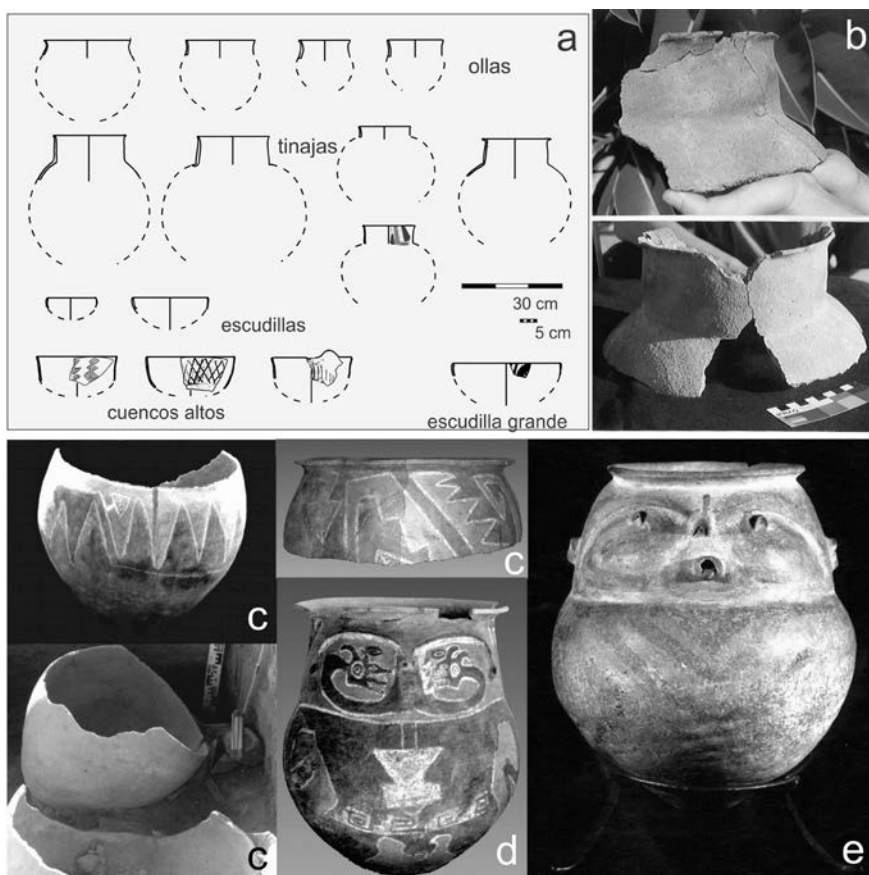


Figura 12. Arriba, a y b: Alfarería de Morro de las Espinillas (fotos y dibujo de la autora). Abajo: tinajas pintadas de época contemporánea; c: Grandes tinajas para producir bebidas fermentadas en el sitio de La Rinconada (tomado de Gordillo 2004); d: Tinaja de Ambato, estilo Ambato Tricolor o Cortaderas (González 1998); e: tinaja de Chaquiago (González 1998).

del modelo cronológico-cultural corriente en la provincia de Catamarca, donde el paso por un estadio de la fase La Aguada es una expectativa casi inexorable.

Por sus características morfológico-funcionales, es posible que las tinajas de Morro de las Espinillas, sobre todo las no decoradas, sirvieran para almacenamiento, maceración de sustancias, elaboración de bebidas y transferencia de líquidos. En cambio, las que han tenido inversión de trabajo en su decoración y acabado pudieron haber cumplido funciones de servicio de bebidas en contextos en los que la exhibición visual fue oportuna o ventajosa. Esta diversidad y proporción de tinajas no aparece en contextos cerámicos anteriores a la fase

Bañado. Sin embargo, este uso de tinajas con buen acabado era compartido al mismo tiempo con otros grupos contemporáneos, incluidos aquellos distantes 70-100 km hacia el sur. Grandes tinajas decoradas, de estilo Ambato Tricolor o Cortaderas Polícromo, y otras de pasta ordinaria han sido encontradas en el sitio de La Rinconada de Ambato (al que se han atribuido funciones ceremoniales) asociadas a contextos de elaboración y almacenamiento de bebidas (Figura 12). Una proliferación de estas formas de tinajas y cántaros, junto con escudillas y tazones decorados, en ciertos sitios de distintos valles parece indicar que, en ese momento, hubo un incremento del uso de bebidas en contextos de consumo colectivo y celebraciones festivas. Dicho de otra forma, la “economía estética” de la cerámica se había transformado y, en el transcurso de varios siglos, el impulso de estilización de la manufactura alfarera había sufrido un desvío desde los vasos votivos hacia la vajilla de servicio. En palabras de Gombrich (2003: 10), el “nicho ecológico” ideal para las imágenes, la estilización estética, el despliegue decorativo y la manufactura depurada no solo lo constituía el vaso votivo de las mesas de culto y altares, sino también la vajilla para las mesas de comensales. El consumo del estilo había cambiado.

Morro de las Espinillas no es la única aldea concentrada de los siglos IX y X. En el mismo valle de Santa María, Morro del Fraile, un poblado conglomerado con más de 70 estructuras “sobre las crestas del cerro”, presenta también cerámica no figurativa del estilo La Aguada (Coll Moritan y Nastri 2015). En la misma época, hacia el norte, el sitio Molinos I, en el valle Calchaquí, es un asentamiento aglutinado con más de 100 estructuras residenciales, también contemporáneo con La Rinconada y Piedras Blancas. Aunque “el asentamiento es estructuralmente muy similar a los de la ocupación Santamariana”, presenta cerámica considerada de “la transición a los Desarrollos Regionales” (Baldini 1992).

En el siglo X, Rincón Chico y Pichao presentan como componente más antiguo la cerámica de estilo santamariano (Cornell y Johansson 1993; Tarragó et al. 1997). En estos dos lugares se establecerán los grandes poblados aglomerados y defensivos típicos del Período de Desarrollos Regionales que durarán hasta la expansión inka y la invasión española. Algo parecido ocurrirá más al norte, en la Quebrada de Humahuaca, donde hubo una gran concentración de población en sus pueblos y pucará (Nielsen 1996).

Como se ha mencionado antes el patrón de asentamiento disperso siguió en auge durante esta fase Colalao como lo demuestran las instalaciones de Caspinchango -El Ciénago, Loma Alta y, entre otros, El Remate, con grandes núcleos residenciales y un diseño complejo de sus terrenos de cultivo (Aschero y Ribotta 2007).

Fuera de nuestra área, hacia el oeste, en la Puna, en Tebenquiche se estructuraron y florecían los “oasis” agrícolas y pastoriles de la Puna (Haber 1999). Mientras tanto, en el valle de Taftí, también hacia los siglos IX y X, según Berberían (1989) hubo una creciente tendencia a la concentración aldeana, aunque sin separación completa entre el poblado y el espacio de producción, pero recientes estudios de Salazar sostienen que “en los sitios más concentrados se encuentran las ocupaciones más tempranas, ya que los mismos constituyen el resultado de varios siglos de crecimiento, conflictos y negociaciones entre las familias que los conformaban y los más dispersos presentan las evidencias más recientes, ya que responden a las ocupaciones que más tardíamente se fisicaron y en su trayectoria no alcanzaron a cristalizar bases más amplias. Paradójicamente, este escenario se encuentra en las antípodas de los modelos que esperaban que los asentamientos aldeanos más tardíos fueran los más concentrados, dentro de una tendencia a la eficientización y complejización del uso del espacio” (Salazar 2010).

Los sitios en Ambato que contienen la característica cerámica de estilo La Aguada, con su rica imaginaria felínica, vinculados a estructuras tipo montículo y plazuelas, se ocupaban durante esta época, como en el caso de La Rinconada, Piedras Blancas, Bordo de los Indios o Huallumil. La Rinconada, aparte de su montículo/plataforma, presenta 28 habitaciones distribuidas en conjuntos asociados a grandes patios (densidad: 20 habitaciones/hectárea).

De Ambato proviene una gran cantidad de escudillas y vasos negros grabados de excelente factura y profusa decoración figurativa, así como grandes tinajas pintadas en varios colores que habrían sido destinadas a la producción y almacenaje de bebidas fermentadas (Gordillo 2004). Algo más al sur, del sitio Choya 68, un gran montículo artificial, proceden también grandes vasijas decoradas en el estilo denominado “Aguada-Portezuelo” (Baldini et al. 2002).

En síntesis, entre los siglos IX y X, las poblaciones prehispánicas contaban con una amplia gama de medios estilísticos y de diseño para seleccionar rasgos, optar por motivos, expresarse simbólicamente y, en resumen, combinarlos de manera creativa para la conformación de sus recipientes. Al final del primer milenio se advierte una mayor muestra de ejercicio estético y oficio técnico competente en la vajilla de servicio, cuencos, escudillas, jarros de beber y grandes cántaros. La manufactura cerámica había logrado arcillas bien cocidas, paredes delgadas y duras, la estabilización de algunas formas, la aplicación de incisión en pastas casi secas y el empleo diestro de colores. La generalización de estos atributos podría ser efecto de una mejora en las técnicas de manufactura cerámica por toda la región.

Conclusiones

Se han descripto atributos del paisaje edificado para examinarlos como conjuntos de recursos de diseño, formales, técnicos y simbólicos que permiten erigir un hábitat construido según las posiciones, capacidades, disposiciones y estrategias sociales de los agentes involucrados en su edificación.

Las primeras instalaciones de labradores y pastores en el sur de los valles Calchaquíes están constituidas por conjuntos de viviendas de planta circular y rectangular, distribuidos más o menos cercanos, pero desagregados, mientras que los sitios contemporáneos singularizados con túmulos se revelan de manera notoria al este de nuestra área de estudio (Valle de Taft, El Mollar). Desde la primera radicación aldeana se inicia la expansión de la población sobre terrenos apropiados para su modo de vida agrario, lo que condujo a que los rasgos de esta domesticación del paisaje se multiplicaran por enormes superficies de un modo iterativo y redundante a todo lo largo del primer milenio EC. A medida que se llenaron los vacíos, se estabilizaron una variedad de modos de ocupación del espacio y se configuraron modalidades de apropiación del paisaje que abarcaban aldeas aglomeradas, sitios con túmulos, caseríos dispersos o semiconglomerados, puestos de caza y pastoreo y las ocupaciones iniciales en sitios que van a tener un desarrollo posterior. Junto con la modalidad de instalación en grandes poblados conglomerados, adoptada extensamente con posterioridad al 1000 EC, se mantienen estancias rurales de carácter disperso.

Durante los siglos VIII y IX EC hubo una alta diversificación en los medios de edificación, agrupamiento y concentración del espacio construido, y se revelan de manera más notable los pocos principios que regulan su ordenación. Se han distinguido lugares donde la edificación colocaba –de manera compacta– los efectivos humanos en un espacio habitacional colectivo y destacado, tales como Morro de las Espinillas, Morro del Fraile y, en el Calchaquí Medio, Molinos I, a los que consideramos sedes de interacción social concentrada. Mientras que la erección de monumentos y renovación de estructuras tumuliformes pudo haber continuado en el valle de Taft y más al sur en La Rinconada, Piedras Blancas (Gastaldi 2017) o Choya 68, o más al norte en La Angostura, donde se han singularizado hitos en el espacio mediante la colocación de marcas visuales y construcciones escenográficas para la conmemoración calendárica y ritual.

Cabe destacar que las dos formas de inversión arquitectónica tuvieron manifestaciones precoces –aunque fueran menos ostensibles–, es decir, los diversos medios estuvieron disponibles en una amplia extensión y no se pueden

segregar fácilmente por sectores y por períodos de manera categórica. En el espacio, se ponen de manifiesto más visiblemente a la escala de análisis aquí abordada, que es la de las construcciones residenciales y anexos. Y en términos del tiempo, no se debería concluir que los asentamientos se puedan encasillar en dos categorías disyuntas, a diferencia de lo que se sostiene en la historia cultural más conocida –que se ha discutido más arriba– la cual atribuye al Período Medio sólo los montículos y plataformas correspondientes al “fenómeno Aguada” y, por ende, de allí se deduzca su más precoz complejidad. Como se recordará, hubo viviendas reunidas –aunque disgregadas– en lugares aislados como Tesoro II o Los Corrales al principio del primer milenio EC, así como montículos y espacios ceremoniales en Tafi o en La Angostura atribuibles también al Período Medio. En cuanto a la complejidad alcanzada, la interpretación sobre el Valle de Ambato dada por Cruz (2006) no difiere mayormente de la que ha sido postulada para los desarrollos contemporáneos en el Valle de Tafi tanto respecto a la presencia de montículos como a la jerarquía de los asentamientos (López Lillo 2017; Salazar et al. 2015).

En suma, la distinción no responde a una división espacial o temporal de grupos humanos sino a la puesta en práctica de distintas rutinas de modificación del hábitat que permiten a las personas incorporar los efectos simbólicos de la inversión arquitectónica tanto por tener la capacidad de disponer y controlar el bien como por detentar la representación de la obra construida. El estudio comparativo de los últimos siglos del primer milenio y los primeros del siguiente tampoco avalan el supuesto de un colapso generalizado de los lugares ceremoniales, de unas hipotéticas jefaturas instituidas y el reemplazo repentino de poblaciones. Pero fue durante los siglos IX a XI que las diversas formas de inversión edilicia y de confección de objetos, al materializarse de manera ostensible y duradera, permitieron producir, en los distintos ámbitos en los que se manifestaban, beneficios simbólicos diferenciados y que la apropiación diferencial de estos recursos por parte de las poblaciones pusiera en juego y activara sus posiciones estructurales recíprocas y contribuyera, de esta manera, a la construcción de identidades y medios de legitimación distintivos.

Agradecimientos. Debo especial reconocimiento a la Dra. Lorena Sanhueza R., al Dr. Andrés Troncoso y al Dr. Roberto Campbell por su generosa invitación a participar del coloquio “Complejidad en sociedades ni tan complejas: casos, procesos y modelos”. Doy las gracias a los evaluadores anónimos que me ayudaron a mejorar el manuscrito y a los editores del presente volumen, Dra. Isabel Cartajena F., Dr. Francisco Garrido E. y Dra. Itaci Correa G. Agradezco a los

miembros del equipo PasCal (Pasado Calchaquí) que me han acompañado y contribuido durante los trabajos de campo y laboratorio. Las investigaciones fueron financiadas con subsidios del CONICET y de la ANPCyT de Argentina.

Bibliografía

- Álvarez Larraín, A. y S. Lanzelotti. 2013. Habitar y cultivar en el este del valle de Yocavil. En *La Espacialidad en Arqueología. Enfoques, métodos y aplicaciones*, editado por I. Gordillo y J. M. Vaquer, pp. 151-190. Editorial Abya-Yala, Quito.
- Angiorama, C. 1996-98. Nuevos aportes a la cronología de Condorhuasi-Alamito. *Palimpsesto* 5:100-105.
- Aschero, C. A. y E. E. Ribotta. 2007. Usos del espacio, tiempo y funebria en el remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y Procesos Sociales en Tafi del Valle*, compilado por P. Arenas, B. Manasse y E. Noli, pp. 79-94. Imprenta de la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Assandri, S. 2007. *Procesos de complejización social y organización espacial en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina*. Tesis de Maestría, Universidad Internacional de Andalucía, Andalucía.
- Assandri, S. y M. Gastaldi. 2018. Cuarenta años de investigaciones: datos espaciales, arqueología y SIG en el Valle de Ambato (Provincia de Catamarca, Argentina). *Mundo de Antes* 12 (2):13-41.
- Baldini, L. 1992. El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Arqueología* 2:53-68.
- Baldini, M., J. Carbonari, G. Cieza, M. E. De Feo, M. F. Del Castillo Bernal, R. Huarte, A. Figini, A. R. González y J. Togo. 2002. Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Dpto. de Capayán, Provincia de Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños* 24:71-82.
- Berberián, E. (dir.) 1989. *Sistemas de Asentamiento Prehispánicos en el Valle de Tafi*. Editorial Comechingonia, Córdoba.
- Bourdieu, P. 1994. Stratégies de reproduction et modes de domination. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 105: 3-12.
- Bourdieu, P. 1997. *Razones Prácticas*. Traducido por T. Kauf. Editorial Anagrama, Barcelona.

- Bourdieu, P., 2000 [1983]. Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En: *Poder, Derecho y Clases Sociales*, editado por P. Bourdieu, pp. 131-164. Desclée de Brouwer, Bilbao.
- Bruch, C., 1911 *Exploraciones Arqueológicas en las Provincias de Tucumán y Catamarca*. Revista del Museo de La Plata, 19. Universidad Nacional de La Plata.
- Cigliano, E. M. (dir.) 1960. *Investigaciones Arqueológicas en el Valle de Santa María*. Publicación 4. Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Cigliano, E. M., R. Raffino y H. Calandra. 1976. La aldea formativa de Las Cuevas. (Provincia de Salta). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 10:73-130.
- Connerton P. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Cornell, P. y N. Johansson. 1993. Desarrollo del asentamiento del sitio STucTav 5 (Pichao), Provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de ¹⁴C y luminiscencia. *Publicaciones* 2:31-43.
- Coll Moritan, V. y J. Nastri. 2015. Organización social y asentamientos Intermedio Tardíos en el Valle de Santa María: problemas y vías de análisis. *Arqueología* 21 Dossier: 67-87.
- Cortés, L. I. 2005. *Contextos funerarios del período Formativo: aportes desde una comparación entre los valles y las yungas*. Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Chilton, E. 1999. One size fits all. Typologies and alternatives for ceramic research. En *Material Meanings. Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, editado por E. Chilton, pp. 44-60. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- Cremonte, M. B. 2003. Producción cerámica de la tradición Tafi. Estudios tecnológicos de la alfarería arqueológica de La Ciénega (Tucumán, Noroeste de Argentina). *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, 13: 57-74.
- Cruz, P. J. 2006. Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de Integración Regional (siglos IV-X d. C.) Nuevos datos acerca de la arqueología de la cuenca del río de Los Puestos (dpto. Ambato-Catamarca, Argentina). *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 35 (2): 121-148.
- Delfino, D. 1999. Prospecciones en los 90': Nuevas evidencias para repensar la arqueología de Laguna Blanca (Dpto. Belén. Catamarca). *Revista de Ciencia y Técnica* 7:55-80.

- DILA. 2018. *Fondo documental Dr. Alberto Rex González*. Laboratorio de Documentación e Investigación en Lingüística y Antropología. Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAICYT). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina. Disponible en <http://www.caicyt-conicet.gov.ar/dila/collections/show/1>.
- Drennan, R. 1988. Household Location and Compact versus Dispersed Settlement in Prehispanic Mesoamerica. En *Household and Community in the Mesoamerican Past*, editado por R. Wilk y W. Ashmore, pp. 273-293. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Duviols, P. 1979. Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace : Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 29(2): 7-31.
- Figueroa, G. 2009. Agricultura y potencial productivo en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (siglos VI a XI d. C.). *Revista del Museo de Antropología*. 2: 39-52.
- Flores, P. y M. B. Velárdez. 2018. Las huellas de las aves en las sociedades pasadas: análisis semiótico de representaciones ornitomorfos (Fenómeno Aguada, NOA). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 23 (2): 59-77.
- Gastaldi, M. 2017. Monumentos, arqueología y perspectiva local. El caso de los montículos basureros del Valle de Ambato (Noroeste de Argentina). *Estudios Atacameños* 55: 57-83.
- Gero, J. M. 1989. Assessing social information in material objects: How well do lithics measure up? En *Time, Energy and Stone Tools*, editado por R. Torrence, pp. 92-105. Cambridge University Press, Cambridge.
- Gombrich, E. H. 2003. *Los Usos de las Imágenes. Estudios sobre la Función Social del Arte y la Comunicación Visual*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Gómez Augier, J. P. y Caria, M. A. 2012. Caracterización arquitectónica y espacial de los complejos habitacionales y productivos del sitio El Divisadero (Cumbres Calchaquies -Tucumán) *Comechingonia*. *Revista de Arqueología* 16: 105-127.
- González, A. R. 1963. Cultural development in NW Argentina. En *Aboriginal Development in Latin America: An Interpretative Review*, editado por B. Meggers y C. Evans, pp. 103-117. Smithsonian Miscellaneous Collection, Washington.
- González, A. R. 1964. La cultura de La Aguada del N. O. Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 2-3:205-253.
- González, A. R. 1977. *Arte Precolombino en Argentina*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.

- González, A. R. 1998. *Arte Precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- González A. R. y G. Cowgill. 1975. Cronología arqueológica del Valle de Hualfin, Provincia de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas Primer Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario), pp. 383-404. Buenos Aires.
- González, A. R. y H. Lagiglia. 1973. Registro nacional de fechados radiocarbónicos: necesidad de su creación. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 7:291-312.
- González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro. 1962. Preliminary report on archaeological research in Tafi del Valle, N.W. Argentina. *Akten des 34 Internationalen Amerikanisten Kongress*, pp. 18-25.
- Gordillo, I. 2004. *Organización socioespacial y religión en la arqueología de Ambato: el sitio ceremonial de La Rinconada*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Greco, C. 2012. *Integración de datos arqueológicos, radiocarbónicos y geofísicos para la construcción de una cronología de Yocavil y alrededores*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Haber, A. 1999. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d. C.* Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Heredia, O. R. 1974. Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. *Revista del Instituto de Antropología* 5:73-132.
- Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-74.
- Krapovickas, P. 1955. *El Yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología 3, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Krapovickas, P. 1968. Arqueología de Alto de Medina, Provincia de Tucumán, Argentina. *Rehue* 1:89.124.
- Laguens, A. y S. Juez. 2001. Especialización en la manufactura cerámica de pucos Aguada. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* I: 489-504.
- Laguens, A. 2004. Arqueología de la diferenciación social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina (S. II - VI d. C.): el actualismo como metodología de análisis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29:137-161.

- Laguens, A. 2006. Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (S. IV-X d.C.). *Chungará. Revista de Antropología Chilena* 38(2):211-222.
- Lanzelotti, S. L. 2012. *Uso del espacio y construcción del paisaje agrícola en la cuenca del río Caspinchango, valle de Yocavil, provincia de Catamarca*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Lanzelotti, S. L. y R. C. Spano. 2014. La multitemporalidad del paisaje en la Mesada del Agua Salada (Catamarca, Argentina) *Arqueología* 21(1): 47-71.
- Lazzari, M. 2006. *Traveling things and the production of social spaces: an archaeological study of circulation and value in NW Argentina*. Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Columbia, Nueva York.
- Lazzari, M. y L. Pereyra Domingorena. 2008. Revisitando Ingenio Arenal-Faldas del Cerro (Catamarca): Relevamiento planimétrico y nuevos sondeos. En *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, compilado por A. Austral y M. Tamagnini, Tomo II, pp. 761-764. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.
- Lazzari, M., J. García Azcárate y M. C. Scattolin. 2015. Imágenes, presencias, memorias. Genealogía y geografía en la piedra durante el primer milenio D. C. En *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*, compilado por A. Korstanje y M. Lazzari, pp. 603-633. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Lazzari, M., L. Pereyra Domingorena, W. D. Stoner, M. C. Scattolin, M. A. Korstanje, y M. D. Glascock. 2017. Compositional data supports decentralized model of production and circulation of artifacts in the pre-Columbian south-central Andes. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 114 (20) E3917-E3926.
- Ledesma, R. 2015. Las estructuras funerarias prehispánicas en Cafayate (Salta). Estudio de territorialidad. *Mundo de Antes* 9: 169-192.
- Ledesma, R. y C. Subelza. 2009. Alcances y limitaciones para caracterizar las ocupaciones formativas en Cafayate (Salta). *Andes. Antropología e Historia* 20: 75-108.
- Llagostera, A. 1995. El componente cultural Aguada en San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 6: 9-34.
- López Lillo, J. 2017. Rethinking Tafi: A political approach to the landscape of a Southern Andes Formative community. En *Archaeology and geomatics: Harvesting the benefits of 10 years of training in the Iberian Peninsula (2005-2015)*, editado por V. Mayoral, C. Párcero y P. Fábregas, pp: 227-247. Sidestone Press, Leiden.
- Lumbreras, L. G. 1981. *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Bartres. Lima.

- Nastri, J. 2008. La figura de las largas cejas de la iconografía santamariana. Chamanismo, sacrificio y cosmovisión calchaquí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (1): 9-34.
- Nielsen, A. E. 1995. Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En *Expanding Archaeology*, editado por J. M. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen, pp. 47-66. University of Utah Press, Salt Lake City.
- Nielsen, A. E. 1996. Demografía y cambio social en Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) 700-1535 d.C. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21:307-354.
- Núñez Atencio, L. 1999. Las formaciones históricas del desierto y de los bosques meridionales. En *Historia de América Andina. Las Sociedades Aborígenes*, editado por L. Lumbreras, pp. 284-330. Universidad Andina S. Bolívar, Ecuador.
- Núñez Regueiro, V. A. 1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190.
- Núñez Regueiro, V. A. 1998. *Arqueología, Historia y Antropología de los Sitios de Alamito*. Ed. INTERDEA, Tucumán.
- Núñez Regueiro, V. A. y M. Tartusi. 2002. La Aguada y el proceso de integración regional. *Estudios Atacameños* 24: 9-19.
- Oliszewski, N. 2011. Ocupaciones Prehispánicas en La Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 años ap). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 14: 155-172.
- Olivera, D. 1991. *Tecnología y Estrategias de adaptación en el Formativo (Agro-alfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca)*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Palamarczuk, V., R. Spano, F. Weber, D. Magnífico, S. López y M. Manasiewicz. 2007. Soria 2. Apuntes sobre un sitio Formativo en el valle de Yocavil (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 8: 121-134.
- Pastor, S. y D. Rivero. 2004. Nuevas evidencias en torno a la ocupación agroalfarera temprana del valle de Yocavil. En *Mosaico. Trabajos en Antropología Social y Arqueología*, editado por M. Carballido, pp. 189-199. Fundación Félix de Azara, Universidad CAECE. Buenos Aires.
- Pelissero, N. y H. Difrieri. 1981. *Quilmes*. Ed. Gobierno de la Provincia de Tucumán, Tucumán.

- Pérez Gollán, J. A. 1991. La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones* 46:157-173.
- Pérez Gollán, J. A. 1994. *Los Sueños de Jaguar. Imágenes de la Puna y la Selva Argentina*. Museo Chileno de Arte precolombino, Santiago de Chile.
- Pérez Gollán, J. A. 2000. El jaguar en llamas (La religión en el antiguo Noroeste argentino). En *Nueva Historia Argentina: I. Los pueblos originarios y la conquista*, dirigido por M. Tarragó, pp. 229-256. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Pérez Gollán, J. A. e I. Gordillo. 1994. Vilca/Uturuncu. Hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur. *Cucuilco* 1 (1): 99-140.
- Pérez Gollán, J. A. y O. Heredia. 1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos* 12:161-178.
- Quesada, M. 2005. Prácticas cotidianas y estructuras de larga duración. La reproducción del paisaje agrícola en Tebenquiche Chico. Comunicación presentada al Taller "Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales". Instituto Interdisciplinario Tilcara, Jujuy.
- Raffino, R. A. 1977. Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro. (Provincia de Salta, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata* 2: 253-299.
- Raffino, R. 2007. *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y Proceso Social Precolombino*. EMECÉ, 3ª Edición, Buenos Aires.
- Salazar, J. 2010. *Reproducción social doméstica y asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d.C. en el valle de Tafí, Provincia de Tucumán*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Salazar, J., V. Franco Salvi y R. Molar. 2015. Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA. En *Reproducción Social en Sociedades Prehispánicas y Coloniales Tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*, editado por J. Salazar, pp. 342-392. CEH-CONICET, Córdoba.
- Salazar, J. y R. Molar. 2017. Estudio comparativo de dos sitios aldeanos del primer milenio d.C. en Tucumán, Argentina. *Comechingonia. Revista de Arqueología* 21 (1): 123-148.
- Salfty, J. A. 2006. Geología regional del Valle Calchaquí, Argentina. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 56: 133-150.

- Scattolin, M. C. 1990. Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija: El sitio Loma Alta (Catamarca, Argentina). *Gaceta Arqueológica Andina* 5(17): 85-100.
- Scattolin, M. C. 2003. Recursos arquitectónicos y estilos cerámicos en los siglos IX y X d. C. en el valle de Santa María (Catamarca, Argentina). En *Local, Regional, Global: Prehistoria, Protohistoria e Historia en los Valles Calchaquíes*, editado por P. Cornell y P. Stenborg, pp: 63-98. Instituto Iberoamericano, Gotemburgo.
- Scattolin, M. C. 2006a. Contornos y confines del período Formativo en el Noroeste argentino. El universo iconográfico pre-calchaquí en el Valle de Santa María. *Estudios Atacameños* 32:119-139.
- Scattolin, M. C. 2006b. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el Noroeste argentino prehispánico. *Chungará. Revista de Antropología Chilena* 38(2):185-196.
- Scattolin, M. C., 2006c. De las comunidades aldeanas a los curacazgos en el Noroeste argentino. En *Procesos y Expresiones de Poder, Identidad y Orden Tempranos en Sudamérica, Primera Parte*, editado por P. Kaulicke y T. D. Dillehay. *Boletín de Arqueología PUCP* 10:357-398. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Scattolin, M. C., 2007a. Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio, pp. 203-219. Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C., 2007b. Un examen del espacio residencial y productivo en el Aconquija. *Shincal* 7:135-149.
- Scattolin, M. C., M. F. Bugliani, L. Pereyra Domingorena, L. Cortés, M. Lazzari M., A.D. Izeta, C. Calo. 2015. Habitar, circular, hacer. El punto de vista de La Quebrada. En *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*, compilado por A. Korstanje y M. Lazzari, pp. 427-464. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.
- Scattolin, M. C. y J. M. Gero. 1999. Consideraciones sobre fechados radiocarbónicos de Yutopían (Catamarca, Argentina). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, III: 352-357. La Plata.
- Tarragó, M. N. 1980. Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos* 1:29-53.

- Tarragó, M. N., 1989. *Contribución al conocimiento arqueológico de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con otros pueblos puneños, en especial el sector norte del Valle Calchaquí*. Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Tarragó, M. N., 1996. El Formativo en el Noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí. Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 23(1/4):103-119.
- Tarragó, M. N., 2018. Symbols, Offerings, and Metallic Goods from the Puna and Quebrada de Humahuaca, Northwestern Argentina. En *Images in Action: The Southern Andean Iconographic Series*, editado por W. H. Isbell, M. I. Uribe, A. Tiballi y E. P. Zegarra, pp: 399-421. *Cotsen Advanced Seminars 6*, Cotsen Institute of Archaeology, Los Angeles.
- Tarragó, M. N., L. González y J. Nastri. 1997. Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14:223-242.
- Tarragó, M. y M. C. Scattolin. 1999. La problemática del Período Formativo en el Valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1: 142-153.
- Tartusi, M. y V. Núñez Regueiro. 1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5:1-49.
- Troncoso, A. y D. Jackson. 2009. Images that travel: Aguada rock art in north-central Chile. *Rock Art Research* 26 (2): 43-60.
- Yacobaccio, H.D., P. S. Escola, F. X. Pereyra, M. Lazzari, M. D. Glascock. 2004. Quest for ancient routes: obsidian research sourcing in north-western Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31 (2): 193-204.
- Zvelebil, M., S. W. Green y M. G. Macklin. 1992. Archaeological Landscapes, Lithic Scatters, and Human Behavior. En *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider. 193-226. Plenum Press, New York.

ARQUEOLOGÍA Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA PAMPA DEL TAMARUGAL: REVISANDO LOS ASENTAMIENTOS DEL PERÍODO FORMATIVO DE TARAPACÁ, NORTE DE CHILE

Mauricio Uribe, Simón Urbina y Estefanía Vidal

A partir de nuestras investigaciones iniciales afirmamos que el Formativo en Tarapacá (Figura 1) se había construido bajo el paradigma del Neolítico europeo, así que nos atrevimos a cuestionar esta perspectiva que suponía la complejidad social y la vida aldeana como resultado directo y exclusivo del apogeo agrícola y el advenimiento de exitosos grupos portadores de civilización y progreso, provenientes del núcleo andino (Muñoz 1989; Rivera 1994). Nuestro objetivo, entonces, fue proveer una caracterización más completa del período y brindar respuestas alternativas sobre el proceso regional, gracias a lo cual generamos una base empírica sólida para tratar en propiedad el debate de la evolución y la complejidad al amparo del concepto de Formativo (Uribe y Adán 2012). Con el acervo empírico y la reflexión alcanzada, llevamos a cabo un estudio total de la Pampa del Tamarugal.

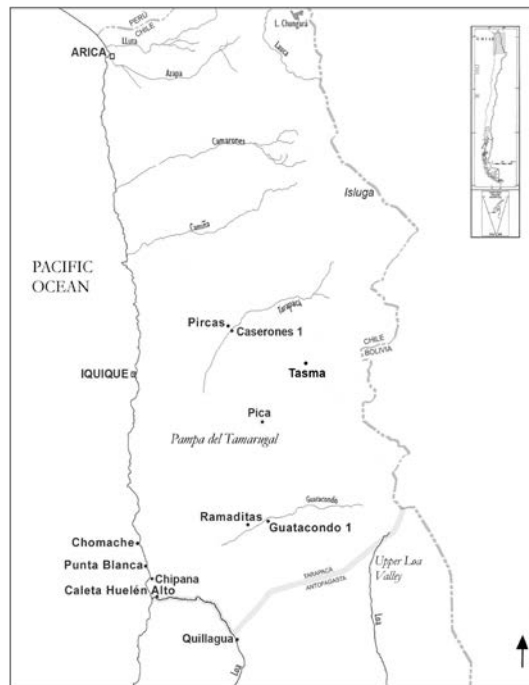


Figura 1. Región cultural de Tarapacá.

Sobre esta base, proponemos una interpretación igualmente materialista del Formativo, pero que intenta penetrar en el cuerpo social; promoviendo una imagen mucho más dinámica y ágil de la sociedad, dirigiendo la mirada a múltiples actores y variedad de situaciones, a sus regularidades y contradicciones con su entorno, a los éxitos e intentos fallidos del colectivo. En consecuencia, ampliamos la base empírica para abordar el período, su evolución y la complejidad, justamente entendiendo que la sociedad es compleja de por sí y por lo mismo no puede reducirse a unos pocos sitios, a una fase y a una concepción única. La diferencia que marca nuestra perspectiva es que al detenernos en la especificidad de Tarapacá y la cobertura completa de la Pampa del Tamarugal, en su diversidad de sitios y materialidades, podemos apreciar una realidad que se distingue de la lectura lineal y progresista del cambio social.

En términos teóricos, estos conceptos nos siguen pareciendo útiles, no por su precisión etimológica, sino porque ya consagrados en la disciplina, contribuyen al debate académico; dentro del cual, nosotros ubicamos la dinámica individuo-sociedad-cultura por delante de la explicación meramente económica. Esto implica el reconocimiento de un posible discurso propio del pasado en el presente que resulta una idea atractiva de evaluar a través de una arqueología de la Pampa del Tamarugal; ya que aquí se concentran elaborados sitios del Formativo, los que sugieren una potente tensión y distinción entre naturaleza y cultura necesaria de entender para explicar la complejidad en sus propios términos.

Confiamos, por lo tanto, en que se puede hacer una lectura y un relato distintos en la medida que develamos este discurso propio confrontando ideas, múltiples registros materiales y experiencias con la cultura material de ese pasado, considerada no sólo como reflejo de nuestra sociedad. Estamos seguros que a través de este enfoque los cambios se pueden comprender no como hechos absolutos, selectos y aislados que responden a una visión de nosotros mismos, económica, exitista y hegemónica sobre un ambiente como el Desierto de Atacama a ser dominado, domesticado y producido (Santoro et al. 2017).

Ajustando un marco teórico sobre complejidad, economía y sociedad

De acuerdo a nuestros antecedentes, el período Formativo ha sido concebido como el momento en que las sociedades arcaicas de tradición cazadora y recolectora incorporaron e implementaron estrategias económicas novedosas que produjeron cambios en el patrón de asentamiento con la aparición de ocupaciones

estables y el notable surgimiento de arquitectura ceremonial y pública, aludiendo a una mayor complejidad y desigualdad tendiente al surgimiento de formaciones sociales económicamente exitosas y no igualitarias. Las hipótesis que se han manejado para explicar la trayectoria cultural de Tarapacá y sus expresiones sociales como ejemplos particulares del desarrollo de los Andes Centro Sur, se enmarcan en los modelos de control vertical y el tráfico de caravanas como mecanismos que promovieron la complejidad social, otorgándole un papel civilizatorio a las tierras altas con marcado énfasis evolucionista (Muñoz 1989; Núñez y Santoro 2011). Sin embargo, este progreso al modo del Neolítico que se vislumbra a partir del discurso dominante sobre el Formativo se vuelve discutible cuando consideramos que bastante evidencia empírica alude a un proceso más intrincado e incluso traumático (Lumbreras 2006). En este contexto, las situaciones descritas y los tipos de organización social ancestrales (p.ej., cazadores-recolectores) resultan especialmente motivantes y propicias para ser evaluadas desde la peculiar materialidad de Tarapacá (Uribe y Adán 2012). Paradójicamente, el problema y el caso que estamos tratando se vinculan con lo que analíticamente la arqueología ha concebido como sociedades complejas. Es decir, en oposición a aquellas sociedades que se consideran simples como los cazadores-recolectores con grupos pequeños, más bien móviles y donde el sistema de parentesco conformaba una organización empleada para resolver la estructura social, económica, política o de otra índole; hasta que esas poblaciones se convirtieron en agricultores y pastores dando predominio a la vida sedentaria y grandes grupos sociales (Adams 2000). Según se desprende de lo anterior, las ideas sobre la evolución sociocultural han tendido a coincidir con las filosofías materialistas (Johnson 2000; Johnson y Earle 2003; McGuire 1983; Stanish 2003).

De acuerdo con este enfoque, entendemos que la evolución se ha desarrollado en aparente lógica y para la inteligibilidad occidental, en el devenir de las contradicciones entre la subsistencia y la economía política. En este marco, dentro de la contradicción entre las economías de subsistencia y política o lo doméstico versus lo comunitario, la familia participaría de la economía política hasta el punto en que los beneficios individuales excedieron el costo social. Solucionar los problemas de la subsistencia requiere de manera creciente la acción del grupo y un liderazgo, lo que constituiría las condiciones que estimularon el control económico y la desigualdad política. En su función de resolver la subsistencia, los líderes gestionaron la economía para el provecho de los clanes integrantes, aumentando los beneficios de la participación en la medida que la población reaccionaba y presionaba sobre los recursos. En definitiva, cada grupo humano fue concebido en un medio de posibilidades, restricciones y con determinadas

tecnologías, racionalidades e instituciones para cubrir las condiciones materiales de su población.

Para algunos fue adecuado enarbolar el concepto de economía política para esta institucionalidad (Blanton et al. 1996; Earle 1991), la que al solucionar los problemas de la economía de subsistencia (Sahlins con la “opulencia primitiva” o Hardin con la “tragedia de los comunes”), creaba nuevas formas de complejidad y sociedad que tomaban vida por sí mismas.

Como ejemplo de este proceso, Hardin (1968) planteó que cuando la tierra u otros recursos se poseían en común terminaban por producirse graves daños porque los individuos no consideraban que proteger dichos bienes fuera en su provecho propio, desatando el desastre económico a causa de la sobreexplotación que degradaba los recursos compartidos. La resolución de la economía de subsistencia desembocará en una oposición al bienestar de las familias, introduciendo las ideas de orden, dominación y explotación como los productos de una evolución social sin un carácter necesariamente progresista. Por lo tanto, se producía la “tragedia social” debido a que era factible el surgimiento de la propiedad privada con sus consecuencias de inequidad; aunque bajo esta situación, los individuos la considerarán el producto ideológico del interés por conservar sus recursos.

Desde esta perspectiva, hablamos de evolución y complejidad no sólo porque se asume mecánicamente la producción de alimentos, la vida sedentaria y los valores de la civilización, ya que toda esta selección tiene que ver con la construcción ideológica que desarrolla cada sociedad en particular (p.ej., la occidental). En realidad, este proceso también incluye las constantes contradicciones entre individuo y comunidad, tradición e innovación, lo singular y lo plural, lo último siempre representado por un pequeño y exclusivo segmento de la sociedad. Nuestra reflexión, por tanto, rescata y se orienta a enfrentar empíricamente esta complejidad a través del estudio de las contradicciones entre espacio doméstico y público, al amparo de los marcos establecidos por el enfoque sustantivo de la subsistencia y la economía política, al menos (Polanyi 1957, 1976).

Sin embargo, al revés del enunciado organicista tradicional, nuestra opción ha sido responder desde la antropología y una arqueología no solamente social, sino de la vida social (Lumbreras 1994; Meskell 1999; Meskell y Preucel 2007). Ello ha implicado la exploración de las múltiples posibilidades del diario vivir y de la gente real, incluyendo todos los aspectos, prácticas y experiencias que enriquecen el entendimiento de la sociedad, los individuos y sus relaciones más allá de las materias tradicionalmente estudiadas por la arqueología y nuestras preconcepciones económicas sobre los grupos del pasado (De Certeau 2007).

Según lo anterior, al enfatizar el rol de la cultura, la antropología permitió dar una solución nueva, poderosa y decisiva al dilema de la lucha por la subsistencia (Hardin 1968; Sahlins 1977), proporcionándole su carácter eminentemente social a esta evolución.

Se trata, más claramente, de abordar un proceso en que los individuos han seleccionado la información del mundo que pudieron atender y fueron posibles de interpretar en función de insertarla en un universo de sentido, de carácter comunitario pero constituido por fuerzas opuestas y diversas como la individualidad misma, delimitando espacio y propiedad. Donde procesos como el cambio económico generado por la agricultura y la vida aldeana no constituyen variables en relación de causa y efecto de un fenómeno natural, sino la naturalización de una praxis social que adquirió calidad histórica de momento-monumento (Le Goff 1991).

Las sociedades que analizamos vivenciaron fuertes tensiones en su seno, las que conllevaron a la negociación y disputa de los medios tanto económicos como simbólicos que representaban ese tiempo y espacio (p.ej., técnicas agrícolas, asentamientos aldeanos, monumentos funerarios, implementos cerámicos, diseños textiles, etc.), optando por alguna clase de acuerdo social a favor del colectivo por sobre los individuos. Justamente, a partir de esta constatación, para Hernando (2002:206) “(...) nuestra idea de quiénes somos y dónde estamos depende del control material que tengamos sobre nuestras condiciones de vida y se construye a través de la selección de determinados fenómenos de la realidad mediante su inclusión en un sistema de orden determinado por los parámetros tiempo y espacio”.

Obviamente, estas variables abren la posibilidad a un análisis arqueológico distinto, ya que la estructuración de la sociedad sólo puede entenderse a través del modo que los individuos representan su realidad, es decir, cómo la materializan y simbolizan en su habitar. Los seres humanos vivimos en un mundo tan complejo, dinámico y con tantas facetas que a partir de determinado momento de la evolución logramos utilizar símbolos para diseñar universos a la medida de nuestras posibilidades de actuación y control, donde nosotros de una u otra manera constituimos la referencia y el agente del relato (Bourdieu 1977). El mundo social y la cultura, entonces, no son sólo construcciones discursivas y dicotómicas, sino que constituyen el resultado de la interacción simultánea de lo material e inmaterial (Tilley 1994; Hodder 1998).

Evitar el dualismo para entender mejor a la sociedad y la cultura ha tenido algunos precedentes en arqueología (Ingold 2000), tratando de llamar la atención sobre las implicancias de la cultura material “proponiendo una nueva lectura del

pasado (y del presente)” (Hernando y González Ruibal 2011:12), en tanto los sujetos se relacionan con los objetos a través de procesos no dicotómicos. De este modo, se desprende que la modalidad adoptada por cada una de las variables de cambio es coherente con la que adoptan las demás y esa coherencia es la que percibimos como una expresión cultural. En este marco, el cambio cultural no se puede entender sin considerarlo como el resultado de una transformación simultánea de los diversos tipos de relación que las personas y los grupos sostienen con el mundo natural y la cultura material. A diferencia de lo que ha hecho tradicionalmente la arqueología, reduciendo la sociedad a una economía o modo de producción; para entender una cultura desde lo material se hace necesario incluir una consideración sobre las personas que vivieron ese modo económico, cuando los instintos ya no son suficientes, de lo social frente a lo material.

Ciertos antecedentes ambientales claves

Uno de los rasgos ambientales que más destaca de los asentamientos del período Formativo de Tarapacá es su ubicación, pues todos ellos se concentran en la Pampa del Tamarugal (1.100-1.300 msnm aprox.) y, en ciertos casos, asociados a extensos campos de cultivo y espacios de recolección (Adán et al. 2013; Meighan y True 1980; Núñez 1979; Rivera 2005; Urbina et al. 2012a). Todo esto en una zona donde las precipitaciones en la actualidad son prácticamente nulas y las quebradas que desembocan en la pampa no mantienen cursos permanentes de agua. Lo anterior sugiere que las condiciones ambientales durante aquel período fueron distintas a las actuales (Maldonado y Uribe 2015).

Al respecto, hemos ampliado nuestro conocimiento del entorno ambiental pasado. Los registros de polen en paleomadrigueras de la pre puna de Tarapacá, sugieren variaciones altitudinales de los pisos de vegetación asociados a cambios en las precipitaciones del altiplano. Esto habría implicado oscilaciones en la cobertura vegetal, en la dinámica (frecuencia y/o intensidad) de los flujos aluviales y en la recarga de los acuíferos de la pampa, así como en la expansión o retracción del desierto absoluto. Para comienzos del Holoceno, en torno a los 10.000 años a.p., estos indicadores sugieren una vegetación mixta con elementos de los pisos puneños y la estepa alto andina, asociados a condiciones posiblemente más húmedas que las actuales. Es decir, mayores montos de precipitaciones en las zonas altas y un respectivo descenso de los pisos vegetacionales. Contrariamente, entre los 6.000-3.300 años a.p. se observa la mayor proporción de elementos del piso pre puneño que sugiere la extensión

de este piso a alturas mayores, vinculado con una disminución de las precipitaciones altiplánicas.

En tanto que durante el Holoceno tardío, entre los 2.400 y 720 años a.p., la mayor presencia de polen de *Poaceae* indica una nueva expansión de la estepa alto andina a alturas inferiores, sugiriendo un aumento de las precipitaciones posiblemente con dos máximos en torno a los 2.000 y 1.100 años a.p. Los últimos 720 años, en cambio, se caracterizan por el aumento de polen de *Chenopodiaceae*, lo cual apunta otra vez al ascenso del piso pre puneño por una disminución de las precipitaciones, lo cual resulta evidente a partir de los 500 años a.p. No obstante, un aumento de polen de *Fabaceae* entre los 1.000 y 500 años a.p. en algunos depósitos podría estar asociado a una fase transicional entre condiciones más húmedas con presencia de elementos de la estepa alto andina y otra fase más árida con mayor presencia de elementos del piso pre puneño.

Estas reconstrucciones son coherentes y coinciden con los resultados obtenidos a partir de macro restos vegetales en depósitos aluviales de la misma Pampa del Tamarugal. A partir de estos análisis se propone una fase de mayor actividad aluvial entre los 1.010-710 a.p. en las quebradas al sur de la Pampa del Tamarugal, así como fases con mayor disponibilidad de agua superficial hacia los 2.500-2.040, 1.615-1.350 y 1.050-680 años a.p. (Gayó et al. 2012), coincidente con gran parte del período Formativo.

Los asentamientos aldeanos y su materialidad social

El análisis morfológico y funcional de la arquitectura de los asentamientos habitacionales de la Pampa del Tamarugal ofrece información valiosa para pensar la historia de las poblaciones formativas de Tarapacá en el norte de Chile (Urbina et al. 2015). Durante el Formativo Temprano, la arquitectura residencial en esta zona manifiesta y fija un sentido espacial a la diferenciación entre lo familiar y comunitario; lo que transita hacia ordenamientos más jerárquicos e institucionalizados como lo demuestra la incorporación de arquitectura pública en sitios aglutinados (Adán et al. 2013). La intención de agregación o nucleamiento habitacional se desarrollaría en medio de una serie de transformaciones graduales y radicales de larga duración, seguramente en la estructura de parentesco familiar; impactando en el diseño arquitectónico de viviendas, espacios colectivos y las características de los asentamientos en general (Flannery 2002; McGuire y Schiffer 1983).

En particular, se plantea que un primer tipo de unidad social utilizó módulos residenciales de planta circular u oval en piedra o barro, ya sea aislados, dispersos y o aglomerados en torno a patios de tamaño y complejidad variables. En el caso de los asentamientos en piedra o pirca seca, están representados por centenares de viviendas aisladas y otras aglomeradas sugerentes de agrupamientos de familias nucleares establecidas transitoria o estacionalmente, dispuestas sobre grandes extensiones de terreno. Este es el tipo de sitio mejor representado y de mayor extensión en la muestra a nivel regional, tanto en la pampa como en la costa y precordillera (p.ej., Pircas, Caleta Huelén Alto, Tasma y Quebrada Ancha).

En efecto, el caso de Pircas (Figura 2) en plena pampa apunta a procesos tempranos de conformación de familias extensas o clanes, pluri parentales y linajes que habrían modificado el diseño de sus viviendas. Éstas se ampliaron y subdividieron, se seleccionaron materiales más durables y macizos (p.ej., grandes bloques fundacionales), invirtiendo mayor trabajo en su construcción y mantenimiento. Además, en el caso de los conglomerados, éstos articulan distintas estructuras menores (p.ej., dormitorios, cocinas, bodegas u otras) en torno a un espacio común, ya sea un patio multifuncional, pequeñas plazas delimitadas por muros o alineamientos de piedras, con monolitos perimetrales y centrales (Núñez 1984; Urbina et al. 2012a). El sector nuclear de Pircas o Pircas 1 es el mejor ejemplo de asentamiento mixto, donde dentro de un campamento disperso y extendido por cerca de 90 hectáreas con múltiples parapetos, refugios o estructuras domésticas adosadas a pequeños patios, también se desplegó una serie de conjuntos residenciales mayores próximos y visibles entre sí, al modo de un gran campamento o una aldea segmentada.

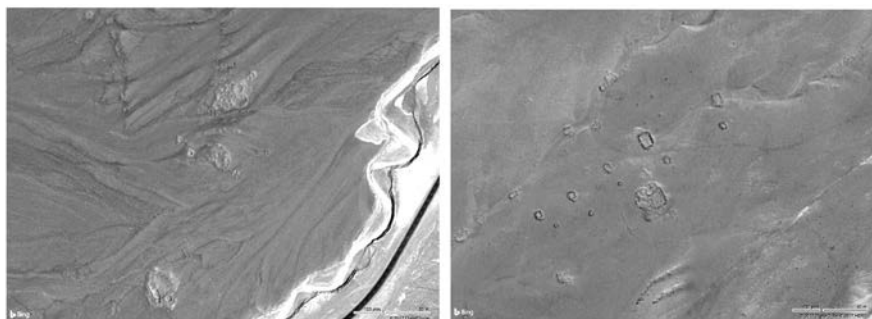


Figura 2. Conglomerados residenciales de Ramaditas (izq.) y Pircas (der.).

A nivel de su organización interna y escala, en cierta medida, el sector central de Pircas es análogo y contemporáneo a la estructuración en conglomerados de Ramaditas (Rivera 2005). A mediados del primer milenio de la Era, entonces, Pircas y Ramaditas comparten el emplazamiento sobre terrenos planos junto a quebradas, al igual que la construcción de estructuras circulares y semi subterráneas, edificadas previo rebaje del terreno para la instalación de los pilares fundacionales. A diferencia de Pircas, sin embargo, en Ramaditas destaca el uso diestro de adobones de barro preparados en estado plástico y sistemas de postación interna para la disposición de techumbres o ramadas parciales o cónicas de gran superficie y altura (Figura 2).

En cualquier caso, los conglomerados de Ramaditas alcanzan dimensiones similares a los del sector central de Pircas, por lo que es posible afirmar que en aquella localidad también se desarrollaron clanes y linajes que permanecieron por generaciones frecuentando el lugar y construyendo “grandes casas”, cada una con sus espacios comunes y/o ceremoniales propios a modo de patios o plazas. Las casas de Ramaditas están rodeadas de otras viviendas menores de barro y también de piedra, las cuales parecen constituir habitaciones domésticos comunes de estos grupos. De esta manera, estimamos que Ramaditas al igual que Pircas representan un patrón de asentamiento mixto o intermedio entre un campamento y una aldea. Es muy probable que a juzgar por los testigos arquitectónicos superficiales, el sitio Pabellón de Pica en la costa también asumió este patrón, aunque en momentos más tardíos (Urbina et al. 2012b; Uribe 2009).

El patrón circular de edificación en barro alcanza un segundo nivel de complejidad en el poblado o aldea de Guatacondo 1 (Figura 3), donde los conglomerados conforman dos grandes barrios o mitades en torno a una gran plaza central de planta ovalada y 1.838 m² de superficie. Esta plaza supera significativamente la capacidad de los patios o plazas ubicadas dentro de los conglomerados residenciales de Pircas y Ramaditas. Por lo tanto, se plantea que mientras la mayor parte de los sitios corresponden a asentamientos dispersos con viviendas aisladas y sencillas, el sector nuclear de Pircas, los principales conglomerados de Ramaditas y finalmente la aldea de Guatacondo, representan linajes agrupados en barrios, aunque no necesariamente ocupados de manera permanente. Con probabilidad, las familias que compusieron estos linajes o conglomerados familiares provenían de distintas localidades donde habitaban de modo austero en viviendas circulares de piedra, en pequeños conglomerados o refugios aislados dentro de extensos campamentos durante el curso regular del año.

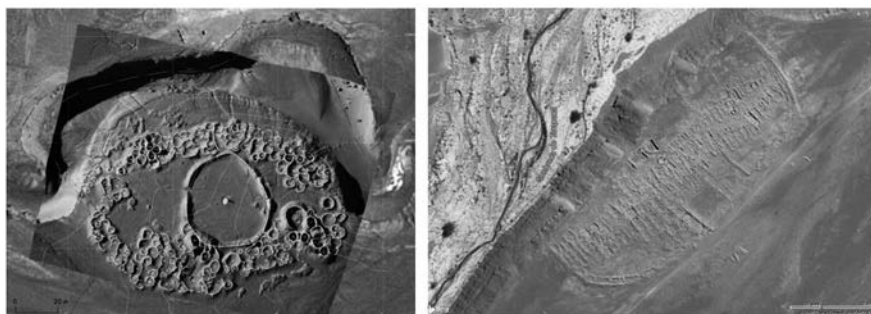


Figura 3. Aldeas de Guatacondo (izq.) y Caserones (der.).

Un patrón constructivo similar de asentamientos dispersos en piedra se reconoce en las quebradas precordilleranas (p.e., Tasma y Quebrada Ancha), así como en la desembocadura del río Loa (Caleta Huelén Alto). Otros son más aglutinados y aparecen en la costa al norte del Loa (p.e., Pisagua N y Chomache), correspondientes a pequeñas caletas junto al litoral rocoso compuestas por unidades rectangulares contiguas o módulos ortogonales con subdivisiones internas (Urbina et al. 2011:93, 2012b; Uribe 2009).

En el caso de Guatacondo, además, se registra una ampliación estratégica de los sistemas de almacenaje o bodegas a través de pozos cavados o escondrijos en los muros, aumentando la capacidad de almacenamiento y autonomía alimentaria, especialmente para eventos ceremoniales y congregacionales. Esto incidiría en la mayor escala del espacio público y una disposición aglutinada de las viviendas de modo inédito, en torno a un lugar central y común. La singularidad de los grandes conglomerados y barrios de planta circular dentro de esta historia formativa regional respondería a la consolidación tanto empírica como simbólica de algunos de esos linajes antes dispersos durante gran parte del año. Esto fue escenificado por una práctica congregacional de gran escala para la demostración de su capacidad, donde las tareas cotidianas se vincularon con ritos propiciatorios y labores comunitarias en el espacio público de la plaza. En este sentido, la estructura arquitectónica de la aldea de Guatacondo posee fines económicos y festivos asociados con una calendarización de la movilidad en el ámbito regional y los ritmos impuestos por la explotación de recursos de recolección como los bosques de *Prosopis*, otros productos y materias primas, el sistema productivo agrícola, la captación de agua estival y tránsito hacia la costa (Adán et al. 2013; Pellegrino et al. 2016).

Un tercer tipo de unidad social se identifica con posterioridad, el que utiliza estructuras a base de grandes recintos modulares esencialmente de planta rectangular u ortogonal irregular, de piedra o anhidrita y barro. Estos recintos presen-

tan subdivisiones internas o adiciones de otros recintos o estructuras similares, maximizando la superficie habitable y el uso de materiales constructivos.

Ahora bien, los sitios tanto dispersos como aglutinados de este tipo registran algunos elementos de diseño compartidos con el patrón de estructuras circulares de la tradición temprana en piedra (Adán y Urbina 2007), tales como el uso de pilares o monolitos fundacionales, pisos semi subterráneos, entierros fundacionales y una leve curvatura de las esquinas de las estructuras.

En los oasis y valles interiores, el patrón rectangular se manifiesta a una escala radicalmente mayor en la aldea de Caserones en la quebrada de Tarapacá (Figura 3) y, aunque algo menor, en la aldea La Capilla de Quillagua en el Loa Inferior. Se emplazan en terrenos planos (Caserones) o en suaves laderas aterrazadas artificialmente (La Capilla), ambos sobre terrazas fluviales que permiten dominar visualmente los cursos permanentes o estacionales de agua, ampliar campos de cultivo y tener acceso a los bosques de algarrobo cercanos. Caserones contiene al menos siete barrios extensos conformados por conglomerados de trazado ortogonal, de carácter irregular a cuadrangular (Pellegrino 2011; Urbina et al. 2012a). Éstos se disponen en el sentido noreste-suroeste de la quebrada, están circunscritos por un extenso muro perimetral doble que rodea el poblado limitando su crecimiento a una superficie de 3,8 hectáreas; el cual a su vez encierra dos grandes plazas pareadas en el sector sur, cada una de 1.480 y 1.452 m². En el extremo norte está contenido otro conjunto doble de recintos de gran volumen (254 y 229 m²), aunque seis veces más pequeños que las plazas anteriores. Estos asemejan grandes casas parcialmente techadas, al interior del cierre perimetral y frente a la quebrada. La superficie de Caserones, por lo tanto, cuadruplica aquella del poblado de Guatacondo.

Complementariamente, en la costa lugares como Chomache y luego Pisagua N reproducen asentamientos de conglomerados o módulos aglutinados a nivel de campamento-aldea, compuesto por viviendas de grupos nucleares o segmentos de linajes que cohabitan o comparten un mismo sistema de orientación económica específica (Urbina et al. 2011:93, 2012b; Uribe 2009). Por ejemplo, recolección de recursos marinos inmediatos como moluscos, peces de orilla, algas y guano; de manera complementaria con el uso del farellón marino para captar otras plantas y neblinas, además de participar de la interacción litoral e interior y llevar a cabo navegación mar adentro para pescar.

En suma, existiría un conjunto de asentamientos que utilizaba viviendas rectangulares, la mayor parte correspondiente a campamentos localizados entre la costa y las quebradas altas; los cuales implementaron viviendas sencillas aisladas y pequeños conjuntos de estructuras pareadas, a la par de algunas caletas

en el litoral, a veces de una escala aldeana (p.e., Chomache). Todo ello junto con un número muy acotado de poblados en la pampa, de mayor envergadura y complejidad como Caserones y quizás La Capilla. A partir de esto último, nos parece que ciertas unidades familiares comenzaron a fortalecer sus lazos hereditarios pluri parentales, implementando puntos de congregación en aldeas utilizadas con fines ceremoniales y políticos dentro del ciclo anual. Esto es evidente mediante la construcción de las unidades modulares que constituyen sectores o barrios de residencia con gran capacidad de albergue para posibles parientes consanguíneos y/o políticos. Allí se amplió la escala de las viviendas, la capacidad de los patios y depósitos, compartimentando el asentamiento y maximizando la superficie interna edificada. En Caserones, además, se ejecutaron obras comunales de cierre con un muro perimetral, edificios públicos y de acceso restringido, con funciones ceremoniales y redistributivas específicas (p.e., silos comunitarios).

Entonces, los linajes cuyas familias permanecían dispersas durante el año habitando sencillas viviendas en campamentos y caletas, parecen intensificar e institucionalizar sus lazos de parentesco mediante festividades comunitarias y calendarizadas en función de la regulación social que involucraba el uso multi comunitario de la Pampa del Tamarugal (Adán et al. 2013). Allí, entonces, se ejecutaron grandes obras comunales planeadas en espacios ceremoniales abiertos y cerrados a modo de grandes casas o templos (Urbina et al. 2012a; Vidal 2012), donde se escenificaba y exponía su propia orgánica. Vale decir, la posición y preeminencia de cada linaje o clan en tanto su procedencia y lugar en el espacio respecto a la comunidad y los recursos de la pampa. Estos recursos de recolección (marítima y terrestre), agrícolas y agua, sin duda fundamentales para el ciclo económico del período, se normaron mediante reuniones y ceremonias estacionales, cuya práctica al parecer persistió con sustanciales transformaciones respecto al primer milenio antes de la Era. No obstante, las grandes aldeas como Caserones constituyeron más la excepción que la regla del asentamiento formativo; con un carácter especial y destinado al encuentro estacional sólo de una parte del dinámico mundo que giraba en su entorno.

Los asentamientos afuera de las aldeas

La arqueología del Formativo de Tarapacá, según lo visto, ha estado dominada por el estudio de los asentamientos aldeanos (Muñoz et al. 2016), lo que ha sesgado la comprensión de las sociedades de la época y su complejidad, asumiendo que toda la población su comportó de la misma manera y asumieron homogé-

neamente el modo de vida aldeano pampino. Con el fin de superar este sesgo, hemos llevado a cabo una prospección completa de la Pampa del Tamarugal.

Las prospecciones se centraron en las principales cuencas de la Depresión Intermedia, intentando cubrir la serie de quebradas comprendidas entre los 800 y 1.300 msnm aproximadamente. Se diseñaron 17 polígonos o cuadrángulos de forma rectangular, de 8 km largo y 3,5 km de ancho, dispuestos sobre distintas zonas donde se realizó el recorrido pedestre de una serie de transectas cada 50 m, asegurando una visibilidad total. Estos polígonos se ubicaron en las cuencas de Tana-Tiliviche, Soga, Aroma, Iluga, Quipisca, La Tirana Norte, Pica Sur, Salar de Pintados, Chipana, Maní, Los Pintados, Piscala, Cerrillos, Llamara, Sama-Tambillo y Quillagua, abarcando una superficie de 28.400 m² cada uno y una superficie total de 482.800 m² (48.280 ha), equivalentes al 5% de la pampa.

En los 17 cuadrángulos proyectados se logró identificar un total de 3.869 nuevos registros arqueológicos, de los cuales 604 corresponden a sitios Formativos (15,4%), principalmente en base a su adscripción cerámica. En cuanto a su tipología, los hallazgos incluyen contextos domésticos, pero también estructuras agrícolas, ceremoniales y viales (Figuras 4, 5 y 6), de distintas cualidades y escalas, siendo los más prolíficos aquellos de Pampa Iluga en la desembocadura de Tarapacá, Guatacondo y Quillagua (ver también Agüero et al. 2005). A su vez, se observa gran cantidad de hallazgos y objetos vinculados a la explotación del bosque y la madera o de recursos líticos (p.e., Salar de Pintados), evidenciando mayor o igual fuerza que la agricultura en la economía de este período. Además, la totalidad coincide en que: a) todos los registros se encuentran en terrenos relativamente planos y en constante asociación con los recursos hídricos de la región; b) todos presentan algún componente Formativo y Arcaico lo que implica que el territorio completo formaba parte activa de modos de vida ancestrales; y c) todos poseen elementos viales que dan cuenta de una alta movilidad y diversos circuitos de circulación en múltiples direcciones del espacio regional.



Figura 4. Sitios y estructuras agrícolas: (izq.) Campos de cultivo tipo melgas; (centro) Canales de regadío; (der.) Campos de cultivo tipo canchones.

De esta forma, se da cuenta de una gran diversidad de sitios arqueológicos, dentro de los cuales los poblados de Pircas, Caserones, Ramaditas, Guatacondo y La Capilla resultan más bien únicos y notables dentro del Formativo. Frente a ello, en términos habitacionales destacamos la masividad que adquirió la ocupación de la pampa a través de múltiples arquitecturas, en su mayoría de pequeña escala, simples en su construcción y más dispersa que nucleada (Figura 7). En estos asentamientos el número de estructuras oscila entre uno y ocho unidades, notándose una considerable variabilidad de sus características morfo funcionales, organización arquitectónica y densidad o dispersión a nivel intra sitio. En general, los sitios se presentan como estructuras aisladas o pequeños conglomerados, donde a una estructura mayor se le adosan otras menores. Los materiales de construcción refieren principalmente a piedra y/o barro, los que se utilizan de manera diferencial, algunas veces mezclando ambos materiales y agregando un sistema de postación a base de troncos o cañas. El patrón circular o sub circular tiene gran recurrencia, lo que refiere a una práctica expeditiva y funcional a los modos de estadía y alta circulación por la pampa, privilegiando el refugio provisorio pero eficiente que se masificará por todo el territorio.



Figura 5. Sitios funerarios y ceremoniales: (izq.) Tumba aislada con acumulación de piedras; (centro) Túmulo con enterratorios; (der.) Cementerios en fosas.

Efectivamente, existe una mayor frecuencia y preferencia por recintos con superficies menores a 10 m². Por lo tanto, la existencia de estructuras pequeñas, aisladas y expeditivas denota un tipo de unidad doméstica acotada, seguramente familias nucleares que habitaban en parapetos o pequeños conglomerados en torno a patios comunes. Las categorías señaladas indican una clara relación con distintos sectores productivos de la pampa, lo cual sugiere una especialización en su explotación y en cómo se están abordando las distintas actividades económicas, desde el aprovisionamiento de materias primas y sus circuitos de movilidad, hasta el manejo agrícola y forestal.



Figura 6. Sitios y estructuras viales: (izq.) Sendero peatonal; (centro) Huella tropera; (der.) Geoglifo.

Este patrón de asentamiento se ha reconocido desde finales del período Arcaico en la costa y aparece fortalecido durante el período Formativo en el interior (Urbina et al. 2012a, 2012b; Uribe 2009), lo que se combina progresivamente con conglomerados de mediana envergadura y recintos rectangulares en momentos tardíos del período. Confirmando lo anterior, a la fecha hemos realizado 34 dataciones nuevas de radiocarbono para estos sitios. La mayor parte de los fechados se ubica dentro del rango esperado para el período Formativo de Tarapacá, entre los años 970 a.C. y 524 d.C. Cuatro muestras refieren a fechas particularmente antiguas (12.969-6.822 a.C.), destacando la datación del sitio PT0447 con fechas de 12.969 y 9.441 años a.C. Por otro lado, se presentan varias dataciones dentro del rango temporal del Intermedio Tardío (987-1.460 d.C.). Cinco corresponden a fechas muy tardías pertenecientes a momentos coloniales, republicanos y modernos, desde 1.658 hasta 1.944 d.C. Por lo tanto, se confirma un poblamiento temprano del territorio, una intensificación de la ocupación de la Pampa del Tamarugal en el Formativo y una acotada actividad durante el Intermedio Tardío que se mantiene vigente hasta tiempos recientes.

Las evidencias arqueofaunísticas documentadas sugieren que las especies terrestres fueron centrales en las prácticas de movilidad, circulación e intercambio durante el período, especialmente los camélidos silvestres y domesticados (vicuña, llama y alpaca), en cuanto principal medio de transporte, carga y fibra. Las especies marinas resultan igualmente frecuentes en el registro, constituyendo recursos relevantes de consumo alimenticio y bienes de intercambio entre las poblaciones del interior y litorales. Por lo tanto, este conjunto zooarqueológico exhibe similitudes comunes: eventos únicos y baja frecuencia de restos, altamente expuestos a condiciones superficiales; representación taxonómica de la costa y del interior, correspondientes a camélidos, peces y mariscos, especialmente llama, jurel y chitón; abundancia de guano y fibras de camélido y herbívoros; acceso al intermareal rocoso que incluye pescados y moluscos diversos, con baja

frecuencia de unidades post craneales en el caso de los restos ictiológicos; escasa modificación tecnológica de los restos óseos y presencia eventual de fauna menor como roedores y aves. En este sentido, los recursos terrestres y marinos resultan ser complementarios y aparecen juntos prácticamente en todos estos asentamientos.

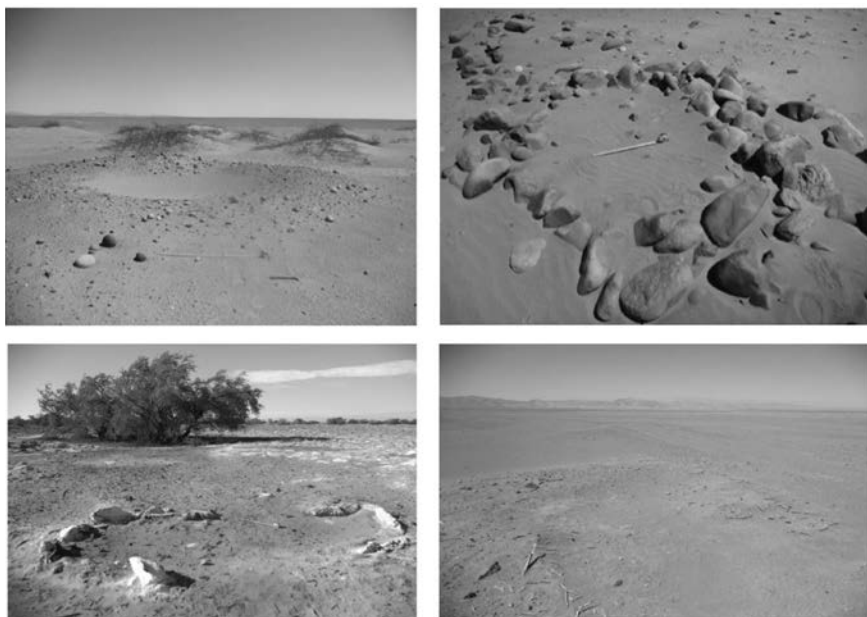


Figura 7. Asentamientos no aldeanos: (sup. izq) Recintos en depresiones o pozos; (sup. der.) Recinto circular de piedra; (abajo izq.) Recinto oval de anhidrita o caliche; (abajo der.) Recinto cuadrangular con cañas.

A esto se suma un registro arqueobotánico igualmente significativo. La presencia de carporrestos es considerable en casi la totalidad de los sitios, por lo que las poblaciones locales demuestran un conocimiento acabado y manejo amplio de los recursos vegetales; quienes alrededor del segundo siglo antes de la Era masificarían el empleo de especies domésticas, desplegando una extensa tecnología agrícola de campos y canales (García et al. 2014). Pero los cuales no sólo aparecen consumidos como alimentos ni tuvieron un efecto radical en la dieta, sino que fueron empleados en todos sus estados y condiciones como materia prima y alimento, abarcando especies de la pampa y también de mar a cordillera. Hay una alta presencia de taxa pertenecientes a familias con valor económico y cultural como *Poaceae*, *Fabaceae*, *Cyperaceae*, *Cactaceae* y *Chenopodiaceae* da

cuenta del manejo humano sobre los recursos silvestres desde momentos tempranos del Formativo. Las taxa que alcanzan mayor representatividad dentro de estas familias corresponden a *Prosopis* sp., los géneros *Scirpus*, *Opuntia*, *Echinopsis* y *Eulychnia*, así como *Chenopodium* que bien podría incluir variedades silvestres, semi domésticas o domésticas. También destacan entre los recursos silvestres *Cistanthe* sp., *Cryptantha* sp., *Geoffroea decorticans*, *Malesherbia* sp., *Exodeconus integrifolius*, *Schinus molle* y *Tarasa operculata*.

Asimismo, los sitios de la pampa poseen un considerable registro de plantas cultivadas demostrado por la presencia de *Amarantho* sp., *Cucurbitaceae*, *Chenopodium* sp., *Gossypium* sp., *Phaseolus* spp., *Phaseolus vulgaris*, *Phaseolus lunatus*, y *Zea mays*. Además, en ciertos lugares se han recuperado especies foráneas, domésticas y silvestres, correspondientes a *Arachis hipogaeae*, *Anadenanthera colubrina* y *Mucuna elliptica*. La presencia de los cultivos se vuelve indiscutible desde pleno Formativo, aunque sin menosprecio de las plantas silvestres que continuaron siendo de gran valor, especialmente el algarrobo (*Prosopis*). Todo lo anterior demostraría un patrón socioeconómico común vinculado con las actividades de explotación e intensa circulación entre pampa y costa como territorio central.

Esto estaría basado en los asentamientos menores y móviles, representativos de unidades familiares nucleares o clanes; ampliamente dispersos con ocupaciones efímeras y acotadas, insertos en una dinámica del movimiento en tanto elemento fundamental para articular este territorio que, en lo cultural, constituiría una unidad. De este modo, los productos reunidos en forma de materias primas, comida, bebida, medicina y alucinógenos debieron orientarse a nutrir la cohesión social, así como a mantener a la unidad doméstica durante el ciclo anual, al amparo de imaginarios que aluden simbólicamente a la unión de los espacios pampinos y del litoral. Por ejemplo, la revisión de la iconografía y técnicas de los geoglifos de la región dan cuenta de la representación e integración de íconos propios de distintas zonas ecológicas y culturales (Gallardo y Cabello 2015); otorgándole una identidad particular a los sujetos involucrados en el movimiento de estos recursos, bienes e ideas, a la vez que reduce sus diferencias de origen territorial. De esta forma, los geoglifos y las intervenciones mismas del habitar formativo transformarían la pampa de un espacio vacío, amplio y sin interrupciones, en un espacio culturizado y compartido; permitiendo el tránsito social de manera eficaz por la red de senderos y caminos existente entre los núcleos residenciales y los grandes referentes aldeanos en Tarapacá, Guatacondo y Quillagua.

Complejidad y temporalidad del formativo tarapaqueño

En cuanto a los sitios aldeanos de las quebradas de Tarapacá y Guatacondo, contamos con un total de 20 fechados propios que abarcan un amplio rango entre los años 390 a.C. y 1.020 d.C. La potente ocupación del Formativo en la Pampa del Tamarugal se traduce en una clarísima representación del mismo en 19 de las muestras datadas, a lo que agrega una expresión terminal de dicha ocupación en Caserones en los albores del período Intermedio Tardío (Uribe y Vidal 2012; Urbina et al. 2012a).

Las fechas iniciales se concentran en la quebrada de Guatacondo, donde Ramaditas destaca como el patrón arquitectónico aldeano de conglomerados más temprano con fechados entre los años 390 a.C. y 80 d.C. Según lo descrito, se caracteriza por concentraciones de recintos separadas por amplios espacios entre sí que denotan cierta aglutinación social, pero no una organización que distinga claramente entre lo familiar y comunitario, lo público y privado. Las excavaciones en su interior, además, mostraron escasa e incluso nula acumulación de desechos domésticos tanto al interior como exterior de las estructuras; seguramente porque se trató de una ocupación corta, alternada por procesos de abandono, así como afectada por actividades de limpieza y/o fenómenos naturales de tipo eólico que no permitieron la formación de basurales. Las fechas provienen de cuatro recintos y conglomerados distintos, cuyos resultados avalan una ocupación sincrónica del conjunto debido a la similitud de las dataciones que en dos casos resultaron idénticas.

De este modo, el despliegue arquitectónico y social de Ramaditas se convierte en un antecedente innegable de la intensificación de la complejidad de Tarapacá, lo cual permite diferenciar con claridad un Formativo Temprano. A esto se suma, por supuesto, la edificación y coexistencia con la aldea de Guatacondo que aparece con fechas entre los años 200 a.C. y 70 d.C., las cuales son inmediatamente posteriores y luego contemporáneas con las de Ramaditas, a la vez que aún más acotadas en el tiempo. Inclusive, si se considera el cruce entre la edad de radiocarbono y su curva de calibración, el rango fechado se acota a un lapso de tan sólo 100 años de ocupación. Justamente, los contextos excavados parecieran representar ese único momento habitado a través de una capa doméstica muy delgada y limitada a la base de los recintos. Lo anterior expresa de manera inequívoca la idea de una ocupación unitaria en lo social y homogénea en lo cultural.

La edificación de Ramaditas antecede al menos en dos siglos a Guatacondo, por lo tanto, se puede afirmar una vinculación poblacional y constructiva directa

entre ambos asentamientos, quienes se establecieron inicial y segmentadamente en el primero para luego construir el segundo en forma comunitaria. No obstante, ahora se dio paso a un nuevo orden que se articuló en torno a lo público y lo privado, con preeminencia del colectivo sobre lo familiar, como se aprecia de manera explícita en su gran plaza central. Ahora bien, en el caso de Guatacondo parece que el proyecto común no prosperó, tornándose en una especie de intento fallido del proyecto aldeano en la Pampa del Tamarugal, ya que el poblado se abandonó repentinamente a pesar de la sustantiva energía invertida y una edificación que presupone una planificación a largo plazo. El “éxito neolítico”, por lo tanto, aquí no prosperó a pesar del propicio e ideal ambiente natural y social que sugiere este asentamiento paradigmático de lo comunitario. En efecto, al recorrer la aldea no se aprecian diferencias constructivas como tampoco evidencias de remodelación o reestructuraciones, lo cual sí ocurre copiosamente después en Caserones producto de su dilatada historia ocupacional.

Paralelamente, dentro del Formativo Temprano, se encuentra Pircas que es contemporáneo a los anteriores, cuyas fechas iniciales se remontan a los 370 años a.C. pero que, al mismo tiempo, se extienden hasta los 530 años d.C. Aquí se excavaron 17 estructuras domésticas, identificándose en cuatro casos la conformación de depósitos estratigráficos muy potentes, especialmente en el sector central o Pircas 1; los que mostraron una sucesión de ocupaciones y funcionalidades diversas, más o menos densas, incluida la de repositorio funerario. Si bien el material cerámico da cuenta de un claro predominio de la alfarería temprana del Formativo, es igualmente clara la presencia del componente tardío; lo cual señala una ocupación que coexistió primero con Ramaditas, Guatacondo y después con Caserones, al menos por algunos siglos.

La modalidad arquitectónica de Pircas contemporánea con Ramaditas y Guatacondo se habría desarrollado con ciertas particularidades. En ambos casos se seleccionaron espacios abiertos emplazados junto a los cursos de agua estables; pero el asentamiento de Pircas está compuesto por centenares de estructuras circulares dispersas y conglomeradas en una extensa superficie, exclusivamente construidas en piedra. Este patrón de asentamiento se habría mantenido económica y socialmente, pues la ocupación de Pircas se mantuvo en el tiempo, siendo abandonado como poblado estable y visitado sólo de manera esporádica después de la mitad del primer milenio de nuestra Era. Además, progresivamente incluiría recintos de planta rectangular, sobre todo en el sector central de Pircas 1. Por lo mismo, no es extraño que dicho patrón residencial mantenga ciertas semejanzas constructivas con los sitios contemporáneos de la costa y precordillera.

En este sentido, el patrón de grandes campamentos de Pircas se masifica du-

rante el Formativo y, al contrario de las aldeas de Guatacondo, da cuenta del éxito social de esta forma de habitar la pampa y en general Tarapacá. Sin embargo, a comienzos de la Era aparece Caserones que es el asentamiento que ejemplifica la consolidación de un modo de vida aldeano en la región, con fechas que ubican su ocupación a partir de los 20 años d.C. y que se prolongó por casi mil años hasta los 1.020 d.C. Sin duda, representa un caso único de altos grados de aglutinación social y cuyo precedente más directo pudo ser la aldea de Guatacondo; sin embargo, se diferencia de ésta porque el proyecto comunitario tuvo éxito. Efectivamente, en este caso se excavaron 16 recintos que permitieron reconstruir historias ocupacionales complejas en cada caso; lo que implicó registrar secuencias con uno, dos, tres y cuatro momentos, dando cuenta de una intrincada actividad residencial que incluyó momentos de desocupación y cambios funcionales sucesivos (Méndez-Quirós 2007, 2010).

En Caserones se expresa un período Formativo con claras y exclusivas manifestaciones “neolíticas” de complejidad relacionadas al aglutinamiento residencial en convivencia con espacios públicos que estructuraron la actividad económica y social de sus habitantes en torno a sus paisajes inmediatos y distantes. A nuestro juicio, un éxito que tuvo un costo no menor en términos de las normas y obligaciones políticas impuestas que insinúa su arquitectura, pues ya no se trata de la comunidad ideal que representaba Guatacondo. Al respecto, cabe destacar un profundo cambio en la organización productiva del poblado en torno a los 420 años d.C. (Méndez-Quirós 2010). En esos momentos, los mecanismos de almacenaje y regulación de la producción agrícola y recolectora que eran manejados tradicionalmente a escala doméstica, parecieran pasar a ser controlados a nivel comunitario. Esto es elocuente por la clausura de típicos pozos o silos subterráneos y la construcción de algunas grandes estructuras circulares concentradas en lugares centrales del poblado, cercanas a los espacios públicos.

Justamente, es muy probable que este tipo de estructuras y la forma de operar caractericen la época más tardía del Formativo, bajo un régimen de alta productividad y capacidad para captar de manera centralizada los recursos pampinos, marítimos y precordilleranos. En este sentido, parece lógico que varios fechados de esas zonas completen la cronología entre los años 250 y 890 d.C. dentro de la secuencia de Caserones. Por lo que, a partir de nuestra Era, la actividad aldeana regional trasladó su eje y se concentró fuertemente en torno a la quebrada de Tarapacá; sobre todo con la consolidación de Pircas y el surgimiento de Caserones, el cual logrará una posición hegemónica hacia el siglo V y se mantendrá hasta dar paso al período Intermedio Tardío. Efectivamente, los rangos temporales obtenidos en la precordillera y el litoral son prácticamente idénticos, ya que en ambas

zonas estas manifestaciones arquitectónicas formativas se consolidan en torno a los 380 y 390 años d.C. respectivamente.

En este sentido, a lo largo del Formativo, la costa y precordillera habrían constituido espacios y ambientes sincronizados desde la Pampa del Tamarugal, en particular desde las quebradas de Tarapacá y Guatacondo. Sin embargo, en el caso de Caserones pareciera que el alto grado de complejidad logrado por las sociedades formativas tardías se produjo gracias a la integración regional que se gestó, racionalmente, articulando aquello afuera del proyecto aldeano. Las innovaciones arquitectónicas en los módulos residenciales, recintos públicos y en los depósitos o bodegas observados a mediados del primer milenio de la Era, sería consistente con un control productivo y el rol articulador logrado sobre la red de asentamientos menores y ligeros dentro de la pampa. Su condición única y quizás privilegiada terminaría por llevar al amurallamiento del perímetro de la aldea, limitando su crecimiento futuro y cerrando el acceso a nuevos integrantes, a sus depósitos comunales, edificios públicos y religiosos. Esto parece constituir un fenómeno exitoso de centralización, conectividad y sincronización, pero también de desigualdad y exclusión que debió influir y excluir a los campamentos tradicionales e incluso a otros poblados de la región que no se integraron a este orden.

Unas palabras finales

Al comprobar la preexistencia y coexistencia de la diversidad de asentamientos y sólo un par de grandes aldeas, resulta evidente que los patrones arquitectónicos aglutinado y disperso no se pueden reducir a una secuencia evolutiva donde la complejidad social se relaciona de manera directa con un aumento progresivo en la escala de los poblados. Por el contrario, la diversidad de estos asentamientos remite a una complejidad mucho más sofisticada durante el periodo, momento en el cual se buscaron soluciones arquitectónicas en relación con las distintas necesidades e intereses tanto individuales como colectivos. En consecuencia, para alcanzar este “éxito aldeano” fue imprescindible el desarrollo de una larga historia de conocimiento y manejo social del medio, así como del potencial de caza, recolección, agrícola y ganadero que se gestó durante milenios en espacios complementarios y ampliamente disgregados (Santoro et al. 2017).

En consecuencia, la dinámica regional de campamentos y aldeas se consolidó, de igual modo que la forma de vida sencilla y desagregada en viviendas circulares y rectangulares aisladas o levemente cercanas dentro de grandes extensiones,

ocupando distintos pisos altitudinales y ecológicos. Por más de dos milenios, estas formas arquitectónicas institucionalizaron territorial y calendáricamente las relaciones sociales y políticas a través de caseríos, campamentos y aldeas junto a la pampa bajo una dinámica de crecimiento y segmentación supra doméstica e inter comunitaria constante que por múltiples generaciones permitió un manejo racional de los recursos del Tamarugal. Entonces, parece lógico pensar que la gravitación simbólica y política de los clanes y linajes meridionales de Guatacondo, dio paso a otras instancias de reunión institucionalizadas promovidas por comunidades ahora vecindadas regularmente y con mayor intensidad en el valle bajo y desagüe de la quebrada de Tarapacá.

Esta narrativa destaca la relevancia de la Pampa del Tamarugal, a la vez que permite la síntesis e integración de elementos costeros y cordilleranos. La prehistoria pampina, por lo tanto, no puede reducirse a la sucesión progresiva de asentamientos aldeanos y a una economía productiva, sino al permanente diálogo y racionalización de su entorno. Lo que, finalmente, llevaría a repletar de cultura una naturaleza antes “vacía” donde se combinaron caseríos, campamentos, aldeas y centros públicos con diversas muestras de su actividad humana que se tradujeron en el paisaje arqueológico que heredaron a la posteridad. Bajo esta lógica propia del habitar, la noción de la pampa tarapaqueña se vuelve contradictoria con la actual imagen que la concibe como “desierto” y la vuelve vulnerable a la disputa de soberanías y a convertirse en territorio ocupado.

De este modo, debemos imaginar ese pasado como un mundo complejo donde distintos hombres y mujeres se desarrollaron en constante tránsito, explotación y producción de recursos, en la elaboración de manufacturas, tensión y reproducción social, donde no todos cambiaron o no pudieron hacerlo. Es decir, como expresión de una ancestral experiencia del entorno que se nutrió de innovaciones y creatividades, no siempre afortunadas ni absolutas. Sobre este argumento y con sello antropológico, esperamos haber avanzado en un entendimiento donde pasado y presente, economía y sociedad se interceptan y adquieren un sentido contundente.

Agradecimientos: Agradecemos a organizadores del simposio y editores de este libro, Roberto Campbell, Lorena Sanhueza y Andrés Troncoso. También a los proyectos FONDECYT 1181829, Anillo SOC1405 y FPCI 10-0417 por su financiamiento. En especial, los aportes de Constanza Pellegrino, Rodrigo Alvarado y Roberto Izaurieta por el registro espacial y arquitectónico. Asimismo, a las comunidades de Tarapacá por su comprensión y acogida a la investigación científica.

Bibliografía

- Adams, R. 2000. *Las Antiguas Civilizaciones Del Nuevo Mundo*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Adán, L. y S. Urbina 2007. Arquitectura formativa en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 34:7-30.
- Adán, L., S. Urbina, C. Pellegrino y C. Agüero. 2013. Aldeas en los bosques de Prosopis: Arquitectura residencial y congregacional en el período Formativo tarapaqueño (900 a.C.-900 d.C.). *Estudios Atacameños* 45:75-94.
- Agüero, C., P. Ayala, M. Uribe, C. Carrasco y B. Cases. 2005. El período Formativo desde Quillagua, Loa inferior. En *Esfemas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: los Andes Sur Centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 73-125. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Bourdieu, P. 1977. *Outline of Theory of Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Blanton, R., G. Feinman, S. Kowalewski y P. Peregrine. 1996. A Dual-Processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37(1):1-14.
- De Certeau, M. 2007. *La Invención de lo Cotidiano I. Las Artes De Hacer*. Universidad Iberoamericana, México.
- Earle, T. 1991. *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Flannery, K. 2002. The origins of the village revisited: From nuclear to extended households. *American Antiquity* 67: 417-433.
- García, M., A. Vidal, V. Mandakovic, A. Maldonado, M.P. Peña y E. Belmonte. 2014. Alimentos, tecnologías vegetales y paleoambiente en las aldeas formativas de la Pampa del Tamarugal, Tarapacá (ca. 900 a.C.-800 d.C.). *Estudios Atacameños* 47:33-58.
- Gallardo, F. y G. Cabello. 2015. Emblems, leadership, social interaction and early social complexity: The ancient Formative Period (1,500 BC—AD 100) in the desert of Northern Chile. *Cambridge Archaeological Journal* 25(3): 615-634.
- Gayó, E., C. Latorre, C. Santoro, A. Maldonado, R. De Pol-Holz. 2012. Hydroclimate variability on centennial timescales in the low-elevation Atacama Desert over the last 2,500 years. *Climate of the Past* 8:287-306.
- Hardin, G. 1968. The tragedy of the commons. *Science* 162: 1243-1248.

- Hernando, A. 2002. *Arqueología de la Identidad*. Akal S.A., Madrid.
- Hernando, A. y A. González-Ruibal. 2011. Fractalidad, materialidad y cultura: Un estudio etnoarqueológico de los Awá-Guajá de Maranhao (Brasil). *Revista Chilena de Antropología* 24:9-61.
- Hodder, I. 1998. The past as passion and play: Catalhöyük as a site of conflict in the reconstruction of multiple pasts. En *Archaeology Under Fire. Nationalism, Politics And Heritage In The Eastern Mediterranean And The Middle East*, editado por L. Meskell, pp. 124-139. Routledge, Londres.
- Ingold, T. 2000. *The Perception of The Environment. Essays On Livelihood, Dwelling And Skill*. Routledge, London.
- Johnson, M. 2000. *Teoría Arqueológica. Una Introducción*. Ediciones Akal S.A., Madrid.
- Johnson, A. y T. Earle. 2003. *La Evolución de las Sociedades Humanas*. Ariel Prehistoria, Barcelona.
- Le Goff, J. 1991. *El Orden de la Memoria. El Tiempo como Imaginario*. Editorial Paidós, Barcelona.
- Lumbreras, L. 1994. Acerca de la aparición del Estado. *Boletín de Antropología Americana* 29:5-33.
- Lumbreras, L. 2006. Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa. *Estudios Atacameños* 32:11-34.
- Maldonado, A. y M. Uribe. 2015. Paleoambientes y ocupaciones humanas en Tarapacá durante el período Formativo y comienzos del Intermedio Tardío. *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 193-200.
- McGuire, R. 1983. Breaking down cultural complexity: Inequality and heterogeneity. *Advances in archaeological Method and Theory* 6: 91-142.
- McGuire, R. y M. Schiffer. 1983. A theory of architectural design. *Journal of Anthropological Archaeology* 2:227-303.
- Meighan, C. y D. True (eds.). 1980. *Prehistoric Trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*. Monumenta Archaeologica 7, The Institute of Archaeology, The University Of California, Los Angeles.
- Meskell, L. 1999. *Archaeologies of Social Life*. Blackwell Publishers, Oxford.
- Meskell, L. y R. Preucel (eds.). 2007. *A Companion to Social Archaeology*. Blackwell Publishing Ltd.

- Mendez-Quirós, P. 2007. *Asentamientos y Estratigrafía del complejo Pica-Tarapacá (900 - 1.450 D.C.)*. Informe final de práctica profesional. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Manuscrito.
- Mendez-Quirós, P. 2010. *Asentamientos domésticos del período formativo tarapaqueño. Estratigrafía residencial en los valles bajos*. Informe segundo año proyecto Fondecyt 1080458. Manuscrito.
- Muñoz, I. 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (100 a.C. a 500 d. C.). En *Prehistoria. Desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V., Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate, I. Solimano, pp. 107-128. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Muñoz, I., C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Período Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.). En *Prehistoria en Chile. Desde sus Primeros Habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Sociedad Chilena de Arqueología, Editorial Universitaria, Santiago.
- Núñez, L. 1979. Emergencia y desintegración de la sociedad tarapaqueña: riqueza y pobreza en una quebrada del norte chileno. *Atenea* 439:163-213.
- Núñez, L. 1984. El asentamiento Pircas: Nuevas evidencias de tempranas ocupaciones agrarias en el norte de Chile. *Estudios Atacameños* 7:152-177.
- Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la Circumpuna y Valles Occidentales del Centro Sur Andino: Hacia los cambios “neolíticos”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43:487-530.
- Pellegrino, C. 2011. Propuesta de intervención de sitios arqueológicos en la quebrada de Tarapacá: el caso de la aldea de Caserones. *Revista Werkén* 14(1): 87-104.
- Pellegrino, C., L. Adán y S. Urbina. 2016. La arquitectura de Guatacondo y Caserones: Diseño, organización y configuración del espacio arquitectónico. *Revista Chilena de Antropología* 34:41-63.
- Polanyi, K. 1957. *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Time* Beacon Press, Boston.
- Polanyi, K. 1976. El sistema económico como proceso institucionalizado. En *Antropología y Economía*, editado por M. Godelier, pp. 155-178. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Rivera, M. 1994. Hacia la complejidad social y política: El desarrollo Alto Ramírez del norte de Chile. *Diálogo Andino* 13:9-37.

- Rivera, M. 2005. *Arqueología del Desierto de Atacama: La Etapa Formativa en el Área de Ramaditas/Guatacondo*. Editorial Universidad Bolivariana, Colección Estudios Regionales y Locales, Santiago.
- Sahlins, M. 1977. *La Economía en la Edad de Piedra*. Akal, Barcelona.
- Santoro, C. M., J. M. Capriles, E. M. Gayó, M. E. de Porras, A. Maldonado, V. Standen, C. Latorre, V. Castro, D. Angelo, V. McRostie, M. Uribe, D. Valenzuela, P. Ugalde y P. Marquet. 2017. Continuities and discontinuities in the socio-environmental systems of the Atacama Desert during the last 13,000 years. *Journal of Anthropological Archaeology* 46:28-38.
- Stanish, C. 2003. *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in the Titicaca Basin of Peru and Bolivia*. University Of California Press, Berkeley.
- Tilley, C. 1994. *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*. Berg, Oxford.
- Urbina, S., L. Adán, C. Moragas, S. Olmos y R. Ajata. 2011. Arquitectura de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 41:63-96.
- Urbina, S., L. Adán y C. Pellegrino. 2012a. Arquitecturas formativas de las quebradas de Guatacondo y Tarapacá a través del proceso aldeano (Ca. 900 AC-1000 DC). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 17(1): 31-60.
- Urbina, S., L. Adán, C. Pellegrino y E. Vidal. 2015. Formaciones aldeanas en zonas desérticas de Tarapacá: Innovación social y cambio histórico (XI a.C.-XIII d.C.). *Actas XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 223-230.
- Urbina, S., L. Adán y E. Vidal. 2012b. Architecture in the Coastal Desert. *Andean Past* 10:289-294.
- Uribe, M. 2009. El período Formativo de Tarapacá y su cerámica: Avances sobre complejidad social en la costa del norte grande de Chile (900 AC-800 DC). *Estudios Atacameños. Antropología y Arqueología Surandinas* 37:5-27.
- Uribe, M. y L. Adán. 2012. Acerca de evolución, Neolítico, Formativo y complejidad: Pensando el cambio desde Tarapacá (900 AC-800 DC). *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 21-32..
- Uribe, M. y E. Vidal. 2012. Sobre la secuencia cerámica del período Formativo de Tarapacá (900 AC-900 DC): Estudios en Pircas, Caserones, Guatacondo y Ramaditas, Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 44(2): 209-245.
- Vidal, E. 2012. Etnoarqueología de la fiesta andina: El caso de la región cultural de Tarapacá. *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 229-240

AUTORES

Pedro Andrade. Carrera de Antropología, Universidad de Concepción.

Cesar Borie. Programa de Doctorado en Antropología UCN-UTA, Universidad Católica del Norte, CONICYT-PCHA Doctorado Nacional 2015-21150953.

Roberto Campbell. Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales Pontificia Universidad católica de Chile.

Carola Flores. Centro de Estudios Avanzados en Zonas Áridas (CEAZA), Facultad de Ciencias del Mar, Universidad Católica del Norte.

Jean Louis Guendón. Investigador Independiente, Francia.

Ignacio Monroy. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Iván Muñoz Ovalle. Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá.

Laura Olguin. Programa de Doctorado en Antropología UCN-UTA, Universidad Católica del Norte.

Ximena Power. Programa de Doctorado en Antropología UCN-UTA, Universidad Católica del Norte.

Sandra Rebolledo. Programa doctorado Arqueología Prehistórica, Departament de Prehistòria, Universidad Autònoma de Barcelona.

Diego Salazar. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Lorena Sanhueza. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

María Cristina Scattolin. Instituto de las Culturas, IDECU-CONICET, Universidad de Buenos Aires.

Jimena Torres. Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes.

Andrés Troncoso. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Simón Urbina. Dirección Museológica, Universidad Austral de Chile.

Mauricio Uribe. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Gabriel Easton. Departamento de Geología, Universidad de Chile.

Estefanía Vidal. Programa de Doctorado en Antropología, University of Chicago

ESTE LIBRO REÚNE INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS realizadas en Chile y Argentina desde orientaciones diferentes, pero que guardan en común el hecho de que las sociedades que abordan se encasillarían dentro de ese gran conjunto de formaciones sociales intermedias que no responden a lo que se ha definido como “sociedades simples”, pero tampoco aquellas que comúnmente se conocen como “sociedades complejas”. Se trata de un tipo de sociedades que son la forma social representativa de una porción importante de la Historia humana, siendo un buen ejemplo de la heterogeneidad que han adquirido las comunidades y sus procesos de constitución y reproducción a lo largo del tiempo.

Los casos de estudio presentados cubren un rico abanico de experiencias históricas, abarcando desde grupos cazadores-recolectores-pescadores a comunidades agrícolas, pero también grupos que habitaban diferentes tipos de ambientes: desde la costa Pacífica a los valles andinos, con distintas configuraciones geomorfológicas y condiciones climáticas. Los trabajos reunidos en este libro, desde múltiples presupuestos teóricos pero también desde diferentes mediaciones materiales a nivel del registro arqueológico, dan cuenta de una heterogeneidad de acercamientos posibles a estas sociedades, ya sea a través de miradas que se interrogan por la circulación, distribución y uso de objetos, la elaboración de monumentos, las nociones de persona, entre otros. Todos estos aspectos permiten reconocer la riqueza de formas sociales, políticas, económicas y rituales asociadas a este tipo de grupos, pero también continuar interrogándose sobre sus puntos de convergencia.

